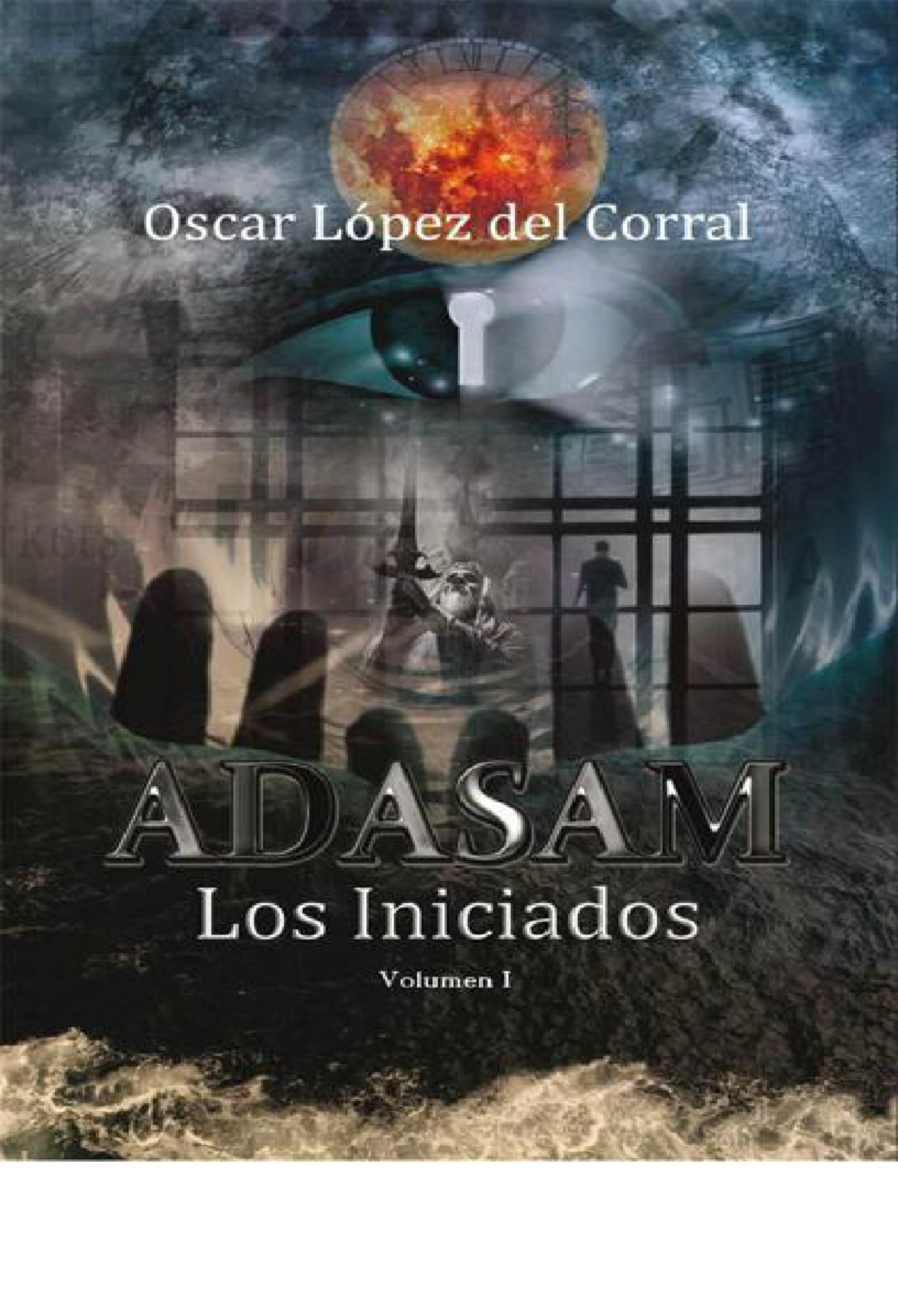

Oscar López del Corral
ADASAM
Los Iniciados
Volumen I

ADASAM
Los Iniciados
Volumen I

Oscar López del Corral



Colección Novelaria

Editorial Nemira www.editorialnemira.com
Imagen de portada: © Kirill Zdorov -Fotolia.com
ISBN: 9788461481187
Depósito legal:SE-2146-2011
Impresión: PUBLIDISA
Impreso en España — Printed in Spain

A Nuria.
A mis hijos.
A mi madre, disfrútalo desde ahí arriba.

Primera Parte

La luz de la vela tembló levemente cuando Grovan pasó página cuidadosamente. El único sonido que podía oírse en la estancia era su propia respiración y el apergaminado paso de las páginas. La luz de la pequeña vela iluminaba poco más que la sólida mesa de roble y la figura que se encorvaba sobre ella, proyectando su sombra sobre las paredes de piedra de la sala, recubiertas de estantes repletos de libros.

Grovan se quitó las lentes y cerró los ojos, cansados por el esfuerzo al que los estaba sometiendo. Llevaba más de doce horas leyendo el viejo y voluminoso manuscrito que en este momento estaba estudiando, y ni siquiera se había acordado de comer, lo cual le ocurría en no pocas ocasiones cuando estaba enfrascado en algún estudio o investigación.

- Creo que me estoy haciendo mayor para esto.- dijo irónicamente en voz alta, aunque se encontraba solo en la sala. El día había dejado paso a la noche, y la temperatura en la amplia habitación había descendido, por lo que Grovan, arrebujándose en su gruesa y gastada túnica, se levantó y caminó hacia el hogar para encender el fuego y calentar sus huesos.

Como Sumo Guardián de la orden de Biblos, toda su vida había estado consagrada al estudio, el conocimiento y la preservación del mismo. Aún recordaba cómo a los siete años había sido propuesto por su maestro de escuela para ingresar como aprendiz en la orden, ya que desde pequeño destacó por la rapidez con la que aprendía. A esa edad, los números no tenían secretos para él, leer y escribir le resultaba tan natural como el respirar y su ansia de conocimientos era igual a la necesidad de comer y beber. Superó las pruebas de ingreso sin problemas, quedando por encima de niños de más edad que él, y a los catorce años dejó de ser aprendiz para convertirse en Guardián del Saber y miembro de pleno derecho de la orden. Desde muy pronto destacó entre todos sus compañeros, y a los treinta y uno fue nombrado Sumo Guardián, convirtiéndose así en la persona más joven de toda la historia de la Orden en alcanzar dicho honor. De eso hacía ya casi siete años.

La orden de Biblos había sido concebida para recopilar, guardar y proteger el saber del mundo. Todas las obras, estudios o avances importantes que se producían eran recopilados, estudiados, clasificados y archivados por los guardianes. En sus filas había alquimistas, arquitectos, ingenieros, astrónomos, historiados, físicos,

etc.

Cualquier gran obra de arquitectura o ingeniería podía encontrarse allí. Todo conocimiento sobre alquimia, astronomía, fisiología, estaba bajo su custodia, pero el trabajo más grande era el de los historiadores: ellos eran los encargados de realizar la Crónica de Adasam, ayudados por escribanos e ilustradores, que ponían letra y bellas imágenes a la historia.

El fuego ya crepitaba en el hogar y Grovan volvió a su mesa, dejándose caer pesadamente en el vetusto sillón en el que tantas horas pasaba.

Siempre había disfrutado de su trabajo, pero ahora era diferente. Desde hacía algún tiempo todas las labores habituales de la orden habían quedado abandonadas. Casi todos sus miembros trabajaban sin descanso para tratar de encontrar una pista, clave o indicio que pudiera ayudarles.

Nunca hasta ahora, la orden de los Cinco Poderes -más conocida por todos como El Pentágono- había recurrido a él en busca de ayuda para descifrar una profecía, pero este caso era diferente. Desde tiempos inmemoriales, periódicamente se habían sucedido distintas profecías que anunciaban inminentes peligros para Adasam. Toda profecía anuncia lo que será, pero lo que será, puede cambiarse si se actúa de la manera adecuada. Formuladas de forma que ofrecían varias posibilidades, las profecías eran como un árbol con diferentes ramas, pudiéndose predecir que ocurriría en cada posible bifurcación, conteniendo las claves para poder conducir los acontecimientos por uno u otro camino. Hasta hoy.

La orden de los Cinco Poderes fue creada hace muchos cientos de años, con objeto de preservar el orden y hacer justicia, manteniendo como hasta ahora la paz y la prosperidad en Adasam. Siempre habían podido descifrar todas las profecías y cambiar el curso de las cosas, pero con esta última fracasaron, y por eso recurrieron a él. Hasta el momento, no podía decir que hubiera tenido más éxito que ellos. Parecía como si la Profecía estuviera incompleta, como si faltara la mitad de un todo indivisible. Se quedó pensativo, ensimismado mirando la vela que iluminaba la mesa, viendo como se consumía poco a poco y la luz se iba extinguiendo.

-Cómo nosotros. Solo que nosotros no podremos volver a encender otra vela.-pensó.

Dos años en los que había más de dieciséis horas diarias al trabajo, abandonando incluso sus paseos matutinos a caballo, una de las pocas cosas que le producían placer a parte de sus ocupaciones. Dos años en los que la orden había abandonado casi en su totalidad sus labores habituarles, excepto la de escribir la crónica de lo que estaba ocurriendo. Era el tiempo trascurrido desde que Mathue, Sumo

Hechicero del Pentágono, acudiera a él en busca de ayuda. Veinte meses después empezó todo, y desde entonces la luz de la orden de los Cinco Poderes se debilitaba, su poder se desmoronaba frente al enemigo, y con él, el resto del mundo. El tiempo se agotaba y avanzaban inexorablemente hacia el fin, pero pese a todo, los miembros del Pentágono seguían luchando, defendiendo con su vida a las gentes de Adasam y todo lo que durante años habían construido, todo en lo que habían creído, con la esperanza de que él pudiera ayudarles.

-Yo tampoco puedo rendirme- se dijo,. y volvió a colocarse las lentes para retomar la lectura donde lo había dejado.

Poco después, unos golpes secos en la puerta le hicieron levantar la vista del manuscrito.

La puerta se abrió levemente y por el hueco se asomó la morena cabeza de Menara.

Menara era una joven de veintitrés años, que se había convertido en Guardián de la orden de Biblos hacía poco más de cinco años, y que había ingresado como aprendiz con diez años recién cumplidos.

Era una de las pocas mujeres que había decidido consagrar su vida a la orden de Biblos.

Era una mujer muy hermosa. Su pelo largo y ondulado caía en suaves cascadas sobre sus hombros, su figura, aunque disimulada bajo la túnica, era la de una mujer delgada y estilizada, su piel blanca conservaba la tersura y suavidad de la adolescencia y sus ojos negro azabache transmitían una viveza como pocas veces había visto. Sin duda, de no haber entrado en la orden, podría haber elegido un rico caballero como marido, y a Grovan le constaba que en la orden no le faltaban pretendientes, aunque por el momento ella no había mostrado interés por ninguno de ellos. Pero si su belleza era extraordinaria, más lo eran su mente despierta, su avidez de conocimientos y su capacidad de trabajo y aprendizaje. En cierto modo, Menara le recordaba a si mismo cuando tenía su edad.

-Maestro ¿puedo pasar?

-Claro Menara, pasa, por favor.

Menara entró con paso vivo, y Grovan noto que su respiración era agitada y sus movimientos rápidos y nerviosos. Llevaba con ella un pequeño libro de tapas marrones muy deterioradas que sujetaba contra su pecho con la mano derecha.

-Perdón por la interrupción, pero creo haber encontrado algo importante.

Grovan contuvo la respiración y se levantó lentamente de su sillón mientras Menara se acercaba a la mesa y se colocaba a su lado. No recordaba ni una sola vez en que Menara hubiese errado en alguno de sus juicios o afirmaciones sobre cualquier tema. Si había venido a él

afirmando haber encontrado algo, es que lo había estudiado y meditado a fondo.

Cuando ella estuvo a su lado, puso el viejo libro sobre la mesa y lo abrió cuidadosamente por la página que traía marcada por su dedo índice.

-Está escrito en preantiguo, por lo que hay partes que no he entendido bien y necesito conocer vuestra interpretación. Espero no haberme equivocado. - En el tono de sus palabras Grovan detectó la misma agitación y nerviosismo que transmitían sus gestos y movimientos.

Muy pocos de los miembros de la Orden podían leer con precisión el preantiguo. Basado en un lenguaje de símbolos, dibujos y letras, la interpretación de los textos era a veces compleja y requería, a partes iguales, talento y agudeza mental, además de muchas horas de práctica. Menara, por su edad, no tenía la experiencia suficiente, pero si el talento, y por eso era la única, aunque con cierta dificultad todavía, capaz de estudiar dichos textos, exceptuándolo a él mismo y a algunos de los miembros de más edad de la orden. Sin duda, Menara podría haber sido una extraordinaria Hechicera, algo al alcance de muy pocos, pues para ello era necesario una mente rápida y ágil para la palabra y los símbolos, y en ella se habían manifestado todos los atributos necesarios. Estaba seguro que las Runas y los Pergaminos de Poder no tendrían secretos para ella, pero las rígidas, y para él, arcaicas normas de la orden de Hechicería, impedía a las mujeres acceder a ella. Las tapas del libro eran de piel, muy envejecida por el paso de los años, y sus páginas eran de un tipo de pergamino de los que hacía muchísimos años que no se utilizaban. Muchas de las páginas estaban sueltas, y tanto la letra como las ilustraciones eran monocromáticas, utilizando como tinta sangre de ñandó, de color azul, lo que daba fe de su antigüedad y autenticidad, ya que dicho animal se extinguió varios miles de años atrás. Las páginas que tenía ante él tenían zonas difuminadas o parcialmente borradas, pese a la conocida resistencia de dicha sangre al paso del tiempo, pero tanto la letra como los dibujos habían sido trazados por una mano experta y cuidadosa, algo extraño en los manuscritos de esa época.

Menara empezó a explicar a Grovan lo que había encontrado, llevándole poco a poco a través de las páginas del manuscrito, haciendo hincapié en símbolos o ilustraciones determinadas, deteniéndose en algunos pasajes, deslizando su dedo por las líneas más complejas e intrincadas, explicando su interpretación de ellas y esperando una confirmación o corrección.

A medida que avanzaban por el manuscrito, la excitación de Grovan iba en aumento, sus ojos recorrían ávidos cada una de las páginas, su mente asimilaba las explicaciones de Menara con una velocidad vertiginosa y su razonamiento le llevaba a una única conclusión:

habían encontrado un resquicio, una pequeña falla en el muro de la desesperación y oscuridad por el que se colaban la esperanza y unos rayos de luz.

Repasaron juntos el texto dos veces más. Pese a la excitación del momento, Grovan no quería dejarse llevar por la euforia y cometer un error de interpretación.

Al cabo de un par de horas de exhaustivo estudio, Grovan, convencido de que no estaban equivocados, miró a Menara y preguntó:

-¿Dónde has encontrado este manuscrito?- En el nivel siete, maestro. -respondió ella.

-¿En el nivel siete?- preguntó él, sorprendido.

-Si- respondió ella bajando la mirada y sin poder evitar que sus mejillas adquiriesen un colar rosado.

Los archivos de la orden iban desde el nivel uno al ocho, siendo el uno el que tenía las crónicas más recientes y el ocho las más antiguas. Los archivos estaban excavados en la roca de la montaña, y el nivel ocho era el que estaba a mayor profundidad, y al que muy pocos accedían para estudiar o investigar. La verdad era que muy pocos se aventuraban más allá del nivel cuatro, y los que lo hacían, lo hacían para consultar algo muy concreto en las obras más conocidas.

Él se quedo contemplándola, al tiempo divertido por su reacción y un poco enojado por su respuesta.

-Se que eso no es lo que ordenaste, maestro, pero pensé que empezando de atrás a adelante, en lugar de adelante hacia atrás podría avanzar a través del pasado lejano con cierta rapidez, ya que el número de volúmenes de la época antigua es considerablemente menor.- Se explicó Menara.

Además,- continuó- aunque el preantiguo es complicado de interpretar exactamente, las abundantes ilustraciones y símbolos permiten extraer la idea general del relato, por lo que muchos de ellos los he podido descartar sin hacer un estudio a fondo, mientras que en los volúmenes más modernos, sólo figuran algunas ilustraciones a modo ornamental, que no permiten seguir el hilo de una historia, lo que obliga a realizar un estudio más pormenorizado del texto.

Grovan continuaba mirándola sorprendido mientras ella trataba de finalizar su atropellada explicación.

-Por otro lado, pensé que si había alguna clave para resolver algo de este calibre, no podía estar en la historia reciente, ya que ésta es más conocida por nosotros y por tanto las posibilidades de que alguien recordara algún elemento que nos diera una pista sería mayor.

El se quedó observándola, maravillado por la simpleza y claridad de su razonamiento, y después de unos segundos que a ella le parecieron eternos, dijo:

-Lo único que siento es que no compartieras tu idea conmigo. Podrías haberme convencido de la lógica de tu idea y dedicado a alguno de los hermanos que conocen el preantiguo a trabajar contigo, con lo que quizá hubiéramos descubierto esto antes.
-¿Entonces no estáis enfadado por haberos desobedecido?- No, no estoy enfadado.-dijo.- Bien, ahora no hay un minuto que perder. Ve y dile a Konrad que prepare todo para partir mañana hacia Aylandir. Tengo que ver a Mathue y al resto de componentes del consejo de los Cinco. Hay mucho que hacer, y me temo que la tarea no será fácil, y tenemos muy poco tiempo. Espero que el Pentágono tenga todavía la fuerza suficiente para completar esta tarea con éxito.

Konrad era el joven Comandante del Cuerpo de Guardia de Biblos, formado por caballeros y soldados entrenados y escogidos especialmente por Thule, Gran Caballero del Dragón de la Orden de los Cinco Poderes. Konrad y sus hombres protegerían Biblos y sus moradores con su vida en caso de ser necesario. Dada la situación actual, el viaje además de largo y fatigoso, sería peligroso, por lo que necesitaría una escolta para su protección. Empezó a recoger el manuscrito que Menara le había traído y se disponía a salir hacia sus dependencias para prepararse para el viaje cuando se dio cuenta de que Menara lo miraba. No se había movido de donde estaba.
-Maestro, quiero ir con vos.-dijo ella.
-No Menara, el viaje será agotador y peligroso. No puedo permitir que pongas en peligro tu vida de esa manera- repuso él.
-Todos estamos en peligro, por lo que no hay mucha diferencia entre ir y quedarse. Además, puede que necesitéis mi ayuda.

Ella lo miraba con resolución, y él vio en su mirada que estaba decidida a ir, con o sin su consentimiento. Si conocida por todos era su valía como miembro de la Orden, no lo era menos su determinación y firmeza -que algunos llamaban tozudez-. Supo que nada ni nadie le haría cambiar de opinión.
-Avisa a Konrad y prepárate. Partiremos al amanecer- dijo.
-Gracias, Maestro- sonrió y salió corriendo para prepararse. -No Menara, gracias a ti. - dijo él cuando ella ya no podía oírle.

Y mientras la veía alejarse no pudo evitar pensar que al día siguiente empezaría una larga aventura, una aventura, en la que el éxito, abriría un pequeño camino hacia la salvación, pero si fracasaban, significaría la destrucción definitiva del mundo tal y como lo habían conocido.

1. Sierra de Gredos. Septiembre de 1984.

El día era muy caluroso. A pesar de que agosto había pasado, y se acercaba el final del verano, la llegada de septiembre no había suavizado las temperaturas. Era uno de aquellos días en los que Madrid era un infierno, por lo que todos se alegraban de no estar allí y haber decidido pasar el día en el Puente del Duque, en pleno corazón de la Sierra de Gredos.

La temperatura allí era más suave, y los abundantes árboles y el tranquilo discurrir del río contribuían a refrescar el ambiente. El grupo estaba compuesto por cuatro matrimonios y sus hijos, amigos y residentes en las Rozas: Carlos y María, con su hijo Alejandro, que cumpliría seis años ese mismo mes; Daniel y Susana, con Hugo, de tres años, Laura, Fernando y su hija Alicia, de cinco años; y Eduardo y Cristina, los únicos que tenían la parejita: Javier, también de cinco años, y Lucía, a punto de cumplir los cuatro.

Carlos y Eduardo habían sido amigos desde la infancia, casi como hermanos, ya que estudiaron en el mismo colegio e instituto, y cuando pasaron a la Universidad, ambos eligieron la misma carrera. Hasta el servicio militar lo habían realizado juntos. Ahora, quien se lo iba a decir, sus hijos también iban juntos al colegio. Susana, Maria y Laura se conocieron en la Universidad, y rápidamente nació una fuerte amistad que había perdurado una vez finalizaron sus estudios.

El destino había querido que todos acabaran fijando su residencia en las Rozas, por lo que ahora la relación entre todos ellos era más estrecha, si cabe. No era la primera vez que organizaban una excursión de ese tipo, y desde luego no sería la última. Y cuando no hacían excursiones solían reunirse a menudo.

Los niños ya corrían, alborotados, alrededor de los coches, jugando al “que te pillo”, como ellos decían, excitados ante la idea de un día de juegos y diversión.

Alejandro había organizaba ya los primeros juegos. Aunque solo era unos días mayor que Alicia, y apenas un par de meses mayor que Javier, se comportaba como si fuera el jefe del grupo, mientras que los pequeños, Hugo y Lucía, siempre trataban de imitar a los mayores, y no había juego en el que no quisieran participar. Todos iban al mismo colegio, excepto Hugo, que empezaría su etapa escolar a la vuelta de ese fin de semana, cosa de la que estaba orgulloso y deseoso, pues como él decía, “ya era muy mayor”, y estaba harto de ser el único del grupo que no podía ir al cole. Mientras, los mayores habían empezado a montar el campamento: mesas y sillas de camping, los manteles de

hule, los platos, vasos y cubiertos de plástico, las tarteras con la ensaladilla rusa y las tortillas de patata, las barras de pan, recién compradas en Hoyos del Espino, las neveras con los refrescos, el vino y la casera, y lo más importante, las chuletas, panceta y choricillos para preparar en la barbacoa.

-¡Niños, venid aquí que os pongamos la crema y las gorras!, - llamó Maria.

Los niños vinieron corriendo, entre gritos y risas, y se pusieron en fila frente a Maria. Susana se acercó a ayudarla, con los bañadores, las zapatillas de goma, las gorras y la crema bronceadora, mientras Cristina y Laura echaban una mano a los chicos a colocar las mesas y sillas y demás trastos cerca de la orilla del río. -¿Podemos bañarnos ya, mamá?- Preguntó Alejandro.

-Vale, pero no estéis mucho rato, que este agua está muy fría. ¡Y aquí al lado, donde podamos veros!. Pero tenéis que ir con cuidado, que hay muchas piedras en el suelo ¿vale?. Carlos, ¿dónde has puesto los flotadores?

-Anda, déjate de flotadores, que aquí el agua no les llega ni a la cintura. Bueno, ¿quién me ayuda a hinchar las tumbonas?.

-Yo, yo, yo- gritaron todos mientras levantaban la mano y saltaban como locos.

-Vale, vale, terminad de poneros la crema y me ayudáis. ¡Pero por turnos y sin pelearse! ¿vale?. Y se dirigió al maletero del R-18 para sacar el inflador de pie y las tumbonas hinchables.

-Bueno, yo voy a dar una vuelta- dijo Daniel, aficionado a realizar marchas por la montaña. - Creo que al menos tengo un par de horas hasta la hora de la comida.

-Vaya morro que tienes.- dijo Fernando riendo. -Siempre te las apañas para desaparecer el tiempo suficiente para no dar un palo al agua, y llegar a mesa puesta.

-No le rías las gracias- dijo Susana- que en casa me hace lo mismo. Claro que la culpa es mía por consentírselo.

-Anda tonta, no te enfades- dijo él cogiéndola por la cintura y besándola en el cuello- si sabes, que no me puedes decir que no a nada.

-Serás...-respondió ella sacándoselo de encima.- Ya me lo dirás esta noche.

Todos rieron de buena gana.

La mañana transcurrió plácidamente, y todos disfrutaban de un hermoso y relajante día en el campo. Aunque era una zona normalmente muy transitada, una vez pasado Agosto la afluencia de gente era menor, y ese día, además de ellos, podían verse cuatro o cinco grupos más, y ocasionalmente, algunos excursionistas realizando

marchas a pie o a caballo.

Un par de horas después, los niños, que habían improvisado un partido de fútbol, jugaban al lado de los coches. Unos metros más allá, en la zona preparada para las barbacoas, los hombres, después de haber recogido leña y encendido el fuego, asaban ya las chuletillas,

Las mujeres charlaban mientras extendían los manteles, ponían la mesa y empezaban a sacar la comida de los niños. De repente una fuerte ráfaga de aire, levantó el mantel, y de no haber estado al lado de la mesa para sujetarlo, tanto este, como los cubiertos, y platos, con la comida de los niños habrían volado por los aires. Apenas duró un par de segundos. Luego volvió la calma.

-Pero bueno, a ver si no se ha movido el aire en todo el día, y empieza a soplar ahora que vamos a comer- dijo Laura.

-Espero que no- respondió Maria.

-Bueno, pues esto está listo- dijo Cristina.- Voy a llamar a los niños.

-Que hambre tengo- dijo Daniel mientras mordía un trozo de chorizo asado acompañado de un poco de pan.- Se me está haciendo la boca agua.

-Aguanta un poco, hombre, y deja de picar, que no va a llegar nada a la mesa- respondió Eduardo.

Mira quien fue a hablar- le pinchó Carlos que estaba sacando unas bebidas de la nevera.

-Joder, que calor. Ya podía haber un poquito de sombra aquí, que entre el sol y el calor de la barbacoa me voy a achicharrar- dijo Fernando- En cuanto esto esté listo me voy al agua, a ver si al menos puedo comer fresquito.

-Bueno, de momento tomate un tinto de verano para refrescarte.- dijo Carlos pasándole un vaso de vino con gaseosa que acababa de preparar. - Todavía está fresquito.

-Gracias.

-Bueno, pues esto casi está. En diez minutos podemos comer. - dijo Fernando.

-Mirad, ahí vienen estas- dijo Eduardo.

Inmediatamente se dio cuenta de que algo no iba bien. Las chicas venían corriendo y gritando, y sus caras reflejaban una angustia como no había visto nunca. Corrió hacia ellas. Carlos y los demás lo siguieron.

Cristina se abalanzó sobre él. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y estaba muy nerviosa.

-Los niños, Edu..., los niños- acertó a decir. - No están.

-¿Cómo que no están?- dijo él sujetándola por los hombros.

En ese momento ya estaban todos reunidos, y el pánico que reflejaba el rostro de sus mujeres empezó a hacer presa de ellos.

- Estaban jugando al fútbol al lado de los coches, y un instante

después no estaban, ninguno de ellos, los hemos buscado pero no están.- dijo Maria entre sollozos.- Han desaparecido.

Un par de horas después, ya se había organizado una búsqueda en toda regla. Habían buscado por todas partes, les habían llamado, preguntaron a todo el que estaba por allí, y nada. Nadie los había visto y no había rastro de ellos. Sólo encontraron el balón en la zona donde estaban jugando, y la gorra de Hugo tirada en el suelo, ya que no le gustaba llevarla, y como recordaba su padre con el corazón encogido, siempre había que andar detrás de él para que no se la quitara.

Mientras el resto proseguía la búsqueda, Carlos y Eduardo se acercaron con el coche a Hoyos para dar la alarma y pedir ayuda. Al poco rato, la Guardia Civil, después de las preguntas pertinentes, que contestaron lo más pacientemente que pudieron, había organizado los grupos de búsqueda. Habían dado la descripción de los niños y alguna fotografía que llevaban encima. Grupos de voluntarios del pueblo se habían unido a la búsqueda. Llegaron ambulancias y más agentes de la Guardia Civil, y poco a poco se fue ampliando el radio de acción, extendiendo la búsqueda más y más lejos.

La búsqueda estaba dirigida por el Capitán Castilla. Había cumplido ya los cuarenta y dos años, veinte de los cuales los había pasado en el cuerpo. Era un hombre agradable, alto, de complexión fuerte, anchas espaldas, cabello rubio, con canas en las sienes y piel morena, curtida por el sol y el aire de la montaña. Su modo de actuar y de expresarse y su voz mesurada transmitían seguridad y tranquilidad. En el pasado había dirigido varias operaciones de rescate en busca de excursionistas perdidos, la mayoría de las veces con éxito, lo que en cierto modo reconfortó a los afligidos padres. Inmediatamente les explico, sobre un plano de la zona, como había organizado la búsqueda, como se iban a desplegar los diferentes grupos, los protocolos de actuación, etc. Sabía que las primeras horas eran fundamentales, por lo que no escatimarían en medios.

Incluso había solicitado un helicóptero, y le habían confirmado que dispondría de él en poco más de una hora.

Daniel y Susana se unieron a uno de los grupos de búsqueda, lo mismo que Fernando y Laura. Maria había sufrido un ataque de ansiedad, por lo que ahora descansaba en una ambulancia. Habían tenido que administrarle unos tranquilizantes y ponerle oxígeno, pues no ventilaba bien. Carlos permanecía a su lado, cogido de su mano y acariciándole el cabello. No paraba de repetirle que todo saldría bien, pero no sabía si lo decía para darle ánimos a ella o para dárselos a si mismo. Cristina también estaba muy nerviosa, por lo que ella y Eduardo también se habían quedado en lo que ahora era el centro

neurálgico de la operación de búsqueda.

El capitán Castilla estaba desconcertado. Tenía el plano extendido sobre al capó del Patrol, y el walkie que lo mantenía en contacto con los distintos grupos de búsqueda, descansaba a su lado. No podía explicarse lo que estaba ocurriendo. Esta operación era totalmente diferente a las que hasta ahora había dirigido. Lo normal era buscar excursionistas imprudentes, que pese a las advertencias de climatología adversa, persistían en internarse en la montaña, y acababan siendo sorprendidos por tormentas o nevadas, perdiéndose o quedando atrapados en la montaña, en unas condiciones climatológicas extremas, que dificultaban la operación de búsqueda y rescate. Además, en estos casos, el área a rastrear era muy amplia, pues casi nunca disponían de la información suficiente para delimitar la zona, solo de donde habían salido los excursionistas y cuales eran sus intenciones. Pero este caso era totalmente diferente. Era verano, la desaparición se había producido en pleno día, a unos metros de los padres, con testigos en los alrededores, y era un grupo de cinco niños, el mayor de seis años. ¡Por el amor de Dios, no podían haber ido tan lejos! Habían ampliado ya el radio de búsqueda hasta los ocho kilómetros y no habían encontrado nada, ni el más mínimo rastro.

Los perros habían olisqueado la ropa de los niños, pero no había servido de nada. Solo encontraron su rastro en la zona en la que los niños habían estado jugando, y se perdía en el río, y no pudieron encontrarlo al otro lado.

Aunque sabía que era absurdo, habían rastreado el río, porque las zonas más profundas no pasaban de los treinta o cuarenta centímetros en aquella época del año, y era imposible que allí se ahogara un niño, cuando menos cinco. Como era de esperar, no encontraron nada.

Tampoco parecía un secuestro. A pesar de que su experiencia le decía que en las primeras horas de una desaparición no se podía descartar ninguna opción., su mente se sentía inclinada a desechar dicha posibilidad. Los niños estaban jugando a la vista de todo el mundo. Numerosos testigos recordaban haberlos visto al lado de los coches de sus padres, y a escasos metros de donde se encontraban sus madres. Nadie recordaba haber visto a nadie acercarse a ellos, ni los habían visto en compañía de nadie. Si hubiera sido un único niño, podría entenderlo, quizá hasta dos, pero, ¿cómo puede llevarse alguien a cinco niños, a plena luz del día, a escasos metros de sus padres y a la vista de todos y no haber testigos? Era desconcertante.

No obstante, y siguiendo el protocolo habitual, había alertado y facilitado la descripción de los niños a las patrullas de carretera de la Guardia Civil y a la Policía Nacional, y habían hecho fotocopias de las fotografías de que disponían para su distribución. Apenas quedaba una

hora de luz, y a fin de evitar que alguno de los voluntarios pudiera perderse durante la noche, había ordenado a sus hombres que los trajeran de vuelta, por lo que los efectivos con los que contaba para la búsqueda, se verían reducidos durante la noche. Miró hacia donde estaban los padres, varios metros más allá de donde él se encontraba. Los maridos abrazaban a sus mujeres, tratando de reconfortarlas, aunque era evidente que ellos no estaban mucho mejor. Esperaba poder ayudarles, pero su desconcierto iba en aumento, y su confianza en el éxito de la operación disminuía a medida que pasaban las horas.

El walkie chasqueo de nuevo, y oyó la voz del sargento Lozano. -¡Aquí el sargento Lozano, capitán!-

-Adelante Lozano.

-¡Los hemos encontrado, capitán. Repito: los hemos encontrado! No podía creerlo, cuando menos lo esperaba, la suerte se ponía de su parte.

-¿Están bien?- preguntó.

-Creo que sí. Están inconscientes y muy calientes, pero respiran y tienen pulso. Hay algo más, capitán.- Hizo una tensa pausa- Todos ellos llevan puesto una especie de hábito de color blanco que lleva dibujados unos extraños símbolos en la zona del pecho.

El sargento, al igual que él, sabía lo que eso significaba. Aparentemente, y en contra de lo que él creía, si que había sido un secuestro, posiblemente llevado a cabo por algún tipo de secta o grupo de fanáticos de los que últimamente habían empezado a aparecer.

-Déme su posición, sargento. Le enviaré el helicóptero. Hay un médico a bordo. Que haga un primer reconocimiento de los niños y los trasladen al hospital más cercano para que los examinen.

El sargento Lozano le dio las coordenadas, y el capitán las marcó sobre el mapa.

-¿Está seguro sargento? Estas coordenadas están dentro del radio de búsqueda, y a escasos tres kilómetros del lugar donde desaparecieron.

-Afirmativo, señor. Las coordenadas son correctas. Estaba regresando con el grupo de voluntarios como nos había ordenado, cuando los hemos encontrado. Estaban a la vista, y en una zona que habíamos peinado previamente, y le puedo asegurar que entonces no estaban ahí.

¡Increíble!. Esto era cada vez más extraño. Los supuestos secuestradores, no solo habían retenido a los niños poco más de seis horas, sino que además, los habían devuelto muy cerca de donde se los llevaron, pasando con los cinco inconscientes y vestidos con hábitos blancos delante de sus narices y la de todas las patrullas que peinaban la zona. ¿Quien podía haber sido?¿cuál era el móvil?. Tendrían que esperar al reconocimiento médico para tener más información, se dijo, evitando pensar en lo peor, aunque sabía de la

existencia de grupos que en sus ritos incluían el abuso de menores.
-De acuerdo, sargento. Le mando el helicóptero y un grupo de hombres con los perros. Cuando se vaya el helicóptero, quédese ahí, e inspeccionen la zona. Si hay alguna pista que nos diga como han llegado ahí los niños, la encontraremos.
-A la orden, capitán.

El capitán cortó la comunicación y empezó a dar las órdenes oportunas. También se comunicó con el mando de la Policía Nacional, para informarles de la situación. Si se confirmaba que había sido un secuestro, serían ellos los que tendrían que llevar el peso de la investigación.

Se incorporaron rápidamente cuando vieron acercarse al Capitán acompañado por un par de agentes, esperando y temiendo al mismo tiempo las noticias que pudiera traerles. Cuando llegó a su lado, no se hizo esperar.
-Los hemos encontrado a todos, y están sanos y salvos- dijo. Todos rompieron a llorar y abrazarse. Después de las horas de incertidumbre, de esperar lo peor, de imaginar lo inimaginable, las palabras del capitán fueron una liberación para todos ellos. La congoja y negrura que aprisionaba sus corazones se evaporó, y la tensión que agarrotaba todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, se transformaron, como por ensalmo, en una flojera generalizada hasta el punto que a algunos tuvieron que volver a sentarse, ya que sus piernas no les sostenían. Otros se tapaban la cara con sus manos y lloraban, esta vez de alegría, dando gracias a Dios.
-Estaban inconscientes, pero aparentemente no tenían heridas. Un helicóptero los está trasladando al hospital de Avila para un examen más detallado- dijo el capitán.- Tengo un par de vehículos esperando para llevarles a ustedes allí. En menos de una hora estarán con ellos. Les daremos más detalles por el camino.
-Gracias, capitán, muchísimas gracias- dijo Carlos estrechando la mano de Castilla con ambas manos. Y todos se dirigieron hacia los vehículos, sin poder creer todavía lo que habían vivido las últimas horas.

- No me las den todavía- se dijo Castilla pensando en lo que los exámenes médicos pudieran revelar.

Cuando llegaron al hospital ya había anochecido. El capitán les había dado los detalles que conocía, y había sido muy claro al hacerles partícipes de sus sospechas.

-Es algo que no podemos descartar, - había dicho el capitán.- No digo que haya ocurrido, pero creo que deben saber que es una posibilidad y estar preparados.

Todos habían agradecido su franqueza, y ahora, en la sala de espera de urgencias del hospital, aguardaban las noticias que pudieran traerles. Castilla los había acompañado hasta la sala de espera en la que se encontraban y luego había pasado a la zona de observación. Desde entonces no lo habían vuelto a ver. Los dos agentes que les habían acompañado les trajeron unos cafés y unos bollos. El café caliente les ayudo a templar el cuerpo, y los bollos les permitirían recuperar fuerzas.

Aunque la noche no era fría, la temperatura había descendido, y Avila no era como Madrid. Aquí el salto térmico entre la noche y el día era mucho mayor, y todos ellos llevaban pantalón corto y camisetas de manga corta o tirantes. Esto, unido a la tensión y fatiga acumulada hacía que sus cuerpos se estremecieran entre escalofríos, por lo que todos agradecieron el detalle a los agentes. Mientras bebían y trataban de comer, hablaban unos con otros, dándose ánimos, y diciéndose unos otros que lo importante es que habían encontrado a sus niños. Lo que viniera después lo superarían todos juntos. Se volcarían en ellos, colmándoles de cariño y atenciones. Con el tiempo, recordarían esto como un mal sueño.

Media hora más tarde, vieron aparecer al capitán Castilla, acompañado de un hombre vestido con pantalón vaquero y camisa azul de manga corta, y una mujer con mono verde y bata blanca, que la distinguía como médico.

Se pusieron en pie, y esperaron al grupo de tres que se acercaba hacia ellos.

-Les presento al comisario Carreño, de la Policía Nacional en Avila. El llevará su caso de ahora en adelante. Ella es la doctora Martín, directora de urgencias. Ellos les pondrán al día de la situación.

Después de estrechar la mano de todos ellos e intercambiar los saludos de rigor, la doctora empezó a hablar.

-Bueno, creo que tengo buenas noticias. No hemos encontrado heridas importantes, ni signos de abusos sexuales. Aunque nos dijeron que al encontrarlos la temperatura de sus cuerpos era muy elevada, cuando llegaron aquí, esta era normal, así como sus constantes vitales, en un estado de inconsciencia muy similar al que produce el sueño, sin presentar síntomas de golpes de ningún tipo. Han recuperado la consciencia hace poco más de media hora, y la verdad, parecía que se acababan de despertar de la siesta.

-Hemos hablado con ellos- continuó el comisario- y lo último que recuerdan es estar jugando al fútbol y después despertarse aquí.

-Aparentemente tienen un agujero en su memoria que cubre todo ese espacio de tiempo, por lo que queremos mantenerles en observación esta noche y realizar más pruebas para descartar posibles lesiones.- dijo la doctora.- Y también queremos realizar algunos análisis para ver

si han sido drogados con algún tipo de sustancia.
-Quizá sea mejor así. Me refiero a no recordar nada de lo que ha ocurrido hoy.- dijo Eduardo- ¿Podemos verlos?- preguntó Laura.
-Una cosa más antes de que pasen- dijo la doctora- . Todos se quedaron expectantes.- Todos los niños- continuó- tienen unos extraños dibujos y símbolos grabados en diferentes partes de su cuerpo. No sabemos como se han producido. No están pintadas, ni tatuadas, y desde luego no están grabados a fuego.
-Los símbolos son similares a los que estaban grabados en los hábitos con los que fueron encontraros, - continuó el comisario- pero como dice la doctora, no sabemos como pueden habérselos hecho. Lo cierto es que a los niños ni les duele ni les molesta. - dijo el comisario.
-Es más, ahora parece hacerles mucha gracia, no hacen más que comparar unos con otros para ver cual es más bonito- dijo la doctora sonriendo- A parte de eso y la laguna de memoria, los niños se encuentran perfectamente, pero para su tranquilidad y la mía, les mantendremos aquí hasta mañana para realizar las pruebas que les he comentado. Y ahora si me acompañan, les llevaré a ver a sus hijos.

Se despidieron del comisario y del capitán, dándoles las gracias una vez más, y siguieron a la doctora para reunirse con los niños. Castilla los vio alejarse. Al final podían considerarse afortunados. Los niños habían aparecido sin daños aparentes, y sin recordar nada de lo que había pasado. Como había dicho uno de los padres, fuera lo que fuera lo que había ocurrido, lo mejor para los niños sería que nunca recordaran nada.
-Bueno comisario, yo también me voy- dijo tendiendo la mano- Si necesita ayuda en este caso no dude en llamarme.- el comisario estrechó su mano- ¿Sabe? No me gustaría estar en su posición. Creo que en este caso no llegaremos mucho más lejos.
-Estoy de acuerdo con usted, pero al menos los niños han aparecido y están bien, que es mucho más de lo que ocurre en otras ocasiones. Gracias por todo capitán, y no se preocupe, estaremos en contacto. Que yo lleve el caso no quiere decir que usted vaya a librarse- respondió el comisario sonriendo.

No lo dudo comisario, no lo dudo- y dándose la vuelta se dirigió hacia la salida.

2. Versalles. 7 de Septiembre de 2.009

El despertador sonó a las 6:15. Después del fin de semana siempre le resultaba un poco más duro levantarse, pero Javier no era de los que remoloneaba en la cama hasta el último momento. Se levantó, y después de lavarse la cara con agua fría para despejarse, se dirigió a la cocina y se preparó un zumo de naranja. Vivía en un pequeño apartamento en el 139 del Boulevar de la Reine, en la zona centro de Versalles.

El apartamento constaba de dos dormitorios, un baño, la cocina y un amplio salón. Además de los muebles habituales -un par de estanterías de IKEA para sus libros, el sofá, la televisión y el DVD- había habilitado una zona para instalar una mesa con un potente ordenador, impresora, fax, etc, todo ello evidentemente, conectado a las pistas de información disponibles hoy en día. Era, como el decía, su pequeño despacho en casa.

En el otro dormitorio, había instalado un pequeño taller de carpintería y bricolaje, con todas las herramientas necesarias para poder disfrutar de una de sus grandes aficiones. Aquí era donde, cuando estaba en casa, pasaba gran parte de su tiempo. Muchos de los muebles que tenía en su casa los había fabricado el mismo, así como las maquetas y replicas de aviones que adornaban el salón y las estanterías de su dormitorio. Tenía una gran habilidad manual que además había desarrollado y mejorado con años de práctica.

Hacía algo más de tres años que se había instalado allí, cuando empezó a trabajar en el Tecnocentro de Renault, ubicado a poco más de diez kilómetros de Versalles.

Una vez hubo terminado brillantemente la carrera de Ingeniería Aeronáutica, y tras un breve paso por una empresa de fabricación de componentes para el sector aeronáutico, Renault lo contrató para trabajar en el departamento de Aerodinámica de Vehículo, integrado en el área de Diseño de nuevos modelos. Después de tomarse el zumo, volvió al dormitorio, se puso su ropa de deporte, se calzo las zapatillas, y tras realizar unos breves ejercicios de calentamiento, cogió su i-pod, y como cada mañana, salió a la calle a correr, dispuesto a disfrutar de los hermosos parques y bosques que Versalles ponía a su disposición. Media hora y siete kilómetros después regresó a su casa. - No está mal- se dijo mirando el reloj. En Diciembre cumpliría los 31 años, pero seguía conservando el mismo tono físico que a los veinte, a pesar de no entrenar tanto como cuando era

estudiante. Subió hasta su casa corriendo por las escaleras, y después de una serie de abdominales y otra de flexiones se dirigió hacia el baño. Después de la ducha, se enrolló la toalla a la cintura y se colocó frente al lavabo para afeitarse. Pudo ver su imagen reflejada en el espejo incrustado en la pared. Su figura era estilizada. Con algo más de metro ochenta de estatura, cuerpo fibroso, vientre plano y musculatura marcada gracias al ejercicio físico y a su genética, podía decirse que su cuerpo era de los que llamaban la atención. Pero lo que sin duda más llamaba la atención era su cabello. Mientras que su hermana tenía el mismo pelo rubio que su madre, el tenía el mismo tono pelirrojo que su padre. Sus ojos eran marrones, y aunque su rostro no era de los que hacía que una mujer se volviera a mirarlo dos veces, el conjunto resultaba atractivo. Javier se quedo mirando las extrañas marcas que tenía en el pecho, y como casi siempre le ocurría, no puedo evitar deslizar suavemente sus dedos sobre el ligero relieve de los símbolos y dibujos. Las marcas, eran de un suave color gris, que resaltaban ligeramente sobre el color de su piel. No eran muy grandes, y si no estaba moreno, apenas se veían, pero él trataba de ocultarlas siempre que podía. No se sentía cómodo si tenía que mostrarlas. El dibujo representaba una especie de caballo alado, y bajo él, unos extraños símbolos agrupados a modo de palabras. Desde luego, si eran palabras, nadie había sabido identificar en que lengua estaban escritas, ni siquiera su hermana Lucía, que lo había intentado -y lo seguía intentando- a través de sus contactos en el mundo académico

Aunque sus padres les habían relatado lo que vivieron aquel día en que desaparecieron con sus amigos y fueron encontrados unas horas después, ni él, ni el resto del grupo, habían logrado recordar que había pasado durante el tiempo que estuvieron desaparecidos. Recordaba vagamente el día de campo, los juegos con el resto de la pandilla y retazos de imágenes deslavazadas de la estancia en el hospital, pero nada más.

Salió de sus ensoñaciones, y viendo la hora, comenzó a prepararse rápidamente para ir al trabajo. Media hora más tarde, vestido con unos tejanos y una camisa, y después de un frugal desayuno, circulaba con su coche por las calles de Versalles para cubrir la distancia que separaba su casa del Tecnocentro de Renault.

-Está claro que algo no está bien.- Dijo Jean Marc mirando los datos en la pantalla del ordenador. - En ninguna de las simulaciones que hemos realizado en el túnel del viento hemos obtenido resultados satisfactorios.

Jean Marc era un tipo grande y bonachón, de raza negra, cara redonda, y una abundante mata de pelo negro y rizado. Ya trabajaba en el departamento cuando Javier llegó. Era seis años mayor que él,

pero eso no había impedido que enseguida se hicieran buenos amigos.
-Si, pero hemos ido mejorando ¿no?- respondió Javier- Creo que estamos en el buen camino y al final lo conseguiremos.
-Si, pero la semana que viene los jefes esperan un informe de la situación, y eso quiere decir que esperan que el jodido informe diga lo que quieren oír: que está todo bien.
-Hay que verlo por el lado bueno- contestó Javier sonriendo- Tenemos toda la semana por delante. Además, estoy convencido que con las modificaciones que hemos pedido a los modelistas, mejoraremos muchísimo el coeficiente aerodinámico de la carrocería. Creo que en la próxima prueba obtendremos los resultados esperados.
-Espero que tengas razón, genio.
-Estoy seguro, no te preocupe. Venga, te invito a un café, que te veo un poquito agobiado esta mañana.

Salieron de la oficina y se dirigieron a la cafetería habitual, donde todos los días, a media mañana solían sentarse para relajarse y charlar un rato. Dentro del Tecnocentro había múltiples cafeterías, restaurantes, tiendas, incluso había cine, biblioteca, gimnasio, etc. Muchos empleados aprovechaban para hacer las compras allí antes de regresar a casa, otros acudían al gimnasio a la hora de comer o al finalizar la jornada, incluso los había que se quedaban a cenar. Jean Marc y Javier siempre acudían a la misma cafetería, algunas veces acompañados por otros compañeros del departamento, y rara vez, a parte del restaurante donde comían, hacían uso del resto de servicios que tenían a su disposición.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana. Javier pidió un café con leche y un croissant con mantequilla y mermelada, y Jean Marc un descafeinado con sacarina.
-Joder, no puedo entender como no engordas. Te pasas el día comiendo y no coges ni un gramo. - dijo Jean Marc.
¿Has pensado en moverte un poco más y beber menos cerveza?- respondió Javier con sorna.
-¡Eh, tengo que cuidar mis abdominales!- replicó Jean Marc acariciando su prominente barriga.- Bueno, cambiemos de tema. Venga, cuéntame, ¿que te pareció Sylvie?- preguntó con sonrisa burlona.- Creo que hicisteis muy buenas migas, ¿no?.

Sylvie era la hermana pequeña y ojito derecho de Jean Marc. Siempre le había hablado de ella y se veía a la legua que sentía debilidad por ella.

Hacía solo un par de semanas que la habían trasladado a París, y Jean Marc había organizado el sábado una cena en su casa para que fuera conociendo gente. Había invitado a Javier, y su mujer, a un par de compañeras del trabajo. La verdad es que a Javier le había gustado Sylvie desde el primer momento. Era un par de años menor que él, de

estatura media, complexión atlética, y bien proporcionada. Su melena negra y ondulada enmarcaba un bello rostro, de piel cobriza, ojos negros, y labios carnosos. Javier se había sentido inmediatamente atraído por ella -y quien no-, pero sobre todo, lo que más le había gustado era su personalidad: era jovial y divertida, extrovertida, inteligente y con sentido del humor. Enseguida se había sentido cómodo y relajado con ella, a pesar de que siempre se había sentido intimidado ante una mujer hermosa, y Sylvie era una esas mujeres con un encanto especial.

-Bueno, la verdad es que tu hermana es muy simpática. ¿Seguro que es tu hermana? Nadie diría que sois familia.

-¿Solo simpática? Me decepcionas. ¡Yo que creí que podía haber algo entre mi hermanita y mi mejor amigo...!.- La mirada de Jean Marc reflejaba que lo estaba pasando en grande.

-Venga Jean Marc, en serio. Tu hermana me pareció una chica estupenda, y bueno..., está muy buena, no te lo voy a negar. Además, me encontré muy a gusto con ella, pero ¿no crees que es un poquito pronto para que empieces con tus coñas? Joder, si acabo de conocerla.

-En fin, si tú lo dices.... Bueno, toma- dijo sacando un papel del bolsillo de la camisa.

Javier cogió el papel que le tendía su amigo y vio unos números escritos en el. Lo miró extrañado y preguntó: -¿Qué es esto?.

-Son los números de teléfono de mi hermana, el de casa y el móvil. Me ha dicho que la llames y la invites a cenar. Como tú no se los pediste ayer, me encargó que yo te los diera.

Javier se quedó mirando a su Jean Marc con incredulidad.

-¿Te los ha dado ella y ha dicho que la llame?¿No será otra jugarreta de las tuyas?

-Estas atontado, tío. Es que no te enteras de nada. Todos los que estábamos allí nos dimos cuenta de la manera en que conectasteis. Todos menos tu, claro. Cuando te fuiste, no hizo más que hablar de ti: que qué simpático, que majo, ¡si hasta dice que eres guapo! Es más, ¡hasta esa estúpida manía tuya de tirarte desde cualquier montaña que se ponga a tiro colgado de un cacho de tela le pareció «apasionante»! ¡Y eso que mi hermana tiene vértigo!

Javier le había hablado a Sylvie de su pasión por el parapente, el ala delta y todo tipo de vuelos sin motor. Normalmente la gente lo tachaba de «pirado», y enseguida perdía interés por el tema, cambiando rápidamente de conversación, pero con ella había sido diferente. No paró de hacerle preguntas y él se había explicado a fondo, dando todo tipo de detalles. Al final, ella le dijo que lo envidiaba. A ella le encantaría probar que se siente al flotar por el aire sin más ayuda que la de un parapente, pero su vértigo se lo impedía.

Se quedó pensativo mirando el papel que tenía en la mano. Al cabo

de unos instantes levantó la vista, y vio que su amigo tenía el semblante serio.
-¿Sabes que es lo que más le impresionó de ti? Que no vio en ti el más mínimo gesto, ni cambio de comportamiento, cuando te dijo que era detective de homicidios del cuerpo de policía.- dijo Jean Marc.
-¿Y que tiene eso de especial? ¿Por qué tendría que haber cambiado de actitud?
-Muchos hombres se sienten intimidados ante una mujer que lleva pistola, que está acostumbrada a tratar con criminales de la peor calaña, y que ha visto lo que ha visto. Es muy buena en lo que hace, por eso la han traído a París, pero digamos que su trabajo ha sido un lastre a la hora de entablar una relación sentimental estable. Efectivamente, Sylvie, le había contado que este traslado era una promoción y una oportunidad para ella. Había hablado de su trabajo con pasión, y la verdad, en ningún momento se había sentido incómodo hablando con ella, más bien todo lo contrario.
-Bueno que, ¿la vas a llamar?- preguntó Jean Marc-.
-¿Crees que debo llamarla?- Mira tío, conozco a mi hermanita, y bajo su apariencia de poli dura, sé que es una tía cariñosa, que necesita de alguien que la quiera y se preocupe por ella, que la haga sentirse protegida. Y no es de las que se cuelga de un tío fácilmente, pero por la forma en que te hablaba y te miraba, y la tabarra que me dio cuando te fuiste, si no la llamas es que eres más tonto de lo que pensaba. - Y después de una pausa preguntó: ¿la llamarás?
Javier sonrió, y guardándose el papel en el bolsillo trasero de los tejanos contestó:
-Si, la llamaré-dijo-
-Bien. Ahora solo me preocupa una cosa. - dijo Jean Marc.
-¿Qué? -preguntó Javier.
-¿Sabes que vuestros hijos pueden ser mulatos con pelo naranja?¡No me lo quiero ni imaginar!
-¡Pero que cabronazo eres! -contestó Javier sonriendo.

3. Madrid, 7 de Septiembre de 2.009

Lucía levantó la vista del libro cuando oyó el sonido de su móvil. Estaba tan absorta en la lectura, que había perdido la noción del tiempo.

Miró la pantalla y vio la identificación de la llamada.

-Mierda, lo había olvidado.- Cogió el teléfono y descolgó.

-Si Hugo, ya estoy de camino- dijo cerrando el libro y apagando el ordenador.

-Te has vuelto a olvidar, ¿eh?- respondió Hugo.

-No, de verdad, ya estoy saliendo. En cinco minutos estoy ahí.- Puso el libro sobre el montón que tenía en el escritorio, cogió su bolso y salió del despacho- ¿Qué tal el examen?

-Cuando llegues te lo cuento. Venga date prisa. - contestó la voz al otro lado de la línea antes de colgar.

Aceleró el paso, y avanzó por los pasillos de la facultad esquivando a los alumnos, mientras se recogía bien el pelo en la coleta. No podía creer que hubiese olvidado su cita para comer, precisamente hoy. No se habían visto desde el mes de Julio, cuando Hugo les anunció que se iba a pasar la primera quincena de Agosto con Alejandro. Este le había invitado a su casa en Yokohama y sacado un billete de avión.

-No pienso ir a España este verano,- le dijo- así que si quieres que nos veamos, tendrás que venir tú. Además, no querrás que pierda el dinero del billete ¿verdad?

Hugo no se lo pensó dos veces. Hizo la maleta y se fue. Aunque habían hablado por teléfono, la verdad es que estaba ansiosa por verlo, que le contara los detalles del viaje y saber como había encontrado a Alejandro. Además, y lo que era más importante, esta mañana Hugo se había examinado de la última asignatura de la carrera de medicina. Si aprobaba, podría empezar la especialidad y el MIR, y lo que para él era más importante, aprender en un hospital, en contacto con los pacientes, haciendo aquello que en él era pura vocación: practicar la medicina.

De todos ellos, Hugo era el que más difícil lo había tenido. A los diecinueve años había perdido trágicamente a sus padres. Recordaba aquel día como si fuera hoy. Volvían todos de Madrid a la Rozas, después de celebrar el cumpleaños de Alicia. Alejandro conducía, y Hugo iba junto a él en el asiento delantero. Alicia, Javier y ella iban en el asiento trasero. Iban riendo y bromeando. “Los cinco”, se llamaban a ellos mismos, haciendo referencia a las novelas de Enid Blyton que habían leído de pequeños. Eran amigos desde la infancia, -

y lo seremos para siempre- se decían unos a otros. De pronto Hugo se quedó callado, pálido.
-¿Qué te pasa? - preguntó Alejandro.
-Ha ocurrido algo. Algo terrible - contestó Hugo. - Llévame a casa, rápido - añadió al borde de un ataque de pánico.

Cuando estaban llegando a casa de Hugo, vieron las luces de las ambulancias y los camiones de bomberos, el humo, el ir y venir de la policía. Había habido una explosión por un escape de gas. Los padres de Hugo, y cuatro vecinos más murieron, otros doce resultaron heridos. Ninguno de ellos se atrevió a preguntar a Hugo como lo había sabido.

Su padre y su madre eran hijos únicos, y el único pariente vivo que tenía era su abuela -la madre de su madre-, que aunque destrozada por la muerte de su hija, se volcó con su nieto. Juntos, se ayudaron a sobrellevar la desgracia. Así fue como Hugo se traslado a vivir con su abuela, y como, debido a la escasez de recursos de esta -sólo disponía de una pensión de viudedad-, tuvo que empezar a trabajar para ayudar a su abuela y costearse la carrera. Así, por las tardes acudía a la facultad, trabajaba por las noches y dormía por las mañanas, aunque tanto las prácticas que a veces tenía que realizar, como las horas que dedicaba a estudiar, le dejaban muy poco tiempo para el descanso.

Mientras los jóvenes de su edad salían los fines de semana, iban a discotecas, conciertos, al cine, etc, él los pasaba recuperando horas de sueño y estudiando.

Todos ellos habían estado a su lado y lo habían ayudado en todo lo que habían podido, pero especialmente Alejandro. Su ayuda y apoyo durante los primeros meses fueron fundamentales para que Hugo pudiera seguir adelante con su vida. Durante ese tiempo, los fines de semana solía comprar unas pizzas y alquilar alguna peli, y se iba a casa de Hugo y su abuela a cenar. Les hacía recados si lo necesitaban, iba a la facultad a recogerle los apuntes cuando él no podía ir o se quedaba dormido de puro agotamiento. En fin, todo aquello que estaba en su mano.

Desde pequeño, Alejandro se había comportado como si Hugo fuera su hermano pequeño, y él y Javier siempre habían dejado que jugase con ellos.

Lucía todavía recordaba, como a los ocho años, Alejandro se había pegado con tres niños de su clase que tuvieron la desafortunada idea de meterse con Hugo. Aquel día Javier estaba en casa con gripe y Alejandro había vuelto a clase a buscar el bocadillo que se había dejado olvidado. Por entonces Hugo tenía cinco años y era un niño bajito, gordito y torpón, que en algunas ocasiones era blanco de las crueles burlas de otros niños. Aquella vez fue diferente. Durante un

recreo, tres niños rodearon a Hugo con intención de quitarle su bocadillo y pasar un rato divertido a su costa. - ¡Trae aquí ese bocadillo. A ti no te hace falta, gordinflón!- le decían mientras se reían.

Hugo se resistió y acabó en el suelo de tierra del patio del colegió, empujado por uno de los niños, con tan mala suerte que se dio de morros con uno de los bancos de piedra que había, partiéndose al labio. En el preciso instante que eso ocurría Alejandro regresó al patio. Cuando vio lo que ocurría, cruzó el patio como una exhalación, y se abalanzó sobre el niño que había derribado a Hugo, tirándolo al suelo y echándose encima de él. Cuando los otros dos fueron a ayudar a su amigo, Alejandro no se amilanó, si no que se revolvió contra ellos soltando puñetazos y patadas, arañando y mordiendo como un loco. Aunque no era un niño grande, ya por entonces era pura fibra y nervio, y muy fuerte para su edad. Cuando por fin llegaron los profesores a separarlos, no se podía decir quien había llevado la peor parte, si él, o los otros tres. Desde entonces, ningún niño volvió a meterse con Hugo. Alejandro y Hugo eran el complemento uno del otro: mientras uno era temperamental e inquieto, el otro era tranquilo y pausado, y con el tiempo su amistad se fue haciendo más y más fuerte. Junto con Javier, habían sido un trío de amigos inseparables. A pesar de todo lo que había sufrido, Hugo tenía un carácter alegre y, extrovertido, de trato fácil, y en su mirada transmitía sinceridad y franqueza. En él no había maldad, ni lugar para el rencor o la envidia.

En los peores momentos del grupo, el había sido -y seguía siendo- el nexo de unión. Después de lo de Alejandro y Alicia, él no tomo parte por ninguno de los dos. Aunque sabía que Alicia estaba cometiendo un gran error, y así se lo hizo saber, también le dijo, que hiciera lo que hiciera, siempre podría contar con su amistad y apoyo. Al principió, Alejandro no se tomó nada bien que él no se pusiera incondicionalmente de su lado, pero poco a poco fue haciendo razonar a su amigo. Finalmente le convenció de que no podía hacerle elegir entre uno y otro, ya que ambos eran sus amigos y quería que así siguiera siendo. Como casi siempre ocurría, Alejandro, pasada la ofuscación inicial, entró en razón, entendió que su amigo tenía razón y aceptó la situación. Además, para él era imposible estar enfadado durante mucho tiempo con Hugo.

Lucía entró en la cafetería de la facultad, y paseó su mirada por la barra y las mesas. A esa hora no había demasiada gente, por lo que al cabo de unos instantes lo localizó en una de las mesas del fondo, jugueteando con el teléfono móvil.

Muy poco quedaba de aquel niño gordito de la infancia. Durante la adolescencia había pegado un estirón, perdido peso y su rostro redondito se había afilado, dando paso al joven que ahora era. Aunque

no era excesivamente alto y todavía tenía algún que otro kilito de más, su pelo negro y rizado, que siempre llevaba cuidadosamente arreglado, su piel morena, sus profundos ojos negros y su natural simpatía y espontaneidad completaban un conjunto más que agradable. Vestía bermudas color crema y un polo blanco de manga corta que resaltaba aun más el color de su piel. No le quedó más remedio que reconocer que estaba guapo. Respiró profundamente y se dirigió hacia la mesa donde se encontraba.

Hugo pulsó el botón de envío en su móvil y levanto la vista. Enseguida vio la menuda figura de Lucía acercándose hacía él. Vestía unos vaqueros y una amplia camisa azul claro de manga larga que llevaba por fuera del pantalón, intentando disimular «esas pequeñas imperfecciones» como ella, irónicamente, llamaba a esos kilitos de más. Su pelo, liso y rubio, lo tenía recogido en una cola de caballo, y sus ojos se escondían tras sus inseparables gafas. Su rostro redondo, su nariz respingona, y su piel clara sin apenas maquillaje completaban su eterno aspecto de empollona, la pequeña ratita de biblioteca, como Alejandro la llamaba. Siempre llevaba manga larga, ya fuera invierno o verano. Hugo sabía que si su figura era un tema por el que nunca se había preocupado demasiado, las marcas que tenía en sus antebrazos eran otro cantar. Siempre la habían obsesionado y avergonzado. Nunca las mostraba a nadie y todavía hoy, después del tiempo transcurrido seguía tratando de descifrar su significado. A diferencia del resto, ella era la única que no tenía grabado ningún dibujo, únicamente símbolos a modo de palabras y frases, que cubrían toda la parte interna de ambos antebrazos.

En cierto modo, parecía como si esas marcas y su obsesión por ellas la hubiesen condicionado desde pequeña. Siempre le interesaron los idiomas y otras lenguas. En el colegio, cuando ellos iban a natación o a pintura ella ya estudiaba inglés y francés. En el instituto eligió la rama de humanidades, y como no podía ser de otra forma, destacó en las asignaturas de latín y griego. Al terminar este ya tenía el título oficial de la escuela de idiomas de Ingles, Francés y Alemán, y estudiaba Japonés. En la universidad se matriculó en filología, especializándose en lenguas muertas, al tiempo que tomó clases particulares de árabe con una compañera musulmana, hija de inmigrantes, que conoció en la Universidad. Fue la número uno de su promoción, por lo que después de finalizar brillantemente el doctorado, no tuvo problemas para permanecer en la Universidad, ahora como profesora adjunta, - Hugo no tenía duda de que algún día obtendría una plaza de catedrática -, dedicando gran parte de su tiempo a la investigación, colaborando con museos y arqueólogos. A pesar de su juventud, ya tenía una reputación importante en los círculos académicos, y había publicado varios artículos en revistas

especializadas con una acogida más que aceptable.

A pesar de todo esto, nunca había encontrado ninguna lengua, manuscrito o resto arqueológico que contuviera nada ni remotamente parecido a lo que ella llevaba grabado en su propio cuerpo. Sus amigos la decían que quizá aquello fuera obra de un loco, que eran símbolos sin sentido, inventados, pero algo en su interior le decía que todo aquello tenía un significado, y que todos ellos, tenían aquellos símbolos y dibujos grabados en su cuerpo por algún motivo.

Hugo se levantó y fue hacia ella. Sonriendo, se dieron dos besos y se sentaron, uno en frente del otro.

-Bueno que, ¿cómo ha ido el examen? No me tengas más en vilo- dijo Lucía.

-No debería decirte nada. Somos los únicos que vivimos en la misma ciudad, y eres la última en mostrar un poquito de interés por mi. Todos los demás ya me han llamado- replicó el burlonamente.

-Lo siento, he estado muy liada con los exámenes de Septiembre, un artículo que tengo que terminar, las....

-Vale, vale, que era broma, mujer. Bueno, creo que aprobaré. El examen me ha salido genial.

Lucía soltó un pequeño grito de alegría.

-¡Enhorabuena!. No sabes como me alegro. Esto tenemos que celebrarlo ¿no?

-Claro. Hoy te invito a comer, pero no aquí. Y te vas a tomar la tarde libre. ¡Ya está bien de comer deprisa y corriendo en la cafetería de la facultad!.- dijo Hugo.

-Pero...

-Ni pero ni nada. Ya se lo que vas a decir: que tienes mucho trabajo, que no puedes, bla, bla, bla. Pero esta vez no me vas a chafar la tarde. ¡Venga levántate! Tengo mesa reservada en un sitio especial.

Y sin decir más se levantó, la cogió de la mano y tirando de ella salieron de la cafetería.

Casi tres horas después estaban en los postres y charlaban animadamente. Hugo la había llevado al restaurante «La Leyenda». Era un restaurante muy cercano a Las Rozas, a la derecha de la A-6 en sentido Madrid. La comida era de excelente calidad, el ambiente agradable y allí habían celebrado muchos de los eventos importantes de sus vidas, incluida la cena a la que Lucía invitó a todos cuando terminó sus estudios universitarios, y la boda de Alicia. Precisamente esa fue la última vez que estuvieron allí. Hugo le había contado como había pasado las vacaciones. Alejandro había invitado a Javier y a Hugo a pasar quince días en su casa de Yokohama, y había pagado el billete de avión de Hugo. Alejandro les había llevado de recorrido turístico por Japón. Habían visitado Kyoto, antigua capital del país del sol naciente, y con Alejandro como guía, habían visitado los

numerosos palacios de la época imperial: el castillo de Nijo, el Golden Pavilion, los hermosos jardines, el Palacio Imperial.... Habían paseado por Gion, el antiguo barrio de las Geishas y asistido a la ceremonia del té y a una representación de Kabuki - teatro representado solo por hombres, que formaba parte de la tradición japonesa- en Gion Corner, un famoso local de Kyoto, principalmente dedicado a los turistas.

Después habían visitado Hiroshima, donde además de visitar la hermosa isla de Mijoyima, habían asistido, el 6 de Agosto a la Ceremonia Conmemorativa de la Paz, que se celebraba en esa ciudad cada año, en el Parque de la Paz, erigido en el lugar donde se hizo estallar la primera bomba atómica de la historia. Hugo le enseño la foto del A-Bomb Dome, uno de los escasos edificios que no quedó reducido a cenizas cuando cayó la bomba y que habían conservado como estaba desde entonces, como recuerdo de lo que allí ocurrió. También le contó lo mucho que le había impresionado el museo de la bomba atómica y como había firmado, emocionado, en el libro de la paz.

Habían hecho una excursión nocturna al monte Fuji para ver amanecer, que según Alejandro era algo típico en Japón durante los meses de verano.

Por supuesto habían paseado por la bahía de Tokyo, por la calle Ginza, que era a Tokyo lo que la Castellana a Madrid, admirando las lujosas e imponentes tiendas: Tiffanys, Gucchi, Armani, Versace, etc -hasta hay un Zara enorme- le explicó Hugo. Le enseño fotos de todo esto, y de ellos tres en la bahía de Yokohama, en Osaka, cenando en un típico restaurante Japonés, sentados en un tatami y comiendo con palillos y otras muchas. -¿Qué tal la comida Japonesa?- preguntó Lucía.

-Puf, no me hables. No puedo con el pescado crudo. Afortunadamente hay otras cosas más comestibles, pero no me preguntes el qué, porque se me han olvidado los nombres.

Lucía se quedó contemplando la foto. Allí estaban los tres. Sonrientes, felices, pasándolo en grande, como en los viejos tiempos.

Alejandro tenía mejor aspecto que nunca. Tenía el pelo muy rubio, cortado a cepillo y estaba muy moreno. La camiseta que llevaba en la foto revelaba que seguía en tan buena forma física como siempre.

-Por lo que se ve Alejandro sigue haciendo deporte- dijo en voz alta.

-Si. Aunque allí no hay mucho campo para hacer ejercicio al aire libre, se ha apuntado a un gimnasio y va todos los días un par de horas. -respondió él.

-Está loco.

-No lo sabes tu bien. Ahora le ha dado por el Kung-fu, y tiene en casa un par de catanas, que además parece que sabe manejar. Ya sabes, aquello es la cuna de las artes marciales, y dice que su shensei, es uno

de los de más prestigio de Japón.

Alejandro siempre había tenido unas cualidades físicas asombrosas para la práctica del deporte. Había probado de todo. Desde deportes de equipo -como el baloncesto, hockey sobre patines o volley ball-, a una infinidad de deportes individuales: atletismo, ciclismo, natación -y después triatlón- piragüismo, esquí, windsurf, snow board, skate board, e incluso la gimnasia deportiva -le gustaba especialmente los ejercicios de suelo y potro- y en su última etapa en Madrid, el parkour o freeruning. A pesar de sus cualidades y de destacar rápidamente en muchos de los deportes que había practicado, nunca había pensado en competir seriamente. De habérselo propuesto, podría haberse dedicado profesionalmente a algún deporte, pero eso no le atraía. Le gustaba probar cosas diferentes.

Entre los muchos deportes que había probado, había practicado Taekwondo desde pequeño, llegando a cinturón negro 2° Dan, y el único deporte en el que había competido medianamente en serio, llegando a ser campeón regional en categoría de peso medio. A Lucía no le sorprendió mucho la noticia, por lo que se limitó a sonreír.

-¡Ah, y se ha comprado otra moto! Una Suzuki, creo, como esas de las carreras.

-Tampoco me sorprende demasiado. Después de aquello, siempre quiso comprase otra, y si no se la compro antes fue por no dar un disgusto a su madre.

Lucía se quedo mirando la foto por unos instantes, y a continuación preguntó:

-Ahora en serio. ¿Cómo está? Ambos sabían a que se refería.

-No tengo ni idea. Es el único tema del que no puedo hablar con él. Es un tema prohibido.

-¿Crees que lo ha superado?- preguntó ella.

-No lo sé.

-¿No lo sabes? ¡Venga ya!

Lucía sabía que Hugo, era una persona muy intuitiva, con una empatía fuera de lo común. Tenía una habilidad especial para leer en los corazones de la gente cercana. Intuía sus preocupaciones, sus miedos, sus sentimientos más profundos. No sabían como, pero era así, por lo que le sorprendía la respuesta, sobre todo cuando esta se refería a su mejor amigo.

-No, de verdad. No tengo ni idea. Se ha vuelto muy hermético sobre este asunto. Es como si hubiera enterrado el asunto bajo capas y capas de tierra. No sé si sigue enamorado, está resentido, o despechado. No lo sé, pero si tuviera que apostar diría que todavía no lo ha superado.

-¡Ojala conociera a alguien! - dijo Lucía en voz alta.

-Dice que las japonesas no son su tipo.

-¿Y el tuyo?

Ambos rieron ante la pregunta.
-Tampoco. Tu sabes que tipo de chica es mi tipo- dijo él con una mirada picara y media sonrisa.
-Si claro que lo sé. La enfermera rubia del hospital que te tiene sorbido el seso ¿verdad? Por cierto ¿ha habido algún avance digno de mención?
-Todavía no, pero de esta semana no pasa que la invite a tomar algo- dijo sonriendo.

Hugo siempre había tenido bastante éxito entre las mujeres, pero las pocas veces que había decidido dar el paso con alguna, se había estrellado estrepitosamente. Lucía no entendía como alguien que era tan intuitivo, era incapaz de dar una a derechas cuando se trataba de una mujer que le atrajera.
-Debe ser que el enamoramiento obstruye los sentidos- pensó ella. Lucía levantó su copa de vino y dijo:
-Entonces brindo por el éxito de tu misión.

Ambos brindaron. Lucía deseaba fervientemente que esta vez Hugo hubiera escogido bien. Si algo quería, por encima de todo, es que él fuera feliz.

4. Yokohama, 7 Septiembre 2.009

- Entonces está claro. El problema de acceso a esta zona lo podemos realizar con unas bocallaves especiales que hay que diseñar y construir específicamente para este montaje. No vale ningún elemento comercial- dijo Alejandro mirando la imagen 3D que tenían en pantalla.
-Estoy de acuerdo -respondió Takeshi. Takeshi Kuramoto era el Project Manager del proyecto YE27, que era el nombre del nuevo motor que se estaba desarrollando en la planta de Nissan en Yokohama. El proyecto había pasado ya la fase de diseño y estaba en la fase de montaje de los lotes de preproducción, antes de iniciar la fabricación en serie definitiva. Después de su lanzamiento en Japón, estaba previsto su fabricación en Europa, en la planta de transmisiones de Nissan en Barcelona. Por eso estaba Alejandro allí. Se había integrado desde el principio en el equipo de proyecto para el lanzamiento en Japón, para luego volver a España y poner en producción el motor en las líneas de montaje de la planta de Barcelona. Había participado en el montaje de los primeros prototipos, todavía en fase de diseño, en la confección de la documentación de montaje, en la definición de las líneas y máquinas necesarias para el montaje, y por supuesto en el primer lote de preproducción, siguiendo las distintas incidencias que habían surgido, y estudiando, junto con la gente de Diseño, contramedidas que debían estar operativas para el montaje del segundo y definitivo lote de preproducción antes de la fabricación en serie.
-Hay que probarlo en el montaje del lote de la próxima semana. -añadió Alejandro.
-Si. Yukio, tu y tu gente os encargareis de diseñar las bocas y pasar los planos al taller para mecanizarlas y tenerlas disponibles la semana que viene.
-De acuerdo- respondió Yukio Matsumoto, Section Manager del Departamento de Ingeniería de Producción de nuevos modelos.
-La sección debe ser la adecuada para garantizar el acceso, pero al mismo tiempo tienen que aguantar el par al que van a estar sometidas. No queremos tener que cambiar las bocas cada cuatro horas por rotura- dijo Alejandro.
-No te preocupes- Respondió Yukio.- Realizaremos una simulación para ver el acceso con el 3D y le daremos la mayor sección posible asegurando que no haya interferencias. Cuando tengamos los prototipos, y una vez terminado el lote podemos someter las bocas a

un ensayo de fatiga.
-Bien. Este era el último punto a revisar, así que, a trabajar, señores. Todos estos puntos deben estar cerrados para la reunión de confirmación de las actividades para la preparación de la producción que tendremos el próximo lunes, antes de iniciar el montaje del lote.- dijo Takeshi.- Por lo tanto, el Viernes revisaremos el informe que vamos a presentar en esa reunión. Sacó su agenda y buscó en el Viernes.
-Veamos. A partir de las 10:00 revisaré el estatus del proyecto con Control de Producción, a las 11:00, Fabricación y a las 12:00 Calidad. Entonces con Inga de Producción a las 13:00. Con una hora será suficiente. Hasta el Viernes entonces.
-Ya puede serlo- pensó Alejandro recogiendo sus papeles, ya que eran casi las 19:30 y habían empezado a revisar los temas pendientes a las 16:00. Takeshi había querido ver con detalle todos los puntos, pidiendo en muchos casos ver planos y simulaciones 3D. No en vano había sido durante años Section Manager de Ing® de Producción en Barcelona, donde él y Alejandro se habían conocido.

Alejandro se despidió de Takeshi y Yukio y se fue hacia su mesa. Organizó su agenda para el día siguiente, recogió los papeles y apagó el ordenador. Aunque sabía que muchos de sus compañeros nipones alargarían la jornada todavía un rato más -nunca entendería el amor al trabajo de los japoneses- el tenía por norma - salvo causa de fuerza mayor- salir de la planta a las 19:45 como muy tarde, ya que todos los días tenía una cita a las 20:00.

Kenji observaba detenidamente las evoluciones de su alumno. Era el único occidental que había en el grupo, y desde luego, el mayor de todos ellos.

Habían pasado cinco años desde que se instaló definitivamente en Yokohama invirtiendo todos sus ahorros en el gimnasio que ahora regentaba.

El gimnasio contaba con una sala de musculación, equipada con modernas máquinas, una pequeña piscina, sauna, y una sala para las clases de aerobic, y step. Pero la sala principal era en la que se encontraban ahora y donde él impartía sus clases. Era la más amplia, y un enorme tatami cubría todo el suelo de la sala. Había contratado un par de preparadores físicos para atender las clases de aerobic y la sala de musculación, y otra persona para atender la recepción, la piscina, sauna, etc, pero todas las clases de artes marciales las impartía él.

Su fama y renombre en Japón había atraído a un gran número de alumnos deseosos de perfeccionar sus conocimientos, por lo que desde el principio, había decidido que sólo admitiría a los mejores. Cuando, año y medio atrás, Alejandro se presentó a la prueba de admisión, Kenji quedó sorprendido por las aptitudes del muchacho. Tenía unos

increíbles reflejos, flexibilidad, agilidad, resistencia y una fuerza sorprendente, por lo que no tuvo más remedio que admitirle, a pesar de ser unos diez años mayor que el resto de alumnos que habían conseguido pasar las pruebas. Era cinturón negro en Taekwondo, pero quería aprender Kung-fu y perfeccionar el uso de las catanas, el bo y otras armas, y desde luego se tomaba muy en serio las clases y la preparación física. Acudía de Lunes a Viernes a las ocho de la tarde, y después de una hora de clase, Kenji sabía que se quedaba en la sala de musculación, dedicando media hora a correr en la cinta y otra media a trabajar con las máquinas de musculación.

Los sábados por la mañana, dedicaba dos horas a practicar con las catanas y otras armas, y otra hora a nadar en la piscina. Alejandro seguía evolucionando sobre el tatami. Estaba realizando una kata en solitario con las catanas, la larga en la mano derecha, la corta en la izquierda. Para los ejercicios de combate usaban catanas sin afilar, además de protectores en el cuerpo, pero para las katas usaban unas afiladas. El ejercicio consistía en realizar una serie de movimientos que requerían fuerza, precisión, equilibrio y control, marcando con ellas en postes que habían distribuido por todo el tatami. El punto álgido del ejercicio era el final. Había que cortar una manzana que estaba apoyada sobre una sandía, sin tocar la sandía.

Se acercaba al final. Después de tres movimientos correctamente ejecutados, golpeó con decisión con la catana larga sobre la manzana. Fue un golpe rápido y seco. La manzana se partió en dos. Alejandro saludó y se colocó de rodillas en el centro del tatami. Kenji se acercó y observó la sandía. Había sido un golpe certero. Desde luego había mejorado muchísimo. Al principio apenas era capaz de acertar a la manzana. Ahora se acercaba mucho al objetivo.

-Mejor, pero todavía has cortado dos o tres centímetros la sandía- dijo.- Vuelve a tu sitio

Alejandro se puso en pie de nuevo, saludo y volvió junto a sus compañeros, de rodillas alrededor del tatami. Kenji se colocó en el centro del tatami.

-Recordad lo que siempre os digo: Concentración. La actitud mental es tan importante como las cualidades físicas. Debéis sentir cada movimiento, percibir vuestro entorno, que vuestro cuerpo y vuestra mente fluyan juntos, trabajando como uno solo. Y sobre todo, poned vuestro corazón en lo que estáis haciendo- y después de una pausa añadió. - Hemos terminado por hoy. Hasta mañana.

Una hora y media después Alejandro entraba con su moto en el garaje de su casa. Después de la clase con Kenji, como cada día, había realizado media hora de carrera en cinta -los siete kilómetros de rigor- y otra media hora de ejercicios de musculación. Se había duchado, vestido y recorrido en su moto los dos kilómetros y medio escasos que

separaba el gimnasio de su casa. Había tenido la suerte de encontrar un gimnasio en la misma zona en la que vivía y trabajaba, y además, como descubrió después, regentado por un prestigioso maestro de artes marciales.

Cuando año y medio atrás surgió la oportunidad de participar en el proyecto, no se lo pensó dos veces. La empresa buscaba a alguien en el departamento de Ingeniería para trabajar durante dos años en el desarrollo del proyecto en Japón, y dadas su situación personal en aquel momento, se presentó voluntario. Además, aquello representaba una oportunidad de mejora dentro de la compañía. Le explicaron que, durante la fase de diseño y prototipos, su trabajo se desarrollaría entre la planta y el NTC (Nissan Technological Center) en Atsughi, pero después pasaría casi todo su tiempo en la planta. Esta estaba situada a quince minutos a pie de la estación del JR -Japan Railway- de Shinkoyasu, y construida en terreno ganado a la bahía de Yokohma., por lo que buscó alojamiento por la zona. Las dos primeras semanas las pasó en el Hotel Tokyu Excel, en Yokohama Station, pero pronto encontró un pequeño apartamento cerca de la estación de Shinkoyasu. Había pensado en perfeccionar sus conocimientos de artes marciales y seguir entrenando, por lo que una vez instalado busco un gimnasio, con la fortuna de ir a dar con el maestro Kenji.

Aparcó en su plaza de garaje y subió hasta su apartamento. Era un minúsculo apartamento -aunque en Yokohama podía considerarse de tamaño medio- en el noveno piso de un moderno edificio a escasos metros de las estación del JR, con un solo dormitorio que también hacía las veces de salón, una pequeña cocina y un baño. El dormitorio tenía sus paredes completamente recubiertas de estanterías llenas de libros y DVDs. Se había hecho enviar sus libros favoritos por avión, y otros muchos los había comprado allí - en inglés, claro-. Entre ellos podía verse una extensa colección de literatura fantástica: Eragorn y Eldest de Christopher Paolini, Las Crónicas y las Leyendas de la Dragonlance, la tetralogía de Añoranzas y Pesares de Tad Willians, distintas versiones de las crónicas Artúricas, Memorias de Idhun, de Laura Gallego, y por supuesto el Hobbit y el Señor de los Anillos, del maestro Tolkien. Había también un estante lleno de comics de superhéroes: Batman -su preferido-, Spiderman, Los cuatro fantásticos, X-Men, Los vengadores, La Liga de la Justica, etc. En otra estantería tenía varios libros de Ken Follet- El Tercer Gemelo, Una Fortuna Peligrosa, Un lugar llamado paraíso, En el Blanco, y por supuesto sus favoritos, los Pilares de la Tierra y Un mundo sin fin- de Noha Gordon - el Médico, Chaman, el Ultimo Judío-, varias novelas de Arturo Perez Reverte - la Piel del Tambor, la Carta Esférica, la Tabla de Flandes, y como no, las aventuras completas del Capitán Alatriste-, y otros autores tan dispares como John Grisham, Julia Navarro, Michael

Conelly, Matilde Asensi, Mary Higgins Clark, e Isabel Allende. También tenía una extensa colección de novelas históricas, entre las que destacaban las obras de Coleen McColoug,Valerio M. Manfredi y Cesar Vidal - lugar preferente ocupaba La Catedral del Mar de Ildefonso Falcone - así como otra de libros de divulgación científica, entre las que había títulos de Paul Davis y Stephen Hawkins.

Había un pequeño sofá-cama de dos plazas frente a una televisión LCD de pantalla plana de 32 pulgadas, equipada con un Home Cinema, que únicamente usaba para disfrutar de su colección de películas, algún partido de la NBA o jugar alguna partida con la PS3. En un rincón, tenía una pequeña mesa, con un portátil con conexión a la red, y en el otro su guitarra y un piano electrónico, que se compró nada más instalarse, ya que la música era otra de sus aficiones

En un rincón tenía un armario empotrado y una pequeña mesilla donde descansaba el libro que ahora estaba leyendo - Las legiones malditas, de Santiago Posteguillo-, regalo de Javier y Hugo en su última visita.

Después de cambiarse y tomar una cena ligera consistente en unos sándwiches, una tortilla y un yogurt, se dispuso a pasar el rato practicando con su guitarra, el piano, la PS3 o viendo alguna película. Nunca se acostaba antes de la una de la madrugada, y cuando lo hacía, todavía pasaba otra hora leyendo, hasta que el sueño le rendía. Siempre había necesitado dormir poco, pero desde hacía ya mucho tiempo, le costaba conciliar el sueño. Quizá su cuerpo se había acostumbrado a las escasas horas de sueño de las que había disfrutado durante los años anteriores, y ahora que su mente y su corazón daban un respiro, su cuerpo no necesitaba descansar más.

Eran las 2:10 cuando apagó la luz. En cinco horas sonaría el despertador y empezaría otro día. Otro día en el que repetiría la misma rutina.

A Alejandro le encantaba ir al campo con sus amigos. Siempre lo pasaban genial. Ese día sus padres estaban preparando la comida, y mientras las madres ponían la mesa ellos jugaban a la pelota.

-¡Me toca chutar a mi! ¡Dame la pelota! -gritaba Hugo corriendo detrás de Javier.

-Javi, deja chutar a Huguito - dijo Alejandro.

De pronto hubo una explosión de luz y un ruido atronador. Después todo se volvió negro. Oscuridad...

Al fondo, una luz se abre paso poco a poco. Alejandro abre los ojos. Esta tumbado en una superficie dura y fría. No sabe donde está, pero ya no esta en el campo. Parece una enorme sala, con paredes de piedra, pero no tiene tiempo de ver mucho más. Un hombre se acerca hacia él, envuelto en una ondeante túnica blanca, y le toca la frente.

-¡Ssshh!. Duerme. Dentro de poco todo habrá pasado.

Habla en un lenguaje extraño, desconocido para él, pero sin saber como, lo ha comprendido.

De nuevo la oscuridad le abraza. Lucha por permanecer despierto.

-¡Papa!, ¡mamá¡- intenta gritar, pero de sus labios solo sale un leve susurro.

Oscuridad....

Alejandro despertó sobresaltado, sudando. Otra vez ese sueño. Durante años, de forma periódica ese sueño se repetía. Volvía a tener seis años. Volvía a aquel día.

5. Santander. 3 Septiembre de 2.009

- **D**e verdad, no creo que sea buena idea - dijo Alicia. Alicia y Marta habían quedado a comer en La Posada del Mar, un prestigioso y elegante restaurante situado en el Puerto Chico, a poco más de un kilómetro de la Magdalena, donde se reunían muy a menudo.
-¿Cómo que no crees que sea buena idea?- respondió Marta.- O llamas tú o llamo yo. Mira, tú sabes lo que pienso de tu marido: que es un cabrón y un gilipollas.

-Yo..

-Déjame terminar, por una vez. Te tiene medio abandonada, según tu, porque trabaja mucho. ¡Pobre David! ¿Me puedes decir cuando fue la última vez que echasteis un polvo? Juntos, quiero decir. Alicia no sabía que responder. Desde luego su matrimonio no había resultado como ella lo había esperado, pero se resistía a creer lo que Marta le insinuaba.

-Hazme caso- continuó Marta- Por lo que me has contado, o David tiene una aventura o yo dejo de llamarme Marta. Te lo digo por experiencia.

Marta era cuatro años mayor que Alicia, y ya llevaba dos años divorciada. Su matrimonio se había ido deteriorando hasta que descubrió que su marido se la pegaba con una compañera de trabajo. Cuando se divorció abandonó Barcelona -donde vivía con su marido- y se trasladó a vivir a Suances, un pequeño pueblecito en la costa cantabra a unos veinte kilómetros de Santander, donde también residía Alicia. Fue allí donde se conocieron. Gracias a su preparación -era titulada en Actividades Turísticas y hablaba varios idiomas- y experiencia - había trabajado en varios hoteles, primero en la recepción, después como comercial y finalmente como adjunta a la Dirección- Marta había encontrado trabajo como Directora del hotel Silken Rio, situado en la avenida Reina Victoria, frente a la playa del Sardinero y a escasos metros de la Magdalena, muy cerca de donde ahora se encontraban comiendo.
-Deberías llamar- insistió Marta mientras le tendía a Alicia una tarjeta de visita.- Tu sabes que tengo razón. Si no fuera así no me habrías contado lo que me has contado, así que no entiendo a que viene tanto remilgo ahora.
-Me lo pensaré-dijo Alicia.

Cogió la tarjeta y se la guardó en su bolso. En lo más íntimo de su ser sabía, aunque no quisiera admitirlo, que Marta tenía razón. Pero

tenía miedo. Miedo a confirmar sus sospechas, a descubrir que su vida era una mentira a la que ya se había acostumbrado. En definitiva, miedo a que su matrimonio hubiera sido una terrible equivocación.
-Bueno, tengo que volver al trabajo. Se me ha hecho muy tarde- dijo Marta. - Hoy pagas tu, ¿verdad?
-Si, no te preocupes. Vete. Yo pediré la cuenta. Marta se levantó y recogió su bolso y su chaqueta.
-Bueno, cielo, si necesitas algo me llamas, ¿de acuerdo?
-De acuerdo.
-¿Estarás bien?
-Si, estaré bien, no te preocupes. ¡Venga, vete ya, pesada!

Alicia se quedó mirando a Marta mientras se alejaba. No tuvo más remedio que admitir que estaba espectacular, sobre todo teniendo en cuenta que ya había cumplido los treinta y cinco años, edad que ni mucho menos aparentaba. Era de estatura media, pelo largo, rubio y ondulado, piel morena, y una figura que muchas jovencitas envidiarían. Llevaba un ajustado polo rosa de Ralph Laurent que resaltaba su pecho y su vientre plano, pantalón beige ceñido de Carolina Herrera, botas de tacón alto, chaqueta blanca y corta de Dolce y Gavana y unas gafas de Gucci. Marta se dio cuenta de que los hombres que había en el restaurante no podían evitar mirarla cuando pasaba a su lado.

Sintió una punzada de envidia. No hace mucho ella era como Marta, pero últimamente se había abandonado. Apenas se arreglaba, y hacía mucho tiempo que no hacía ejercicio, exceptuando sus excursiones a caballo o los paseos con Rusti, su pastor alemán. Eso, unido a una mala alimentación - comía dulces a menudo y siempre a deshoras- había hecho que hubiese ganado unos kilitos, provocando la aparición de las odiosas cartucheras, y que su cuerpo empezase a mostrar cierta laxitud.

¿Qué estoy haciendo con mi vida?- se dijo.

El camarero le trajo la cuenta. Al cabo de unos minutos salió del restaurante y se dirigió al parking subterráneo donde había aparcado.

Después de pagar el importe del parking en el cajero automático, subió en su coche, un Nissan Pathfinder color gris plata metalizado y salió del aparcamiento.

Al cabo de veinte minutos entraba en por la puerta de la lujosa propiedad en la que residía en las afueras de Suances. La finca estaba situada en una colina con vistas al mar, rodeada por el verde paisaje y la vegetación típica del cantábrico. También tenían un impresionante ático en Santander, en la Avenida Reina Victoria, junto a la playa de la Magdalena, pero a Alicia le gustaba más estar en Suances.

La propiedad, totalmente vallada y rodeada de medidas de seguridad -cámaras, barreras con fotocélulas - tenía más de tres mil

metros cuadrados. La casa, - también blindada con todo tipo de medidas anti-intrusión - era una lujosa mansión construida en piedra y madera, acorde a la hermosa arquitectura típica del paisaje cántabro. Se encontraba al fondo de la finca, cerca del borde de la colina, que daba a un acantilado.

En la parte posterior de la casa habían construido un acogedor cenador, con techo de madera de roble y laterales acristalados que en invierno permanecían cerrados, y que se podían abrir en verano. Allí había una enorme mesa de madera y varias sillas, donde se podía cenar viendo una hermosa puesta de sol sobre el mar. Adosado a un lateral de la casa había otra zona acristalada en la que había una piscina climatizada y un pequeño jacuzzi. Todo ello, al igual que el cenador, podía quedar al aire libre en verano, sin más que pulsar un interruptor, que hacía que se desplazaran las puertas correderas y el techo.

La casa constaba de dos plantas y garaje, con doscientos cuarenta metros cuadrados por planta.

En la planta baja estaba el salón, la biblioteca -que además hacía las veces de despacho para David cuando estaba en casa-, un baño, una amplia cocina y dos dormitorios que estaban ocupados por el servicio, compuesto por dos mujeres -Alexandra e Isabel- que se encargaban de cocinar, limpiar, hacer la compra, planchar, etc, en dos palabras, de llevar la casa. Además tenían contratado un jardinero - Raúl- que venía cuatro veces por semana para mantener la finca en condiciones.

En la planta superior se encontraba el dormitorio principal, con vestidor y un amplio cuarto de baño con bañera de hidromasaje incluida, gimnasio, dos baños, un dormitorio para invitados y dos dormitorios sin utilizar que Alicia siempre había reservado para los niños que todavía no habían tenido.

A la izquierda de la entrada, junto al muro este de la finca estaba la caseta de Rusti y había una pequeña cuadra donde se encontraba Pegaso, un purasangre que le había regalado David a los pocos meses de casarse. Alicia no dejaba que nadie cuidase de los animales. Era algo que hacía ella personalmente. Cuidaba de ellos, paseaba con ellos, los limpiaba, les hablaba, y ellos le hacían compañía, e incluso a veces tenía la sensación de que la entendían y sabían como se sentía.

Siempre le habían encantado los animales. A los seis años sus padres le regalaron un cachorro de pastor alemán, su primera mascota. También tuvo un gato, dos canarios y un hamster. Junto al establo, había un par de dianas para practicar el tiro con arco, otra de sus grandes aficiones. Cuando era estudiante había participado en varios campeonatos profesionales a nivel nacional. Su mejor resultado había sido un sexto puesto, lo que no estaba nada mal, teniendo en cuenta que para ella no era más que un hobby y que no entrenaba como

podía hacerlo un profesional. Para ella era un pasatiempo, una forma de relajarse y de disfrutar. Alicia entró en la casa después de aparcar el todoterreno en el garaje.
-Buenas tardes, señora- saludó Alexandra.
-Hola Alexandra.
-Ha llamado el señor. Quería hablar con usted. Ha dicho que tenía que ir a Madrid, y que probablemente no volvería hasta el Viernes.
-Ya. ¿Y por qué no me ha llamado al móvil?
-Creía que usted estaba en casa y me dijo que yo le diera el recado.
-Seguro- pensó Alicia.

David sabía perfectamente que ella iba a comer con Marta y que no estaría en casa a esa hora. Además, ¿por qué no se lo dijo ayer? Porque sabía que ella no se iba a callar, porque no quería dar explicaciones. Últimamente la comunicación entre ellos era inexistente, por no hablar de su vida de pareja. Para él era mucho más cómodo largarse otra semanita. Y tenía que admitir que se había acostumbrado a esa situación y ya no le importaba. Casi prefería estar sola a la fría y áspera compañía de David cuando este se encontraba en casa.

David era dueño de una importante compañía farmacéutica con sede en Santander y sucursales en Madrid y Barcelona. Alicia había trabajado como bióloga en uno de los laboratorios que la compañía tenía en Madrid. Allí se habían conocido, y desde el primer momento, David no trató de ocultar su interés por ella, ni perdió un momento en intentar seducirla en cada una de sus visitas a Madrid. La invitaba a cenar, le enviaba flores, le hacía caros regalos y la colmaba de atenciones, haciéndola sentir el centro de su universo. Ni siquiera le importó que ella tuviera novio desde hacía tiempo. Viéndolo con la perspectiva del tiempo que había transcurrido desde entonces, quizá eso fuera otro aliciente más para el gran David Losada. El siempre se vanagloriaba de conseguir todo aquello que quería. Claro, que eso lo sabía ahora. Cinco años atrás, sólo sabía que David era un hombre atractivo, con clase, maduro, seguro de si mismo, dueño de una importante empresa y que podía darle el tipo de vida que ella siempre había soñado. O al menos eso creía entonces.

Subió a su cuarto, y se cambió de ropa. Sacó de sus pantalones la tarjeta que le había dado Marta y después de contemplarla pensativamente durante unos segundos se la guardó junto con su móvil en la riñonera que solía ponerse para montar. A continuación, abandonó su cuarto, y bajo las escaleras.
-Alexandra, voy a salir a montar. Volveré en un par de horas.
-Muy bien, señora.

Y saliendo de la casa se dirigió hacia la cuadra. Enseguida vio venir a Rusti, ladrando y saltando alegremente. Enseguida salto sobre ella,

contento como siempre de poder jugar o salir de paseo.
-Hola Rusti, veo que me has echado de menos- dijo Alicia riendo y acariciándolo detrás de las orejas mientras Rusti lamía su cara.
-Venga, vamos a buscar a Pegaso y a dar un paseo.

Se dirigió al establo, con Rusti saltando y corriendo a su alrededor. Abrió la puerta y vio a Pegaso, que alertado por los alegres ladridos de Rusti, ya estaba esperando verla entrar y deseoso de salir a pasear con su dueña.
-Hola Pegaso, ¿Cómo estas? ¿Tienes ganas de salir?- dijo Alicia dándole un azucarillo y acariciándole el cuello.

El caballo respondió con un relincho y movió la cabeza como si hubiera entendido la pregunta.

Pegaso permaneció tranquilo mientras Alicia le colocaba la silla y los aperos de montar, y lo sacó de la cuadra sujetándolo por las riendas y llevándolo de esa manera hasta la puerta de la finca. Salieron los tres de la finca y Alicia montó sobre Pegaso, y puso a este a trote ligero, con Rusti siguiéndolos.

Estos paseos con Pegaso y Rusti, en contacto con la naturaleza y el hermoso paisaje, rodeados de verdes prados, escarpados acantilados y las impresionantes vistas al mar, solían relajar a Alicia y hacerla olvidar sus problemas. Era uno de los pocos momentos en los que se sentía realmente feliz, pero hoy no lo estaba consiguiendo, y sabía cual era la razón. En su fuero interno había tomado una decisión sobre que debía hacer, y sabía que no estaría tranquila hasta que lo hiciera.

Tiró de las riendas para detener su caballo y sacó su móvil y la tarjeta que le había dado Marta. Marcó el número que figuraba la tarjeta, y tras unos segundos contestó un hombre.
-Me gustaría contratar sus servicios- dijo Alicia.

Tras unos minutos de conversación y de concertar una cita para última hora de la tarde para concretar detalles, Alicia, mucho más relajada, colgó el teléfono.
-Vamos Pegaso, todavía tengo un par de horas para pasear con vosotros.

Y poniendo su caballo a un trote ligero se dispuso a disfrutar de lo que le quedaba de tarde.

6. Adasam

Konrad, después de examinar los alrededores, decidió que aquel era un buen lugar para pasar la noche. Llevaban cuatro días cabalgando y hasta ahora no habían tenido ningún mal encuentro, gracias a que estaban evitando los caminos habituales y las zonas habitadas, aunque eso, evidentemente, ralentizaba la marcha.

El grupo estaba compuesto por cuatro personas: Konrad, Menara, Isión, y su hermana Nihué, que finalmente, y pese a la oposición de su madre, se había unido al grupo.

Konrad hubiera preferido venir sólo, y no poner en peligro a Menara y a los dos jóvenes, pero sabía que, muy probablemente, necesitarían las habilidades de todos ellos para llevar a cabo la misión en la que se habían embarcado.

Las noches anteriores había sido fácil camuflarse, ya que habían atravesado las montañas y zonas rocosas, donde no fue difícil encontrar alguna cueva o zona protegida entra las rocas, que iba muy bien a sus propósitos.

Pero ahora estaban atravesando el bosque de Luar, y los refugios escaseaban. La zona que había elegido Konrad era lo que parecía el curso de un antiguo río que se había secado. Era lo suficientemente profundo para ocultarlos a ellos y a los caballos. Un enorme árbol cruzaba el lecho del río de lado a lado, posiblemente derribado por el viento. Su ancho tronco podía servirles para ocultarse bajo él. - Venga, preparémonos. Está a punto de caer la noche- dijo Konrad. Desmontaron de sus caballos y después de descargar sus pertenencias para pasar la noche, ataron los caballos a una rama rota del enorme árbol.

Nihué miró al cielo y localizó la silueta de Nihdul. Fijó su mirada en él y sintió como su mente conectaba con la del águila. Levantó el brazo y esperó, observando como Nihdul planeaba majestuosamente hacia ella, exhibiendo su impresionante envergadura. Al cabo de unos instantes sintió como las poderosas garras del animal se cerraban sobre su antebrazo. Nihdul era uno de los últimos ejemplares de Águilas Plateadas. Su plumaje, garras y pico eran plateados, pero podían cambiar de color a voluntad para camuflarse. Aunque su tamaño y su peso sólo eran un poco mayor que el de las águilas comunes, su envergadura y su fuerza eran mayores, lo suficiente para elevar fácilmente por los aires a un hombre. Su pico y sus garras eran capaces de perforar una armadura, y su poder y fuerza eran mayores las noches en que las dos lunas blancas brillaban en el cielo.

Nihué sacó un trozo de carne seca de su bolsa de viaje y se lo día a Nidhul. Mientras el animal devoraba su comida, Nihué acarició su plumaje y mirándolo a los ojos dijo:
-Ya sabes lo que tienes que hacer.

Nidhul lanzó un grito, y batiendo con fuerza sus poderosas alas, se elevó sobre ellos. Nihué vio como el color de su plumaje comenzaba a cambiar, hasta que, poco a poco se fundió con el anaranjado cielo y ya no pudo verlo, solo sentir la conexión que sus mentes habían establecido.

Nihué se dirigió al lugar donde sus compañeros estaban preparando el campamento.

Konrad había dispuesto ya las mantas para dormir. Mientras, Isión inspeccionaba los alrededores, posiblemente viendo cual era el lugar más vulnerable de su refugio y preparando las defensas, tal y como habían hecho anteriormente.

Menara estaba sentada sobre una piedra y rebuscaba en su saco de provisiones.

Se la veía cansada. Aunque era un poco más joven que Konrad, este estaba más acostumbrado a cabalgar y al ejercicio. De hecho se encontraba en una forma física excepcional, pero Menara, a pesar de no representar los años que tenía y de mantenerse físicamente bien, empezaba a acusar el paso de los días y de las noches.

Nihué se sentó junto a ella.
-¿Estás bien?- preguntó.
-Sí, sólo un poco cansada.- respondió Menara con una sonrisa.- Nada más necesito comer algo y tumbarme a descansar.

En ese momento llegó Isión
-Que hermanita, ¿has preparado la cena?- preguntó de buen humor, sentándose al lado de ambas.
-Claro. Te he preparado lo mismo que ayer: queso curado, carne seca, zanahoria y pan de Alambes, todo ello regado con agua. Creo que está todo en tu bolsa.

Konrad se acercó a ellos con su bolsa en la mano.
-Bueno, todo parece tranquilo. Lo mejor que podemos hacer es cenar y acostarnos cuanto antes. Debemos tratar de descansar todo lo posible.

Cenaron en silencio. Cuando terminaron, la noche ya había caído. Únicamente podía verse la luz de Hune y Uleth, las dos lunas que alumbraban la noche, por lo que habría cierta visibilidad esa noche, a pesar de los oscuros nubarrones que cubrían el cielo. Konrad se puso en pie y miró a Isión:
-¿Has colocado ya las Piedras?- preguntó.
-Si, pero el área a cubrir hoy es mayor. No estamos en una zona tan favorable como las noches anteriores -respondió Isión.
-¿Podrás hacerlo?- preguntó Konrad a Menara.

-Creo que sí. - respondió ella.
Menara se puso en pie, cerró los ojos, alzó los brazos y al cabo de unos instantes empezó a recitar las Palabras del hechizo que quería invocar.
Unos instantes después, abrió los ojos y volvió a sentarse.
-Está hecho.- dijo
-¿Te encuentras bien?- preguntó Nihué.
-Si, no te preocupes. Es solo que el hechizo ha requerido más energía que las noches anteriores.
-Será mejor que descanses entonces- dijo Konrad.- ¿Nidhul está ahí? -preguntó a Nihué.
-Si, no te preocupes. El vigilará. Voy a tranquilizar a los caballos antes de acostarme -respondió ella.
Unos minutos después sólo Konrad seguía despierto. Los caballos no hacían ningún ruido - Nihué había echo bien su trabajo-. Menara dormía profundamente envuelta en las mantas. Su bastón, que utilizaba con destreza como arma para el cuerpo a cuerpo - el mismo la había adiestrado - y como báculo mágico, descansaba junto a ella. Nihué estaba a su lado. Como cada noche, se había metido entre las mantas con su peto y brazaletes de cuero puestos. El arco, carcaj y espada corta a su lado. Aunque dormía, Konrad sabía que una parte de su mente estaba en contacto con Nidhul. Isión, al igual que él, dormía con la cota de malla, y como el resto, con las armas al alcance de la mano, presto para entrar en acción. - Espero que no sea necesario - pensó Konrad, revolviéndose entre las mantas y tratando de encontrar una postura cómoda para dormir. Poco a poco el cansancio le fue venciendo hasta que cayó dormido.

Apenas quedaban un par de horas para que salieran los soles cuando Nihué sintió la llamada apremiante de Nidhul. Su mente reforzó el contacto que mantenía con la del animal para poder ver lo que él veía, oír lo que él oía, sentir lo que él sentía. Al cabo de unos instantes fueron uno. Nihué sintió como su mente volaba junto a Nidhul, y desde lo alto del cielo pudo ver lo que había provocado la alarma del animal. Lo que vio la aterró. ¡Rastreadores!

Nihué abrió los ojos, se acercó a Konrad y le tocó levemente en el brazo. Este reaccionó incorporándose con rapidez, y empuñando su espada instintivamente.
-Rastreadores. Cuatro.
-¡Mierda! -masculló Konrad entre dientes-. ¿A que distancia?
-No más de dos millas. Van camuflados y avanzan rápidamente en esta dirección.
Si eso era cierto, había muchas posibilidades de que hubieran

localizado su rastro. La pregunta era, ¿Qué hacía por aquellos parajes un grupo tan numeroso? Los rastreadores raramente se alejaban tanto de los caminos y de los alrededores de las ciudades, y casi siempre viajaban de dos en dos. Su función era la de impedir que la población huyera de las ciudades, y uno sólo de ellos era un enemigo temible para el más avezado guerrero.

-¡Maldita sea! Despierta a los demás.

Enseguida Menara e Isión estuvieron en pie. Konrad y Nihué les pusieron rápidamente al tanto de la situación.

-Se acercan. Parece que nos han localizado- dijo Nihué.

-Hay que moverse rápido. El hechizo de Menara no los distraerá mucho tiempo. Esto es lo que haremos... - dijo Konrad

Menara observaba a través de las ramas del árbol en que se había ocultado. Observó a Nihué, situada junto a ella, inmóvil, una flecha preparada en el arco, y lista para disparar. Sus pupilas tenían el color y forma de un águila plateada. Menara sabía que eso significaba que estaba vigilando al grupo a través de Nidhul. A pesar de que las horas de sueño habían hecho su función reparadora, todavía estaba cansada.

Una vez se hubieron camuflado en el árbol, había invocado un hechizo de ocultación para ella y Nihué. Sabía que un simple hechizo de invisibilidad no serviría con los rastreadores, ya que estos podían oler y ver el calor que desprenden sus presas, por lo que el hechizo tenía que ser más complejo y poderoso, y para ello había necesitado usar más energía. Ahora estaba acusando el esfuerzo.

Trato de no pensar en ello y concentrarse en la preparación del siguiente hechizo. Necesitaría de todo su poder y fuerza en los próximos minutos.

Aunque no podía verlos, sabía que Konrad e Isión estaban ocultos y preparados para el combate cuerpo a cuerpo. Temía por ellos. Los rastreados eran guerreros formidables, equiparables en fuerza y velocidad a los Caballeros del Dragón. Y temía especialmente por Isión. Había sido entrenado por Konrad, y sus habilidades estaban desarrolladas al máximo - lo cual, desgraciadamente, en aquellos tiempos no era decir mucho-, pero se podían contar con los dedos de una mano las ocasiones en que había entrado en combate real, y nunca con enemigos como a los que ahora se iban a enfrentar.

-Ya están aquí- susurró Nihué.

Los ojos de esta volvieron a su ser, transformándose de nuevo en humanos, y Menara vio como levantaba y tensaba el arco. Miró hacia donde apuntaba la flecha y al cabo de dos segundos, aparecieron de entre los árboles cuatro imponentes figuras. Iban a pie, pues por su resistencia y velocidad no necesitaban monturas para desplazarse. Además, pocos caballos podrían soportar su peso durante largos viajes.

Los rastreadores eran mitad hombres, mitad bestias, de forma

humanoide, elevada estatura, con una descomunal musculatura y cuerpo y rostro totalmente cubierto de un pelaje negro. Ojos, de color rojo intenso, orejas puntiagudas, y en vez de boca y nariz, un hocico que recordaba al de los Merodeadores, repleto de colmillos tan temibles y afilados como los de estos. Eran una especie de licántropos, una de las aberraciones creadas por el Nigromante. Sus dedos, tanto en pies y manos, terminaban en unas afiladas garras, que los hacían muy peligrosos aún estando desarmados. Pero este no era el caso. Todos ellos iban protegidos con cotas de malla y portaban hachas y espadas que un humano solo podría blandir usando las dos manos.

Menara calculó que cualquiera de ellos era al menos una cabeza más alto que Konrad, y también más corpulentos, y Konrad era uno de los humanos más grandes que había conocido. Los rastreadores se adentraron en el claro poco a poco, observando y olisqueando en todas direcciones.

Cuando estaban a unos metros de donde se encontraban, oyeron en sus mentes el mensaje telepático de Konrad: - ¡Ahora!

En ese mismo instante Nihué disparó su flecha que voló certeramente hacia el cuello de uno de los rastreadores. En menos de medio segundo, la flecha dio en el blanco, y el rastreador rugió de dolor, pero no cayó. Nihué ya preparaba una segunda flecha. Menara tuvo tiempo de ver como el rastreador se llevaba rápidamente la mano al cuello y se arrancaba la flecha antes de lanzar su hechizo. Cuando terminó el conjuro, pudo sentir como la magia recorría su cuerpo. Extendió su brazo, y de su mano brotó un haz de energía que se dirigió rápidamente hacia los rastreadores, impactando de lleno en el primero de ellos. En ese momento el haz de energía explotó, transformándose en una enorme bola de fuego que envolvió a los rastreadores.

Sabía que su hechizo no era lo suficientemente poderoso como para hacer mucho daño a sus enemigos. Para ello necesitaba aumentar el calor y temperatura, pero su poder y su energía no alcanzaban para tanto. No importaba. Su objetivo era desorientarlos y aturdirlos. El calor de la bola de fuego solo duraría unos segundos, pero durante ese tiempo los rastreadores estarían ciegos, ya que no podrían detectar el calor de sus cuerpos.

Menara vio como Konrad e Isión corrían hacia los rastreadores, espada en mano, dispuestos a aprovechar esos escasos segundos que su hechizo les había concedido.

Konrad descargó un certero golpe sobre el primero de los rastreadores, que atravesó de parte a parte la cota y el cuerpo de la bestia, que inmediatamente cayó muerta. Tiró con fuerza para retirar la espada y se giró para atacar al siguiente de sus enemigos. Cuando

descargó su nuevo golpe sobre el segundo oponente, la enorme espada de este detuvo el golpe. La bola de fuego se había disipado.

Isión se había ocultado demasiado lejos. Llegó al grupo sólo un par de segundos después, pero ese tiempo fue decisivo. Cuando atacó a otro de los rastreadores, este ya se había rehecho de la sorpresa inicial y tuvo tiempo de esquivar parcialmente el golpe. La espada golpeó en el poderoso hombro de su rival, quien soltó un rugido de dolor. Ese brazo había quedado inutilizado, pero era el brazo desarmado. El rastreador respondió al ataque con rapidez y fiereza, descargando su espadón con fuerza sobre Isión, quien apenas tuvo tiempo de levantar su escudo para protegerse. Se preparó para concentrar su fuerza y energía en su brazo izquierdo. El impacto fue brutal. El escudo detuvo el golpe, pero saltó hecho pedazos, e Isión sintió un terrible dolor en su brazo y retrocedió aturdido. A pesar de su poder, el golpe le había roto el brazo, un golpe que no tenía duda, habría partido en dos a un hombre normal

Menara estaba exhausta. No podía mantener por más tiempo el hechizo de ocultación que la protegía a ella y a Nihué. Las fuerzas la abandonaban, y el hechizo se desvaneció. Estaban al descubierto. Nihué disparó su segunda flecha al rastreador que estaba herido, quien al ver venir el proyectil levantó su mano. La flecha cambió bruscamente de trayectoria unos centímetros antes de impactar con el rastreador y fue a clavarse contra un árbol a su derecha. Nihué y Menara se miraron. - No puede ser- dijo Nihué.

Nunca habían visto un rastreador con esas habilidades. En teoría, todos ellos eran salvajes guerreros, pero sin ninguna otra habilidad especial.

El rastreador movió su brazo de nuevo y una gran roca que estaba a unos metros de él salio despedida, como si hubiese sido lanzada por una catapulta, hacia la copa del árbol donde se encontraban ocultas.

Menara y Nihué saltaron al suelo. La roca se estrelló con fuerza y gran estruendo contra el lugar donde ellas estaban, tan solo medio segundo después de que hubieran saltado.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Konrad cuando vio lo que el rastreador había hecho, no sólo por que aquello dificultaba mucho más el combate, si no por lo que significaba. Aquellos no eran rastreadores normales, y por tanto su creación sólo podía tener un origen.

Solo esperaba que los otros dos que quedaban en pie no tuvieran el mismo poder.

Necesitaba deshacerse de su oponente lo antes posible. Isión estaba en apuros, y Nihué y Menara no lo tenían mejor. Konrad descargaba

golpes con rapidez y fiereza sobre su oponente, quien a pesar de verse obligado a retroceder, no mostraba ninguna fisura en su defensa. Debía cambiar de táctica y hacerlo deprisa. Dio un rápido salto hacia atrás, y cedió la iniciativa a su adversario.

Isión retrocedía, parando los golpes de su rival con la espada. Su brazo izquierdo estaba inutilizado y le dolía terriblemente. Al dar otro paso hacia atrás, tropezó con la raíz de un árbol y perdió el equilibrio, momento que aprovechó su oponente para descargar otro golpe más. Isión de nuevo paró el ataque con su espada, pero el impacto acabó de desequilibrarlo y cayó al suelo de espaldas. Al chocar contra el suelo perdió su espada. El rastreador se preparaba ya para lo que parecía el ataque definitivo. En las fauces de la bestia se dibujó una grotesca sonrisa de triunfo.

Nihué rodó ágilmente al caer al suelo y se volvió rápidamente hacia el rastreador, pero este blandía ya su espada dispuesto a asestar un mortífero golpe sobre Menara que, apoyada sobre su báculo, trataba de ponerse en pie. El rastreador, imponente frente a ella, descargó su espada con fiereza.

- ¡Noooo!- gritó Nihué al tiempo que buscaba una flecha en su carcaj para cargar el arco, aunque sabía que no llegaría a tiempo.

Menara, semi-incorporada, con una rodilla en el suelo, y el brazo derecho agarrado a su bastón levantó su brazo izquierdo y lanzó su hechizo. El espadón del rastreador chocó contra un escudo invisible sin alcanzarla. El impacto fue tremendo y Menara acusó la tensión del impacto. No podía creer que un hechizo tan simple le hubiese costado tanto esfuerzo. Las fuerzas la abandonaron y todo se volvió oscuro.

Nihué vio como Menara se desplomaba después de detener el ataque de su oponente. Disparó su flecha, pero de nuevo, con un simple gesto el rastreador la desvió, y lanzando un rugido de triunfo se dispuso a dar el golpe de gracia a Menara. En ese momento, materializándose como salido de la nada, apareció Nidhul, enorme, majestuoso, como una deslumbrante luz plateada entre la oscuridad de la noche y se abalanzó sobre el rastreador. Sus garras, poderosas, se cerraron sobre el enorme brazo que sostenía el arma, su pico golpeaba sin parar, haciendo rugir de dolor a la bestia.

Nihué aprovechó la oportunidad. Soltó el arco, y desenvainando su espada corrió hacia la bestia.

Konrad, retrocedió y esperó con sus dos espadas en la mano, concentrado en su próximo movimiento. El rastreador lanzó un estremecedor rugido y se lanzó hacia él enarbolando su espada.

Konrad esperó inmóvil hasta el último segundo y saltó. Cuando la bestia descargó su espada, atravesó un espacio vació donde un instante antes se encontraba Konrad. Este había saltado por encima de su oponente, dando una increíble voltereta con giro en el aire, cayendo detrás de él y quedando de cara a la espalda de su oponente. Con un rapidísimo movimiento acabó con la bestia. El rastreador no tuvo siquiera tiempo para girarse. Su cabeza se separó de sus hombros y su cuerpo se desplomó sin vida.

Isión estaba en el suelo, desarmado y a merced de su oponente. O al menos eso creía él. Cuando, confiado en la victoria final, el rastreador se disponía a finalizar el combate, fue Isión quien le sorprendió. Su espada, que estaba a un metro escaso de él, se levantó del suelo y volando con la velocidad de una flecha, se clavó directamente en el corazón de su rival. En algo no se había equivocado el rastreador. Aquello era el final del combate. Su estratagema, aunque improvisada -por necesidad- sobre la marcha, había salido bien. Había tropezado y caído deliberadamente - había que reconocer que había hecho una gran interpretación - y también, intencionadamente, había dejado caer su espada. Aunque sus habilidades no eran como las que tenían de los Caballeros del Dragón en su época de esplendor, podía mover con facilidad objetos como su espada. Desde luego, había sido un golpe certero.

Nihué aprovechó la oportunidad que le había dado Nihdul al distraer al rastreador. En cuatro zancadas se había plantado junto a él, y entretenido como estaba en zafarse del Aguila Plateada, no tuvo oportunidad de defenderse de ella. Clavó su espada en el corazón de su oponente, que aulló de dolor. Con un giro de muñeca terminó con su sufrimiento.
-Se acabó- dijo Konrad- ¿Estáis todos bien?
-Yo sí, pero Menara está inconsciente - respondió Nihué arrodillándose junto a ella. - No parece grave. Creo que es puro agotamiento.
-¿Y tú, Isión? ¿Cómo estás?- preguntó Konrad.
-Bien- respondió este levantándose del suelo- salvo que creo que creo que esta mala bestia me ha roto el brazo.
-Todavía quedan un par de horas de oscuridad. Descansaremos hasta que amanezca. No podemos perder más tiempo. -dijo Konrad- ¿Crees que podrás hacer algo por ellos? -preguntó a Nihué.
-Algo podré hacer- respondió ella. - Konrad, por favor, procura que Menara esté cómoda y arrópala. Me arriesgaré a hacer un pequeño fuego. Necesito calentar agua para hervir unas hierbas que pueden ayudarla.
-¿Y para mí no tienes nada, hermanita?- preguntó Isión.- Este brazo

me duele condenadamente.
-Te preparé algo para el dolor y te lo inmovilizaré lo mejor posible. A parte de eso, solo puedo darte unas raíces que te ayudarán a curar más deprisa. El resto te lo dejo a ti. Creo que echarás de menos a mamá.
-Si, desde luego no me vendrían nada mal sus poderes curativos, pero en fin, que le vamos a hacer, tendré que conformarme con tus hierbajos.
-Muy gracioso, Isión, muy gracioso.

Media hora después, Nihué ya había inmovilizado el brazo de su hermano y preparado una infusión de Aselfas para Menara, que había despertado a los pocos minutos y había sido puesta al día de la situación por Konrad.
-Toma, bebe despacio. Está muy caliente. - dijo Nihué sentándose a su lado y tendiéndole un cuenco de madera.
-¿Crees que podrás continuar?- preguntó Konrad.
-Sí, sólo necesito descansar un poco. Además, sabes que las pociones de Nihué hacen milagros. - respondió Menara.

- Descansaremos hasta el amanecer. Luego desayunamos y nos vamos. Hoy tendrás ración extra en el desayuno. Necesitas recuperar todas las fuerzas posibles.

Menara se tomo la infusión y se sumió en un sueño reparador. Los demás la imitaron, excepto Konrad, que ya no pudo conciliar el sueño y se quedó vigilando junto a Nidhul. Aunque sólo quedaban un par de horas para el amanecer, Konrad esperaba que, con ese tiempo de descanso y la ayuda de la poción de Aselfas, Menara pudiera continuar el viaje. No podían retrasarse más. Ya habían perdido más tiempo del previsto, y era vital llegar a tiempo a su destino.

7. Yokohama, 11 de Septiembre 2.009. 22.30 h

- Un último brindis por Alejandro- dijo Takeshi-. Te deseamos que cumplas muchos más.

-Y que nos invites a cenar, claro - dijo Hiroshi.

El grupo estaba formado por ellos dos, Aiko - mujer de Takeshi-, Sara - mujer de Hiroshi- y Alejandro.

Alejandro había conocido a Hiroshi y Takeshi en Barcelona, donde habían estado desplazados durante tres años. Fue en ese tiempo cuando Hiroshi conoció a Sara. Se enamoraron y cuando él tuvo que regresar a Japón, ella se fue con él y allí se casaron. Ahora todos se habían vuelto a reencontrar en Yokohama y volvían a trabajar juntos.

Estaban cenando en el restaurante Aranjuez, un restaurante español ubicado en la torre Sky Yokohama, junto a Yokohama Station. Alejandro invitaba, y no había desaprovechado la ocasión de deleitar a sus amigos con una cena española. Sabía que una de las cosas que sus amigos habían aprendido a apreciar y a disfrutar de España, era, entre otras muchas, su gastronomía, razón por la que había elegido ese restaurante.

-Espero que de verdad sea el último, porque creo que ya habéis bebido más de la cuenta- respondió Alejandro sonriendo.

-Si, siempre les pasa igual. Saben cuando empezar, pero no cuando terminar -dijo Sara.

-Espero que mañana por la tarde estéis en condiciones. Luego no daréis ni una bola- dijo Alejandro. La tarde del sábado, como muchas otras, habían quedado para jugar un partido de baseball con compañeros de la fábrica y amigos.

-Bueno, un día es un día. Además, esta es la última vez que celebraremos juntos el cumpleaños de Alejandro. El próximo ya lo celebrará en España -y dicho esto Hiroshi pegó otro trago a su copa de champagne.

Era cierto. Apenas le quedaban cuatro meses de estancia en Japón. Volvería a España a pasar las Navidades, y después solo estaría un mes más en Yokohama, antes de volver a su puesto en la planta de Barcelona.

Alejandro se encontraba a gusto y lo estaba pasando bien, pero en esos momentos se daba cuenta de cuanto echaba de menos su país, su familia y sus amigos. Pensó en Hugo, en Lucia, en Javier... y también en Alicia. No pudo evitar una punzada de dolor al recordar, atenuado ya por el tiempo y la distancia. Cuando llegó a Japón, año y medio atrás, pensó que nunca llegaría el momento en que desapareciera el

dolor, la rabia, pero ahora se sentía preparado para volver, aunque seguía preguntándose como se sentiría si volviera a encontrarse frente a ella. Afortunadamente, era muy difícil que eso ocurriera, ya que él volvería a Barcelona y ella vivía feliz con su marido en Cantabria.

Siguieron charlando y celebrado durante un rato más, pero después del café y algún que otro chupito, Alejandro pidió la cuenta y dieron por terminada la celebración.

Se despidieron unos de otros en el andén de Yokohama Station, y Alejandro cogió la línea Kehintohoku del JR. Dos paradas después y apenas siete minutos se apeó en la estación de Sinkoyasu. Llegó a su casa pasadas las doce de la noche y al abrir la puerta oyó que el teléfono estaba sonando. Corrió hacia él, tratando de llegar antes de que al otro lado de la línea se cansaran de esperar y colgaran. Vio en la pantalla del teléfono que era el número de sus padres.

-Sí. - contesto Alejandro.

-Feliz cumpleaños, hijo- contestó su madre al otro lado de la línea.

-Gracias mamá.

-¿Cómo estás?

-Muy bien, ¿y vosotros?

-Bien, pero te echamos mucho de menos. Así que hoy para celebrar tu cumpleaños, hemos invitado a Hugo a comer a casa.

-No me digas más. Le has preparado una de esas paellas que tanto le gustan ¿verdad?

Alejandro charló un rato más con su madre. Luego con su padre, y por último le pasaron con Hugo.

-Bueno, ¿Qué tal los llevas? - preguntó Hugo.

-Estupendamente, como siempre.

-Me alegro. Espero que el próximo lo celebremos juntos.

-Si, yo también. ¿Y sabes una cosa? Tengo muchas ganas de volver.

Hugo entendió lo que su amigo quería decir. Para él era como un libro abierto, y sabía, que veladamente, le estaba diciendo que todo estaba bien. Aunque nunca hablaban abiertamente del tema, él siempre entendía los escasos mensajes que Alejandro le enviaba. Después de mucho tiempo sin saber realmente como estaba, recibía un mensaje claro: las viejas heridas estaban cicatrizando.

-Bueno, pues entonces tendremos que hacerte una fiesta de bienvenida por todo lo alto para celebrarlo. Yo me encargaré de traer a Javier

Perfecto, será como en los viejos tiempos... o casi.

8. Las Rozas. 11 de Septiembre de 2.009. 17:10 h

Hugo colgó el teléfono y se dirigió al salón donde se encontraban los padres de Alejandro. Carlos y Maria se habían servido unos cafés y disfrutaban ya de una tranquila sobremesa.
-¿Quieres uno? - preguntó Maria cuando Hugo entró.
-No gracias, tengo que irme ya. He quedado en pasar por el centro esta tarde y ya se me está haciendo tarde, y esta noche tengo turno en el Hospital.

Hugo trabajaba como voluntario en la cruz roja, donde acudía regularmente. Llevaba muchos años como voluntario, y en varias ocasiones, cuando ambos vivían en las Rozas, Alejandro le había acompañado.
-Bueno, pues no te entretenemos más- dijo Carlos.

Hugo cogió su cazadora, su mochila y acompañado por ambos, se dirigió a la salida.
-Gracias por la comida. Ha estado todo riquísimo, como siempre.
-Espera un momento- dijo Maria.

Volvió al cabo de unos segundos con una bolsa.
-Toma, aquí tienes un buen trozo de empanada que he comprado para cenar y una fiambrera con la paella que ha sobrado.
-No hace falta....
-No discutas y llévatelo.
-Pero es que a lo mejor no me da tiempo a pasar por casa.
-Mejor, así ya tienes cena. ¿No has dicho que tienes turno de noche? Pues eso. Así no comes las porquerías que salen de las máquinas del hospital.
-Está bien- cedió Hugo finalmente.- Muchas gracias.

Colocó la comida en su mochila lo mejor que pudo, y después de ponerse la cazadora, se cargó esta a su espalda. Se despidió de los padres de Alejandro y salió de su casa para dirigirse a la parada del autobús.

Cuando estaba llegando, sonó su móvil. Sacó el teléfono del bolsillo y vio en la pantalla que la llamada era de Lucía.
-Dime guapetona- contestó Hugo.
-Hola soy, yo- respondió Lucía. Su tono de voz no era el de siempre.
-Ya lo sé. Lo de guapetona iba por ti.
-Ah, entonces es que se lo dices a todas ¿no?
-Muy graciosa. Lo tendré en cuenta para no echarte más piropos en el futuro. Dime. ¿que pasa?
-Nada, era para ver que hacías esta noche.

-Esta noche tengo turno en el Hospital.
-Ah, vaya. Bueno, pues nada.

Hugo percibió la decepción en el tono de voz de Lucia... y algo más que no era capaz de identificar.

-Oye, ¿Por qué no te pasas a hacerme una visita y cenamos juntos? Tengo una paellita y una empanada que me ha dado la madre de Alejandro, que nos vamos a chupar los dedos. Así podemos charlar un rato.

-¿No te molestaré? A ver si te van a decir algo.

-No te preocupes. Creo que la noche estará tranquila, y siempre que esté en mi sitio no creo que haya problemas.

-Vale, pues allí nos veremos. ¿Me paso sobre las once?
-Perfecto. Ya sabes donde encontrarme.
-Pues hasta luego entonces.
-Hasta luego.

Lucía colgó el teléfono. Delante de ella tenía los resultados de las pruebas médicas que le habían hecho durante las últimas semanas. Se los habían dado esa misma mañana, y le habían explicado lo que significaban. Todavía no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a sus padres. Hugo sería la primera persona a la que se lo contaría.

9. Suances, 11 de Septiembre de 2.009. 18:30 h

El detective Montero se detuvo en la puerta de la lujosa finca y tocó el timbre. Había llamado por la mañana para concertar una cita con su clienta. Tenía mucha información, y muy sabrosa, aunque seguramente a ella no le agradaría. No le había sido muy complicado obtenerla. David Losada era un empresario importante, y bastante conocido en Cantabria, pero se sentía muy seguro en Madrid. No sospechaba que alguien pudiera estar observándolo, y mucho menos siguiéndolo.

El trabajo había sido fácil, de los más fáciles que había tenido. La única parte complicada había sido conseguir el historial clínico, pero gracias a sus contactos -siempre decía que había que tener amigos hasta en el infierno- se había hecho con una copia. En el maletín llevaba todo: la copia del historial, fotos, videos...

-Si ¿Quién es?- preguntó una voz por el interfono de la puerta.

-Soy Carlos Montero. Tengo una cita con la señora Alicia Campos.

-Pase por favor.

Se oyó un pitido y la puerta comenzó a desplazarse lentamente, dejando paso hacia la lujosa mansión de los Losada.

-¡Hijo de puta!- exclamo Alicia dejando caer las fotos sobre la mesita del salón donde se había sentado con el detective. Montero no dijo nada. No era necesario. Las fotos hablaban por si solas.

-También he conseguido esto- dijo. Y le tendió un sobre.

-¿Qué es? - preguntó ella.

-Su historia clínica, tal y como me pidió. Solo le he traído el de su seguro privado, el resto no era de interés.

Alicia abrió el sobre. Contenía varios informes de la clínica Ruber Internacional de Madrid. Sabía que su seguro privado era de amplia cobertura -un seguro VIP-, pero no sabía que David hubiera ido alguna vez a la Ruber.

Empezó a leer. Eran informes de hacía algunos años, el último de unos meses antes de casarse con ella.

Cuando terminó de leer, no pudo más y prorrumpió en llanto.

-¡Que hijo de puta!- dijo entre sollozos, y dejó caer los papeles en la mesa para cubrirse el rostro con sus manos.

Era peor de lo que había imaginado. Su vida era un engaño, una mentira.

-Dios, ¿Cómo he podido equivocarme tanto?- pensó. Rememoró fugazmente los años que había pasado junto a David desde que se

conocieron. Lo que había empezado siendo una vida de ensueño cuando lo conoció y al principio de su matrimonio, se había convertido poco a poco en tedio y desencanto para acabar en la pesadilla que era ahora.

Pensó en todo lo que había dejado atrás para emprender su nueva vida junto a David: su familia, sus amigos, incluso había renunciado a su trabajo - David siempre le decía que su mujer no necesitaba trabajar -, por no hablar de Alejandro.

-¿Se encuentra bien?- preguntó Montero.

-Si, si, no se preocupe - respondió Alicia limpiándose las lágrimas del rostro con el dorso de su mano.

Montero se levantó.

-Me voy. Creo que es mejor que la deje sola.- dijo.

-Le acompaño

-No se preocupe. Creo que llegaré sin perderme- y se dirigió hacia la salida. Cuando llegó al umbral de la puerta del salón, se volvió.

-¿Sabe? Llevo muchos años en esto, y he visto muchos casos como el suyo. Si le sirve de consuelo, aunque ahora le parta el corazón, a la larga lo agradecerá. Se lo digo por experiencia.

Ella le sostuvo la mirada y al cabo de unos instantes musito:

-Gracias.

-De nada- respondió él. Y dando media vuelta se dirigió al vestíbulo y salió de la casa.

Montero subió a su coche. Era cierto que había visto muchos casos como aquel, pero aún así seguía sin comprenderlos. ¿Cómo era posible hacerle aquello a una joven tan hermosa? No entendía como hombres que lo tenían todo - fortuna, una bella mujer enamorada, poder- no tenían nunca suficiente. Siempre querían más - más riqueza, más mujeres - y no permitían que nada se interpusiera entre ellos y sus objetivos. Lo más triste de todo es que sabía que no sería el último caso que vería.

¡Que ganas tengo de jubilarme, joder!- dijo para sí mismo. Y era cierto. Cada día que pasaba odiaba más su trabajo Arrancó el coche y se dirigió hacia la salida.

10. Versalles, 11 de Septiembre de 2.009. 19:45

Javier entró en su apartamento. Por fin había terminado una dura semana de trabajo. Las pruebas habían ido bien, mejor todavía de lo que esperaban, y los datos obtenidos así lo corroboraban. Todavía tenía que terminar de repasar algunos datos y terminar el informe que tenía que presentar el Lunes. No le llevaría más de un par de horas. Traía todos los datos y un borrador del informe en su portátil y tenía pensado terminarlo durante el fin de semana.

- Pero eso será mañana- pensó Javier.

Esa noche había quedado para cenar con Sylvie. Habían acordado que la recogería a las nueve en su casa, así que tenía el tiempo justo para ducharse y arreglarse antes de ir a buscarla. Aunque trabajaba en París, Sylvie se había instalado en Versalles, por lo que, siempre que sus horarios de trabajo se lo permitieran, podrían verse con cierta frecuencia, Habían quedado un par de veces durante esa semana. Se lo había pensado mucho, pero finalmente se decidió a llamarla, y el mismo Martes quedaron para ir al cine, después fueron a un pequeño café y terminaron con un largo paseo nocturno. Claro, que el Miércoles por la mañana lo pagaron, ya que lo pasaron tan bien juntos, que cuando quisieron darse cuenta, eran más de las dos de la madrugada. Durante esas horas de charla, Javier confirmó su primera impresión sobre Sylvie: que era una mujer increíble, que tenían muchas cosas en común y que con ella se sentía muy cómodo.

El Miércoles, a última hora de la tarde, habían salido juntos a hacer footing - una de las aficiones que compartían - y habían quedado para cenar ese Viernes.

Había reservado mesa en La Forestiere, un Hotel-Restaurante situado en las inmediaciones de París, en I lle de France, cerca del palacio Saint Germain-en-Laye -donde nació Luis XIV-. El lugar era una preciosa casa, rodeada de bosques y rosaledas, que ofrecía una cocina original y una magnífica bodega. Javier dejó el portátil en la mesa de su salón y fue hacia su dormitorio. En ese momento sonó su móvil. Sacó el teléfono de su bolsillo y miró la pantalla. Era Sylvie.

-Hola Sylvie.

-Hola Javier. Me temo que tengo que darte malas noticias.

-¿Qué ha pasado?

-Estoy todavía en París. Ha habido un homicidio y estoy de camino al lugar de los hechos. Lo siento, pero tendremos que suspender la cena. No sé a que hora terminaré.

Javier trató de disimular su decepción.

-Bueno, supongo que son gajes del oficio ¿no?
-Si. ¿No te importa?
-Pues claro que no, pero no creas que te vas a librar tan fácilmente. ¿Que haces mañana?- preguntó Javier.

Sylvie se quedó pensativa. Ahora tendrían que inspeccionar la escena del crimen, organizar los equipos de trabajo, preparar el informe preliminar del caso, etc. No sabía lo que podrían tardar.
-No sé, depende de cómo vayan las cosas. Hacemos una cosa, te llamo más tarde y hablamos- respondió al fin.
-De acuerdo, así me pones al tanto de los detalles del caso- bromeo él.
-Bueno, te dejo, creo que estamos llegando.
-Vale. No te olvides de llamar.
-No te preocupes, no me olvidaré - sonrió. -Chiao.
-Hasta luego entonces. Corto el teléfono.
-Bueno, que le vamos a hacer. Cambio de planes -dijo para si mismo.

Llamó a La Forestiere para cancelar la reserva y decidió aprovechar lo que quedaba de tarde. Esperaría la llamada de Sylvie terminando el trabajo que tenía pendiente. Eso que tendría ganado para el fin de semana.

11. Yokohama. 12 de Septiembre de 2.009. 8:20 horas

Alejandro había dormido mal. Otra vez había tenido ese sueño, pero esta vez había sido diferente, hubo algo más. Esta vez, cuando, en su sueño, se estaba quedando inconsciente y trataba de llamar a sus padres, oyó otra voz, una voz diferente a la del hombre de la túnica blanca.

-Todo está listo para empezar. ¿Crees que funcionará?

-Eso espero.- respondió la voz del hombre de la túnica blanca. - Son nuestra última esperanza.

Se oyó un estruendo cuyo eco retumbó en toda la cámara.

-Démonos prisa. El tiempo se acaba.

Después de eso despertó y ya no pudo conciliar el sueño, pasando el resto de la noche en una inquieta duermevela.

Se levantó antes de que sonara el despertador. Después de darse una ducha para despejarse y de un buen desayuno, se había vestido y ahora estaba terminando de preparar sus cosas para salir. Como casi todos los sábados, pasaría la mañana entrenando en el gimnasio.

Metió su i-pod nano en la mochila, junto con la ropa que utilizaría para entrenar - su kimono y una camiseta Nike Pro negra de manga corta -, su neceser de aseo personal, los shurikens, un par de barritas energéticas, una botella de medio litro de agua y un bidón de batido de proteínas, que solía prepararse los sábados, cuando entrenaba más intensamente.

Llevaba puestos unos vaqueros, un polo blanco de manga larga que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, y unas deportivas Niké. Se puso su cazadora de motorista. Era su cazadora preferida. La había encargado a su gusto. Llevaba protectores de fibra de carbono y kevlar para los codos, antebrazos, hombros y la parte superior de la espalda.

Era totalmente negra, excepto en su parte posterior, donde llevaba dibujado un impresionante dragón blanco, con sus alas desplegadas y mostrando sus fauces, que era una replica a color del que llevaba marcado en su espalda.

Al igual que les ocurrió a sus amigos, las marcas habían aparecido en su cuerpo muchos años atrás, aquél extraño día veinticinco años atrás, sin que nadie hubiese podido explicar su procedencia o como se habían producido, y sin que ninguno de ellos pudiera recordar nada en absoluto de lo que ocurrió aquel día. A diferencia de sus amigos, no se sentía avergonzado por ellas -como Javier y Alicia- o trataba de ocultarlas -como Lucía-, más bien todo lo contrario. El único que lo

aceptaba como algo natural era Hugo, pero tampoco este entendía la ostentación que Alejandro hacía de "su dragón", como él lo llamaba. No podía evitarlo, desde pequeño se había sentido extrañamente ligado al dragón, era como si le inspirase. Para él, era símbolo de fuerza e inteligencia, de justicia y nobleza.

Cogió las catanas y las metió, sin desenfundarlas, en una bolsa de tela que utilizaba para poder viajar en moto con ellas. La bolsa tenía una cinta, que le permitía echárselas a la espalda, de la misma forma que un arquero lleva un carcaj. Se puso la bolsa a la espalda, y después la mochila.

Mientras recogía sus cosas, en el equipo de música sonaba "Un millón de cicatrices", del Canto del Loco, uno de sus grupos favoritos, y no pudo evitar sonreír.

"Hoy vuelvo a encontrar mi corazón
que lo tenía escondido dentro de un cajón,
cerca del afecto del manual de cómo hacerme un hombre,
y lo pase tan mal mirando alrededor,
estando tan perdido y falto de ilusión,
cerca del peligro, sin equilibrio y perdiendo el norte,
yo me pregunto por qué,
me quise tan poco y me encerré,
dando vueltas y vueltas a algo que yo creé,
y por pensar tengo un millón de cicatrices, soy un escudo, soy hipersensible, una barrera al corazón,
y no me gusta haber estado así de triste
por paranoias yo me hice ....

Que gran liberación que siento hoy
al recorrer poquito a poco el corazón,
que está más fuerte, sabe que quiere y ya no se esconde,
que grande es verme hoy,
sin lo anterior, sintiéndome tranquilo siendo lo que soy, inofensivo
sereno amble y cariñoso,
yo me pregunto por qué,
me quise tan poco y me encerré,
dando vueltas y vueltas a algo que yo creé,
y por pensar tengo un millón de cicatrices,...."

Aquella canción le encantaba, pero por primera vez se sentía identificado con lo que decía. Por fin parecía que todas sus cicatrices estaban curando, y que su corazón estaba más fuerte. Había llegado la hora de volver a casa y dejar de esconderse. Cogió sus guantes, su casco, sus gafas de sol Ray Ban -que guardó en un bolsillo interior de

su cazadora- y salió de casa. Bajó al garaje, se puso el casco y subió en su moto, una Suzuki GSX-R- 600 negra.

Arrancó y salió a la calle para dirigirse al gimnasio. Después de callejear brevemente, salió a una amplia avenida de dos carriles. Aceleró. En unos minutos llegaría a su destino. Alejandro disfrutaba de la sensación de libertad que siempre le embargaba cuando conducía su moto. De repente sintió un terrible dolor en su espalda. Era como si algo le estuviera abrasando. Su cuerpo se retorció de dolor sobre la moto y reaccionando por instinto, trató de llevarse una mano a la espalda. Esa reacción le llevó a perder el control de su moto. Sobreponiéndose al dolor, luchó durante unos segundos por recuperar el control, pero este era cada vez más intenso. Alejandro se dio cuenta de que no podría recuperar el equilibrio. Su vista se nubló y perdió el conocimiento.

Akira - al igual que el resto de testigos- no podía explicarse lo que había pasado. Todo había ocurrido en escasos segundos, pero lo recordaba como si hubiese visionado una película a cámara lenta. Iba circulando por el carril exterior, adelantando a un enorme trailer y seguido por un todo terreno, cuando vio al motorista que venía en dirección contraria. Había perdido el control de su moto y trataba de recuperarlo, pero en la lucha que el piloto mantenía con su máquina, este había invadido su carril. Piso el freno a fondo y trato de colocarse lo más cerca posible del camión para tratar de esquivarlo, pero apenas tenía espacio. El motorista perdió definitivamente el control y cayó al suelo, pero la velocidad que llevaba hizo que piloto y moto deslizaran por el suelo, precipitándose inevitablemente contra su vehículo. No podía hacer nada. Arrollaría al piloto sin remedio, y después la moto lo atraparía entre ella y el coche. Sintió el impacto en parte frontal. Aunque había reducido bastante la velocidad, todavía avanzó unos metros, arrastrando a moto y piloto, antes de detenerse. Cuando se detuvo, el todo terreno, que había reaccionado más tarde que él, le golpeó por detrás, aunque el impacto no fue demasiado fuerte. Cuando todo hubo pasado, Akira, que afortunadamente no había sufrido daño alguno, bajó de su vehículo. El conductor del todo terreno también se detuvo, así como el tráfico en uno y otro sentido, para ver que había ocurrido y tratar de ayudar a los posibles heridos. Akira caminó rápidamente hacia la parte delantera de su automóvil para comprobar el estado del motorista y tratar de socorrerle. La moto era un amasijo de hierro y se había empotrado contra los bajos de su automóvil, pero lo más sorprendente de todo, es que no había ni rastro del piloto. Donde esperaba encontrar un hombre herido mortalmente, aplastado entre el coche y la moto, no había nada. Simplemente, había desaparecido.

12. Madrid, 12 de Septiembre de 2.009. Hospital de la Paz. 0:05 h

Lucía había llegado al Hospital Universitario de la Paz un poco antes de las once. El hospital estaba ubicado en la zona norte de Madrid, en el Paseo de la Castellana. Hugo trabajaba allí como vigilante de seguridad y esa noche le había tocado en el Hospital General, en Urgencias, en la planta semisótano. Habían tomado unos buenos trozos de la empanada que le había dado la madre de Alejandro, con unas Coca Colas que había traído Lucía, sentados en una de las salas de espera mientras charlaban animadamente.

Después habían seguido charlando mientras Hugo hacía su ronda por los pasillos del hospital.

La charla había sido intrascendente, aunque Hugo percibía que Lucía estaba inquieta. Quería decirle algo importante, pero de momento no se decidía. Decidió esperar. Algo le decía que era mejor no forzar las cosas y dejar que ella se lo contase cuando estuviese preparada.

-¿Te apetece un café? - preguntó Hugo.

-¿Con un donuts?

-Por supuesto. Venga vamos. Invito yo.

Se dirigieron a la cafetería. Cuando estaban a punto de entrar, el walkie de Hugo chasqueó.

-Hugo, soy Ricardo, ¿me recibes?

-Vaya que oportuno - dijo Hugo echando mano del walkie. - Dime Ricardo, ¿qué pasa?

-¿Puedes venir a la entrada de ambulancias? -contestaron al otro lado.

-¿Me da tiempo a tomar un café?

-Mejor después. Date prisa, es urgente.

-Vale, voy para allá.

Colocó otra vez el walkie en el cinturón, y se volvió hacia Lucia.

-Ya me parecía a mí que la noche estaba siendo muy tranquila. En fin, ya lo has oído, el deber me reclama. -dijo Hugo.

-Bueno, no te preocupes. Yo voy a tomarme ese café.

-Vale. Espérame aquí, a ver si puedo desliarme pronto, ¿de acuerdo?

-Hecho. Aquí te espero. Para una vez que ibas a invitar, no pienso desaprovecharlo. Saluda a Ricardo de mi parte.

Hugo se dio la vuelta y salió corriendo hacia donde le esperaba Ricardo.

Lucía entró en la cafetería. Pidió un café con leche y un Donut y se sentó en una de las mesas que quedaban libres. En la mesa de al lado

había dos enfermeras charlando. No era de las que se inmiscuía en las conversaciones ajenas, pero algo en su conversación captó su atención.
-Bueno Cris, ¿y que hay de ese «segurata» que te persigue? Lucía se fijo discretamente en las dos mujeres. Calculó que, aproximadamente, tendrían más o menos su misma edad. La que había hablado era morena, de estatura media y rasgos corrientes. Lucía no se detuvo mucho en ella. Era la otra la que acaparaba toda su atención. Aunque estaba sentada, se adivinaba que era alta, de figura estilizada y formas proporcionadas. Era rubia, de ojos azules y - tenía que reconocerlo - una auténtica belleza. Incluso con el traje de enfermera, era evidente que era una mujer muy atractiva. Enseguida dedujo que debía tratarse de la chica que ahora perseguía Hugo. Claro, que debía perseguirla Hugo y medio hospital.
-¿Qué hay de qué?- respondió Cristina a su amiga
-Venga no te hagas la loca. Supongo que te has dado cuenta de que bebe los vientos por ti.
-¿Y?
-Bueno, es simple curiosidad ¿Qué piensas hacer? El chico no está nada mal- dijo su amiga sonriendo.
-Pues no pienso hacer nada. Ya sabes que he empezado a salir con Rafael.
-Venga, mujer, pero si es un vejestorio. ¿Cuántos años te saca? ¿Veinte?
-Si, pero es un médico de prestigio, es maduro, elegante, con clase y... tiene su propia clínica privada de cirugía plástica.
-Pues ya podía operarse él, que falta le hace. No iras a compararlo con el otro morenazo.
-Para empezar, el otro morenazo, como tú lo llamas, no es mi tipo. Está un poquito fondón ¿no? -dijo riendo entre dientes- ¿Y has visto lo nervioso que se pone cuando habla conmigo? Además, no pensaras en serio que voy a salir con un simple guardia de seguridad ¿verdad?- respondió Cristina con una mueca burlona.
-En fin, veo que contigo es imposible. Pues a mi me parece monísimo, así que si a ti no te interesa...
-Todo tuyo, hija.
En ese momento sonó el móvil de Cristina.
-Si dime, Ángela- contestó Cristina. Ángela era la jefa de enfermeras en ese turno.
-Se acabó el descanso. Te necesito en la entrada de ambulancias. Tenemos una emergencia. ¿Está Ruth contigo?
-Si, está aquí conmigo.
-Pues venid hacia aquí zumbando, y si veis a alguien libre por el camino os lo traéis.
-Vale, vamos para allá. -

Cristina colgó el teléfono y levantándose dijo a Ruth:

-Venga, la jefa nos necesita. Parece que ha habido una emergencia.

-Bueno, por fin un poquito de acción.- respondió Ruth, y dio un último trago a su café.

-Como odio este trabajo. En cuanto pueda lo dejo.

-Chica, no te entiendo, ¿entonces para que estudiaste enfermería?- dijo Ruth mientras se levantaba de su silla.

-¡Pues para que va a ser!. Para cazar a un médico rico e importante dijo Cristina sonriendo y guiñándole un ojo, al tiempo que las dos se dirigían a la salida de la cafetería.

Lucía estaba atónita. No podía creer lo que había escuchado. Definitivamente, Hugo no podía haber elegido peor. Aquella chica era una frívola superficial - por no utilizar otros calificativos- incapaz de ver más allá de sus narices.

-Necesito otro café.

Se levantó y se fue hacia la barra.

Hugo llegó a la entrada donde le esperaba Ricardo, su compañero de vigilancia.

-Ya estoy aquí, Ricardo. ¿Qué pasa?

-Parece ser que van a llegar varias ambulancias con herido por una pelea callejera entre una banda de latinos y unos skin-heads. La policía viene para acá para evitar que haya problemas, ya sabes, que vengan por aquí los amigos de los heridos y les de por seguir la juerga, pero nos han pedido que echemos una mano. He llamado a un par de compañeros más de planta.

Ricardo llevaba ya tres años trabajando como guardia de seguridad en las urgencias del hospital. Se habían conocido dos años atrás, cuando la empresa de seguridad, a petición de Hugo, lo traslado desde el centro comercial al que estaba asignado antes, al hospital. Congeniaron rápidamente, y pronto descubrieron que tenían muchas cosas en común. Al igual que Hugo, Ricardo trabajaba como guardia de seguridad para costearse sus estudios. De origen humilde, - su padre había sido pastor en un pequeño pueblo leones, y su madre ama de casa- tuvo que ponerse a trabajar tras la muerte de su padre, enfermo de cáncer. La pensión que le quedó a su madre no daba para pagar sus estudios, por lo que Ricardo emigró a Madrid, y empezó a trabajar para costearse la carrera. Acababa de terminar sus estudios de criminología y estaba preparándose para ingresar en el cuerpo de policía. Físicamente, era lo que se llamaba un «armario ropero», con más de un metro noventa y cinco de estatura, piel blanca, pelo y ojos negros y un rostro, que aunque ligeramente redondo, era agradable. Sus amigos le llamaban «oso», por su fuerza descomunal y su parecida constitución a este animal - amplia cintura, anchos hombros y espalda, enormes brazos-, aunque en los últimos tiempos había adelgazado y

estilizado su figura, ya que había empezado a prepararse para las pruebas físicas que tendría que superar si quería ingresar en el cuerpo.

A pesar de su apodo y de su apariencia tosca, Hugo no tardó en descubrir bajo ella a alguien de noble corazón, fiel y dispuesto a todo por sus amigos y su familia. Era lo que se decía una buena persona.

-Bueno, esperemos que no haya problemas. - dijo Hugo.

Cinco minutos después llegó la primera ambulancia, seguida por otra más a los pocos segundos, así como un par de coches de policía. Había ya varios médicos disponibles y preparados para atender a los heridos. Hugo vio llegar a Cristina y a Ruth, junto a Angela y otras enfermeras. En unos minutos la sala bullía con una actividad frenética. Mientras los médicos y enfermeras atendían a los heridos, Ricardo y Hugo, junto con sus compañeros y los policías que habían llegado, vigilaban que no hubiese problemas con los familiares y amigos que iban llegando.

-Perdone - dijo una voz a espaldas de Hugo. Este se volvió y se encontró frente a una mujer de rasgos sudamericanos, menuda y aparentemente muy mayor.

-Dígame, señora.

-Estoy buscando a mi nieto, pero nadie me dice donde está o que le ha pasado.

-¿Ha preguntado en recepción?

-Si, pero no han sabido decirme nada. Me han dicho que espere a que salga algún médico.

En el rostro de la mujer se reflejaba una gran angustia y su mirada era una suplica desesperada.

-Esta bien, señora. Dígame como se llama su nieto y veré que puedo hacer.

-Gracias, joven, muchas gracias. Se llama Manuel Oliveros.

-Muy bien. Espéreme aquí.

Hugo buscó a Ricardo y le explicó lo que pasaba y que iba a ver si encontraba al nieto de la señora.

-Te acompaño. Esto parece que de momento está tranquilo.

Se dirigieron hacia el interior de urgencias, pero antes decidió llamar a Lucía. Marco el número y esperó.

-Dime Hugo- respondió Lucía al otro lado del teléfono.

-Hola Lucía. Me temo que esto va para largo. No sé lo que tardaré, así que si quieres irte...

-No tengo prisa. Mira, te espero un rato más. Si en media hora no te has podido escapar, me voy y quedamos mañana.

-De acuerdo. Hablamos luego.

-Venga, hasta luego.

Lucía colgó el teléfono. Todavía no había podido hablar con Hugo. Esperaría un poco más, aunque quizá fuera mejor dejarlo para

mañana, cuando pudieran hablar más tranquilamente. Terminó su café, se levantó y salió de la cafetería. Necesitaba ir al baño, así que se dirigió hacia uno que había visto antes. Por el camino encontró una máquina expendedora. Decidió sacar un paquete de Huesitos para Hugo.
-Ya que se ha quedado sin el Donut, al menos esto le compensará- pensó Lucia.
Se guardó el paquete de huesitos en el bolsillo de su camisa y siguió su camino. Unos metros más adelante dio con el baño que buscaba y entró en él. Era pequeño, con solo dos lavabos y dos compartimentos con su correspondiente retrete. Se encontraba totalmente vacío.
De repente sintió un lacerante dolor en los antebrazos, como si le ardieran. Lucía, entre dolores, se levantó las mangas de su camisa. Las marcas que tenía en los antebrazos, normalmente de color gris, se habían vuelto de un color rojo incandescente. El dolor aumentaba. Quemaba. Abrió el grifo y metió los brazos bajo el agua, buscando aliviar el dolor. No sirvió de nada. Lo último que hizo Lucía antes de perder el conocimiento fue gritar.

-Menuda nochecita.- se dijo Carmen.- No he tenido tiempo ni de hacer un pis.
Ya no aguantaba más, así que por fin se había decidido a dejar lo que estaba haciendo por unos minutos e ir corriendo al baño. Cuando estaba a unos metros de la puerta, oyó un grito de mujer que venía de dentro. Después de vacilar un instante, corrió hacia la puerta y entró, pero no vio a nadie. Revisó rápidamente todo el baño, pero no encontró nada. El baño se encontraba completamente vacío.

Hugo y Ricardo caminaban por los pasillos buscando a Manuel. Hasta el momento no habían tenido suerte. Al fondo del pasillo Ricardo vio a Cristina en una de las cortinas, atendiendo a un paciente.
-Mira, allí está Cristina. A lo mejor ella puede ayudarnos.- dijo Ricardo.
Ambos se acercaron al lugar donde se encontraba. Estaba de espaldas a ellos cambiando la medicación al paciente, que estaba placidamente dormido
-Hola Cristina. - dijo Hugo.
-Ah, hola. - respondió ella volviéndose.
-Estamos buscando a un paciente. A lo mejor tú puedes ayudarnos.
-La verdad es que estoy muy liada.
-Bueno me vale con que me digas donde estáis colocando a los heridos de la pelea. Este es ...
Hugo se detuvo en mitad de la frase al sentir un fuerte dolor en el

pecho, a la altura del corazón. Su primer pensamiento fue que le estaba dando un infarto, pero enseguida se dio cuenta de que el dolor era de otro tipo, como si le estuvieran quemando. También le dolían, aunque con menor intensidad, las palmas de las manos. Bajó la vista hacía sus manos y vio que las estrellas de cinco puntas que llevaba marcadas en la palma de sus manos, se habían tornado de un color azulado. Era como si sus propias marcas le estuviesen quemando, y se dio cuenta de que el dolor del pecho debía ser provocado por una reacción similar, ya que allí, sobre el mismo corazón, tenía marcado una especie de media luna. Cristina observó la mueca de dolor de Hugo. Lentamente este se llevó las manos al pecho.
-¿Qué te pasa? -dijo ella nerviosa
-¡Me duele!¡Dios, que dolor!
El dolor iba en aumento. Hugo se encogió, con las manos en el pecho, y cayó al suelo. Ricardo asustado, se arrodilló rápidamente junto a él.
-¡Hugo! ¿qué te ocurre?- dijo Ricardo visiblemente nervioso. Cristina salió de la cortina. No había ningún médico a la vista, únicamente estaba Ruth a unos metros de donde ella se encontraba.
-Llama a un médico, rápido. - gritó.
-¿Qué pasa? - preguntó Ruth al ver a Hugo en el suelo.
-Creo que un infarto. Corre.
Se volvió hacia donde los había dejado. Ricardo, arrodillado junto a él le sujetaba la cabeza, mientras este, con los ojos cerrados, la mandíbula apretada y su rostro contraído en una mueca de dolor se sujetaba el pecho con las manos.
Cristina se arrodilló junto a él, apartó sus manos y empezó a realizar un masaje cardiaco.
El le cogió las manos e intentó hablar.
-No., es... un... inf...
Había perdido el conocimiento. Ella seguía cogida a sus manos y Ricardo seguía aguantando su cabeza.
De pronto, una luz cegadora y un ruido atronador inundaron sus sentidos. Inmediatamente después, todo fue oscuridad y silencio absoluto para ellos.

Cuando Ruth y el médico llegaron a donde había dejado a Hugo con Ricardo y Cristina, no encontraron a nadie.
-Que raro. Estaban aquí hace solo un minuto.
-Habrá pasado alguien y se lo habrán llevado para atenderlo.
-Si será eso. Voy a ver si los encuentro.
Una hora más tarde, Ruth no había podido dar con ellos. Nadie los había visto, ni en urgencias ni en planta. Habían desaparecido. Era como si se los hubiera tragado la tierra.

13. Santander, 12 de Septiembre de 2.009. 0:20 h

- **P**erfecto. Estás impresionante. -dijo Marta mirando a Alicia.
-¿Tu crees?
-Hazme caso.
-No sé, Marta. ¿Por qué no lo dejamos para otro día? De verdad que no creo que sea buena idea. No me encuentro con ánimos. - dijo Alicia.

Marta y Alicia estaban en la suite principal del hotel Silken Río, donde Marta se alojaba desde que empezó a trabajar allí como directora.

Alicia se había presentado en el hotel a eso de las nueve de la tarde. Estaba en el gimnasio, haciendo su rutina diaria de ejercicio, cuando la llamaron de recepción para decirla que tenía una visita. Un rato después, cuando bajó, se había encontró a Alicia con una maleta y echa un mar de lágrimas.

Enseguida se la llevó a su suite, y allí Alicia le había puesto al corriente de los últimos acontecimientos. A medida que iba hablando, ella intentaba consolarla, y poco a poco había conseguido que se tranquilizara.

Después, Marta pidió que les subieran una buena cena para las dos. Durante la cena, Marta llevó la charla por términos intrascendentes, tratando de que Alicia se distrajera un poco. Además, la invitó a quedarse en el hotel todo el tiempo que necesitara, y si a ella le parecía bien, podía quedarse en su suite, ya que ésta tenía dos camas y era lo suficientemente grande para las dos.
-Será divertido, ya verás- había dicho Marta.

Cuando terminaron de cenar, Marta propuso salir por ahí.
-Lo que tú necesitas es distraerte un poco. Ahora mismo nos vamos a arreglar y vamos a salir por ahí a volver locos a unos cuantos hombres. ¡Y que se joda el gilipollas de tu marido! Aunque le había costado convencerla, al fin había conseguido que se vistiera.

Alicia se miró en el espejo una vez más. La palidez de su rostro y las ojeras habían desaparecido bajo el maquillaje. Su pelo negro con grandes bucles, enmarcaban su hermoso rostro de rasgos latinos, labios carnosos y unos espectaculares ojos verdes. Llevaba puestos unos vaqueros ajustados que le sentaban muy bien, unas botas de piel beig muy cómodas - no eran de tacón alto - un polo ajustado de Carolina Herrera de color rosa y la cazadora favorita de Marta -una cazadora blanca de Belstaff - que esta le había prestado. Hacía mucho

tiempo que no se veía tan guapa, y apenas recordaba la última vez que se había arreglado para salir. Quizá Marta tuviera razón y aquello la ayudase a sentirse bien y mejorar su autoestima, que falta le hacía.
-Si hasta parece que he adelgazado -dijo Alicia.
-Estás guapísima, de verdad.
-Tú tampoco estás mal - respondió ella. Y era verdad. Marta estaba tan espectacular como siempre. También llevaba vaqueros y botas, un polo ajustado y una cazadora.
-Bueno que, ¿nos vamos o no? - preguntó Marta. Alicia se volvió.
-Que conste que lo hago por no aguantarte más, pesada. Cogieron sus respectivos bolsos, salieron de la habitación y se dirigieron hacia el ascensor, que estaba al fondo del pasillo. Llamaron al ascensor, y después de esperar unos segundos, subieron a él.

Alicia pulsó el botón de la planta baja. Las puertas se cerraron, y en ese mismo instante un dolor indescriptible azotó toda su espalda hasta la base del cuello. Alicia se arqueó y gritó de dolor.
-¿Que ocurre?- dijo Marta asustada.
-Me... duele... -dijo Alicia entre jadeos, su espalda contra la pared del ascensor.- Ayúdame.

Marta, sin saber que hacer pulsó el botón de alarma del ascensor, y empezó a gritar pidiendo socorro.
-Aguanta Alicia, ya llegamos a la planta baja.

Consiguió sujetarla justo antes de que esta perdiera el conocimiento.

Hacía poco más de veinte minutos que Carlos había empezado el turno de noche en la recepción del hotel cuando sonó el timbre de alarma en el ascensor y empezó a oír gritos pidiendo socorro. Salió de detrás del mostrador y se acercó al ascensor. Los gritos provenían del interior. Alguien estaba en apuros. El ascensor estaba a punto de llegar. 3...2...

Los gritos cesaron. 1...

La puerta se abrió. El ascensor estaba vacío.

14. París. 12 de Septiembre de 2.009. 0:05 h

Sylvie se había quedado sola en la oficina de la Brigada. Sólo la luz de su mesa permanecía encendida. Quería terminar el informe preliminar del caso antes de irse a casa. Era el primer caso que le asignaban desde que la habían destinado a la Brigada de Homicidios en París, y quería hacerlo bien. Posiblemente tendría que trabajar durante el fin de semana. Por la mañana iría al Anatómico Forense para recoger y revisar el resultado de la autopsia. También quería empezar a hablar con los amigos y familiares de la víctima, y sobre todo con su novio, la última persona que, según las primeras investigaciones, la había visto con vida. Pero también quería reservar unas horas para quedar con Javier.

El la había vuelto a llamar a eso de las once para ver como le iba, y habían charlado durante un rato.

La verdad es que tenía muchas ganas de verlo, y llevaba toda la semana esperando que llegara el Viernes por la noche para ir a cenar con él.

Esa tarde estaba a punto de salir, cuando recibió el aviso. Lo primero que pensó fue en que sus planes se habían ido al garete y no pudo evitar sentir un cierto disgusto inicial. Pero una vez iniciada la investigación, y metida de lleno en el caso, había recuperado el ánimo. Ahora pensaba en como organizarse el trabajo que tenía por delante para tener unas horas libres que pasar con Javier durante el fin de semana.

-Al fin y al cabo, mañana tengo que cenar, así que mejor que sea en compañía. - pensó.

Volvió a concentrarse en el caso y en el informe preliminar que estaba escribiendo en su portátil.

Unos minutos después, oyó que alguien llamaba a la puerta de la oficina de la Brigada.

-¿Hay alguien ahí?- preguntó una voz, que aunque familiar, no reconoció inicialmente. Desde donde estaba -su mesa era la más alejada de la entrada- solo distinguía una silueta a contraluz recortada en el umbral de la puerta.

-Si, ¿Quién es?

-¿Sylvie, eres tu?

-¿Javier? ¿Qué haces aquí?

Javier cruzó la puerta y se dirigió hacia donde estaba ella.

-Pues nada. Como cuando hemos hablado me has dicho que no habías tenido tiempo ni de cenar, y que estabas enfrascada en el informe, me

he dicho: esta chica tendrá que cenar algo ¿no? Así que he salido, he comprado algo y he venido a cenar contigo. - dijo enseñándole unas bolsas de McDonalds y otra de Dunkin› Donuts.- No es lo que tenía pensado para hoy, pero...
-¡Me encanta la comida basura!. - dijo ella con una sonrisa.
La visita de Javier era inesperada, pero se alegraba de que hubiera venido. Una vez más él había conseguido sorprenderla. Javier se quedó observando con curiosidad.
-Así que aquí es donde trabajáis los polis.
-Pues si. Venga, vamos a sentarnos ahí y comemos algo. La verdad es que no me había dado cuenta hasta ahora de lo hambrienta que estaba.
Se dirigieron a una pequeña mesa de reuniones. Javier observaba a Sylvie mientras esta liberaba la mesa de papeles. Vestía un vaquero, botas, un sencillo polo de manga larga que resaltaba su figura, y una cartuchera sobaquera, donde llevaba la pistola, a un lado, y un par de cargadores al otro. Llevaba el pelo recogido en una coleta y apenas estaba maquillada, pero a él le parecía que estaba más atractiva que nunca.
Javier se quitó la cazadora, la colgó en el respaldo de una silla y se sentaron a cenar.
Abrieron las bolsas que había traído - había hamburguesas, una caja de seis nuggets, dos Coca Colas y patatas fritas - y empezaron a comer mientras charlaban alegremente.
Dieron cuenta de todo con avidez, ya que ambos estaban hambrientos.
-¿Un donut? -preguntó Alejandro cuando terminaron.
-Uf, no gracias. Ya no puedo más.
-Vaya, creía que a los polis os encantaban los donuts.
-¿De donde has sacado eso? -preguntó ella.
-¿De donde va a ser? De las películas. - dijo el sonriendo- Claro, que ahora que lo pienso, en esas películas no hay policías tan guapas como tu. El tío que come los donuts suele ser un tipo grande y gordo.
Ella le devolvió la sonrisa. El se quedó mirándola con intensidad. Después de unos segundos, ella rompió el silencio.
-¿Qué? ¿Por qué me miras así?
-No, nada, solo estaba pensando
-¿En qué?
-¡En lo bien que te sienta la pistola!- dijo riendo.
-Vaya, no sabía que te gustaran las armas.
-Y no me gustan. No me entiendas mal. En tu caso es normal, pero yo nunca las llevaría.
-Entiendo lo que dices, y estoy totalmente de acuerdo contigo. Ojala no hiciéramos falta los polis, pero alguien tiene que parar los pies a

los malos.
-¿Por eso te hiciste policía?
-Hay muchas razones, pero sí, la principal es esa. No soporto las injusticias. Si puedo contribuir a que este mundo sea un poco más seguro, habrá merecido la pena. Además, me viene de familia. Mi padre era policía. Supongo que eso también influye.
-Supongo que si. ¿Has disparado alguna vez contra alguien?
-Si, una vez.
-Supongo que te resulto difícil.
-Siempre pensé que así sería, pero cuando llegó el momento, no dudé.

Sylvie le contó a Javier como ocurrió todo. Acababa de terminar su turno de noche y antes de ir a casa, paró en un supermercado de esos que abren las veinticuatro horas, porque no tenía nada en casa para desayunar. Cuando estaba comprando oyó unos gritos en la zona de las cajas. Alguien estaba amenazando a la única cajera que había a esas horas. Ella se acercó sigilosamente hacia el lugar de donde venían las voces, al tiempo que se echaba la mano a la espalda para sacar su arma, una pistola automática del calibre nueve milímetros con cargador de quince cartuchos. Aunque estaba fuera de servicio, siempre la llevaba encima. Siempre decía que ella era policía las veinticuatro horas del día. Se asomó desde detrás de uno de los estantes. Un encapuchado estaba apuntando a la cajera mientras le gritaba que metiera todo el dinero de la caja en una bolsa, que si hacia lo que decía, todo iría bien y no le pasaría nada.

Sylvie no quería poner en peligro a la cajera, por lo que tendría que elegir muy bien el momento de intervenir, pero en ese momento un hombre entró en el supermercado. Cuando el atracador se dio cuenta, cambió de objetivo, apuntó al hombre y le ordenó que no se moviera, pero este fue presa del pánico, se dio la vuelta y salió corriendo. El atracador disparó, y el hombre cayó herido al suelo. La cajera se tiró al suelo y en ese momento intervino Sylvie. Salió de detrás del estante donde estaba parapetada y gritó:
-¡Alto! ¡Policía! ¡Tire el arma!

El atracador se volvió como impulsado con un resorte, e inmediatamente Sylvie se dio cuenta de que no tenía intención de soltar el arma e iba a abrir fuego, pero ella fue más rápida. No dudó. Apuntó a las piernas y apretó el gatillo. Su puntería era excelente -no en vano entrenaba a diario en la galería de tiro - y el encapuchado cayó herido al suelo y perdió el arma. Se acercó a él sin dejar de apuntarle y apartó la pistola del alcance de su mano con el pie. Todo había ocurrido en unos segundos.
-Llamé a la policía y a una ambulancia. El hombre herido se salvó. La bala sólo le alcanzó el hombro derecho. El atracador también sobrevivió.

-Pfiiiuu- silbó Javier-. Recuérdame que de ahora en adelante no te haga enfadar
-¿Y tu? ¿Por qué elegiste ser ingeniero aeronáutico?
-Bueno, ya sabes. Desde pequeño me he sentido fascinado por la idea de volar y por todo tipo de cacharros capaces de elevarse y surcar el cielo, y decidí que de mayor averiguaría cual era el secreto para dominar el aire.
-Y no contento con eso, decidiste además que lo experimentarías en tus propias carnes.

Sylvie se refería a su afición al parapente y todo tipo de vuelos sin motor.
-Supongo que sí, aunque...

Javier no pudo terminar la frase. Un repentino dolor en el pecho se lo impidió.

Sylvie vio como Javier hacía una mueca de dolor y se llevaba las manos al pecho.
-¿Qué pasa, Javier?
-Me... duele... -El pecho le abrasaba. El dolor era insoportable. Cayó al suelo encogido, sujetándose el pecho con las manos Sylvie se levantó alarmada, rodeó la mesa y se arrodilló junto a él.
-El pecho... .Me.. .abraso.

Sylvie le abrió la camisa, y lo que vio la dejó atónita.

En el pecho de Javier había grabado un dibujo de un caballo alado, y bajo él, unos extraños símbolos que no podía interpretar, y todo ello brillaba emitiendo destellos de color plata intenso.

Javier gritó. Fue un grito agónico. Después, perdió el conocimiento.

Sylvie apoyó la cabeza de Javier en su regazo e intentó sacar el móvil para pedir ayuda. No tuvo tiempo.

Segunda Parte

15.

Sylvie despertó con un terrible dolor de cabeza. Poco a poco su cabeza se fue aclarando, y los recuerdos se iban abriendo paso a través de la neblina que envolvía su mente. Recordaba estar trabajando en su oficina, la cena con Javier, el dolor de este, los extraños símbolos en el pecho. Lo último que recordaba era un ruido ensordecedor y un fogonazo de luz blanca de gran intensidad.

Abrió los ojos y parpadeó varias veces hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz. Estaba tumbada en el suelo, boca arriba, y lo primero que vio fue... árboles.

-¿Árboles? - pensó.

Cerró los ojos y los volvió a abrir, pero las copas de los árboles seguían allí. Los árboles eran de una altura increíble, y las ramas de unos se entrelazaban con las de sus vecinos. Apenas se podía ver el cielo, salvo por algunos claros que se vislumbraban entre las ramas. Era de día, pero por el color del cielo, parecía que amenazaba tormenta. Miró su reloj. Marcaba casi las tres de la madrugada, y sin embargo era pleno día.

Se incorporó y miró a su alrededor. Se encontraba en medio de un bosque, en plena naturaleza. Y si. Era de día. ¿Cómo era posible? Antes de perder el conocimiento estaba en la oficina de la Brigada de Homicidios de París y era poco más de media noche, y al despertar, se encuentra a plena luz del día en medio de Dios sabe que bosque. ¿Qué había ocurrido?¿Cómo había llegado hasta allí? De pronto se acordó.

¡Javier! ¿Dónde estaba Javier? Buscó con la mirada alrededor, y descubrió su cuerpo, tendido en el suelo a solo unos metros de ella. Se acercó a gatas y comprobó que seguía inconsciente. Tenía la camisa desabrochada. Las marcas del pecho ya no brillaban, pero seguían manteniendo un color plata

Javier, ¿me oyes? Despierta por favor. Poco a poco Javier fue reaccionando. Se incorporó lentamente, todavía desconcertado. Miró a su alrededor como intentando ubicar el lugar donde se encontraba. Después se fijó en las marcas de su pecho, como si estuviera recordando lo que le había ocurrido, y por último posó su mirada en Sylvie.

-Sylvie, ¿que ha pasado? ¿que hacemos en este lugar? - preguntó con voz pastosa.

-No lo sé. No tengo ni idea de donde estamos ni como hemos llegado aquí. Lo último que recuerdo es estar contigo en mi oficina. Después te empezó a doler el pecho. Yo te abrí la camisa y vi esas marcas,

como brillaban. Entonces perdiste el conocimiento. Luego hubo una especie de explosión de luz, y lo siguiente fue despertarme aquí.

Javier, bajó la mirada y se quedó observando el dibujo de su pecho. Había cambiado de color. Ahora era de un gris plata reluciente que resaltaba perfectamente sobre la piel de su cuerpo. Se fijó, que en ese color podía ver detalles que antes no se apreciaban - las crines del caballo al viento, su poderosa musculatura, detalles de las alas, pequeñas líneas a modo de corrientes de aire- que hacían que, por momentos, el impresionante corcel cobrara vida sobre el pecho de Javier. Lentamente empezó a abrocharse la camisa.

-¿Cómo te habrán salido esas marcas? -preguntó Sylvie. Después de unos segundos de titubeo Javier contestó.

-Hace años que las tengo.

-¿Cómo? ¿Ya las tenías?

-Bueno, no eran de este color, y desde luego nunca me había pasado algo como lo de hoy.

Javier le contó la historia de las marcas. Le habló, claro está, de Lucía, Alicia Alejandro y Hugo, y de todo lo que recordaba de aquel día, que desde luego no era mucho.

Según contaba la historia, se preguntaba si a alguno de sus amigos le había pasado algo así alguna vez.

-Seguramente no- pensó. Si alguna vez les hubiera ocurrido algo extraño relacionado con los dibujos y símbolos que todos llevaban, sin duda se lo hubiera contado a los demás.

Según me han contado mis padres, nunca se encontró ninguna pista ni explicación sobre quien pudo retenernos durante esas horas, por lo que, donde estuvimos, por qué y como nos hicieron estas marcas, son preguntas que siguen sin respuesta.

-¡Guau! ¿Cuándo pensabas contarme esta historia?- preguntó ella.

-Es algo que le he contado a muy poca gente. La verdad es que siempre me ha dado vergüenza enseñar el dibujo, y eso que antes apenas se notaba, pero esto...

-Bueno, si te sirve de consuelo, a mí me gusta.- dijo ella sonriendo- Hay que reconocer, que el que lo hizo, era todo un artista.

-Venga, basta de charla. - dijo Javier poniéndose en pie- Es hora de salir de aquí.

-¿Cómo piensas hacerlo?

Javier sacó su móvil del bolsillo de su pantalón y empezó a pulsar teclas.

-Este teléfono lleva GPS incorporado, así que podremos ver en un mapa la posición en la que nos encontramos, y de paso, podemos llamar a algún amigo tuyo para ver si alguien nos echa de menos, ¿no?

-Buena idea.

Un rato después desistieron. El teléfono no localizaba ninguna red, y tampoco recibía señal de posicionamiento, por lo que era totalmente inútil.

-Donde quiera que estemos, parece que el progreso no ha llegado todavía. - dijo Javier.

-¿Y ahora qué?

-Bueno, si el cielo no estuviera cubierto podría orientarme por la posición del sol, y de noche por las estrellas, con lo cuál siempre avanzaríamos en la misma dirección. El mayor peligro que corremos es acabar dando vueltas. Podemos pasar horas andando para acabar en el punto de partida.

-Ya. Y sin comida y sin agua...

Sylvie no terminó la frase. Ambos sabían que la situación en la que se encontraban era más que delicada.

-Bueno, yo tengo un par de chocolatinas que guardaba para el café.- rebuscó en sus bolsillos- Aparte de eso y el móvil, llevo las llaves de casa, una pequeña navaja y esto.

Javier le mostró una pequeña figurita de madera a medio tallar.

-¿Y eso?

-Bueno, es otra de mis aficiones. Siempre llevo esta pequeña navaja y un trocito de madera, y aprovecho los trayectos en metro para tallar.

-Desde luego, es la afición más peculiar que conozco. En el metro deben alucinar cuando te vean.

-Bueno, no te negaré que me miran raro, si. Al menos estás armada, que no es poco. Nunca se sabe lo que podemos encontrarnos. ¿Algo más digno de mención?

Efectivamente Sylvie llevaba su arma colgada, tal y como la tenía cuando estaban en París.

-Sólo un par de cargadores más, mi móvil, las llaves, un mechero y un paquete de chicles.

-¿Y el mechero? Si tú no fumas, ¿no?

Es mi amuleto de la suerte. Es un mechero de plata que me regaló mi padre. Era policía, de los de uniforme, de los que pasaban el día patrullando. Siempre quiso que sus hijos se dedicaran a otra cosa. Lo consiguió con Jean Marc, pero creo que nunca imaginó que sería su hija, y no su hijo, quien siguiera sus pasos, aunque al final acabó aceptándolo, así que cuando me licencié en la escuela de policía me regalo este mechero y me contó una historia. El era fumador, aunque sólo fumaba cinco o seis cigarrillos al día, y nunca estando de servicio. El día de su trigésimo segundo cumpleaños, su compañero le regaló un mechero de plata. Como ya estaban de uniforme, se lo guardó en el bolsillo de su camisa de policía. Esa noche, él y su compañero recibieron un aviso de un atraco en una gasolinera. Estaban cerca y fueron los primeros en llegar allí. Justo cuando llegaban, los

atracadores - dos chicos jóvenes - salían del local. Iban armados. Mi padre bajó del coche y parapetado tras la puerta les dio el alto. Antes de que pudiera hacer nada más, uno de los muchachos abrió fuego. La bala atravesó el cristal de la puerta y le alcanzó en el pecho derribándolo. Su compañero abrió fuego y derribó a los dos atracadores. Cuando llegó junto a mi padre lo encontró vivito y coleando. En su mano tenía el mechero de plata con una bala incrustada en él. Después de eso, hizo que le repararan el mechero y siempre lo llevó encima cuando estaba de servicio, en el bolsillo de su camisa, hasta el día que se jubiló. Cuando ingresé en el cuerpo, me lo regaló.

-Bonita historia. Y si no fuera porque me la estas contando tú, diría que está sacada de una película. En cualquier caso, nos vendrá muy bien cuando caiga la noche. Bueno, es hora de ponerse en marcha.

-Si, pero ¿hacia donde?

Javier miró a su alrededor, hacia las copas de los árboles. Localizó uno que sobresalía sobre los de su alrededor.

-Voy a subir a ese árbol, a ver si puedo encontrar algún punto de referencia.

Afortunadamente, los árboles no eran excesivamente altos, y con la ayuda de Sylvie se encaramó a la primera rama, después fue fácil llegar a la parte más alta del árbol.

Desde allí tenía una buena visión panorámica. El bosque se extendía varios kilómetros en todas direcciones desde donde él se encontraba, pero a lo lejos divisó unas montañas. Aquel sería su punto de referencia.

Inició el descenso, pero se detuvo a medio camino. Había una especie de pequeños frutos en el árbol, que no identificó, aunque tenían un cierto parecido con las castañas, así que decidió recoger unos pocos antes de bajar.

-¡Sylvie!-llamó.

-Dime. ¿Has visto algo?

-Si, ahora te cuento. De momento recoge lo que te voy a tirar. Javier fue dejando caer los pequeños y desconocidos frutos que iba encontrando en su descenso.

-¿Y esto?- preguntó Sylvie cuando llegó abajo.- ¿Crees que será comestible?

-Creo que sí. He visto algunos pájaros picoteándolos, así que podemos arriesgarnos a probarlos.- respondió él mientras ambos llenaban todos los bolsillos que tenían disponibles.

-Bueno, entonces ¿qué has visto?- preguntó Sylvie.

-Hay unas montañas en aquella dirección -dijo señalando- que pueden ser una buena referencia. Nos dirigiremos hacia ellas. Tendremos más oportunidades en campo abierto, y quizá desde allí podamos divisar

alguna población.
-¿No nos perderemos?
-Espero que no. He hecho algunas excursiones de este tipo, y me oriento bastante bien. De todas formas, cada cierto tiempo, me subiré a otro árbol para comprobar que no nos desviamos.
-Muy bien. Entonces en marcha.

Y dicho esto, se pusieron en camino.

Cuando llevaban un par de horas caminando, encontraron un pequeño río que atravesaba el bosque. Javier sonrió.

-Bueno, creo que vamos a cambiar el rumbo. - dijo
-¿Y eso?

Por dos razones. La primera, es que siguiendo el curso del río, seguro que no nos perdemos y con suerte nos llevará a alguna zona habitada, y la segunda, es que ya que no tenemos comida, al menos tendremos agua. Venga, Descansemos un rato antes de continuar. Tenemos mucho camino por delante.

16.

Lucía abrió los ojos lentamente y se incorporó poco a poco. Al apoyar la mano en el suelo para incorporarse, su mente al fin reaccionó.

-¿Hierba?- pensó.

Miró a su alrededor y solo vio... árboles.

-¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Estaba en un bosque, sola, sin saber como había llegado hasta allí. El cielo estaba cubierto, y tenía un aspecto ceniciento poco tranquilizador.

-Calma, tranquilízate. Piensa, piensa. -dijo para si misma. Intentó recordar, pero por más que le daba vueltas no conseguía explicarse como había llegado hasta allí.

Se levantó la manga izquierda y miró su antebrazo. Las marcas de su brazo ahora eran de color rojo anaranjado. Observó que al mover su antebrazo, las marcas cambiaban de color y tonalidad según fuera la incidencia de la luz sobre ellas. El efecto que producían le recordaba al de pequeñas llamas mecidas por una suave brisa.

Se bajó la manga para tapar de nuevo las marcas y sacó su móvil.

-Lo que faltaba. Sin cobertura.

Intentó localizar otras redes accediendo al modo manual, en lugar de la búsqueda automática, pero fuera donde fuera que se encontraba en ese momento, estaba claro que estaba fuera del alcance de cualquier tipo de red de telefonía. Observó más detenidamente el lugar donde se hallaba, cuando algo llamó su atención. Unos metros más allá, tras un árbol de enorme tronco descubrió que había alguien tendido en el suelo, de quien sólo podía ver las piernas.

Se acercó corriendo hacia allí, contenta de no encontrarse sola en aquel lugar.

Cuando rodeo el gigantesco árbol, se encontró con no una, si no tres personas tendidas unas junto a otras. Una de ellas estaba boca abajo. Era una mujer rubia, con traje de enfermera. Las otras dos llevaban el uniforme que vestían los guardias de seguridad del hospital.

-¡Hugo!- gritó Lucía con alegría al reconocerlo.

También había reconocido a Cristina - la enfermera que había estado sentado en la mesa contigua a la suya en la cafetería, y de la que tan pésima impresión se había llevado- y a Ricardo - compañero de trabajo y amigo de Hugo. Se acercó a él y se arrodilló a su lado.

-¡Hugo, despierta! -dijo mientras le daba pequeñas palmadas en la cara.

Poco a poco Hugo fue despertando y Lucía observó por la expresión de su rostro - de sorpresa a perplejidad- que no conseguía entender lo que había ocurrido.
-Lucía, ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?
En un par de minutos Lucía le puso al tanto de lo que ella recordaba y de la situación en la que se encontraban.
-En resumen, -dijo Hugo -que no sabemos donde estamos, no tenemos ni idea de cómo hemos llegado hasta aquí y no hay forma de comunicarse con la civilización.
-Pues si. Eso es.
Lucía se quedó mirando a Hugo de forma extraña.
-¿Qué? - preguntó él.
-¿Me enseñas tus marcas?
Hugo le mostró las manos. Ambos se miraron. Las estrellas tenían ahora un color azulado, con un brillo mate, que destacaban claramente sobre el color de la piel. En silencio, Lucía le enseño sus antebrazos.
Aunque ya sabía lo que iba a encontrar, Hugo se desabrochó la chaqueta y la camisa del uniforme, y allí estaba, en el pecho, justo encima del corazón, una media luna de trazos azulados.
-¿Crees que a los demás les habrá pasado lo mismo? - preguntó Hugo -
-No lo sé. Y ni siquiera podemos ponernos en contacto con ellos. - dijo ella.
-¿No te parece extraño? Nos pasa esto, perdemos el conocimiento y despertamos aquí. - Hugo hizo una pausa y añadió - No sé. Algo me dice que a los demás les ha pasado algo parecido.
-Ya, otro de tus famosos pálpitos. ¿Bueno, y ellos?- dijo señalando a Ricardo y Cristina
-Pero, que coño...
-Bueno, vamos a despertarlos. A lo mejor pueden decirnos algo más.
Entre los dos despertaron a Ricardo y Cristina y rápidamente Hugo les puso en antecedentes, aunque sin mencionar el tema de las marcas. Algo le decía que todo lo que estaba sucediendo estaba, de algún modo, relacionado con ellas. Ni Ricardo ni Cristina pudieron añadir nada nuevo.
-Tío, creíamos que te estaba dando un infarto. Estábamos allí contigo, y de pronto ¡bum!, hubo un increíble fogonazo de luz y un ruido tremendo, como un trueno, pero a lo bruto - dijo Ricardo-
Hugo y Lucía se miraron, y sin necesidad de palabras supieron que estaban pensando lo mismo. Alejandro les había contado su sueño sobre aquel día de Septiembre de 1.984. Era el único que conservaba algo parecido a un recuerdo, aunque la primera vez que soñó con ello, habían pasado diez años. A partir de ahí, el sueño se fue repitiendo de forma periódica, y siempre era exactamente igual. En él, Alejandro

describía algo parecido a lo que había dicho Ricardo: una luz y un ruido atronador. Ambos se preguntaban si todo aquello tenía relación. Lo que estaba ocurriendo era algo muy extraño, y desde luego no les había dejado en muy buena situación.
-Bueno, ¿y que hacemos ahora? - preguntó Cristina nerviosa.
-Pues lo único que podemos hacer. Ponernos en marcha. Debemos encontrar algún sitio civilizado.-respondió Hugo.
-¡Pero no tenemos agua, ni comida, no sabemos donde estamos...- empezó a decir Cristina visiblemente alterada.
-¿Quieres tranquilizarte?- le gritó Lucía.- Todos estamos nerviosos y desconcertados, pero tenemos que tranquilizarnos y pensar lo que vamos a hacer- añadió bajando el tono de voz.
-Estoy de acuerdo añadió Hugo -
-Bueno, al menos no nos moriremos de hambre -dijo Ricardo - ¡Mirad!
Todos dirigieron su mirada hacia donde Ricardo estaba apuntando. En la copa de un árbol había una especie de frutos.
-Se parecen a las castañas -dijo Hugo acercándose más.
-¿Serán comestibles? -preguntó Cristina.
Lucía se giró hacia Cristina. Esta, aunque algo más tranquila, estaba pálida y temblaba, abrazándose a sí misma y frotando sus brazos en un vano intento de reconfortarse. Rápidamente, Hugo se quitó su chaqueta y se acercó a ella. Depositó su chaqueta sobre los hombros de ella.
-Tranquila, todo saldrá bien.
Lucía se giró hacia Ricardo, intentando ocultar una mueca de disgusto.
-¿Puedes subirme sobre tus hombros? - le preguntó a este.
-Si, claro -dijo él sonriendo. Cogió a Lucía por las axilas, y con una facilidad pasmosa, la levantó por encima de su cabeza y la acomodó sobre sus hombros - ¿Qué pretendes?
-Sólo hay una manera de averiguarse si esos frutos son comestibles o no. -dijo Lucía.- Acércate ahí.
Ricardo se colocó debajo de una rama donde había una buena cantidad de frutos a mano. Lucía fue desprendiendo y dejando caer al suelo todos los que pudo.
-Venga, ¿a que esperáis? -dijo volviéndose hacia Hugo y Cristina. ¡Id llenando vuestros bolsillos!
-No hablarás en serio, ¿verdad? - respondió Cristina - ¡No pienso probar eso sin saber lo que puede pasar!
-Bueno, ya me lo dirás cuando tengas hambre - respondió ella con ironía mientras continuaba con su tarea.
-Lucía tiene razón. Nos los llevaremos, y sólo los probaremos en caso de necesidad -dijo Hugo
Ricardo bajó a Lucía de sus hombros y todos empezaron a llenar sus

bolsillos con los frutos que lucía había arrancado de las ramas. De prono oyeron un grito. Alguien estaba pidiendo auxilio. Una voz de mujer.
-¿Habéis oído eso?- preguntó Lucía.
-Si. -dijo Hugo - ¡Vamos!
Todos echaron a correr hacia el lugar de donde procedía la voz. Era difícil localizar el origen de los gritos entre los árboles, por lo que cada pocos metros tenían que detenerse a escuchar.
-¿Hay alguien ahí? -gritó Hugo.
-¡Aquí, aquí, socorro! -respondió una voz a lo lejos. Corrieron hacia allí.
-¡Sigue gritando! ¡Ya estamos cerca! -gritó Ricardo.
A medida que se iban acercando, empezaron a distinguir otro sonido de fondo, un sonido familiar. Era el murmullo de un río.
-Un río - pensó Hugo. Aceleró el paso. Quien quiera que fuera quien gritara, estaba muy cerca.
Hugo, salió de entre los árboles, seguido por Lucía. Detrás venía Cristina, y cerraba el grupo, siguiéndola muy de cerca, Ricardo. En frente de él, había un pequeño río por el que circulaba un agua clara y cristalina, alrededor del cual el bosque daba unos metros de respiro, y allí, en esa zona de claro había dos mujeres. Ambas iban muy arregladas, estaban perfectamente maquilladas y peinadas, y a Hugo le pareció que eran muy atractivas. Una de ellas estaba tumbada en el suelo, inconsciente. La otra estaba arrodillada a su lado, intentando reanimarla.
Cuando por fin sus sentidos reconocieron a la mujer que estaba de rodillas, Hugo se quedó petrificado.
-¡Alicia!
-Y eso es todo lo que puedo deciros. - dijo Alicia al terminar su relato.
Todo el grupo estaba sentado en el linde del bosque, a un par de metros de la orilla del río.
Cuando Alicia reconoció a Hugo y a Lucía, no podía creerlo. Se levantó y corrió hacia Hugo, abrazándolo, y llorando de alegría. Al despertar se había sentido terriblemente desamparada y asustada. Para ella todo aquello era como una extraña pesadilla. En un instante estaba con Marta en el ascensor del hotel Riu Silke en Santander, después sintió aquel terrible dolor, y al instante siguiente -al menos en su memoria- se encontraba en pleno campo, con Marta inconsciente y sin posibilidad de contactar con nadie para pedir ayuda.
Así que cuando vio a sus amigos, fue tal el alivio que sintió, que no pudo evitar echarse a llorar. Cuando Hugo la abrazó sintió, que toda la tensión y el miedo acumulados desaparecían poco a poco. Después, ayudaron a Alicia con Marta, que seguía inconsciente. Cuando esta despertó -tan desorientada y perdida como el resto- y después de las

presentaciones pertinentes, se sentaron donde ahora se encontraban, tratando de buscar una explicación a la situación e intercambiando sus historias.

Hugo permanecía meditabundo. Cada vez estaba más convencido que todo aquello estaba relacionado con las marcas que tenían grabadas en su cuerpo. Las pocas dudas que tenía al respecto, se disiparon en el momento en que vio a Alicia, y estaba seguro de que a Javier y Alejandro les había pasado algo similar, lo sentía en su interior. Además, algo le decía que no debían andar muy lejos, pero no se atrevía a exteriorizar estos pensamientos, no al menos en presencia de Ricardo, Cristina y Marta. Fue esta última la que expresó sus sospechas en voz alta.

-¿No os parece extraño que vosotros tres estéis aquí? Quiero decir, que vosotros ya os conocíais de toda la vida, estabais en lugares diferentes, y de pronto, ¡paf!, acabáis todos aquí.

-¿Qué quieres decir?- preguntó Alicia.

-No sé, quizá todo esté relacionado con vosotros de alguna forma, y que los demás estemos aquí por accidente.

Hugo quedó sorprendido por la perspicacia de Marta. Era como su hubiera leído sus pensamientos.

-¡Lo que me faltaba! -dijo Cristina levantándose- ¡Pues si esto es así, y vosotros nos habéis traído aquí, ya nos estáis mandando de vuelta! -añadió señalándolos con el dedo.

Lucía saltó como un resorte, indignada, y poniéndose frente a ella exclamó:

-¡Mira niña! ¿No se te ha ocurrido pensar que si supiéramos como volver, ya lo habríamos hecho?

-¡Calma! Así no vamos a solucionar nada.- dijo Ricardo intentando separarlas- Lo mejor es que pensemos que vamos a hacer ahora. Cristina volvió a sentarse, no sin antes lanzar una furibunda mirada a Lucía y al propio Ricardo.

-Ricardo tiene razón - dijo Hugo sujetando a Lucía por los hombros y obligándola a sentarse de nuevo.

-Bueno, entonces, ¿que hacemos? - preguntó Marta.

-Creo que lo mejor será seguir el curso del río. Tendremos agua asegurada, y como muy lejos nos llevará hasta el mar, ¿no? - intentó bromear Hugo.

-¿Y que haremos cuando caiga la noche? ¿y qué comeremos?- dijo Alicia que empezaba a estar nerviosa de nuevo.

-Siempre podemos probar los frutos que hemos recogido, ¿no? En cuanto a lo de la noche, cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.- dijo Hugo, y después de una pausa, sonrió a Alicia y añadió- No te preocupes Alicia. Todo ira bien.

Pues venga, cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor -dijo

Marta levantándose. - Menos mal que no me puse botas de tacón. Los demás, poco a poco la imitaron y, juntos iniciaron la marcha.

17.

Alejandro despertó desorientado.
-¿Qué ha pasado? - se preguntó.

Intentó recordar. Lentamente, las imágenes acudían a su mente. Iba en su moto. De pronto sintió aquel dolor horrible y perdió el control de la moto. Se salió de su carril. De frente venía un camión y un coche. Luchó por recuperar el control, pero el dolor era insoportable.

Finalmente cayó al suelo. Se iba a estrellar contra el vehículo que venía en dirección contraria y había perdido el conocimiento antes del impacto.

Aunque estaba magullado, podía moverse y no creía tener nada roto. Se incorporó poco a poco.
-¿Dónde coño estoy? - dijo en voz alta mirando a su alrededor. Iba a empotrarse en los bajos de aquel coche, no tenía duda. En el mejor de los casos, debería haber despertado en algún hospital, con la mitad de los huesos rotos, y sin embargo, estaba ileso, en medio de un bosque o una arboleda.

Se quitó el casco. Todavía llevaba a la espalda su mochila y sus catanas en su funda. Miró su reloj y comprobó con asombro que marcaba las doce menos veinte. Había estado inconsciente más de tres horas.

Inspeccionó los alrededores con la mirada.

Buscó en su bolsillo trasero intentando encontrar su teléfono móvil, pero no lo encontró.

Mierda. Debo haberlo perdido cuando caí de la moto - pensó - Vale, tranquilo. Que no cunda el pánico. Solo tienes que orientarte y empezar a andar en una dirección. Sea como sea que has llegado aquí, no puedes estar muy lejos de la civilización. Japón no es precisamente un país que se distinga por sus extensiones boscosas. Además, tienes alimento suficiente para un tiempo - pensó recordando el contenido de su mochila.

Miró al cielo, y aunque estaba cubierto y no podía ver el sol, no le sería difícil orientarse. Tenía experiencia en estas cosas. Se colgó el casco del brazo y empezó a andar a buen ritmo.

Habían pasado ya algo más de cuatro horas desde que echó a andar. Se había levantado una leve brisa, y las nubes se estaban disipando poco a poco. La luz iba disminuyendo y ya caía la noche, a pesar de que por su reloj no eran todavía las cuatro de la tarde, hora de

Yokohama.

Se dio cuenta de que no tardaría mucho en ser noche cerrada, por lo que debía pensar en donde y como pasar la noche. Unos minutos más tarde, el denso bosque se abrió dando paso a un pequeño claro.

- No puedo creer que tenga tanta suerte - pensó. En medio de ese claro había una pequeña cabaña de madera. Era una cabaña no muy grande - calculó que podía tener unos siete u ocho metros de largo por cinco o seis de ancho-, aparentemente, por la altura, de una sola planta, techo a dos aguas y una pequeña chimenea. La fachada principal, contaba con dos pequeñas ventanas, con barrotes metálicos, que estaban abiertas de par en par, una puerta entreabierta, y un pequeño techado a modo de porche. Junto a un lateral de la cabaña había adosado un pequeño cobertizo rodeado por un vallado, y a pocos metros de distancia discurría plácidamente un río.

Parecía muy sólida y estar muy bien construida. Toda ella descansaba sobre un piso de madera para evitar humedades en el interior, al que se accedía subiendo un par de escalones. De no ser por el aspecto descuidado y de abandono que mostraba, se diría que aquello era un idílico paraíso en el que algún cosmopolita se retiraba los fines de semana para huir del mundanal ruido y de los agobios propios de la ciudad. Dado su actual aspecto, Alejandro pensó que más bien, aquella cabaña debía ser algún tipo de refugio para excursionistas.

De cualquiera de las formas, era una buena noticia. No debía de estar muy lejos de alguna ruta, camino o sendero transitado. Solo tenía que encontrarlo y seguirlo hasta el primer núcleo urbano que encontrara.

Decidió inspeccionar la cabaña. Si hubiera alguien allí sus problemas habrían terminado. En cualquier caso, sería un buen lugar para pasar la noche.

-¿Hola? ¿Hay alguien ahí? - gritó mientras se acercaba.

No hubo respuesta. Siguió acercándose. Los escalones crujieron bajo su peso cuando los subió. Ya estaba junto a la puerta, pero no se oía ningún ruido en el interior.

-¿Hay alguien? - repitió de nuevo mientras llamaba suavemente a la puerta.

De nuevo no hubo respuesta.

Empujo la puerta ligeramente, y esta se abrió un poco más. El interior estaba escasamente iluminado, pues la única luz procedía de las pequeñas ventanas de la fachada y de la puerta que él había abierto, y la estancia destilaba un fuerte olor a moho. Permaneció unos instantes en el umbral de la puerta, mientras su vista se adaptaba a la penumbra reinante.

El interior era totalmente diáfano, sin ningún tabique de separación.

En el centro había una desvencijada mesa de madera con un par de sillas. A la derecha, en el hueco de la chimenea había un gran caldero metálico. Al lado, unos cuantos troncos de leña apilados. Junto a la chimenea, había unas cuantas baldas de madera en la pared, sobre las que pudo distinguir algunos sacos que no sabía que contenían, así como cuencos y cucharas de madera, una especie de sartén de hierro, y un gran cuchillo. A la izquierda de la puerta, colgado en la pared descubrió un arco y un carcaj con flechas. Aquello le llamo la atención. Se acercó para examinarlo mejor. Desde luego el arco no era como los que él conocía. Era de madera, pero espléndidamente confeccionado. El carcaj era de piel, y las flechas también eran de madera, con punta metálica en un extremo y plumas de ave en el otro. Alejandro recordó los tiempos en que practicara el tiro con arco con Alicia, y desde luego, aquellos instrumentos no se parecían en nada a cualquiera de los que él hubiera manejado entonces. En otro gancho de la pared vio lo que parecía una funda de piel de una espada. Centró su atención en el fondo de la sala, donde las sombras eran más intensas. Avanzó un par de pasos en aquella dirección para observar mejor, dejando su casco sobre la mesa al pasar junto a ella.

Enseguida pudo distinguir un par de jergones -pues no se podía llamar cama a aquello-, uno junto a otro, en el rincón a su izquierda. A la derecha contra el rincón había un desvencijado armario de madera y algo más que, oculto entre las sombras, no conseguía identificar. Se acercó. Cuando estaba a un par de metros se detuvo en seco. Casi se le sale el corazón del pecho por el susto que se llevó. En aquel rincón, apoyado contra el armario, había un esqueleto humano. Estaba vestido, con unas ropas que parecían el atuendo de un pastor. Llevaba una especie de camisola, un pantalón raído y unas botas rudimentariamente confeccionadas con la piel de algún animal. La camisola era blanca, pero tenía manchas que parecían de sangre seca y estaba rota por varios sitios. Junto al esqueleto había una espada. Era una espada de la época medieval. Poco a poco su pulso recuperó su ritmo normal y se fue calmando, aunque no consiguió sacar de su cuerpo una inquietante sensación de desasosiego.

Multitud de preguntas se agolpaban en su mente. ¿Quién sería este hombre? ¿por qué viviría de aquella manera?¿que le había pasado? ¿y por qué tenía una espada como esa? - Pero ¿dónde coño he ido a parar? - se dijo. Si ya era un misterio como había llegado a parar allí desde el corazón de Yokohama, ahora se abrían nuevos interrogantes. Decidió inspeccionar el cobertizo anexo a la cabaña. Aunque sabía que era irracional, no se sentía cómodo ante la perspectiva de pasar la noche en la cabaña acompañado por un esqueleto humano. Se volvió y comenzó a andar hacia la puerta. Cuando salió al porche, le esperaba una nueva sorpresa. Lo que vio le dejo paralizado, sin respiración.

Las nubes habían terminado de desaparecer y el cielo estaba despejado. El cielo estaba de un tono azul oscuro. No había ni una estrella. Solo una enorme luna llena. Pero lo que había helado la sangre de sus venas era el color de esa luna. Era de un escalofriante rojo sangre que teñía todo lo que bañaba con su luz mortecina. El bosque, el claro, todo a su alrededor presentaba ahora un aspecto terrorífico.

Permaneció inmóvil durante varios minutos, sin acertar a comprender que estaba pasando, si aquello era realidad o sólo una terrible pesadilla de la que despertaría de un momento a otro. Y así hubiera seguido durante un rato más, de no ser porque oyó un ruido procedente del interior del bosque. A unos metros de la casa, de entre los árboles, aparecieron dos animales. Eran parecidos a los lobos, pero su aspecto era escalofriante. Eran de mayor tamaño que un lobo común, de patas largas. Su delgado cuerpo estaba cubierto de un pelo totalmente negro y erizado. Tenía enormes y poderosas fauces, pero lo más terrorífico eran sus ojos, totalmente rojos, del mismo color de la luna. Su pulso se aceleró ante aquella visión.

Uno de los lobos traía algo entre sus fauces. Parecía un pequeño animal que su compañero trataba de morder también para compartir la presa. Aparentemente no se habían percatado de su presencia, por lo que retrocedió sigilosamente hacia la puerta de la cabaña, sin perder de vista a los animales, rezando para que no repararan en él.

Un paso..., dos pasos.... Se encontraba ya bajo el umbral de la puerta cuando la madera del piso crujió bajo su peso. Los extraños animales levantaron la cabeza, las orejas tiesas, identificando la procedencia del sonido. Sus escalofriantes ojos se posaron inmediatamente sobre él, toda su atención puesta sobre la nueva presa. Los animales gruñeron, y sin mayor preámbulo se lanzaron hacia delante. Al mismo tiempo, y con toda la rapidez que le fue posible Alejandro se giró, entro en la casa y cerro la puerta tras de sí, empujándola con todas sus fuerzas mientras con la mirada buscaba desesperadamente algo con lo que atrancar la puerta. Un instante después sintió un fuerte impacto contra la puerta que apenas pudo contener. La puerta se abrió unos centímetros, durante un instante, pero consiguió cerrarla de nuevo. En la puerta y en el marco de la puerta había dos arcos de acero por los que debía pasar algún tipo de travesaño o cerrojo, pero no había nada con lo que atrancarla. Hubo un nuevo impacto. Podía oír a las bestias gruñir y arañar la puerta. Sintió sus pasos al retroceder para tomar impulso y lanzarse de nuevo contra ella. Un nuevo impacto, esta vez más fuerte que los anteriores. La puerta se abrió de nuevo y casi perdió el equilibrio.

La empujó de nuevo para cerrarla, pero esta vez algo se lo impidió. El hocico de uno de los lobos se interponía entre la puerta y su marco.

Alejandro estaba en una situación desesperada. Empujaba con todas sus fuerzas, pero el animal se abría paso poco a poco. Ya tenía media cabeza dentro, y no tardaría en conseguir pasar, mientras su compañero continuaba empujando y arañando la puerta. ¡Si al menos pudiera sacar las catanas, tendría una oportunidad! Pero si dejaba de empujar, las bestias entrarían y le destrozarían antes de que ni siquiera se hubiera descolgado las catanas de la espalda.

De pronto reparó en el carcaj con flechas que estaba colgado junto a la puerta. No lo pensó más. Estiró rápidamente un brazo, y con un ágil movimiento, agarró un par de flechas, las sacó del carcaj y las clavó con fuerza en la cabeza del animal. Era la primera vez que acuchillaba un ser vivo. La sensación de atravesar carne y hueso fue extraña, pero no tenía tiempo de pensar en ello. El animal aulló de dolor, pero no retrocedió. Cogió otro par de flechas y repitió el movimiento, buscando esta vez uno de los ojos. En el momento que las flechas se hundían certeramente en la cabeza y ojo de la desesperada criatura, su acompañante cargó con fuerza contra la puerta.

Al no estar apoyando todo su peso contra la puerta, Alejandro salió despedido hacia atrás. Esta vez la puerta se abrió. El primero de los animales se tambaleaba mortalmente herido. El otro trataba de sortearle para abalanzarse sobre Alejandro. Si no se movía rápido, no volvería a moverse. Solo tenía una oportunidad. Se lanzó hacia el estante que ahora quedaba a su izquierda, cogió el gran cuchillo y se volvió en el preciso instante en que el lobo se abalanzaba sobre él, con las fauces abiertas, buscando su cuello. Alejandro interpuso su brazo izquierdo para protegerse. El peso e impulso del animal le hicieron retroceder, arrinconándolo contra la pared, al tiempo que sus fauces se cerraban con fuerza sobre su antebrazo. El grueso cuero de su cazadora y las protecciones de fibra de carbono y kevlar que esta tenía en los antebrazos impidieron que la bestia le causara una terrible herida allí donde habían mordido.

No perdió más tiempo. Echó su brazo derecho hacia atrás -que ahora empuñaba el cuchillo- y apuñaló con fuerza al lobo en el cuello. De nuevo le invadió aquella terrible sensación cuando el cuchillo atravesó piel, carne. Su estómago se revolvió. La herida era mortal. La sangre brotó de su cuello, pero aunque aflojó un poco, la bestia no soltó su presa. Tiró del cuchillo y repitió el movimiento, una vez, dos veces más. Por fin, y tras unos instantes que le parecieron eternos, el animal soltó su brazo y se desplomó a sus pies.

Alejandro, recostado contra la pared, contempló el cuerpo inerte del animal. Poco a poco se fue tranquilizando y su pulso y respiración fueron recuperando su ritmo normal. Se incorporó lentamente, dio unos pasos vacilantes y pasando por encima del cadáver del otro animal, salió de la casa. Aunque la vista bajo la lúgubre luna roja

seguía siendo inquietante, la visibilidad era buena y el aire fresco. Inspiró con fuerza para despejar su cabeza. Después de esos minutos de pánico, necesitaba pensar con claridad. Escrutó los alrededores desde el umbral de la puerta y aguzó el oído, pero no parecía haber más animales por los alrededores. Se descolgó las catanas de su espalda, y sacándolas del envoltorio que le servía para transportarlas, se amarró ambas armas en la cintura. Si se volvía a encontrar con lobos, esta vez estaría preparado. Desenfundo y volvió a enfundar sus armas para comprobar que podía sacarlas con rapidez.

Entró de nuevo en la cabaña. Lo primero que hizo fue recuperar las flechas del cuerpo del primer animal que había matado y las depositó de nuevo en el carcaj.

No sabía si iba a poder dormir, pero lo que era seguro es que no lo haría con todos aquellos cadáveres a su lado, por lo que pasó los siguientes minutos arrastrando los cuerpos de los lobos fuera de la casa y llevándolos junto al cobertizo anexo a la cabaña. Luego, utilizó una de las raídas mantas que había encima de los jergones como saco, donde poco a poco depositó los huesos del esqueleto humano para trasladarlos al mismo sitio.

Finalmente entró en la cabaña, recogió la espada que había encontrado junto al esqueleto y la utilizó para atrancar la puerta pasándola a través de los arcos de acero. Para mayor seguridad colocó la mesa que había en el centro de la cabaña contra la puerta. Finalmente se quitó las catanas de la cintura, dejándolas junto a uno de los jergones, se quitó la mochila y se sentó en el jergón. Devoró una de las dos barritas energéticas que aquella mañana había metido en su mochila cuando se preparaba para ir al gimnasio, y bebió del bidón que contenía el batido de proteínas. Bebió con moderación, pues no sabía cuanto tiempo pasaría en aquel maldito lugar, y aquello junto a la barrita energética que se había reservado, era todo el alimento del que disponía por el momento.

Se tumbó en el jergón y trató de descansar. Pensó en todo lo que le había ocurrido, en la extraña luna, en los animales que le habían atacado y una vez más se preguntó en que desconocido e inhóspito lugar se encontraba.

Unos minutos después, vencido por la tensión de las fuertes emociones vividas, se sumergió en un agitado sueño.

18.

Seguían de pie en el centro de la sala. Ni Menara ni ninguno de sus acompañantes conseguían explicarse que es lo que había ido mal.

Lo habían comprobado una y otra vez. Aquel era el lugar y el momento previsto, y habían seguido al pie de la letra todas las indicaciones de Mathué. Habían completado el sortilegio iniciado por él, y todo había salido a la perfección, pero el resultado no había sido el esperado.

Sin embargo había sentido claramente la perturbación, y también Konrad. Mathué ya les había advertido que cabía esa posibilidad.

-Estoy segura de que han pasado. - dijo Menara

-Y si es así, ¿donde están? - preguntó Isión.

-Pueden estar en cualquier parte, aunque lo normal es que no estemos excesivamente lejos de ellos.

-¿Estás segura?- preguntó Nihué.

-Completamente.

Aquello era un terrible contratiempo que podría tener consecuencias desastrosas si no conseguían encontrarlos sanos y salvos. Debían darse prisa, pues sabían que no eran pocos los peligros que acechaban.

-Entonces no queda más remedio que empezar la búsqueda inmediatamente - dijo Konrad- Aunque no me gusta la idea tenemos que separarnos. Menara, tu irás con Isión hacia el noreste. Nihué y yo iremos hacia el noroeste.

Se volvió hacia Nihué, y añadió.

-Tendrás que enviar a Nidhul hacia el sur, a explorar las llanuras y el desierto de Hagnar. Es una zona fácil de controlar desde el aire, y no le llevará mucho tiempo. Si no encuentra nada, se reunirá con nosotros cuando termine.

-De acuerdo.

-Menara, estableceré contacto con Isión cada noche por si hubiera novedades. Ya sabéis como actuar.

Discutieron durante unos minutos más los detalles del plan, las rutas que seguirían y cuando y donde encontrarse si la búsqueda era infructuosa.

Si no conseguían localizarlos, sólo tenían una solución para dar con ellos, pero era tan descabellada que Konrad prefirió no pensar en ello por el momento.

Iniciaron el ascenso por la escalinata de piedra que les llevaría al exterior.

Cuando salieron, el gélido viento que recorría aquella inhóspita y

pantanosa planicie, les golpeó con crudeza. La niebla lo envolvía todo, pero afortunadamente no tardarían en salir de allí. Menara pronunció unas palabras. De la piedra que había en el extremo de su cayado broto un haz de luz que les indicaría el camino a seguir.

Una hora más tarde habían abandonado la niebla y se encontraban otra vez en campo abierto. Llegaron al lugar donde habían dejado sus caballos. Nidhul, que sobrevolaba la zona vigilante, en respuesta a la silenciosa llamada de Nihué, realizó un rápido descenso para posarse sobre el brazo de esta. Decidieron comer algo antes de partir. Se sentaron junto a sus monturas y compartieron la comida en silencio, preocupados por lo que este contratiempo podía significar y por lo incierto de la búsqueda que tenían que emprender.
-Es hora de partir - dijo Konrad cuando hubo terminado. Todos se pusieron en pie. Isión abrazó a Nihue.
-Cuídate hermanita - dijo.
-Lo haré.
Menara se despidió de Konrad, y sin intercambiar más palabras subieron a sus monturas.
Nidhul lanzó un grito y se elevó majestuosamente. Obedeciendo los deseos de Nihué se dirigiría hacia el sur para iniciar la búsqueda. Sobrevoló a los cuatro viajeros durante unos instantes. Desde allí, la poderosa ave pudo ver como los jinetes se lanzaban a galope tendido, sus capas flameando al viento, el tronar de los cascos contra el suelo, los cuatro en perfecta formación, como si cargaran contra un invisible enemigo. De pronto sus caminos se separaron.
Mientras dos de ellos se lanzaban rumbo al noreste, los otros dos se dirigieron hacia el noroeste, pero todos cabalgaban hacia un destino desconocido.
Unos instantes después Nidhul lanzó un nuevo grito a modo de despedida y puso rumbo a las llanuras del sur.

19.

Javier y Sylvie llevaban más de cinco horas siguiendo el curso del río y todavía no habían encontrado el más mínimo indicio que hiciera pensar que estaban acercándose a alguna zona habitada o al final de aquel bosque.

-Está oscureciendo - dijo Javier-. Deberíamos parar y prepararnos para pasar la noche.

-Si, creo que es hora de descansar.

Javier se acercó a Syvie, que temblaba ligeramente. Se había levantado una suave pero fría brisa, y la temperatura había descendido notablemente, y ninguno de ellos llevaba ropa de abrigo.

-Creo que ha llegado el momento de utilizar tu mechero - dijo Javier rodeando sus hombros con su brazo y tratando de reconfortarla.

Buscaron un lugar adecuado para acomodarse. Decidieron pasar la noche al pie de un enorme árbol cuyo grueso tronco les protegería del aire.

Pasaron un rato recogiendo ramas que fueron amontonando para hacer una hoguera. Cuando tuvieron cantidad suficiente, Javier uso una parte para encender el fuego, y conservó el resto para ir alimentándolo durante la noche.

-Voy a recoger un poco más por si acaso, pero creo que con esto tendremos para toda la noche.

Cuando terminó, ambos se acercaron al río y bebieron ávidamente. Unos minutos después se sentaron lo más cómodamente posible al calor del fuego.

-Estoy agotado -dijo Javier recostándose contra el tronco del imponente árbol que les parapetaba del aire.

-Si, yo también estoy cansada- Sylvie hizo una pausa y añadió- Deberíamos comer algo. Según mi reloj son las ocho de la mañana, la hora del desayuno.

Javier rebuscó en sus bolsillos, sacó las dos chocolatinas y le pasó una a Sylvie.

-La verdad es que nunca hubiera imaginado que la primera vez que pasara una noche contigo y desayunáramos juntos fuera así -dijo Javier riendo.- ¡Esto si que es una noche memorable!

Ella lo miró y sonrió.

-Pues yo me alegro de que estés aquí conmigo.

Se inclinó hacia él y lo besó suavemente en los labios. Fue un beso suave, pero sintió como si una descarga eléctrica recorriera todo su cuerpo, erizándole todos y cada uno de los pelos de su piel y haciendo

que su corazón latiera con fuerza. Ella lo miraba con sus hermosos y profundos ojos negros. Las llamas de la hoguera acentuaban el color cobrizo de su piel. Él sonrió y le devolvió el beso con ternura mientras rodeaba su cuerpo con sus brazos. Cuando sus labios se separaron ella se acurrucó contra él, apoyando la cabeza sobre su pecho.

-¡Guau! -dijo él- ¡Menos mal que estoy sentado, porque me tiemblan las piernas!

Ella respondió levantando su rostro hacia él y besándolo de nuevo. Javier cerró los ojos y se dejó llevar. Esta vez el beso fue más intenso y duradero, lleno de pasión. Cuando Sylvie se separó de él, abrió los ojos, y lo que vio le dejo estupefacto.

-¿Y ahora? - preguntó ella.

Javier estaba anonadado, pero ahora no la miraba a ella, y por la dirección de su mirada dedujo que sus ojos estaban fijos en el cielo detrás de ella. En sus ojos distinguió algo además de estupor y sorpresa. Era temor.

Sylvie se volvió lentamente y miró en la dirección en la que Javier lo estaba haciendo. Las nubes se estaban disipando y empezaban a dejar al descubierto una gran luna roja. Una gran, tenebrosa y sanguinolienta luna roja.

20.

Lucia no podía evitar pensar en lo extraño que debía resultar el grupo a la vista de cualquiera que los viera caminar por aquel bosque: Hugo y Ricardo vestidos con el uniforme de una empresa de seguridad, con sus esposas, walkies, porra y linterna, Cristina con su inmaculado atuendo blanco de enfermera, - incluyendo el calzado que desde luego no era el más adecuado para aquel paseo-, y Alicia y Marta, espectaculares, vestidas para una noche de marcha -bolso incluido-, perfectamente peinadas y maquilladas, y por último ella, con sus vaqueros, camisa y amplio jersey, sus gafas y su sempiterna coleta.

Se sentía muy cansada. No estaba acostumbrada a caminar tanto. Su vida era de lo más sedentaria. Pasaba la mayor parte del día en la Universidad, dando sus clases o sentada en su despacho, y su tiempo libre lo dedicaba a leer o estudiar cómodamente sentada en el sillón que tenía en el estudio que se había montado en casa. Desde luego el ejercicio físico nunca había sido una de sus prioridades, y las más de tres horas de caminata siguiendo el curso del río empezaban a pesarle.

Para colmo de males el paisaje no había cambiado lo más mínimo y no había indicios de civilización por ningún lado. El grupo caminaba en silencio. El ánimo había ido decayendo a medida que el tiempo pasaba, y con él, las ganas de hablar. Ricardo abría el grupo, seguido por Cristina, Marta y Alicia. Lucía, ligeramente rezagada cerraba el grupo junto con Hugo, que caminaba a su lado

-¿Estás bien?- preguntó Hugo.

-Si, no te preocupes.

-Si quieres podemos parar y descansar un rato.

-No de verdad, estoy bien.

-Allí delante hay algo - dijo de pronto Ricardo, que era quien abría el grupo.

-Ricardo se detuvo, y el resto de componentes del grupo se pararon junto a él para mirar hacia donde señalaba.¿Qué es eso? -preguntó Cristina. Alicia se adelantó un poco.

-Parece un animal -dijo Alicia dando unos pasos más hacia delante.

Marta se colocó junto a ella y la sujetó por el brazo.

-Sería mejor no acercarse, puede ser peligroso.

Alicia no hizo caso y siguió avanzando. Hugo se situó junto a ella, y Ricardo hizo lo propio.

Unos metros más adelante, junto a la orilla del río había tendido un enorme animal. Era una especie de enorme felino, similar a un tigre,

pero con un bello pelaje blanco. Tenía los ojos cerrados, y su pecho se movía arriba y abajo al ritmo de su respiración, pero Alicia se dio cuenta de que esta era demasiado rápida y agitada. Enseguida descubrió el motivo. Una de sus patas traseras estaba ensangrentada, atrapada en un enorme y herrumbroso cepo. Y supo que el animal estaba sufriendo.

Seguramente había quedado atrapado cuando se acercaba al río a beber. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Alicia avanzó unos pasos más.

De pronto el animal abrió los ojos, descubriendo unas doradas pupilas. Apoyándose en sus tres patas sanas, se puso en pie y lanzó un poderos rugido, mostrando sus amenazadoras fauces, y moviéndose amenazadoramente de un lado al otro todo lo que le permitía la cadena del cepo.

Ricardo desenfundó su porra y se puso junto a Alicia.

-Será mejor que nos vayamos, no vaya a soltarse -dijo.

-No -dijo Alicia.

-Es mejor que le hagamos caso -replicó Hugo.

-Venga Alicia, vámonos de aquí - añadió Lucia.

-No -repitió ella. - No puede soltarse. Si pudiera ya lo habría hecho. ¿No veis que tiene el agua a un par de metros y ni siquiera puede beber?

Alicia dio unos pasos más hacia delante hipnotizada por la impresionante belleza del animal.

-Alicia, no -dijo Marta.

-Esperad aquí -ordenó Hugo mientras avanzaba para seguir a Alicia.

Alicia fijó sus ojos en los del impresionante felino mientras seguía avanzando lentamente hacia él.

-Tranquilo, no voy a hacerte daño. Voy a ayudarte.

-¿Qué? ¡No hablaras enserio! - dijo Hugo. Alicia no le hizo caso y siguió hablando al animal.

-Tranquilo, tranquilo.

El animal respondió con un suave gruñido. Su mirada seguía fija en los ojos de Alicia.

-Sshhh., no pasa nada., vamos a ayudarte.

-Se ha vuelto loca - susurró Marta anonada. De pronto, sin más, el animal se sentó.

-Eso es, buen chico-dijo Alicia. Y avanzó de nuevo. Solo estaba a un par de metros del animal.

Hugo la sujeto del brazo.

-¡No te acerques más! -dijo. Ella se volvió hacia él.

-Tranquilo Hugo. No me va a hacer daño.

Su tono de voz era calmado, y su mirada tranquila, sosegada. Todo el nerviosismo que había mostrado durante las últimas horas había desaparecido como por ensalmo, sin dejar el más mínimo rastro. E

inmediatamente Hugo supo que ella estaba en lo cierto. No sabía como ni por qué, pero algo su intuición le decía que ella decía la verdad. No le ocurriría nada.

Hugo soltó el brazo de Alicia. Esta dio tres pasos y se acuclilló junto al animal. Extendió su brazo lentamente y lo acarició, sorprendiéndose de la suavidad de su pelaje. El enorme felino emitió un suave sonido, más parecido al ronroneo de un enrome gato que a un gruñido.

El resto de componentes del grupo contemplaban la escena atónitos.

-¡Joder, si no lo veo no lo creo! - dijo Ricardo.

-Ni yo -añadió Lucia.

Alicia seguía acariciando al animal, y este se dejaba a hacer,

-Ahora vamos a quitarte ese cepo y a curarte esa herida, ¿de acuerdo?

El animal, que seguía con la vista fija en Alicia, respondió con un leve gruñido, y un movimiento de cabeza, como si estuviera asintiendo. Era como si aquella poderosa bestia pudiera entender lo que ella le decía.

Alicia fijó su atención en el cepo que aprisionaba la pata posterior izquierda del animal. Se volvió hacia Hugo y dijo:

-¿Puedes echarme una mano?

Hugo se acercó vacilante y se acuclilló junto a Alicia. El tamaño del animal a tan corta distancia era aún más impresionante. Sin duda era más grande que un tigre. Sus dientes, color marfil, relucían amenazadores, y bajo su blanco pelaje se adivinaban unos fuertes músculos, que junto con sus enormes garras hacían pensar que podían destrozar a una persona de un solo zarpazo.

-No puedo creer que estemos haciendo esto -dijo Hugo

-Tenemos que quitarle el cepo.

-¿Estás segura?

-Si- respondió ella.

Hugo no discutió más. Intentó abrir el cepo usando la porra para hacer palanca. Este cedió ligeramente, pero no lo suficiente para sacar la pata herida, y tras unos instantes de forcejeo con el cepo, este volvió a cerrarse sobre la herida.

La poderosa bestia se revolvió y lanzó un gruñido de dolor que dejo petrificado a Hugo.

-Tranquilo, tranquilo. - dijo Alicia mientras lo acariciaba- Ahora lo conseguiremos. Hugo, creo que tu y yo solos no podremos.

-Eso tiene fácil solución- dijo Hugo sin apartar la mirada del animal y tratando de controlar el miedo que sentía- ¡Oso!. Necesitamos tu ayuda.

-¿Estás loco?¿Quieres que me acerque a esa bestia?

-No te preocupes. No nos hará daño. - dijo Alicia en un tono de voz suave y calmado.

-¿Cómo puedes saberlo? ¿Cómo sabes que cuando le soltemos no se va

a abalanzar sobre nosotros?
-Lo sé, no te preocupes.

Hugo observó con curiosidad a Alicia, y una vez más supo que ella estaba en lo cierto.

-¡Va, Oso! ¡Échame una mano!

Ricardo se acercó con cautela y se situó junto a Hugo.

-Tu yo abriremos el cepo utilizando las porras para hacer palanca- dijo Hugo. Alicia, tu saca la pata de este bicho en cuanto lo hayamos abierto lo suficiente.

Se colocaron en posición.

-Oso, a la de tres. Una... dos ¡tres!

Tiraron con fuerza y el cepo se abrió de nuevo, esta vez lo suficiente como para que el animal, con la ayuda de Alicia, pudiera al fin liberar la pata herida.

Cuando se sintió libre se puso en pie. Hugo y Ricardo retrocedieron un par de pasos, pero Alicia permaneció junto a él, con la mano sobre su lomo.

La imponente bestia empezó a caminar lentamente hacia la orilla del río. La pata todavía le sangraba y cojeaba al andar. Cuando llegó a la orilla bebió hasta saciar su sed.

-Tenemos que curarle la herida.-dijo Alicia.

-Temía que dijeras eso -dijo Hugo.

A cierta distancia Lucia, Marta y Cristina observaban al resto del grupo.

-¿Por qué no nos vamos ya? - dijo Cristina nerviosa.- Seguro que se le cura solo.

-No. Tenemos que curarlo - insistió Alicia.

-Ya no me acordaba de lo cabezota que puede llegar a ser. - dijo Lucía.

-Veo que la conoces bien - apuntilló Marta.

El animal, renqueante, se acercó de nuevo a Alicia, que acarició su cabeza con toda la naturalidad del mundo.

-Ahora vamos a limpiarte y a vendarte esa herida para que no se te infecte.

Como si entendiera lo que le estaba diciendo, se tendió de nuevo dejando estirada la pata herida.

-Venga Hugo, échame una mano.

Hugo volvió a arrodillarse junto a Alicia y se pusieron manos a la obra.

-¿Sigues llevando en el bolso tu arsenal de siempre? - dijo Hugo con una media sonrisa.

-Compruébalo tu mismo -dijo ella. Cogió el bolso y empezó a rebuscar en él.

-Perfecto, creo que tenemos todo lo necesario. - dijo Hugo.

Sacó una botella de agua de medio litro, algodones

desmaquilladores, un paquete de compresas y unas pequeñas tijeras.

Limpió las heridas con agua y con los algodones. Tuvo que rellenar la botella en el río un par de veces, hasta que estuvo seguro de que las heridas estaban perfectamente limpias.

-Las heridas no son profundas, Con un buen vendaje será suficiente. En dos o tres días podrá volver a correr con normalidad. Se quitó la chaqueta y arrancó una manga que cortó en tres tiras con las tijeras de Alicia. A continuación uso las compresas para tapar las heridas, y las tiras para vendar toda la pata.

Se aseguró de que todo quedaba correctamente colocado y que aguantaría el tiempo suficiente.

-Creo que está. - dijo Hugo- Lo ideal sería que durante un par de días no se moviera demasiado, ni apoyara esta pata, pero...

-¿Has oído? - susurró Alicia al oído del felino - Procura descansar durante un par de días ¿eh?. Siempre hay que hacer caso al doctor. Se puso en pie y miró a Alicia. Durante unos instantes permanecieron con la mirada fija el uno en el otro, hasta que finalmente, movió levemente la cabeza como si estuviera asintiendo y se puso en marcha. Caminaba cojeando, apoyado solo sobre sus tres patas sanas y tratando de mantener la otra recogida. El resto del grupo se acercaron junto a Hugo y Lucia, y juntos vieron como, lentamente, el animal se dirigía hacia el linde del bosque. Cuando llego junto a los primeros árboles, se detuvo y giró la cabeza hacia ellos.

Alicia se despidió de él con la mano, y este respondió con un poderoso rugido. Finalmente, el enorme felino reanudó la marcha para desaparecer entre los árboles.

Todos permanecieron en silencio durante un rato, hasta que Alicia se dio cuenta de que todos tenían sus ojos fijos en ella.

-¿Qué? - preguntó ella.

-Joder, Alicia, ¿Cómo que qué?. ¡Ha sido alucinante!. ¡Si me lo cuentan no me lo creo! -dijo Marta.

Todos empezaron a hablar a la vez, comentando lo increíble y extraño que había sido todo.

Cuando todos se hubieron calmado un poco, reanudaron la marcha. Lucía caminaba al lado de Hugo y de Alicia, precedidos a cierta distancia por Marta, Ricardo y Cristina que seguían conversando animadamente sobre lo que acababan de presenciar.

-¿Cómo sabías que el tigre no nos iba a atacar? - preguntó Lucía a Alicia

-No sé. Ha sido todo muy extraño. Lo he sentido.

-¿Lo has sentido? ¿Y eso que quiere decir? - insistió Lucía.

-No sé como explicarlo, pero cuando me ha mirado a los ojos lo supe. Supe que no nos haría daño y que necesitaba ayuda.

-¿Te has dado cuenta de que parecía que entendía lo que le decías? -

preguntó Hugo.
-¿A que te refieres? - respondió ella.
-¿Cómo que a que me refiero? Pues a todo. A como se tranquilizaba cuando tu se lo decías, como se ha sentado, como se ha dejado curar.. ¡Si hasta se ha ido sin apoyar la pata herida, como tu se lo has pedido!
-Creo que exageras. Ya sabes que siempre me he entendido bien con los animales. En eso no he cambiado - dijo con una sonrisa amarga.
-Ya Alicia, pero no es lo mismo un perro, un gato o un caballo que ese ... ese., bueno, ese lo que sea.
-Si, eso es verdad. No sé. Ya os he dicho que ha sido todo muy extraño.
-Hablando de cosas extrañas. ¿has visto como están tus marcas? - preguntó Hugo bajando la voz.

Alicia, al igual que sus amigos, tenía en la espalda sus propias marcas. En su caso se trataba de un grabado de un enorme árbol, al pie del cual había lo que parecían un caballo y un lobo. Además se distinguían varias aves posadas en sus ramas.
-No ¿por qué?

Lucía se remangó y le enseñó sus antebrazos, y Hugo hizo lo mismo con la palma de sus manos.
-Pero...
-Cuando nos despertamos habían tomado este color. -dijo Hugo- Déjame echar un vistazo a la tuya -añadió.

Alicia se retiró el cabello de la nuca, dejando a la vista la parte posterior de su cuello. En la base de su cuello se vislumbraba la copa del gran árbol que llevaba grabado en su espalda. Todo ello se había vuelto de un intenso color verde, salpicados por infinidad de puntos plateados, como si todo el árbol estuviera cubierto por gotas de rocío bañadas por rayos de sol.
-¿Cómo está?

Hugo describió lo que había visto.

Una hora y media más tarde empezó a oscurecer. Una suave, pero fría brisa se había levantado y la temperatura había comenzado a descender.
-Creo que deberíamos ir pensando en como vamos a pasar la noche. - dijo Marta.
-Estoy de acuerdo -dijo Hugo- Dentro de nada estará tan oscuro que no podremos seguir caminando.

Buscaron un lugar donde resguardarse del aire, y finalmente decidieron internarse unos metros en el bosque, donde estarían más protegidos del aire que a la orilla del río.
-Bueno, este sitio es tan bueno como cualquier otro -dijo Hugo sentándose en el suelo.

-Pero, ¿vamos a dormir aquí? -preguntó Cristina.
-¿Tienes alguna idea mejor? - le contestó irónica Lucía.
-Tendremos que dormir en el suelo, y darnos calor unos a otros. - dijo Hugo.
-Alguien debería hacer guardia - añadió Ricardo.
-Nos turnaremos para que todos podamos descansar - contestó Hugo.
-Si es que alguien puede descansar aquí - dijo Cristina.
-Si mujer, ¿no ves lo mullidita que está la hierba? - apuntilló Lucía.
-¿Alguien tiene algo para comer? -preguntó Ricardo.

Se sentaron todos en el suelo, formando un círculo. En el centro dejaron lo que constituían sus provisiones: un paquete de chicles y un puñado de caramelos que Alicia - como de costumbre- llevaba en su bolso, una barra de cereales que Marta también había encontrado en el fondo del suyo -ni siquiera recordaba cuando la había puesto allí-, el paquete de Huesitos que Lucía había sacado de una máquina expendedora del hospital instantes antes de perder la consciencia, y los frutos que habían recogido unas horas antes.

-Tendremos que racionar todo lo que podamos. -dijo Marta.- Y esperemos que estos frutos sean comestibles.
-Joder Hugo, con esto nos vamos a morir de hambre -dijo Ricardo.
-Bueno, no os vendrá mal adelgazar un poco -respondió Cristina con brusquedad.

Todos se quedaron en silencio, sorprendidos por la inexplicable mordacidad del comentario de Cristina .Ricardo bajó la mirada dolido y sin saber como encajar aquello, hasta que por fin Hugo reaccionó.

-Si, no hay mal que por bien no venga. Siempre hemos querido tener la figura y el porte del doctor Arroyo. Claro que además de quitarnos unos kilitos, necesitaremos echarnos un par de décadas encima.

Se refería a Rafael Arroyo, cirujano plástico, que según los rumores que corrían por el hospital -que casi siempre eran ciertos - era la actual pareja de Cristina.

Cristina se quedó sin habla, sorprendida por el comentario e incapaz de reaccionar.

-¡¡Bien por Hugo!!- pensó Lucía mientras trataba de disimular una sonrisa.
-Oye, estos frutos no están nada mal - dijo Marta tratando de cambiar de tema y relajar el ambiente.
-Déjame probar - dijo Alicia- ¡Pues es verdad! Están bastante buenos.

Continuaron comiendo en silencio. Tomaron unos cuantos frutos -afortunadamente no estaban escasos de ellos pues podían encontrarlos en cualquier árbol- y medio Huesito cada uno. Finalmente Alicia repartió sus caramelos entre todos

-Voy a beber agua -dijo Alicia levantándose.
-Voy contigo -dijo Lucía.

-Será mejor que os acompañe -dijo Ricardo

Ricardo se incorporó. Una vez de pie, se estiró para desentumecer los músculos y levantó la vista al cielo. Las nubes se estaban retirando dejando a la vista un trozo de cielo, algo más...

-¡Mirad! Dijo Ricardo señalando con el dedo.

Todos volvieron su mirada hacia donde Ricardo estaba apuntando.

-¡Pero, ¿Qué coño...? -dijo Marta.

Los demás enmudecieron ante la terrorífica luna roja que empezaba a asomar entre las nubes, tiñendo de color sangre todo a su alrededor.

Era noche cerrada, pero había buena visibilidad. Aquella maldita luna roja arrojaba una intensa luz, que además de iluminar, le producía un profundo desasosiego. Sabía que no podría dormir, por ello Hugo había elegido la primera guardia.

Sentado en el suelo y recostado contra el tronco de un gran árbol observaba a sus compañeros. El único que parecía dormir placidamente era Ricardo quien respiraba profundamente, tendido sobre la hierba. Lucía, Marta y Alicia estaban tumbadas unas junto a otras tratando de buscar calor, y a pesar del cansancio acumulado, estaban en una inquieta duermevela.

Un poco más allá, vio como Cristina tiritaba sobre la hierba. Aunque la temperatura no era excesivamente baja, su uniforme de enfermera no era el atuendo más adecuado para pasar una noche a la intemperie.

Hugo se levantó y se acercó a ella quitándose la chaqueta - a la que ya le faltaba una manga- y se la echo por encima.

-Gracias - susurró ella cuando él volvía a su sitio.

-De nada.

Unos instantes después ella preguntó:

-¿No.. .tendrás frío?

-No te preocupes. Estaré bien. Trata de dormir. Mañana será un día muy duro.

Después ella permaneció en silencio, y se acurrucó bajo la chaqueta de Hugo, tratando de entrar en calor.

Hugo decidió caminar hacia el río a beber agua, y de paso entrar en calor. Si se movía, no notaría tanto el frío. Aunque la visibilidad era buena, sacó su linterna para alumbrase y se dirigió a la orilla del río.

Cuando estaba llegando, algo llamó su atención. Su visión periférica había detectado algo.

-¡Una luz!

Giró la cabeza rápidamente. Efectivamente, podía distinguirlo claramente. No muy lejos de allí había una luz, y si había una luz, habría gente.

Corrió hacia donde estaban sus compañeros y comenzó a

despertarlos.
-¡Chicos, levantad! ¡Vamos, levantad!
-¿Qué pasa? -preguntó Lucía somnolienta.
-¿A que viene este alboroto? - dijo Alicia.

Cristina, también se había incorporado, al igual que Marta, pero Ricardo todavía seguía durmiendo.
-¡Vamos Oso, levanta!
-Pero, ¿nos quieres decir que puñetas pasa?
-¡He visto una luz! No muy lejos de aquí hay una luz. Sabéis lo que eso significa, ¿no?

Se miraron unos a otros durante unos instantes, tras los cuales todos se pusieron en pie apresuradamente.

Ricardo sacó su linterna, Marta y Alicia recogieron sus bolsos, Cristina se puso la chaqueta de Hugo y todos reiniciaron la marcha. Cuando llegaron al linde del bosque todos pudieron distinguir la luz. ¡Estaban salvados!

21.

Javier había decidido permanecer despierto para hacer guardia. No habría podido dormir aunque hubiera querido Todo aquello le producía gran intranquilidad: estar perdidos en aquel bosque, la extraña luna color sangre,...

Estaba recostado contra el tronco del gran árbol. Sylvie estaba dormida con la cabeza sobre su pecho, mientras él la rodeaba con su brazo

Como le había dicho antes, aquello distaba mucho de lo que había imaginado para su primera noche juntos.

La miró y no pudo evitar maravillarse de lo hermosa que era. Luego miró de nuevo a su alrededor. Todo estaba muy tranquilo De pronto percibió algo. Miró con más atención durante unos instantes. Si. No había duda. Eran un par de puntos de luz, y además parecía que se movían.

-¡Sylvie! ¡Despierta! - dijo al tiempo que la zarandeaba suavemente..

Ella abrió los ojos lentamente.

-Ummm. ¿Qué pasa? ¿Ya ha amanecido?

-No. ¡Mira!, ¡Mira allí.!

Los puntos de luz seguían moviéndose, y se movían hacia donde estaban ellos.

Ambos permanecieron en silencio observando atentamente. Poco a poco los puntos de luz se fueron acercando, y de puntos se transformaron en haces. Finalmente, distinguieron las siluetas de un grupo de personas que indudablemente se dirigían hacia ellos. Sylvie, instintivamente llevó su mano derecho hasta la empuñadura de su arma.

-¿Hola? ¡Quien va!- preguntó Javier.

El grupo era ya casi perfectamente visible. Era un grupo de seis personas, dos de las cuales llevaban unas linternas de las que procedían las luces que habían visto. No podía distinguir sus caras, pero si pudieron ver que el grupo estaba compuesto por dos hombres - uno de ellos enorme- y cuatro mujeres.

¿Javier? - contestó una voz.

Javier se quedó helado. Reconocería esa voz en cualquier parte, pero era la última persona que hubiera pensado encontrarse allí. Una figura se adelantó al grupo y entró en el área iluminada por la fogata.

Sylvie miró a Javier.

-¿La conoces? -preguntó

-Claro que la conozco. Es mi hermana.

Media hora después, todos seguían hablando sentados alrededor de la fogata. Javier todavía no se había repuesto de la sorpresa inicial de encontrarse a su hermana, más bien todo lo contrario. Lucía no estaba sola: Hugo y Alicia también estaban allí. Y lo más extraño era que a todos ellos les había ocurrido lo mismo que a él. Primero el dolor, luego quedaron inconscientes, y por último habían despertado en medio del bosque.

Javier, de cuando en cuando ponía al día a Sylvie de lo que estaban hablando, pues aunque ella hablaba castellano -lo había estudiado en el colegio, y había hecho algún curso en escuelas de Policía españolas-, le costaba mucho seguir la conversación. Cuando contaron su historia, ninguno hizo mención a sus marcas, pero Javier sabía lo que había pasado. Cuando abrazó a su hermana, esta le mostró discretamente sus antebrazos, y se había fijado en el color de las marcas en las manos de Hugo, y aunque no podía verlo, suponía que a Alicia le ocurría lo mismo. El dolor provenía de sus marcas, y estas, al despertar, habían cambiado de color. Por algún extraño motivo, todo aquello estaba relacionado con ellos y sus marcas.

Javier, pensó en Alejandro, el único del grupo que faltaba. ¿Estaría también perdido en aquel bosque?

-Esto confirma lo que antes sospechábamos -estaba diciendo Marta- De algún modo, esto está relacionado con vosotros. Vosotros cuatro os conocéis. Vivís cada uno en una ciudad diferente, y de pronto, ¡puf!, aparecéis todos en este bosque, apenas separados por unos kilómetros. ¡Hasta la hora en que ocurrió coincide!Y entonces ¿por qué estamos aquí los demás? - preguntó Cristina enojada.

-Efectos colaterales, supongo. Estábamos con ellos en el momento en que todo ocurrió- contestó Marta.- La pregunta más bien es, ¿por qué vosotros? ¿Por qué os ha pasado esto y hemos venido todos a parar aquí?

Todos quedaron en silencio sin saber que responder. Javier miró a sus amigos y a su hermana, y supo que estaban pensando lo mismo que él. Todo está relacionado con nosotros, nuestras marcas y los sucesos ocurridos veinticinco años atrás.

-¿Sabéis que hoy se cumplían exactamente veinticinco años de aquello? - preguntó Lucía.

Los demás la miraron. Era cierto. Ninguno se había dado cuenta hasta ese momento, pero la fecha coincidía: 13 de Septiembre.

-¿Veinticinco años de qué?- preguntó Marta. Hugo miró a sus compañeros.

-Creo que deben saberlo.- dijo Javier- Yo a Sylvie ya se lo he contado.

-¿Saber que? - insistió Marta.

Hugo inició el relato de la historia, que se remontaba a veinticinco años atrás, a aquel trece de Septiembre de 1.983.

-Así pues, de una u otra manera esto parece estar relacionado con lo ocurrido aquel día y los extraños tatuajes que nos hicieron. - concluyó Hugo.

Todos quedaron en silencio durante unos instantes, mientras Cristina, Marta y Ricardo trataban de asimilar aquella extraña historia, hasta que Alicia, al fin se atrevió a preguntar:

-Entonces, ¿creéis que Alejandro...?

-No se donde habrá ido a parar, ni si estará cerca o lejos de nosotros, pero de una cosa estoy convencido: en este momento seguro que no está en Yokohama- contestó Hugo.

De nuevo se hizo el silencio, sumidos en sus pensamientos, y reflexionando sobre la suerte que podría haber corrido su amigo.

22.

Alejandro estaba sumido en un sueño intranquilo. Se había despertado varias veces creyendo oír ruidos en el exterior, y cuando dormía, sus sueños estaban plagados de terroríficos lobos de brillantes ojos rojos acechando entre las sombras del bosque, bañado por la mortecina luz de la luna roja.

Ahora el sueño era distinto. Oía las voces de sus amigos: Javier, Lucia, Hugo y... Alicia. Los oía en su cabeza, preguntando donde se encontraba.

De pronto se encontró flotando en medio de la cabaña, y desde donde estaba podía verse a si mismo tendido en el jergón. Oía las voces de sus amigos con claridad. De repente se vio arrastrado por una extraña fuerza, para encontrarse, sin saber como, fuera de la cabaña. Había atravesado la pared. Trató de mirarse para ver si había sufrido algún daño, pero no había nada que ver. Su cuerpo seguía dentro de la cabaña.

-Que sueño más extraño - pensó.

Y de nuevo se vio arrastrado por aquella extraña fuerza. Ahora flotaba a gran velocidad río arriba.

Las voces eran ahora más intensas. Podía oír a sus amigos con claridad, las voces entremezcladas en su cabeza

-¿Donde estará Alejandro?

-¿Estará bien?

-¿Qué estará haciendo?

-Hace tanto que no lo veo...

Al fondo vio una luz. En escasos segundos flotaba alrededor de una hoguera, alrededor de la cual estaban sentadas un grupo de ocho personas sentadas. Cuatro de ellas -tres mujeres, una de ellas de color, y un hombre- le eran desconocidas, pero las otras cuatro eran sus amigos: Javier y Hugo, sus amigos del alma, Lucía, su pequeña ratita de biblioteca, con sus gafas y su eterna coleta, y... Alicia.

Hacía cuatro años que no la veía, y ahora... allí estaba, tan guapa como siempre, tal y como la recordaba, con su negro y ondulado pelo negro cayendo sobre sus hombros, su piel morena, sus bellas facciones y marcados rasgos, y aquellos impresionantes ojos verdes en los que tantas veces se había perdido.

-¿Es esto un sueño? - se preguntó Alejandro

Intentó hablar con ellos, pero no le oían ni le veían. Era un mero observador sin capacidad de interactuar con su entorno. De pronto se sintió arrastrado de nuevo, pero esta vez una sensación de urgencia le

invadió. Debía volver a la cabaña. Algo estaba ocurriendo, y no era bueno. En su mente retumbaba un extraño sonido, como si algo o alguien estuviera rascando sobre madera. Flotaba junto a la orilla a una velocidad de vértigo, esta vez en dirección a la cabaña. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró junto a la cabaña. Había recorrido el camino de vuelta a la velocidad del pensamiento. Vio varias siluetas entre los árboles, siluetas negras de ojos rojos, que se deslizaban entre los árboles, avanzando río arriba, en dirección hacia donde se encontraban sus amigos. Una de aquellas bestias gruñía y golpeaba la puerta, rascando con sus garras la madera.

De nuevo, tal y como había ocurrido al salir, se encontró dentro de la cabaña, y allí se vio a si mismo durmiendo sobre el sucio jergón.

-Tengo que despertar. ¡Vamos, despierta! ¡¡Ya!! Oyó un aullido.

Alejandro se incorporó sobre el jergón. Sudaba profusamente y su respiración era agitada.

Podía oír el gruñido de la bestia y como se lanzaba una y otra vez contra la puerta, que afortunadamente había asegurado bien. Se levantó rápidamente, cogió la catana larga y se acercó junto a la ventana. Desde allí vio con claridad a la bestia, y de nuevo el miedo que había sentido horas antes se apoderó de él. Luchó para controlar su miedo y tratar de pensar.

-Tranquilo, no podrán entrar. - se dijo.

Pero recordó su sueño, y miró hacia los árboles. Si, allí estaban. Distinguió sus siluetas -al menos cuatro-, avanzando tal y como los había visto instantes antes de despertar.

No, aquello no había sido un sueño cualquiera. Todo lo que había visto estaba pasando.

¿Sería un sueño premonitorio?¿Realmente estaban sus amigos tan cerca de donde él se encontraba?

De entre los árboles salió otro de aquellos lobos. Era ligeramente más grande que el resto, sus ojos, aunque del mismo color, refulgían con mayor intensidad y el pelo de la parte superior de su lomo también era de un intenso color rojo sangre. Desde el linde del claro en el que estaba la cabaña la bestia gruñó, y luego lanzó un estremecedor aullido.

El lobo que estaba junto a la puerta se volvió, y después de un instante echó a correr, alejándose de la cabaña para introducirse en el bosque, en la misma dirección que el resto de animales que había visto.

El otro animal, el del pelo rojo en el lomo, miró a la cabaña, gruñó de nuevo y dándose la vuelta se introdujo en el bosque, siguiendo el rastro de sus congéneres.

Si su sueño era cierto, sus amigos estaban muy cerca -calculaba que no más de dos o tres kilómetros río arriba- y estaban en peligro. Un

grupo indeterminado de esos malditos lobos se dirigían hacia ellos. Estarían indefensos y serían presa fácil. Tenía que hacer algo.

Sólo dudó un instante. Sabía que quizá fuera un suicidio, pero no podía dejar a sus amigos a merced de aquellas bestias. Se movió con rapidez. Cogió su mochila. Sacó sus shurikens - que guardó en uno de los bolsillos de su cazadora-, se colgó la mochila y el carcaj con las flechas a la espalda, volvió a sujetar sus catanas del cinturón y se puso el casco, dejando la visera abierta. Empuñó el arco, inspiró hondo y abrió la puerta.

Se quedó parado durante unos segundos, respirando con fuerza y observando a través del marco de la puerta. Delante de él, el bosque teñido de rojo le esperaba, al igual que aquellas bestias salidas de una pesadilla, pero también estaban sus amigos, y le necesitaban. Tenía miedo, mucho miedo. Gotas de sudor perlaban su frente, pero tenía que hacerlo.- Ya he matado a dos de ellos, y ahora estoy preparado para llevarme por delante unos cuantos más,- pensó acariciando la empuñadura de su catana mientras aferraba con fuerza el arco que había encontrado en la cabaña.

Todo su cuerpo se puso en tensión, y lanzándose a través de la puerta inició una frenética carrera en busca de sus amigos.

23.

- Lobos -dijo Cristina. El miedo se reflejaba en su voz. Todos habían oído el aullido claramente, cortando la conversación que mantenían.
-Tranquila -dijo Ricardo- Los lobos nunca atacan a las personas. Al menos no a un grupo numeroso sentado alrededor de un buen fuego.
-¿Ah sí? ¿Y tú como lo sabes? -chilló Cristina nerviosa.
-Créeme. Atacan a rebaños o a animales, pero no a los hombres. Mi padre perdió varias ovejas, pero nunca le atacaron a él... ni a mí tampoco.

Cristina lo miró sorprendida.
-¿Tu padre era pastor? -preguntó con un cierto tono de desprecio en su voz.

Aquello no pasó desapercibido para Ricardo, que le lanzó una mirada furibunda. No estaba dispuesto a que nadie despreciara a su padre. Una cosa es que Cristina se riera de él, pero sus padres... eso era totalmente distinto.

Cuando Ricardo iba a contestar, otro aullido rasgó el silencio de la noche,
-Alicia, ¿estás bien? - preguntó Marta.

Todos miraron a Alicia. Se había quedado pálida, su mirada se dirigía hacia el interior del bosque y su rostro reflejaba un miedo exacerbado.
-¿Qué ocurre Alicia?- preguntó Hugo.

Alicia no contestó. Seguía con la vista fija en el bosque y su respiración era ahora más agitada. Hugo miró hacia el interior del bosque, pero no vio nada extraño.
-Alicia, ¿qué pasa?- insistió Lucía.
-No .. ..,no lo sé, pero..
-Pero, ¿qué? - preguntó Javier.
-Ahí dentro hay algo. Algo malo. Perverso.

Todos se quedaron en silencio. Sylvie, tenía problemas para seguir las conversaciones de los amigos de Javier, pero ahora había entendido perfectamente. El tono de voz, de Alicia, la expresión de pánico en su rostro y su mirada perdida en el bosque, hizo que, en un acto reflejo ante un posible peligro, llevara su mano hasta la empuñadura de su pistola.

Hugo, que estaba sentado a la izquierda de Alicia, pasó su brazo derecho sobre sus hombros tratando de reconfortarla.
-Bueno, tranquila, aquí no nos pasará nada. Sea lo que sea lo que haya en ese bosque aquí estaremos a salvo. - dijo Hugo, tratando de

aparentar más convicción de la que verdaderamente sentía.
-Será mejor que reavivemos el fuego -dijo Javier echando más ramas a la hoguera-. Además, organizaremos guardias esta noche. Haremos las guardias por parejas.

Aquello no consiguió tranquilizar a Alicia, que seguía con la mirada fija en el interior del bosque.

Hugo podía percibir el nerviosismo de Alicia, e instintivamente dirigió su mirada hacia el mismo lugar que lo hacía Alicia.
-Bueno, yo haré la primera guardia- dijo Ricardo- Si me duermo ahora, creo que no seré capaz de despertarme.
-Yo la haré contigo -dijo Marta.

Terminaron de comer en silencio, y después de unos minutos decidieron que era hora de intentar descansar.
-Bueno, pues será mejor que intentemos acomodarnos para pasar la noche lo mejo posible -dijo Marta.
-¡No!¡no! ¡Ya están aquí!- gritó Alicia de pronto.

Todos se volvieron hacia ella. Se había puesto en pie, y retrocedía como poseída por un miedo irracional, señalando con el brazo extendido.
-Al mirar en la dirección en la que apuntaba Alicia, todos pudieron distinguir la sombra de varias figuras entre los árboles. Desde luego, parecían lobos o algún animal similar. Permanecieron en silencio, conteniendo la respiración. Los animales se acercaban y sin duda se dirigían hacia ellos. Podían oír claramente las pisadas de los animales, su respiración. Ahora hasta Ricardo empezaba a estar intranquilo. Mecánicamente, y sin perder de vista a los animales, se quitó la chaqueta y la enrolló alrededor de su brazo izquierdo, al tiempo que llevaba su mano derecha a la empuñadura de su porra.
-Poneos detrás de mi -dijo Ricardo a Marta y Cristina.

Cristina aterrada, obedeció, buscando protección tras el enorme y fuerte cuerpo del joven, pero Marta, cogió una rama en llamas de la hoguera y se colocó a la derecha de Ricardo, dispuesta a pelear si fuera necesario.

Sylvie, quien también empezaba a ser presa del nerviosismo, desenfundó su arma, mientras Javier cogía una gruesa rama encendida de la hoguera, y se colocaba junto a su hermana, la cual se había quedado pálida.
-Tranquila, Lucía. Todo va a salir bien. -dijo Javier.

Unos segundos después, de entre los árboles surgió la primera de las figuras, deteniéndose a unos metros de ellos. Después apareció otro animal, y luego un tercero, pero ya podían distinguir más figuras acercándose por el interior del bosque. Su aspecto era aterrador. Aquello no era un lobo. No sabían lo que era, pero, desde luego no un lobo. Su tamaño era mayor, su pelo totalmente negro, sus fauces

grandes y poderosas, y sus ojos eran completamente rojos, del mismo rojo sangre de la luna. Hugo, desenfundó su porra, y también cogió una rama encendida de la hoguera, y de nuevo se situó junto a Alicia, aunque no sabía si serviría de algo. El nunca había sabido pelear, pero desde luego, y aunque estaba muerto de miedo, defendería su vida y las de sus amigos con todas sus fuerzas.

El primero de los animales se lanzó gruñendo hacia ellos, seguido por los otros dos, mientras otra de aquellas bestias surgía de entre los árboles.

El sonido de un disparo rasgó el silencio de la noche, y el primero de los animales cayó violentamente abatido por el impacto del mortal proyectil.

24.

Alejandro corría siguiendo el curso del río, hacia donde se encontraban sus amigos.

Una vez empezó a correr, el miedo que lo atenazaba empezó a disiparse, siendo sustituido por un estado de calmada determinación, tal y como le había ocurrido en otras ocasiones. Pocas veces en su vida había tenido que pelear con alguien - exceptuando la infinidad de combates que había librado sobre un tatami-, y desde luego nunca había estado en una situación de peligro como la actual, pero cuando había tenido que hacerlo, su cuerpo siempre reaccionaba de la misma manera. Cuando la adrenalina empezaba a fluir por sus venas, el miedo desaparecía, sus músculos respondían con precisión y rapidez, sus sentidos se agudizaban, y sus reflejos parecían aumentar. Solo dos veces había estado en una situación real de peligro. La primera de ellas se quedó paralizado por le miedo y todavía hoy se arrepentía de ello, aunque con el tiempo había llegado a asumir que actuó de la única forma posible. La segunda vez -sólo unos meses después- fue totalmente diferente. La furia y la rabia que le invadían no dejaron resquicio para el miedo o la duda, impidiendo que viera lo arriesgado de la situación. Ni siquiera fue consciente del peligro que corría. Además, a diferencia de la primera vez, no tenía nadie de quien preocuparse, solo de si mismo. Cada vez que recordaba aquel momento se estremecía. Había actuado como un autómata, con fuerza, velocidad y precisión milimétrica, mucho más que en cualquier combate, y si en el último momento no hubiese recobrado el dominio sobre si mismo, podría haber ocurrido algo irremediable de lo que sin duda se habría arrepentido el resto de su vida.

Ahora, quizá su vida y la de sus amigos dependían de lo que él pudiera hacer.

Corría a gran velocidad, su corazón latiendo con fuerza, bombeando sangre a todos los músculos de su cuerpo. Sus zancadas eran largas y rápidas, golpeando el suelo con potencia a cada paso, impulsando su cuerpo hacia adelantes. Su respiración acompasada, al ritmo de la carrera. Su mente despejada y tranquila. Su vista y oído alerta. Sentía todo su cuerpo rebosante de energía, mientras metro a metro, zancada a zancada acortaba la distancia que le separaba de sus amigos.

A su derecha, su visión periférica percibió un movimiento entre los árboles. Giró la cabeza ligeramente y pudo distinguir el perfil de uno de esos lobos entre los árboles. Distinguió claramente los brillantes ojos rojos de la bestia fijos en él. Aminoró el paso ligeramente, y sin

perder de vista al animal llevó su mano derecha hacia el carcaj y extrajo una flecha. Hacia varios años que no tiraba con arco, pero en su momento había practicado mucho con Alicia. - Espero que esto sea como montar en bici y no se olvide -pensó. Colocó la flecha sobre la cuerda y se detuvo al ver que el animal se dirigía hacia él. Tensó el arco y apuntó. Si fallaba no tendría tiempo para realizar otro disparo y tendría que pelear cuerpo a cuerpo. Cuando el animal abandonó la protección de los árboles y tuvo un blanco claro, disparó. El proyectil voló certero y letal, clavándose en el cuello del lobo, que cayó mortalmente herido. Sin perder ni un segundo, Alejandro echo a correr de nuevo. Sabía que cada segundo era vital. Seguía alerta, manteniendo sus sentidos atentos a lo que ocurría en el interior del bosque. De cuando en cuando distinguía entre los árboles la figura de alguno de aquellos animales, pero los iba dejando atrás. Mientras el corría por campo abierto todo lo rápido que podía, aquellas bestias se deslizaban sigilosamente entre los árboles, pero si alguno de ellos decidía salir, lo recibiría como se merecía.

Por fin, tras doblar un recodo del río hacia la derecha, al fondo distinguió un hoguera y varias figuras agrupadas a su alrededor. ¡Si! Aquello debía ser la hoguera en torno a la cual había visto sentados a sus amigos

Unos segundos después oyó lo que parecía un disparo, seguido por otro más. Unos instantes después un tercer y un cuarto disparo rompieron el silencio de la noche.

Alejandro apretó el paso, aumentando el ritmo de su carrera, forzando su cuerpo hasta el límite. Tenía que llegar cuanto antes.

25.

Después del primer disparo Sylvie buscó un nuevo blanco. Apuntó de nuevo y sin vacilar apretó el gatillo. Una segunda bestia calló abatida, pero tres más habían salido de entre los árboles dispuestos a atacar al grupo.

Se preparó para disparar de nuevo, pero percibió un movimiento a su izquierda. Una de aquellas terroríficas bestias se dirigía hacia ella. Se giró rápidamente y disparó de nuevo, sin apenas tiempo para apuntar. El animal ya estaba casi encima suyo. El disparo, aunque hirió a la bestia, no lo abatió. Enfurecido, salto hacia delante, con las patas delanteras extendidas para derribarla y sus fauces abiertas, buscando su cuello. Sylvie disparó de nuevo y, casi simultáneamente, sintió el peso del animal al abalanzarse sobre ella. Sylvie, ante la fuerza del impulso del animal y su peso, cayó derribada, con el animal encima. El impacto contra el suelo fue brutal, y Silvie perdió su pistola. Instintivamente llevó sus manos al cuello del animal para tratar de mantener sus fauces lejos de su cuello.

Afortunadamente, no encontró una fuerte resistencia. Aunque el animal todavía se debatía y trataba de morder, el segundo disparo había sido mortal. No tardaría mucho en morir, pero estaba desarmada y atrapada bajo el peso del lobo.

Javier había retrocedido hasta un enorme árbol, acosado por uno de aquellos lobos, tratando de mantener protegida su retaguardia y a Lucía, que permanecía a su espalda, aterrada. Blandía la enorme rama encendida con las dos manos, con fuerza y velocidad, tratando de mantener a raya a uno de aquellos lobos. Parecía que el fuego le imponía cierto respeto, pero no lo suficiente. La terrorífica criatura buscaba un agujero en su defensa por donde poder atacar.

Golpeó de nuevo con la rama, y esta vez alcanzó al animal en la cabeza. Este rugió de dolor y retrocedió ligeramente.

En ese momento Javier vio como Sylvie caía derribada por uno de los animales. - ¡Sylvie! -gritó.

Javier se dio cuenta de su error. Había bajado la guardia. Solo había sido un instante, pero lo suficiente para que el lobo que le acosaba aprovechara esa pequeña distracción para saltar sobre él. Javier tuvo el tiempo justo de levantar la enorme rama, y cambiando el agarre de esta, interponerla entre él y el animal. Las garras del animal se apoyaron sobre su pecho, pero su cuello chocó contra la rama, impidiendo que pudiera cerrar sus fauces sobre él. Javier no pudo

resistir la fuerza del ataque del animal y, al igual que Sylvie, cayó al suelo.

Cuando el primer animal cargó contra Ricardo, este estaba preparado para recibirlo. Había peleado muchas veces con perros y con algún que otro lobo que se había atrevido a atacar a sus ovejas. Afianzó los pies en el suelo, la pierna izquierda ligeramente adelantada, echando el peso de su cuerpo sobre ella para aguantar la embestida. Cuando el lobo atacó, interpuso su brazo izquierdo. Las fauces del animal se cerraron sobre su antebrazo, pero no alcanzaron a herirle, protegido como estaba por la chaqueta que había envuelto a su alrededor. Inmediatamente descargó la porra sobre el animal con toda la fuerza de su enorme brazo derecho. El impacto fue brutal, y Ricardo sintió como el cráneo del animal se quebraba bajo la tremenda fuerza del golpe, cayendo inmediatamente fulminado.

Mantenía a Cristina a su espalda. A su derecha, Marta a duras penas conseguía mantener a raya a uno de los lobos, blandiendo desesperadamente su improvisada antorcha.

Ricardo se giró y fue en ayuda de Marta. Con otro rápido movimiento de su brazo derecho, descargó un poderoso golpe sobre la cabeza de la bestia, pero este no fue tan certero como el anterior. El animal había reaccionado con rapidez y en el último instante hizo un movimiento de evasión. La porra no impacto de lleno, pero si lo suficiente para abrir una brecha sobre el ojo derecho de la criatura, que inmediatamente empezó a sangrar profusamente, cubriendo de sangre su ojo.

Aquello dio un respiro a Marta, pero fueron solo unos segundos. El lobo, enfurecido por la herida volvió al ataque con mayor ferocidad si cabe. Esta vez Ricardo no esperó. Se interpuso entre la bestia y Marta y cuando el lobo se abalanzaba sobre él, descargó otro poderoso golpe que alcanzó al animal en la mandíbula. Oyó un crujido y el animal se desplomó, pero en el momento del impacto, la porra resbaló de su mano, giró en el aire y fue a caer a un par de metros a su izquierda. Oyó un grito a su espalda. Era Cristina.

Cristina estaba aterrada. Estaba paralizada por el miedo. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. Una pesadilla de la que no podía despertar. Asistía como testigo a todo lo que ocurría a su alrededor. Oía los disparos de Sylvie, los gruñidos de las bestias, y vio a Ricardo derribar de un golpe a uno de aquellas inmundas criaturas, después de que esta atrapase su brazo izquierdo con sus horribles fauces. Después, Ricardo se giró para ayudar a Marta, avanzando unos pasos hacia la derecha. Cristina, que hasta ese momento había estado parapetada tras el imponente cuerpo de Ricardo, quedó desprotegida.

Permanecía clavada al suelo, incapaz de moverse.
En ese momento se dio cuenta de que otra de aquellas bestias, salida de la espesura del bosque, avanzaba a gran velocidad hacia ella.
Paralizada como estaba, solo fue capaz de gritar.

Hugo a duras penas conseguía mantener a raya al lobo que le acosaba. Blandía con la izquierda la rama en llamas, y con la derecha la porra, pero no había conseguido alcanzar al animal, que se mantenía a una distancia prudencial. Este dio unos pasos hacia la derecha, y Hugo giró en el mismo sentido, tratando de no perder la cara al animal. Al girarse pudo ver como les iban las cosas a sus amigos. Se dio cuenta de que algunas de aquellas criaturas habían caído abatidas, pero todavía quedaban varias en pie. No, las cosas no pintaban bien. Volvió a centrar su atención en su oponente, que seguía buscando un lugar por el que atacar. En ese instante oyó gritar a Alicia a su espalda. - ¡Cuidado Hugo! ¡A la izquierda!
Hugo giró la cabeza a la izquierda para ver como otra de aquellas criaturas avanzaba hacia él a gran velocidad. Instintivamente, se volvió para encarase con él. Descargó su brazo izquierdo con toda la fuerza de que fue capaz. La llama golpeó la cabeza del animal, y decenas de pequeñas astillas encendidas saltaron con el impacto, salpicando su peludo cuerpo. La bestia rugió de dolor y cayó rodando. Había conseguido rechazar momentáneamente al animal, pero no tuvo tiempo para más.

Alicia vio como Hugo se giraba y golpeaba al lobo después de que ella lo avisara, pero al encararse con él, el otro animal había aprovechado su oportunidad. Se abalanzó sobre Hugo, golpeando con sus patas delanteras sobre la espalda de este, quien pillado por sorpresa, no pudo aguantar la fuerza del ataque del animal y cayó hacia adelante. Al caer, soltó la rama y la porra para frenar su caída con las manos. El lobo estaba ya sobre él, y Alicia vio con horror como se disponía a lanzar a Hugo una terrible dentellada, pero justo en ese instante, el animal se desplomó. De su cuello sobresalía una flecha. Buscó con la mirada en la dirección de la que provenía el proyectil.
A unos veinte metros a su izquierda distinguió la figura de un hombre, pero no pudo ver su rostro, pues se escondía bajo un casco de motorista. Llevaba un arco en la izquierda, y su brazo derecho ya estaba extrayendo una nueva flecha del carcaj mientras avanzaba unos pasos. Cargó la flecha con habilidad, tensó la cuerda, apuntó, y disparó. La flecha voló, certera y mortal, para abatir al lobo que Hugo había golpeado, y que ya repuesto, se disponía a atacar de nuevo.

Por fin vio al fondo a sus amigos. Sin detener su carrera, Alejandro

echó una mano al carcaj, cogió una flecha, cargó el arco y forzó el ritmo un poco más. Había llegado justo a tiempo. Enseguida se dio cuenta de que Hugo estaba en peligro, y de que no llegaría a tiempo de salvarle. Solo una flecha cubriría a tiempo los veinticinco o treinta metros que les separaban. Si fallaba, Hugo estaría perdido. Era un blanco difícil, pero no tenía otra posibilidad. Rápidamente tensó el arco, apuntó y disparó. Afortunadamente, su puntería no le había abandonado. En cuanto la flecha abandonó el arco supo que esta alcanzaría su objetivo.

Después sacó otra flecha y sin dejar de avanzar la cargó con rapidez y apuntó de nuevo. Después de derribar al segundo de los lobos, corrió hacia Alicia, al tiempo se sacaba el carcaj por encima de su cabeza. Ella lo miraba entre perpleja y esperanzada por la inesperada ayuda recibida. Bajo su casco, y a aquella distancia, no lo había reconocido. Llegó a su lado, y sin entretenerse ni un segundo, le tendió el arco y el carcaj.

-Toma. Tendrás que utilízalo como tú sabes.

Sin decir más, desenfundó sus catanas y se arrodilló junto a Hugo.

-¿Estás bien? -preguntó.

Hugo se incorporó y miró al recién llegado.

-¡Alejandro! - exclamó sorprendido.

-Tranquilo, saldremos de esta. -dijo Alejandro. - Toma. Úsala lo mejor que puedas- Añadió tendiéndole la catana corta.

Se bajó la visera del casco y catana en mano, se aprestó a ayudar al resto.

Alicia estaba estupefacta. No podía creerlo. ¡Alejandro! ¡Allí! Hacía años que no lo veía, y ahora, de pronto, se encontraban en aquel lugar y en aquellas circunstancias.

El miedo que había sentido hasta ese momento se había desvanecido. En su lugar, una extraña sensación se había apoderado de ella, y no sabía describir muy bien que era. Era una extraña mezcla de nerviosismo, ansiedad, alegría y todo tipo de emociones encontradas. ¿Cómo era posible que se sintiera así después del tiempo que había pasado?

-¡Alicia, vamos, tenemos que movernos! - le estaba diciendo Hugo.

Alicia al fin reaccionó. Se colgó el carcaj en la espalda, y empuñando el arco, se dirigieron hacia donde estaban sus compañeros.

Javier a duras penas conseguía mantener al animal a raya. Podía sentir su cálido y fétido aliento a escasos centímetros de su cara. Solo la rama que sostenía en sus manos, contra la que chocaba el cuello de aquella bestia inmunda una y otra vez, le separaba ella y le mantenía fuera del alcance de sus fauces, pero el animal seguía intentando,

romper su defensa y alcanzarle.

Tenía que salir de debajo de aquel animal. De pronto algo impacto en el cuello del animal, haciendo brotar una gran cantidad de sangre. En unos segundos el animal se desplomó sobre él. Javier, sorprendido, se quitó de encima al animal y quedó sentado en el suelo. Junto a él estaba Lucía. En su mano sostenía, ensangrentada, su navaja, que él mismo le había dejado durante la cena. Lucía estaba muy asustada, pero había conseguido reunir el valor suficiente para clavar la navaja en el cuello del animal.

-Gracias hermanita -dijo Javier incorporándose y recogiendo de nuevo la rama encendida.

Una vez más, como tantas y tantas veces a lo largo de su vida, su hermana no dejaba de sorprenderlo.

-¡Cuidado!- gritó Lucía.

Antes de que Javier pudiera reaccionar, un nuevo disparo resonó en el aire.

Después de unos angustiosos segundos en los que el animal todavía forcejeaba, Sylvie al fin pudo quitarse de encima a la agonizante bestia. Buscó su pistola, y la localizó a su derecha. Se arrastro hacia ella rápidamente, recogió el arma y miró a su alrededor. Javier estaba incorporándose cuando otro de aquellos lobos, como salido de la nada, se abalanzaba sobre él. Lucía gritó. Sylvie, desde el suelo, apuntó y disparó de nuevo.

Ricardo no tenía tiempo de recoger la porra y llegar a tiempo de ayudar a Cristina. Solo podía hacer una cosa.

Todo parecía ocurrir al ralentí. Cristina había visto como el lobo, paso a paso, se acercaba hacia ella. No podía retirar la mirada de aquella horrible criatura. Aquellos brillantes ojos rojos, y las temibles fauces ejercían un efecto hipnótico sobre ella, y a pesar de ser consciente del peligro que corría, permanecía clavada al suelo, incapaz de moverse.

No podía creerlo. Unas horas antes estaba trabajando en el hospital, y sin saber como ni por qué, iba a morir en aquel extraño lugar, a manos de una criatura salida de Dios sabe donde. Cuando la bestia saltó sobre ella, Cristina pensó que allí acababa todo, pero en el último instante, apareció Ricardo, interceptando al lobo en el aire. Atrapó al animal por el cuello, apresándolo con fuerza. Cristina vio como hombre y bestia caían al suelo, rodando uno sobre otro. El animal se revolvía, lanzando dentelladas y zarpazos, tratando de librarse de la presa de su adversario, pero Ricardo no desfallecía. No podía creerlo. Ricardo se estaba enfrentando con una de aquellas

criaturas con la única ayuda de sus manos desnudas.

Había conseguido atrapar al lobo en el último instante. Una fracción de segundo más tarde, y habría alcanzado a Cristina. Ricardo redobló sus esfuerzos para doblegar a la bestia. Después de derribarla y rodar por el suelo, había conseguido situarse al fin encima del lobo, e inmovilizarlo bajo el peso de su enorme cuerpo, permaneciendo fuera del alcance de sus ataques. Tensó los músculos de sus brazos alrededor del cuello del animal. La única oportunidad que tenía era tratar de asfixiarlo. Redobló sus esfuerzos, estrangulando el cuello del animal con toda la fuerza de que era capaz. Tras unos segundos de desesperada lucha, el animal dejó de debatirse. Estaba muerto. Ricardo se puso en pie, resoplando por el esfuerzo.

-Este no molestará más. - Se volvió hacia el lugar donde había caído su porra y la recogió.

-¿Vienes? - preguntó tendiendo su mano a Cristina

Marta solo había tenido unos segundos de respiro. Después de que Ricardo derribara al primer lobo que la atacó, otro ocupó su lugar. El fuego que interponía entre ella y el animal, era lo que único que la mantenía a salvo, pero eso no duraría mucho tiempo. El lobo la observaba, buscando un resquicio por donde atacar, moviéndose amenazador, cuando vio que otro animal se acercaba por la derecha.

-¡Dios mío! - pensó- ¡No podré mantener a raya a los dos!

A su izquierda percibió un movimiento. Una figura pasó corriendo a su lado. Era un hombre, de estatura media -debía rondar el metro ochenta y cinco- y complexión atlética. Iba enfundado en una cazadora de motorista y un casco cubría su cabeza. En la parte posterior de su cazadora llevaba dibujada una especie de dragón y en su mano derecha esgrimía una espada, que, con un rápido movimiento descargó sobre el animal que la acosaba. El golpe fue preciso y letal, seccionando el cuello de la bestia, que cayó derribada. En unos segundos moriría desangrada. Después, sin detenerse ni un segundo y moviéndose a gran velocidad, el desconocido del casco giró sobre si mismo para encararse con el otro lobo, en el preciso instante que este saltaba sobre él. La bestia se abalanzó sobre el hombre, y sus fauces buscaban su cuello, pero chocaron contra el casco que le protegía. Sin embargo, la embestida había sido tan potente, que derribó al hombre, quien perdió su espada en la caída. Cayó al suelo de espaldas con el lobo sobre su pecho, buscando de nuevo su cuello. El hombre pugnaba con su brazo izquierdo por mantener las fauces del lobo lejos de su cuerpo, mientras que con la derecha trataba de alcanzar su espada, que estaba a unos centímetros de su mano. Marta contemplaba la lucha paralizada.

Alejandro trataba de alcanzar la espada. El lobo era fuerte, muy fuerte, y no podría mantenerlo a raya mucho tiempo más. Necesitaba desesperadamente su catana. Su mano la buscaba frenéticamente.

-¡Venga, venga! ¡Sólo unos centímetros! -pensó.

En ese momento la espada, como impulsada por una fuerza invisible se movió hacia su mano. Sorprendido, empuño la espada, y sin pensar la clavó con fuerza en el vientre del animal. Este se desplomó sobre el suelo, con un enorme tajo en el bajo vientre por donde empezaban a salírsele las tripas, desparramándose por el suelo.

El recién llegado se incorporó, miró a un lado y a otro. Se volvió hacia Marta, la cogió de la mano, y tiró de ella.

-¡Vamos, tenemos que salir de aquí! - le dijo.

Javier se volvió al oír el disparo. Una de aquellas criaturas había caído junto a sus pies y un par de metros más allá, estaba Sylvie, todavía tumbada en el suelo y con el arma apuntando en dirección al lobo derribado.

Rápidamente, Lucía y él se acercaron a ella y la ayudaron a levantarse.

-¿Estás bien? -preguntó Javier.

-Si, estoy bien. Creo que solo tengo algún que otro arañazo. Observaron a su alrededor, esperando un nuevo ataque, pero no vieron a ninguno de aquellos lobos.

En su lugar, vieron a un hombre que escondía su rostro bajo un casco de motorista que se acercaba hacia ellos. Marta iba junto a él. Cuando llegó a su lado, se levantó la visera del casco. -¡Alejandro! -gritaron al unísono Javier y Lucía.

-Pero, ¿como...? - quiso saber Javier.

-No hay tiempo para eso - le interrumpió Alejandro.

Ricardo y Cristina, seguidos de Alicia y Hugo, se unieron al grupo. -Escuchadme bien. No tenemos mucho tiempo -prosiguió Alejandro.- A poco más de dos kilómetros de aquí, siguiendo el curso del río en aquella dirección, hay una cabaña. Tenemos que llegar a ella cuanto antes. Allí estaremos a salvo, así que tendréis que correr tan rápido como seáis capaces.

-Pero, ya se han ido, ¿no? -preguntó Cristina.

-Hay más.

-¿Cómo lo sabes? - preguntó Hugo.

-Puedo oírlos.

-Tiene razón.. Se acercan más. - aseguró Alicia.

-Vamos entonces. En marcha- dijo Javier

Sin decir una palabra más, iniciaron la carrera. Una carrera por su supervivencia.

26.

Alejandro encabezaba el grupo, pero tenía que refrenarse, ya que solo Javier y Sylvie, seguidos de cerca por Marta, podían seguir su ritmo. Aquello le preocupaba. Iban demasiado lentos, pero no podían dejar atrás a los demás.

Podía oír a los animales. Cada vez estaban más cerca. Miró hacia atrás y pudo distinguir las primeras sombras amenazantes deslizándose entre los árboles, pero no sentía miedo. Seguía invadido por esa extraña sensación de fría tranquilidad, sus sentidos alerta, todas y cada una de las fibras de su ser en tensión. Se colocó a la altura de Javier.

-Sigue el curso del río y lleva al grupo hasta la cabaña. - dijo Alejandro mientras corrían.

-¿Qué vas a hacer? - preguntó Hugo.

-Me quedaré atrás y trataré de retener a esas bestias.

-¿Te has vuelto loco?

-Es la única oportunidad que tenemos. Los de atrás no pueden aguantar el ritmo. Alguien tiene que cubrir la retaguardia.

-Pero...

-Dile a tu amiga que afine la puntería.

Alejandro no le dio oportunidad para replicar de nuevo. Se bajó de nuevo la visera del casco, dio media vuelta y se descolgó hasta situarse a la cola del grupo.

Marta había podido oír la conversación entre Javier y Alejandro. Finalmente, las sospechas de Hugo eran fundadas y su amigo Alejandro estaba allí, y había aparecido en el momento más oportuno, sobre todo para ella. Unos segundos más tarde, y probablemente no lo hubiera contado.

Pero ¿cómo había llegado hasta allí?¿Que relación existía entre todos ellos?. Se propuso averiguarlo. Si conseguían salir de esta, claro.

Vio como Alejandro se dejaba caer a cola del grupo, dispuesto a proteger la retaguardia.

Cristina corría todo lo que podía, arrastrada por Ricardo, que la había cogido de la mano y tiraba de ella a un ritmo que apenas podía seguir. Solo el miedo irracional que sentía le impedía detenerse.

A Ricardo no le iba mucho mejor. A pesar de estar entrenándose para entrar en el cuerpo de policía y haber perdido peso, correr no era lo suyo. Creía que el corazón se le iba a salir por la boca, pero no podía aflojar el ritmo.

-Si salimos de esta perderé los kilos que me sobran - pensó.
Alicia, Hugo y Lucía cerraban el grupo. Alicia llevaba el carcaj a la espalda y el arco en su mano izquierda. Estaba acusando los últimos tiempos de inactividad. Aquella carrera era demasiado para ella, pero todavía era peor para Hugo y Lucía, acostumbrados a una vida sedentaria. Hugo no había vuelto a hacer ejercicio desde que se estuvo preparando para pasar las pruebas de vigilante de seguridad, y Lucía nunca había sentido el más mínimo intereses por la práctica deportiva o por cualquier tipo de ejercicio físico, y ahora lo estaba acusando. Le ardía el pecho, su pulso estaba disparado y le dolían las piernas.
Lucía miró a Hugo, y por su agitada respiración y lo sofocado que estaba, se dio cuenta de que él no lo estaba pasando mucho mejor.
-Daría cualquier cosa por parar a descansar -pensó, pero sabía que su vida dependía ahora de lo rápido que pudiera correr.
En ese momento Alejandro se colocó a su lado.
-Ánimo, aguantad un poco más. Ya queda poco, y pase lo que pase no os detengáis.
Ni Lucía ni Hugo pudieron responder. Tampoco tuvieron tiempo. Alejandro se había detenido.

Dos animales salieron del bosque. Alejandro los había visto venir y se había parado para hacerles frente. Y había más muy cerca. Podía verlos y oírlos.
Metió su mano izquierda en el bolsillo, sacó un shuriken y se lanzó hacia ellos. Ambos venían de frente, directamente hacia él. Con un ágil movimiento de su muñeca, y sin detener su carrera, el shuriken voló hasta clavarse en el lomo del animal que quedaba a la izquierda. Alejandro sabía que la herida no sería mortal, pero el animal se retorció de dolor y se detuvo. Aquello le dio a Alejandro el tiempo que necesitaba. Su catana, una vez más, describió un rápido y mortal arco, que seccionó el cuello del otro animal. Sin detener su movimiento, giró sobre si mismo y descargó el arma sobre el lobo herido, que inmediatamente calló muerto. Rápidamente se agachó junto al animal y con un tirón seco, recuperó su shuriken
Miró a su alrededor en busca de otra de aquellas bestias, dispuesto a descargar un nuevo ataque, pero aunque vio más sombras entre los árboles - cerca, muy cerca - ninguno más había salido a descubierto. Sin perderlos de vista, reinició la carrera en pos de sus amigos.

Javier no paraba de mirar hacia atrás, ralentizando el ritmo del grupo para no dejar rezagado a nadie. Sylvie y Marta le seguían sin problemas. A un par de metros de ellos, Ricardo y Cristina hacían lo posible por mantener el ritmo, pero Alicia, Hugo y Lucía seguían perdiendo terreno y calculaba que estaban a unos quince metros de

ellos. A Alejandro ya no lo veía. - Espero que sepa lo que hace -pensó Javier. Cuando miró de nuevo al frente, creyó distinguir algo. Parecía que al fondo, el bosque se abría un poco, y allí, en aquel claro había algo que, por el tamaño, bien podía ser lo que buscaban, aunque todavía no podía distinguirlo claramente. -¡Allí está la cabaña! - gritó, aún sin estar seguro.

Alicia hizo un último esfuerzo cuando oyó el aviso de Javier. Tenían que llegar como fuera. El miedo se estaba apoderando de ella otra vez. Podía sentir como se acercaban aquellas bestias, decenas de ellas, saliendo del interior del bosque en busca de su presa, y no sabía que le aterraba más, si aquellas criaturas, o el hecho de poder percibir su presencia y su sed de sangre. Había sentido su presencia cuando estaban sentados alrededor de la hoguera. Primero fue una sensación de intranquilidad, de que algo iba mal, luego sintió una presencia amenazadora, y por último, percibió a aquellos animales y sus malignas intenciones.

No sabía como ni por qué, pero de la misma forma que supo que el enorme tigre blanco no les haría daño y necesitaba su ayuda, tenía la certeza de que aquellos animales no pararían hasta matarles.

Lucía desfallecía por momentos. No podía dar un paso más. Hugo,

Alicia y ella se habían quedado ligeramente rezagados, a pesar de que corrían todo lo que podían.

¡Allí está la cabaña! -oyó que gritaba Javier.

Aquello fue como una inyección de energía, y de esperanza. Un poco más y estarían a salvo. Solo tenía que aguantar un poco más.

Miró hacia delante, pero, a pesar de que la luz de aquella maldita luna era muy intensa, no pudo distinguir nada.

De pronto sintió un agudo dolor en su tobillo izquierdo, que cedió bajo su peso, dando con todos sus huesos contra el suelo. Un quejido salió de su garganta. Había pisado mal y el tobillo le dolía horrores.

Hugo se detuvo inmediatamente.

-¡Vamos, vamos, tenemos que seguir!- dijo Hugo mientras la ayudaba a incorporarse.

-Creo que me he torcido un tobillo -dijo ella.

Alicia, que también se había detenido estaba junto a ellos.

-¡Venga Lucía, no nos queda tiempo! ¡Se acercan!

Javier miró de nuevo hacia atrás. Vio como su hermana caía al suelo, y como sus amigos la ayudaban a incorporarse.

-Seguid corriendo hasta la cabaña y no paréis pase lo que pase - dijo a Sylvie y a Marta al tiempo que detenía su carrera, pero cuando se disponía a retroceder para ayudarlos, dos lobos salieron de entre los árboles, interponiéndose entre él y sus amigos. Dos animales más aparecieron, uniéndose a los dos primeros.

Uno de ellos cargó contra Javier, que se encontró sólo y desarmado frente al animal. Estaba perdido.
-¡Blam!. Un disparo resonó en el aire, y el animal cayó herido. Sylvie tiró del brazo de Javier.

-Vamos, no podemos quedarnos aquí.
-¡No! ¡Tenemos que ayudarles!

Sylvie apuntó de nuevo. Si fallaba corría el riesgo de dar a alguno de sus amigos, pero si no disparaba, estaban perdidos. Cuando se disponía a disparar, percibió un movimiento a su izquierda. Dos lobos más cargaban contra ella y Javier.

En ese momento apareció Alejandro, corriendo espada en mano, en ayuda de Lucia, Hugo y Alicia.

Lucía acababa de incorporarse, y trataba de reanudar la marcha apoyada en Hugo. El tobillo le dolía terriblemente y no podía apoyarlo. Pero aquel no era su mayor problema en ese instante. Tres de aquellas bestias se dirigían hacia ellos.

Alicia se movió lo más rápido que pudo. Tratando de dominar el terror que la atenazaba, levantó su mano derecha por encima del hombro, hasta alcanzar una de las flechas de su carcaj. Con rapidez y agilidad, colocó la flecha sobre la cuerda y levantó el arco al tiempo que lo tensaba. Solo disponía de unas décimas de segundo para apuntar, durante las cuales pasaron por su mente infinidad de pensamientos. No tendría tiempo para otro disparo, pero si tenía que morir, se llevaría por delante a uno de aquellos engendros. El disparo fue certero y el animal se desplomó a sus pies. El siguiente ya saltaba sobre ella, cuando unos objetos brillantes que no acertó a identificar, tras surcar el aire a gran velocidad alcanzaron al animal en la cabeza y el cuello, hiriéndolo y derribándolo.

Después de lanzar dos shurikens con su mano izquierda -había practicado aquel movimiento cientos de veces - Alejandro se encaró con el último de los animales, interponiéndose entre él y Hugo y Lucía.

Con un rápido movimiento de su brazo derecho, se desembarazó de la bestia sin dificultad.

Sin perder un instante, envainó la catana, y cogió a Lucía en brazos.
- ¡Corred! -dijo.

Sylvie, se giró con rapidez.
-¡Blam! - Un disparo y uno de aquellos seres demoniacos cayó fulminado.
-¡Blam!, ¡Blam! - Dos disparos más. El primero se estrelló a los pies del

lobo. El segundo alcanzó su objetivo.

Se volvió de nuevo hacia sus amigos, justo a tiempo para ver como Alejandro se desembarazaba del último de los tres animales, cogía a Lucía en brazos y todos ellos echaban a correr.

Marta, Cristina y Ricardo entraron en la cabaña, resollando por el esfuerzo. De un primer vistazo a la cabaña, Ricardo localizó una enorme espada de aspecto medieval. Empuño la espada y mientras recuperaba el aliento, se colocó junto a la puerta, oteando, esperando ver llegar al resto del grupo o -Dios no lo quiera- a más de aquellos inmundos animales.

Había oído disparos mientras corrían, y se temía lo peor, pero a los pocos segundos divisó a sus compañeros corriendo desesperadamente hacia la cabaña en la que se encontraban.

Alejandro se había quedado rezagado. Con Lucía en brazos, no podía correr tan rápido. Sólo le quedaban unos metros, pero estaba cansado. Le dolían el pecho y los brazos, sometidos al esfuerzo de cargar con Lucía. A pesar de que esta no pesaba demasiado, el cansancio acumulado estaba empezando a pasarle factura. Una vez más redoblo el paso. Tenía la cabaña a la vista. Estaba muy cerca, pero los lobos también.

Hugo, Alicia y Javier llegaron a la cabaña, con Sylvie cerrando el grupo, pistola en mano y mirando una y otra vez hacia atrás. Todos entraron en la cabaña, excepto Sylvie. Se quedó en la puerta y miró hacia atrás. A pesar de llevar a Lucía en brazos, Alejandro corría a buena velocidad, y ya estaba muy cerca.

Cuando parecía que lo conseguiría, dos lobos, uno detrás de otro, salieron del bosque, lanzándose a gran velocidad a la caza de Alejandro, que en aquella situación era una presa fácil.

Dentro de la cabaña, Cristina y Marta observaban angustiadas a través de la ventana lo que ocurría en el exterior. Alicia, Javier y

Hugo, desde el umbral de la puerta se sentían impotentes viendo a Alejandro y Lucía perder terreno respecto a los lobos. Ricardo, en el exterior, con la espada en la mano, miraba con ansiedad como dos lobos más se unían a los dos primeros en la persecución de su presa.

-¡Corre!

-¡Vamos, corre! - gritaban todos con desesperación, pero era evidente que Alejandro no lo conseguiría. En ese momento, Sylvie abandonó la seguridad de la cabaña y se lanzó hacia delante.

-Alejandro corría como nunca había corrido en su vida, sin ni siquiera perder un instante en mirar hacia atrás, pero oía perfectamente las

pisadas de sus perseguidores, cada vez más cerca. Oía a sus amigos gritando. La mujer de color -no sabía su nombre corría hacia él. Vio como se detenía, plantaba sus pies con firmeza en el suelo y empuñando el arma con ambas manos, apuntaba hacia las bestias que lo perseguían.
-¡Blam! Sylvie disparó y una de las bestias cayó. Apuntó de nuevo. ¡Blam!!Blam! El primer disparo fue fallido, el segundo, aunque no mató a la bestia, la hirió en una pata, haciendo que detuviera su carrera. Las dos primeras bestias habían caído. Aquello dio unos metros más a Alejandro.

Alejandro pasó al lado de Sylvie justo cuando esta efectuaba otro disparo. El tercer animal se desplomó. Sylvie empezó a retroceder cubriendo a Alejandro. Más lobos empezaban a entrar en el claro, pero ya no los alcanzarían. Solo tenía que matar al cuarto lobo y estarían a salvo. Apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo. -¡Click!
-¡No! -pensó. Había vaciado el cargador.

Movió su mano izquierda con rapidez en busca de un nuevo cargador, mientras con la derecha hacía caer el cargador vacío, pero el animal era demasiado rápido. No le daría tiempo. El cargador vacío golpeó el suelo, mientras su mano izquierda extraía otro de su cartuchera. Se disponía a insertarlo en su arma, cuando el animal, que ya estaba a escasos dos metros de ella, se derrumbo a sus pies con una flecha clavada en el cuello. Miró hacia atrás. Alicia estaba a unos metros de la cabaña, con el arco todavía levantado.

Sin perder más tiempo, Sylvie insertó el cargador y echó a correr hacia la cabaña. Fue la última en cruzar la puerta, tras Alejandro - con Lucía todavía en sus brazos - y Alicia.

Inmediatamente después, Ricardo cerró la puerta, atrancándola con la espada que había encontrado.

Salvo por la escasa luz que entraba por las pequeñas ventanas, se quedaron a oscuras. Al cabo de unos segundos, varios animales se estrellaron contra la puerta y ventanas de la cabaña, aullando, y arañando, intentando encontrar una manera de entrar. Dentro de la cabaña, nadie hablaba. Todo el mundo contenía la respiración, preparados ante cualquier eventualidad, temiendo que, en cualquier momento, la destartalada cabaña pudiera ceder ante las salvajes embestidas de aquellas enfurecidas bestias. Alejandro, que había dejado a Lucía en el suelo, se levantó la visera del casco y se acercó a la ventana. Sylvie se colocó a su lado, preparada para abrir fuego de nuevo, si era necesario. Poco a poco las embestidas fueron bajando de fuerza e intensidad. Desde la ventana Alejandro pudo contar hasta siete de aquellos lobos, y por los ruidos que percibía, dedujo que en la parte posterior de la casa debía haber otros tres o cuatro. Al fin, de entre los árboles apareció un último animal. Era el mismo que había

visto justo antes de abandonar la cabaña para ir en busca de sus amigos, el ejemplar de pelo rojo en la parte superior de su lomo. Desde allí, lanzó un prolongado aullido, en respuesta al cual, el resto de animales abandonó el acoso a la cabaña, y uno tras otro volvieron a internarse en el bosque hasta desaparecer. Cuando todos se hubieron marchado, el animal de pelo rojizo los siguió, dejando la cabaña y a sus ocupantes en el más absoluto de los silencios.

27.

Marta despertó al notar sobre su rostro los primeros rayos de sol que se filtraban por la ventana y las rendijas que quedaban entre las maderas que formaban las paredes de la cabaña. Se incorporó lentamente, intentando que su magullado cuerpo poco a poco volviera a la vida.

Todavía somnolienta, inspeccionó brevemente el interior de la cabaña. Sus compañeros dormían profundamente sobre el suelo de madera, unos junto a otros en busca de calor. El miedo, el hambre, el frío y lo incómodo de su forzado alojamiento, hicieron que dormir pareciera una misión prácticamente imposible, pero poco a poco todos fueron vencidos por el cansancio y el agotamiento, no solo físico -que lo había- si no también psicológico, producido por la tensión de los acontecimientos vividos.

Y allí estaban todos. Bueno, todos excepto Alejandro. No se encontraba en la cabaña, y la puerta estaba entreabierta.

-¿A dónde habrá ido? - se preguntó.

Su casco y su mochila estaban allí, pero parecía haberse llevado sus dos catanas.

Marta recordó los hechos vividas la pasada noche. Para cuando los lobos se hubieron marchado, su vista ya se había acostumbrado a la penumbra que reinaba en el interior de la cabaña, pero Hugo y Ricardo encendieron sus linternas.

Podía recrear claramente en su mente, la imagen de Alejandro quitándose el casco para dejar al fin su rostro al descubierto.

-¿Estáis todos bien? - preguntó con serenidad. Había recobrado el aliento después de la carrera, y parecía no acusar el esfuerzo.

No podía decirse que fuera guapo, no al menos en toda la extensión de la palabra. De pelo rubio, ojos marrones y rasgos afilados, podría definirse como un chico normal tirando a guapo, pero después de observarlo durante solo unos instantes se dio cuenta de que era una persona con un indudable atractivo.

Bajo aquella cazadora de motorista -que no pudo dejar de juzgar un tanto hortera por el ostentoso dibujo que llevaba en su espalda- su complexión se adivinaba fuerte y atlética, pero sobre todo le impresionó, la forma en que se movía, hablaba y actuaba. Todo en él denotaba una gran seguridad en si mismo. Todos permanecieron en silencio ante la pregunta de Alejandro, hasta que por fin Lucía, cojeando, se abalanzó sobre él echándole los brazos al cuello y abrazándolo con fuerza.

-¡Nunca que me he alegrado tanto de verte! -dijo- Claro, que nunca antes habías aparecido tan oportunamente.
-Vaya, ratita, la última vez que nos vimos no me diste esta bienvenida - dijo él sonriendo. Marta no pudo obviar el hecho de que tenía una bonita sonrisa.
-Será porque la última vez que nos vimos no me salvaste la vida. -dicho lo cuál dio un beso en la mejilla a su amigo, para acto seguido dejar de abrazarlo y darle un pequeño puñetazo en el pecho.- ¡Y te he dicho mil veces que no me llames ratita! - dijo ella frunciendo el ceño, pero con una media sonrisa aflorando en sus labios.

Después Alejandro abrazó efusivamente a Hugo y a Javier. Era obvio que entre ellos había una fuerte amistad. Por último, se volvió hacia Alicia. Marta pudo darse cuenta del modo en que Lucía, Javier y Hugo, observaban a sus otros dos amigos. Permanecieron en un tenso silencio, inquietos, como esperando que ocurriera algo, pero ¿qué?
-Hola Alicia -dijo por fin Alejandro, y después de una pausa añadió: -Ha pasado mucho tiempo.
-Hola -musito ella.

Ninguno de ellos se movió. No hubo acercamiento, ni abrazos, ni siquiera un beso de amigos. Sólo una increíble tensión, que casi se podía masticar.

¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué había detrás de todo aquello? Marta sentía una enorme curiosidad. ¿Y por qué nunca hasta ahora había oído hablar de todos ellos? Según la increíble historia de su desaparición, que Hugo les había contado aquella misma noche, eran amigos desde la infancia, pero Alicia nunca le había hablado de ellos. ¿No se suponía que eran amigas?

Después de unos segundos, al fin Hugo reaccionó.
-Alejandro, te voy a presentar al resto. Mira esta es Marta, amiga de Alicia.

El se acercó a ella y le dio dos besos.
-Encantado.
-Lo mismo digo.- Esta es Sylvie. -dijo Javier- Una amiga de Paris.
-Encantado, y muchas gracias. Tienes una puntería excelente. De no ser por ti no lo habríamos contado.
-Y estos son Cristina y Ricardo, Oso para los amigos, dos compañeros del hospital.

Alejandro dio dos besos a Cristina, y estrecho la mano de Ricardo.
-Puedo imaginarme por qué te llaman Oso -dijo sonriendo. Al lado de Ricardo, Alejandro parecía pequeño.
-Estás sangrando -dijo Alejandro fijándose en su brazo derecho.
-Déjame ver - dijo Cristina

Era cierto. Ni siquiera se había dado cuenta, pero la manga derecha de su camisa estaba desgarrada y tenía varios cortes, al igual que en el

pecho. Debía habérselo hecho durante su pelea cuerpo a cuerpo con aquel lobo.
-Tenemos que curarte esos cortes- añadió ella.
-No, no pasa nada. Son unos cortes sin importancia -dijo él incómodo.
-Venga, quítate la camisa- insistió ella-. Aunque solo sean cortes superficiales, hay que lavar las heridas para evitar que se infecten. Dios sabe que clase de enfermedades pueden transmitir esas bestias.
-Toma. Usa esto para lavarle. Cuando salga el sol podemos arriesgarnos a coger más.- dijo Alejandro tendiéndole un bidón con agua.
-Alicia, ¿te quedan más algodones de desmaquillar? -preguntó Cristina.
-Creo que sí.- Rebuscó en su bolso y unos segundos después le tendió el paquete con los algodones que quedaban.
-¡Vamos, a que esperas para quitarte la camisa! - insistió Cristina. Ricardo obedeció, pero era evidente que el corpulento muchacho estaba en una situación embarazosa para él. Para Marta era obvio que, a pesar de su fuerza y corpulencia, Ricardo se avergonzaba de su físico, quizá acentuado por el hiriente comentario de Cristina aquella misma noche sobre su exceso de peso. Era cierto que una capa de grasa cubría su pecho y abdomen, pero desde luego no era para sentir vergüenza, pensó Marta. El joven tenía una impresionante constitución física que hacía honor a su apodo.
-Bueno, pues yo voy a echar un vistazo a tu tobillo -dijo Hugo a Lucía cuando Cristina empezó a lavar los cortes de Ricardo.- Venga siéntate ahí.
-Si quieres cuando termine con Ricardo, lo hago yo -dijo Cristina con amabilidad.
-No te preocupes, lo haré yo. -dijo él.
-¿Seguro que sabes lo que hacer? - insistió Cristina.
-No sé que clase de médico sería si no fuera capaz de manejar un simple esguince ¿no? - dijo Alejandro dando una palmada en la espalda de su amigo.

Cristina abrió los ojos con asombro.
-¿Como que qué clase de médico sería? Si él es guardia de seguridad en el hospital.
-Si, y licenciado en medicina. Empieza el MIR dentro de un par de semanas - dijo Lucía un tanto cortante.
-Pero, ...como... No lo sabía, quiero decir, ¿por qué trabajas entonces de guardia de seguridad? -Cristina no salía de su asombro
-De algo hay que vivir ¿no? Estudiar no da dinero. - contestó este. Bueno, veamos ese pie.

Estaba bastante hinchado, y ligeramente amoratado.
-¿Te duele aquí?

-¡Auch! ¡Sí!

Definitivamente era un esguince.

-Voy a tener que vendártelo lo mejor que pueda, y no podrás apoyar el pie.

-¡Mierda! ¿Y como se supone que voy a salir de aquí?

-No te preocupes, ratita. Yo te llevaré a caballito si hace falta - dijo Alejandro

-Nos turnaremos para cargar contigo -se ofreció Ricardo.

Hugo, arrodillado junto a Lucía, cogió su pie con la mano izquierda masajeó suavemente la zona afectada con la derecha.

-Esperaremos un poco a que te baje la hinchazón.

-Que calorcito más rico. Me alivia mucho -dijo Lucía refiriéndose a su pie.

Hugo continuó con el masaje durante un par de minutos más.

-Bueno, ahora necesito algo para vendártelo.

Cuando retiró la mano la inflamación del pie había disminuido, y el color de la piel era casi normal, sin apenas rastro de moratones. Lucía, en silencio, se puso de pie y empezó a andar.

-¡Vaya manos! ¡Ya casi no me duele! ¿Has aprendido eso en la facultad?

-No. La verdad es que ese masaje solo era para evitar que se te quedara el pié frío. No entiendo que es lo que ha pasado.

-Pues si usas tus manos así para todo, las chicas deben hacer cola a tu puerta para que les des un masaje -dijo Javier o con una media sonrisa. - Me tienes que enseñar como lo haces -añadió.

Pasaron un buen rato hablando e intercambiando historias. Le contaron a Alejandro como había llegado hasta allí cada grupo y como se habían encontrado, y él les relato su primer encuentro con los lobos en la cabaña y el extraño sueño que le había llevado a esta ellos.

-Aunque no estoy seguro de si fue un simple sueño o algo más - dijo.

La pregunta final era inevitable. ¿Dónde estaban? ¿Qué significaba aquella luna roja? ¿Y los extraños animales que habían encontrado en su camino - un enorme tigre blanco y aquella especie de lobos de ojos rojos?

Poco a poco, el cansancio hizo presa en ellos y uno tras otro, acomodándose lo mejor posible, fueron dejando las preguntas sin respuesta para más adelante. Finalmente, todos se durmieron, y mal que bien, habían pasado la noche.

-Al menos de día, las cosas se ven de diferente manera. -pensó Marta incorporándose.

-Debo tener un aspecto horrible - se dijo a si misma mientras se tocaba el cabello, intentando ponerlo un poco en orden.

Se dirigió hacia la puerta y salió al exterior. El cielo, al igual que el día anterior, estaba cubierto por oscuras nubes, pero la temperatura

era agradable, incluso podía decirse que hacía calor.

Unos metros más allá, junto al rió, divisó la figura de Alejandro. Cuando ella echó a andar hacia él, este se volvió, y al verla la saludo con la mano.

-Buenos días, ¿has dormido bien? -dijo él sonriente.

-Si, gracias -dijo al llegar junto a él. Había dejado su cazadora en el suelo y llevaba un polo blanco de manga larga ligeramente ajustado, dejando de manifiesto la buena forma física en la que se encontraba. Llevaba sus espadas atadas a la cintura y en la mano tenía una rudimentaria caña de pescar, que consistía en poco más que una rama flexible debidamente arreglada y pulida, y un cordel al extremo del cual había un anzuelo. A sus pies había cuatro peces de considerable tamaño.

-¿No te preocupa que puedan volver esas bestias? -preguntó.

-No. Las oiría mucho antes de que estuvieran cerca. Ella lo miro inquisitiva.

-Verás, te resultará difícil de creer, pero es como si todos mis sentidos se hubieran desarrollado de forma extraordinaria. - Alejandro pasó por alto el episodio de su espada moviéndose hacia su mano, pues pensaba que nadie lo había visto, y no estaba seguro de si había sido realmente así o lo había imaginado- Siempre he tenido muy buena vista, y mejor oído, pero ahora... hasta en la oscuridad puedo ver mejor. Ayer, incluso podía oler a esas bestias. Creo que hasta podría distinguiros a todos por vuestro olor. El tuyo es inconfundible - dijo.

-Si, a tigre, ¿no?. -Ambos rieron.

-En resumen, no hay nada ni nadie cerca.

-A estas alturas, y después de todo lo que he visto ya nada me resulta increíble. Cambiando de tema, ¿de donde has sacado eso? - preguntó refiriéndose a la caña.

-En el cobertizo anexo a la casa. Estuve revisando los alrededores, y dentro encontré esto, un hacha, algunos aperos de labranza y algunas cosas más. Al menos hoy comeremos algo. Parece que en el río no faltan peces. ¡Mira, ha picado otro! -dijo tirando de la caña con fuerza.

Finalmente consiguió sacar un nuevo pez. Lo desenganchó del anzuelo, y lo depositó en el suelo. Colocó un insecto en el anzuelo - había recogido varios antes de empezar a pescar - y volvió a lanzar la caña.

-¿Y tu como te has metido en este lío? - preguntó Alejandro.

-Bueno, más o menos lo que se dijo anoche. Estaba con Alicia cuando pasó todo.

Marta le relató como se disponían a salir aquella noche del hotel y lo que ocurrió cuando estaban dentro del ascensor, pero obvió todo lo ocurrido anteriormente. Pensó que si Alicia quería que sus amigos supieran lo que estaba ocurriendo en su matrimonio, ella se lo

contaría a su debido tiempo.
-¿Puedo pedirte un favor? - preguntó Alejandro.
-Si, claro.

Alejandro dejó la caña en el suelo, se dio la vuelta y antes de que Marta pudiera decir nada, se levantó la camiseta dejando su espalda al descubierto.
-Descríbeme lo que ves, por favor.

Marta se quedó sin habla. En la amplia espalda del joven había una impresionante reproducción de un dragón alado, idéntica a la que había visto en su cazadora. Los contornos de aquel dibujo grabado sobre la piel brillaban ligeramente, con un pálido color plateado. Líneas más finas de la misma tonalidad definían los detalles de aquel increíble dibujo -las escamas que cubrían el cuerpo del dragón, las membranas de sus alas, la inmensa cola-. Los ojos, las garras y las fauces brillaban con mayor intensidad con una tonalidad ligeramente más pálida.

Marta describió aquello lo mejor que pudo. Cuando terminó, Alejandro se bajo la camiseta y se volvió de nuevo.
-Gracias - dijo. Su semblante era serio y mostraba cierta preocupación.
-¿Pasa algo? - preguntó Marta.
-No, no, nada.

Marta se disponía a preguntar de nuevo, pero en ese mismo momento Javier y Sylvie salieron de la cabaña y se unieron a ellos.
-Buenos días -dijo Javier bostezando.
-Buenos días. ¿Habéis dormido bien? - preguntó Alejandro.
-Si, bastante bien, dadas las circunstancias.
-Me alegro. ¿Y los demás?
-Siguen durmiendo -dijo Sylvie.- Creo que están bastante cansados.
-Bueno, creo que podemos ir preparando el desayuno -dijo Alejandro
-Veo que no has perdido práctica - dijo Javier refiriéndose a los peces que estaban a los pies de Alejandro.
-Hombre, esto no es mi ideal de desayuno, pero...
-Bueno, pues yo voy a recoger leña y a preparar una hoguerita. Haremos una acampada como en los viejos tiempos.

Si. Como en los viejos tiempos. - musitó Alejandro, y su mente voló hacia el pasado.

28. Navaluenga. Embalse del Burguillo. Verano del 98.

- **B**ueno, pues esto ya casi está -comentó Javier.
-Huele de maravilla. Me muero de hambre- dijo Lucía.- Como Alejandro y Alicia no vuelvan pronto empezamos sin ellos.
-Pues mientras tanto, yo voy a darme un chapuzón - dijo Hugo desde la orilla del pantano.
-Yo voy contigo
-Pues si pensáis que me vais a dejar aquí sola, estáis listos.

El día era muy caluroso, y el agua estaba estupenda. Desde la orilla del pantano Hugo contemplaba el paisaje.

La primavera había sido abundante en lluvias, y todo a su alrededor era de un verde intenso. El pantano, lleno a rebosar, se abría paso entre pequeñas montañas y se ensanchaba a lo lejos, como si fuera un pequeño mar aparecido tierra dentro. El agua era de color verdoso, y brillaba con intensidad bajo los rayos del sol. Era la primera semana de vacaciones y todos habían terminado sus exámenes. Hacía meses que habían reservado una casa en una pequeña urbanización junto al albergue de Navaluenga para pasar esta semana. Era una casa con una gran parcela y piscina, pero hoy habían decidido pasar el día en el pantano. Habían encontrado un bonito lugar, rodeado de árboles, donde habían aparcado los coches y montado su campamento.

Alejandro y Alicia habían salido a hacer una excursión en una piragua que habían alquilado. Javier prefirió hacer una pequeña exploración a pie por los alrededores, mientras que Hugo y Lucía, se quedaron tomando el sol, charlando y pescando - una de las aficiones que tenían en común -, disfrutando de la tranquilidad de aquel lugar.

Cuando Javier volvió, prepararon la comida usando el equipo de camping gas que les habían dejado sus padres.

Hugo se lanzó al agua seguido de Javier. Lucía se quitó la amplia camiseta que llevaba -no le gustaba nada estar en bañador - y los siguió. El agua estaba deliciosa.
-Mirad, allí vienen estos- dijo Javier.

Se volvieron hacia donde señalaba Javier. Efectivamente, en un recodo que hacía el pantano, apareció una piragua con un par de palistas que se dirigía hacia ellos a buen ritmo. Salieron los tres del agua para secarse. Al cabo de unos minutos la piragua llegó a la orilla.

Alejandro y Alicia se bajaron, sacaron la piragua del agua y la dejaron sobre la hierba, junto a la orilla. Se quitaron los chalecos, dejándolos en la piragua, junto a las palas, y se dirigieron hacia donde sus amigos ya preparaban la mesa para comer.

-¡Ya era hora, tortolitos! ¡Un poco más y Lucía hubiera empezado a comer sin vosotros! -dijo Hugo.
-Menos mal que hemos llegado, porque yo estoy muerto de hambre -dijo Alejandro.

Lucia observó a sus amigos. Hacían una pareja estupenda. Alicia llevaba un bikini negro que le sentaba de maravilla, claro que eso no era difícil con un físico como el suyo. A pesar de solo llevar allí unos días, ya lucía un espléndido moreno. Sobrepasaba ligeramente el metro setenta de estatura y tenía unas medidas perfectas. Su vientre plano y sus largas y bien torneadas piernas mostraban el mismo excelente tono físico que el resto de su cuerpo. Su pelo negro caía en bucles sobre sus hombros, enmarcando su hermoso rostro en el que destacaba el intenso brillo de sus ojos verdes y una boca de labios carnosos. Venía feliz y sonriente, mostrando una dentadura casi perfecta.

Alejandro caminaba a su lado. Unos diez centímetros más alto que Alicia, su cuerpo era el de un atleta, esculpido con la práctica continua de ejercicio físico.

Se conocían de toda la vida, y aunque para el resto del grupo era evidente que estaban hechos el uno para el otro, hasta unos meses antes, no se habían decidido a dar un paso más y pasar de ser simplemente amigos a pareja oficial. Lucía se alegraba por ellos, aunque no podía evitar sentir cierta envidia sana. Alicia era alta, guapa, inteligente y tenía a su lado al chico de sus sueños.

Ojala ella tuviera esa suerte, pero le había tocado ser el patito feo del grupo. Era bajita - a duras penas llegaba al metro sesenta - y su figura no era precisamente la de una modelo. Encontraba su pecho excesivamente grande para su estatura y en su cintura -no sabía como- se acumulaban aquellos kilos de más en forma de michelines. Siendo objetiva, la única parte de su cuerpo que le gustaba eran sus ojos, de color azul claro, pero que desde los seis años tenía que esconder tras unas gafas.

Miró a Hugo de reojo. Estaba muy guapo. Su piel estaba más morena que de costumbre y últimamente había adelgazado. No es que a ella le importara, pero reconocía que la perdida de peso le favorecía mucho.

Era su mejor amigo y así seguiría siendo. No podía permitirse otra cosa. Sabía que ella no era su tipo. El la quería mucho, como amiga, claro -de hecho era su mejor amiga y su confidente- y sabía que nunca podría ser más que eso, por lo que había decidido enterrar esos sentimientos que empezaban a aflorar, en lo más profundo de su corazón, antes de que la cosa fuera a más.

Terminaron de preparar la mesa, sacaron las bebidas de la nevera que habían llevado y se sentaron todos juntos a comer.

Todos lucían ya un suave moreno que hacía que las marcas que tatuaban sus cuerpos resaltaran más de lo normal.

Aunque la gente lo tomaba por tatuajes y normalmente no hacían comentarios, siempre había quien miraba con curiosidad los elaborados dibujos, haciéndoles sentir incómodos, pero allí estaban prácticamente solos. Había pequeños grupos de excursionistas o pescadores, todos ellos estaban desperdigados a lo largo de ambas orillas del pantano, por lo que disfrutaban de una cierta intimidad y tranquilidad.

Después de comer pasaron la tarde tomando el sol, charlando, riendo y disfrutando de agradables baños.

Alejandro hizo otra excursión con la piragua, esta vez con Javier, y Hugo echó una cabezadita bajo la sombra.

Cuando el sol empezó a descender, recogieron todos sus trastos y se fueron a la casa.

Una vez preparada la cena, y antes de disfrutar de esta, se dieron un baño en la piscina. El sol casi se había puesto, pero el agua a esas horas estaba deliciosa.

Cenaron en el porche de la casa. Las vistas desde allí eran magníficas. Aquella noche estaba totalmente despejada y había luna llena, y su luz iluminaba bajo ella las montañas, cuyo perfil se recortaba contra el estrellado manto negro del cielo. Cuando terminaron de cenar y de recoger, Alejandro cogió de la mano a Alicia.

-¿Vamos a dar un paseo? Hace una noche preciosa. - preguntó.

-Si. Voy a ponerme unas zapatillas y nos vamos.

Al poco rato bajó. Además de cambiarse de calzado se había peinado y maquillado ligeramente. Estaba guapísima.

-Se te va cae la baba - dijo Hugo dándole un codazo.

Los demás rieron, pero aquella afirmación era cierta. Bastaba con fijarse en la forma en que ambos se miraban para darse cuenta que estaban locos el uno por el otro.

-No tengáis prisa -dijo Javier, guiñando un ojo a Alejandro. Por fin, ambos salieron de la casa, cogidos de la cintura. Pasearon bajo las estrellas, se abrazaron, charlaron, se besaron y se devoraron con la mirada.

-Es tarde. Creo que deberíamos volver -dijo por fin Alejandro. Cuando llegaron a la casa, no había ninguna luz. Entraron en silencio. Alicia encendió la luz de la entrada. En la mesa del recibidor había una nota.

-Hemos ido al pueblo. -leyó Alicia - No nos esperéis despiertos, llegaremos tarde.

-Que detalle, nos han dejado solos - dijo Alejandro. Alicia se acercó a él.

-Esto lo has planeado tu, ¿verdad? -preguntó.

-Bueno.. yo.. - balbuceó Alejandro sonrojándose.

Alicia se pegó a él echando sus brazos sobre sus hombros. Él la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí para sentir su cuerpo contra el suyo.

-Creo que has tenido una idea estupenda. Ya era hora de tener un poco de intimidad - susurró ella.

Lo besó, primero con suavidad, luego con pasión, y sintió como su cuerpo respondía al estímulo.

Alejandro se agachó y la levantó en brazos. Ella seguía abrazada a su cuello. Sin dejar de besarse, él la llevo hasta el dormitorio que compartían.

La ventana del cuarto estaba abierta de par en par, dejando que la luz de la luna iluminara suavemente la estancia. Aunque en el tiempo que llevaban juntos se habían acariciado y explorado sus cuerpos, aquella noche, con la luna y las estrellas como mudos testigos, hicieron el amor por primera vez, y ambos supieron, en aquel mismo instante, que nunca en su vida olvidarían aquel momento.

29.

Poco a poco todos se fueron despertando. Desde luego no se podía decir que el desayuno hubiese sido abundante, pero al menos habían comido lo suficiente para reponer energías.

Javier, utilizando la leña que había en la cabaña y las ramas secas que habían recogido, encendió fuego en la chimenea. Utilizando la rudimentaria sartén que habían encontrado en la cabaña, se las apañó para freír los peces, que junto con algunos frutos fueron un desayuno frugal pero nutritivo.

Después del desayuno, se asearon lo mejor que pudieron en el río, aprovechando lo que Alejandro llevaba en el neceser que había guardado en su mochila cuando salió de su casa en Yokohama para ir al gimnasio. Los chicos se había afeitado -Alejandro tenía espuma y algunas maquinillas desechables - y ellas se habían lavado y peinado lo mejor posible, después de lo cual se prepararon para reanudar la marcha. Se pertrecharon con todo aquello que encontraron que pudiera serles de utilidad y se prepararon para iniciar la marcha.

Alejandro llevaba la catana larga colgada a la espalda - colgada de la cintura le estorbaba a la hora de correr-, de tal forma que la empuñadura sobresalía por encima de su hombro derecho, para poder desenfundarla con ese mismo brazo. Encima de ella llevaba su mochila -dentro había guardado la sartén- y el casco amarrado a ella mediante las correas de esta. Mantenía su catana corta colgada a la cintura.

Ricardo llevaba su porra y el hacha de leñador que Alejandro había encontrado en el cobertizo. Prefería esta a la espada que blandiera la noche anterior, así que le había cedido aquella a Javier, quien la llevaba en su funda, colgada de la cintura. También se había hecho con una cantimplora de cuero que habían encontrado entre los efectos del dueño de la cabaña.

Sylvie sólo llevaba su pistola, y Marta llevaba cogido a su cinturón el gran cuchillo que estaba en la cabaña -y que sirviera a Alejandro la noche anterior para acuchillar a uno de los lobos- y una azada que encontró en el cobertizo. Estaba dispuesta a defenderse en caso de encontrarse de nuevo en una situación como la de la noche anterior.

Alicia se había decidido, claro está, por el arco y el carcaj con flechas. Ambos colgaban de su espalda. Disponía de catorce flechas, incluyendo una que había recuperado del cuerpo del lobo abatido por ella la noche anterior.

Hugo solo llevaba su porra y la caña de pescar, que era el único medio que tenían de procurarse otro alimento distinto a los frutos que

ofrecían los árboles.

Cristina y Lucía habían recogido las dos mantas que cubrían los jergones de la cabaña. Las habían enrollado y atado con unas cuerdas que había en el cobertizo, de tal forma que podían llevarlas colgadas a modo de mochila.

-¿Cómo tienes el pie? - preguntó Hugo a Lucía.

-Perfecto, no me duele nada -respondió ella.

-¿Seguro? ¿Podrás andar?

-Seguro, no te preocupes. Además, si me empieza a doler Alejandro se ofreció a llevarme a caballito- respondió ella con sarcasmo

-Te he oído - dijo el aludido- ¿Crees que no seré capaz?

-Si no puede él, te llevaré yo - dijo Ricardo.

-¡Que bien! Siempre he soñado con que dos chicos guapos se pelearan por mí -rió Lucía.

Entre bromas y charlas, el grupo se puso en camino Alejandro abría la marcha, con Ricardo y Cristina tras él. Hugo y Lucía caminaban detrás de estos, seguidos por Alicia y Marta. Javier y Sylvie cerraban el grupo.

Caminaron siguiendo el río durante varias horas. El día no había cambiado su fisionomía. El cielo seguía cubierto de nubes negras y no se veía el sol por ninguna parte, pero la temperatura había subido un poco.

A media tarde decidieron hacer un alto para descansar y comer algo. Esta vez fue Hugo el que se encargó de pescar mientras los demás recogían frutos de los árboles y agua en la orilla del río.

Después de comer y descansar un poco reanudaron la marcha. Querían avanzar todo lo posible mientras hubiera luz. Cuanto antes salieran del bosque mejor. Aunque no sabían donde estaban si estaban seguros que siguiendo el curso del río, antes o después lograrían abandonarlo.

La pregunta que rondaba la cabeza de todos era ¿y después qué? Todos habían llegado a la conclusión de que estaban en un lugar extraño. pero al menos sabían -por el relato de Alejandro- que la cabaña en la que habían pasado la noche había pertenecido a un hombre, por lo que no parecía descabellado pensar que hubiese algún núcleo de población no demasiado lejos. Aunque todavía quedaban algunas horas de luz Alejandro decidió que era el momento de parar y prepararse para pasar la noche. Tenían que dosificar fuerzas, pues no sabían lo que les deparaban los días siguientes. Ocho horas de caminata eran más que suficientes para el primer día, sobre todo teniendo en cuenta los acontecimientos del día anterior.

Observó a sus compañeros y vio signos de fatiga en los rostros de muchos de ellos.

Lucía agradeció que por fin se detuvieran, al igual que Hugo. Ambos

se dejaron caer al suelo, exhaustos y agotados. Ricardo podía seguir caminando pero tenía que reconocer que hacía años que no andaba tanto -desde los tiempos en que acompañaba a su padre con el rebaño por las montañas leonesas- y la escasez de comida consistente estaba haciendo mella en él. Javier, Sylvie y Marta estaban en buenas condiciones, mientras que Cristina agradeció el alto, al igual que Alicia, cosa que sorprendió un poco a Alejandro.

- Hace años habría hecho esta marcha sin inmutarse -pensó. Claro, que ahora su vida debía ser muy diferente a la entonces - se dijo. Bebieron agua en el río, y repitieron la operación del mediodía para procurarse comida. Esta vez fue Javier quien se dedicó a pescar. Alejandro y Ricardo recolectaron frutos mientras Marta y Sylvie recogían ramas para encender fuego y el resto del grupo se iba acomodando lo mejor posible para pasar la noche. Poco a poco fue oscureciendo, y al igual que había ocurrido la noche anterior las nubes comenzaron a disiparse, pero para asombro de todos, esa noche no vieron la temible luna roja. En su lugar había una pequeña luna plateada, cuya luz era muy tenue y débil, y otra aún más pequeña de un color anaranjado. Media hora después, todos estaban sentados alrededor de una hoguera, compartiendo los frutos recogidos y las escasas provisiones que les quedaban mientras Javier freía los peces en la sartén que habían recogido, ayudado por Sylvie, que permanecía a su lado en todo momento.

Marta se había sentado al lado de Alejandro y charlaba animadamente con él.

Desde el momento en que el joven había aparecido en escena, se había hecho cargo de la situación y de los movimientos del grupo. Había llegado en el momento más difícil y les había guiado hasta la cabaña, salvándoles así de una muerte segura a manos de aquellas bestias, y al día siguiente había asumido el mando del grupo de una forma natural. A lo largo del día había hablado con unos y con otros y dando ánimos a todos, transmitiendo su confianza y optimismo al resto del grupo. Era palpable la estrecha relación de amistad que mantenías con Javier, Lucía y Hugo, pero Marta se había dado cuenta de que no había cruzado ni una sola palabra con Alicia, y no olvidaba la tensión entre ellos cuando se habían saludado en la cabaña. Sin embargo, a pesar de todo ello, le había sorprendido un par de veces mirándola de reojo. Aquello la intrigaba y estaba decidida a averiguar que pasaba entre aquellos dos.

-Siempre me ha gustado Cantabria. He pasado allí, y en Asturias, muchas vacaciones, y es un sitio alucinante. Si te gusta la naturaleza y los deportes al aire libre es el sitio ideal. Yo creo que me he recorrido media provincia en bici y a caballo, y la otra mitad descendiendo por sus ríos en piragua. Tienes suerte de poder trabajar allí. - estaba

diciendo Alejandro.
-Bueno, la verdad es que el trabajo no me deja mucho tiempo libre. En los escasos dos años que llevo, a parte de Suances, donde tengo mi casa, y Santander, donde trabajo, poco más he podido ver. Si no fuera por Alicia que ha hecho de guía particular, yo creo que no conocería ni Santander. - hizo una pausa y después añadió - Cuando vayas a visitarla, espero que me llaméis para quedar.
-Si... bueno,... la verdad es que me queda un poco lejos de Yokohama, y no creo que tenga muchas oportunidades de ir por allí contestó él un poco incómodo-, pero si algún día decides ir a Japón, llámame. Te aseguro que no encontrarás mejor guía.
-Bueno chicos, el pescado está listo - anunció Javier.
-Ya era hora. Estoy muerto de hambre - dijo Ricardo.
-Tu siempre - contestó Hugo.

Dieron cuenta de los pescados mientras continuaban charlando. Marta observó al resto del grupo. Cristina, que estaba sentada entre Ricardo y Hugo, charlaba animadamente con este último, aparentemente menos tensa y nerviosa que anteriormente. Mientras, Lucía, que conversaba con Alicia, lanzaba furibundas miradas a la espectacular rubia. Marta no sabía si aquello era debido a que todavía estaba molesta por los desagradables comentarios de esta el día anterior o había algo más. Un rato después terminaron de comer.
-Será mejor que organicemos turnos de guardia - dijo Alejandro-. Hugo, Lucia, Cristina y Alicia, vosotros dormiréis toda la noche. Nos repartiremos los turnos entre el resto.
-Nosotros también podemos hacer guardia, - protestó Lucía.
-No protestes. Sois los que más cansados estáis, y por eso mismo necesitáis descansar más.
-Yo no estoy cansada. Puedo hacer guardia como los demás - dijo Alicia.
-Como quieras, pero creo que no estás en condiciones, y mañana será otro día muy duro - contestó Alejandro de forma un tanto cortante.
-Estoy de acuerdo con Alejandro, Alicia. Creo que es mejor que descanséis -intervino Javier para evitar una discusión.

Poco después ya habían decidido el orden de los turnos. Ricardo haría un primer turno de dos horas y media con Marta, y Javier y Sylvie el último, también de dos horas y media. Alejandro se había empeñado en hacer el turno central, y además el más largo- tres horas-, ya que, según él, no necesitaba dormir más de cuatro o cinco horas.

Recogieron más ramas para poder mantener el fuego durante la noche y se prepararon para dormir, aprovechando las mantas que habían recogido en la cabaña y la escasa ropa de abrigo que tenían. Tal y como habían hablado, Marta y Ricardo hicieron la primera

guardia, mientras el resto dormían alrededor del fuego. Javier y Sylvie se tumbaron uno junto al otro, compartiendo una de las mantas con Cristina, mientras Hugo, Lucía y Alicia compartían la otra. Alejandro se tumbó junto al fuego usando su mochila como almohada y su cazadora haciendo las veces de manta. La noche transcurrió sin sobresaltos. Al amanecer, y después de comer algo - para desgracia de Ricardo, el menú fue el mismo que los anteriores -reanudaron la marcha.

Como los días precedentes, con las primeras luces, las oscuras nubes que habían cubierto el cielo, volvieron a hacer acto de presencia.

-Todavía no hemos podido ver el sol - dijo Cristina.

-Si me preguntas a mi, casi prefiero no verlo. A saber lo que nos íbamos a encontrar - respondió Hugo.

-Estas nubes son de lo más extraño. Aparecen cada mañana y desaparecen al anochecer. - dijo Javier.

-Aquí todo es muy extraño - susurró Sylvie.

Al cabo de cuatro horas de marcha, observaron como el río se iba ensanchando a medida que avanzaban, pasando de unos diez o doce metros de anchura, a casi el doble. Las orillas del río poco a poco se fueron haciendo más escarpadas, y salpicadas de rocas, de forma que la superficie del río quedaba ya a casi un par de metros por debajo del nivel del suelo por el que transitaban. A su vez, el bosque empezaba a ser menos frondoso.

Después hicieron un pequeño descanso para comer algo y recuperar fuerzas antes de reanudar la marcha de nuevo. -¿Oís eso? - preguntó Alejandro.

-Yo no oigo nada. -dijo Marta que caminaba detrás de él.

-Escuchad -insistió él. - Parece el sonido de una cascada.

Los demás escucharon con atención, pero ninguno fue capaz de oír ningún sonido.

Continuaron avanzando. A media tarde, el río, que seguía creciendo en anchura, empezó a perder profundidad, y sus aguas, hasta ese momento tranquilas, comenzaban a ganar velocidad, teniendo ya a aquella altura una fuerza considerable, hasta que finalmente para todos fue claramente perceptible el sonido de una cascada.

-Parece que tenías razón- dijo Javier a Alejandro.

-Mirad -dijo Alejandro

Unos cientos de metros más adelante había un rudimentario y desvencijado puente. Cuando llegaron junto a él, vieron que unos troncos hacían las veces de escalones -tres- por los que se accedía al puente. Era una especie de puente colgante construido con tablas de madera y cuerdas. Las maderas, atadas y sujetas por cuerdas constituían el piso, y otras dos cuerdas más a cada lado, elevadas aproximadamente un metro sobre el piso, y atadas a sendos postes,

servían de barandilla. El puente se combaba describiendo la forma de una catenaria de lado a lado del río, quedando, en su punto más bajo, casi un metro por encima de la superficie del río. En el piso faltaban varias tablas, y las que había parecían no estar en muy buen estado. Las cuerdas no estaban mucho mejor.
-¿Qué hacemos?¿Creéis que debemos cruzar? - preguntó Hugo.
-No creo que haya mucha diferencia entre este lado y aquel - contestó Lucía después de pensar unos instantes-. No parece que ni a este lado ni a otro haya ningún camino. Creo que es mejor seguir por aquí.
-Estoy de acuerdo contigo, hermanita -dijo Javier-. Además, no parece que el puente esté en muy buenas condiciones. Las maderas parecen estar podridas, y las cuerdas están muy deshilachadas. Yo no me arriesgaría.

El resto del grupo estuvo de acuerdo con aquello, por lo que decidieron seguir caminando por la orilla en la que estaban. Apenas habían cubierto algo más de un kilómetro desde el puente, siguiendo el curso del río, cuando el grupo llegó hasta la cascada que antes habían oído. En aquel punto, el terreno terminaba abruptamente. Los últimos árboles estaban prácticamente al borde de una escarpada pared. El río caía en una espectacular cascada que calculaban debía tener cerca de cien metros de altura. Al fondo había un pequeño lago, de un hermoso color azul. Desde allí, el rió reiniciaba su camino para continuar discurriendo por un angosto desfiladero. Las vistas desde allí eran increíbles.
-Creo que tenemos un problema -dijo Ricardo.- Por aquí no podremos bajar, así que se acabó nuestra fuente de agua y comida. Alejandro podía ver como, a lo lejos, las paredes de roca y vegetación que formaban el estrecho desfiladero, poco a poco iban perdiendo altura. Su vista alcanzaba a ver hasta donde el desfiladero hacía un recodo y ya no podía seguirlo, pero pudo distinguir un camino que se habría paso por la escarpada pared hasta llegar muy cerca del nivel del río.
-Podemos seguir caminando por aquí arriba. Hay un camino por el que calculo que en un día de marcha estaremos de nuevo casi al mismo nivel del río. Desde allí no nos será difícil bajar hasta el agua para beber y pescar. Javier se situó a su lado y escrutó en la misma dirección en la que miraba su amigo.
-¿Puedes ver eso? -preguntó a su amigo. Alejandro asintió.
-¿Pero cómo?

Alejandro se limitó a encogerse de hombros.
-¿Os acordáis cuando hicimos la ruta del Cares? - preguntó Alejandro. Se refería a una famosa ruta que se realiza siguiendo el curso del río Cares. Una ruta entre las localidades de Caín, en la provincia de León, y Poncebos, ya en Asturias, hecha para recreándose con el espectáculo del paisaje, y que era la consecuencia de la tozudez del río Cares,

empeñado en atravesar el macizo montañoso de los Picos de Europa, horadando la roca a lo largo de los siglos.
-Como para olvidarlo -dijo Lucía.- Tuve agujetas durante una semana entera.
-Y yo - añadió Hugo.
-Bueno, pues esto va a ser algo parecido, pero más largo.
-Ya, y sin comida - añadió Ricardo.
-Tendremos que recoger provisiones para mañana -dijo Hugo.
-Si. Aunque todavía quedan un par de horas de luz, lo mejor será acampar aquí y descansar. Mañana será un día duro. Aprovecharemos las horas de luz que quedan para recoger provisiones para mañana -dijo Alejandro.

Así lo hicieron. Se dividieron en grupos y se repartieron las tareas. Alejandro dijo que quería explorar un poco el camino que seguirían al día siguiente para ver si era fácilmente transitable. Javier y Sylvie se encargarían de la pesca. Cristina, Ricardo y Alicia recolectarían todos los frutos que pudieran, ya que según les había dicho Alejandro, cuando cogieran el camino que había divisado no encontrarían apenas árboles, mientras que Hugo, Marta y Lucía se hicieron responsables de conseguir leña para pasar toda la noche alrededor de un buen fuego.

Ese fue el momento que Marta aprovechó para indagar un poco sobre la relación entre Alicia y el resto del grupo.
-¿Os puedo hacer una pregunta? - preguntó Marta cuando se hubo quedado a solas con Lucía y Hugo.
-Claro, tú dirás - contesto Lucía.
-Veréis, conozco a Alicia desde hace dos años, y hasta ahora me consideraba amiga suya, pero en todo este tiempo nunca me ha hablado de vosotros.

Lucía y Hugo intercambiaron una significativa mirada. Parece que había tocado una fibra sensible.
-Por lo poco que he oído hasta ahora -continuó Marta- parece que sois amigos desde la infancia y habéis estado muy unidos. Entonces, ¿por qué nunca me ha hablado de vosotros?

Lucía suspiró y asintió levemente.
-La verdad es que desde que Alicia se casó y se fue a vivir a Santander no hemos tenido mucho contacto con ella, a parte de alguna que otra llamada de teléfono y el intercambio de esporádicos correos electrónicos.
-¿No habéis ido nunca a visitarla a Santander?
-No. La verdad es que al principio nos invito a ir, pero por unas causas u otras no pudimos ir. Luego, ella no nos volvió a invitar, y cuando la llamábamos e insinuábamos la posibilidad de ir a verla, ella nunca encontraba el momento adecuado.
-Pero ¿por qué? -insistió Marta - ¿Y que pasa entre ella y Alejandro?.

La tensión que hay entre ellos casi se puede masticar.
-La cosa viene de lejos y es una larga historia. - dijo Hugo.
-Soy todo oídos -respondió ella.
-Todo empezó hace unos años...

30. Potes (Cantabria). 31 de Abril del 2.003.

Lucía no sabía como iban a salir aquellas vacaciones. Iban en el coche y estaban a escasos kilómetros de su destino. Era puente de Mayo en Madrid, y tenían planificado aquel viaje desde hace unos meses y para ello habían reservado una casita rural en la localidad cántabra de Potes para pasar esos cinco días. Para descansar, olvidarse de todo y desconectar de los problemas y la tensión diaria.

Ella estaba enfrascada en su tesis doctoral, y aunque unos meses antes aquel viaje le había parecido una gran idea, ahora estaba un poco agobiada, pensando en que iba a desperdiciar esos cinco días. A pesar de los consejos de su hermano, sobre relajarse y disfrutar, no estaba segura de poder conseguirlo.

Javier por su parte, hacía solo un par de meses que había presentado el proyecto fin de carrera, y ya había encontrado trabajo. Al finalizar aquel puente se incorporaría como ingeniero en una empresa dedicada a la fabricación y suministro de componentes a grandes constructores del sector aeronáutico, por lo que estaba feliz y dispuesto a disfrutar de los días que tenían por delante. Posiblemente era el único en aquel estado de ánimo. Lucía miró a Hugo. Aparentemente estaba tranquilo y relajado, pero estaba segura de que en su caso, solo era una pose. Dos días antes había sido el aniversario de la muerte de sus padres. Aquellas eran unas fechas muy duras para él. Además, para poder ir con ellos había tenido que cambiar varios turnos y hacer jornadas intensivas en su trabajo de vigilante. Al menos, algunos de los turnos habían sido de noche y había tenido momentos de tranquilidad para sacar unas horas de estudio. Se acercaban los exámenes finales y Hugo estaba agobiado. Lucía sabía que entre su equipaje figuraban un par de libros a los que seguramente trataría de dedicar alguna hora antes de dormir.

Por último, Lucía se fijo en Alejandro, que era quien conducía. Sin duda el era el más taciturno de todo el grupo. Su estado de ánimo distaba mucho de lo que en él era habitual. En los últimos tiempos parecía que la relación entre él y Alicia no pasaba por su mejor momento, y la guinda del pastel había sido esta semana. Desde que ella había empezado a trabajar, pasaban cada vez menos tiempo juntos y Alejandro se sentía desplazado a un segundo plano. Solo tres días antes Alejandro había tenido que cancelar una romántica cena sorpresa que había preparado para él y Alicia para celebrar el cumpleaños de esta última, debido a una cena de trabajo programada en el último instante y de la que no había podido librarse. Ahora,

cuando Alejandro estaba deseando que llegara este puente para pasar tiempo juntos, ella no había podido venir por un viaje de trabajo que también había surgido en el último momento. Alicia se había licenciado en biología con unas notas excelentes, y después de hacer un Master en Biotecnología se había colocado en los laboratorios de la filial de una empresa farmacéutica en Madrid, pero cuya sede estaba en Santander. Su formación, así como su excelente dominio del inglés la habían permitido acceder a un importante puesto dentro del departamento comercial. La empresa que la había contratado necesitaba a alguien de su perfil para tratar con clientes extranjeros, ya que querían expandir el negocio. Rápidamente se había ganado la confianza de sus jefes por su buen hacer.

Según le había explicado a Alejandro, este viaje era muy importante. Tenía que ir a la central en Santander para las negociaciones finales con un nuevo e importante cliente. Sus jefes la necesitaban allí para terminar de cerrar el trato. - Empezaremos la reunión el Jueves por la mañana y si todo va bien, el Viernes habremos cerrado el trato y podremos pasar juntos el fin de semana en Potes- le había dicho Alicia a Alejandro. Alejandro por su parte, estaba terminando la carrera de Ingeniería Industrial. Tenía todavía pendientes tres asignaturas para terminar la carrera - una de ellas un “hueso”- y estaba trabajando ya en su proyecto fin de carrera. Lucía sabía que Alejandro era una persona muy inteligente, con una mente privilegiada, pero también sabía que para él había más cosas a parte de sus estudios a las que en ningún momento había estado dispuesto a renunciar. Durante sus años como universitario, la lectura había sido - y seguía siendo- una de sus grandes pasiones. Devoraba, más que leía, tres o cuatro libros al mes. Además había seguido practicando todo tipo de deportes y artes marciales, tomando parte en varias competiciones deportivas universitarias, tanto de forma individual - media maratón, natación, taekwondo- como colectiva - jugaba de escolta en el equipo de baloncesto de la escuela de ingeniería-. También formaba parte de la redacción de una revista universitaria, y había participado en todo tipo de actividades universitarias en nada relacionadas con la carrera que estudiaba - ciclos de cine, seminarios literarios, conciertos, obras de teatro, música - etc. Según lo veía Lucía, era como si necesitara alimentar y estimular su cuerpo y su mente de manera continua, siempre buscando nuevas experiencias, tanto físicas como mentales, ya que si su afición a probar todo tipo de deportes era para Lucía exagerada, no lo era menos sus avidez por aprender, leer, estudiar… Lucía estaba segura que si Alejandro hubiese enfocado todas esas energías y ansias de conocimiento a su carrera habría terminado hace tiempo, y con un expediente tan brillante como el de Alicia o el suyo propio, o puede que mejor.

Todo ello era, últimamente, otro motivo de discusión entre Alicia y él.
-¡Madura de una vez!, me dice. - estaba diciendo Alejandro.- ¿Pero que tendrá que ver todo esto con la madurez?
-Bueno, tranquilízate un poco -contestó Javier.
-No, es que últimamente es la única cancioncita que tenemos. Que madure, que termine de estudiar, que busque un trabajo y todo ese rollo. ¡Como si yo no supiera lo que tengo que hacer!
-Bueno, es normal que quiera que termines y empieces a trabajar para que podías estar junto y tener un futuro en común, ¿no? -dijo Lucía
-Si, pero es que parece que ya no hay otra cosa que el dichoso trabajo. Cuando estamos juntos no hace otra cosa que hablar del trabajo y ahora, de pronto, ya no quiere hacer nada de lo que hacíamos antes y todo le parecen chorradas - contestó Alejandro. Alicia y Alejandro compartían muchas aficiones y siempre habían hecho infinidad de cosas juntos. Ambos compartían afición por la lectura, y a los dos les apasionaba el contacto con la naturaleza y las actividades al aire libre, y al menos hasta ahora, siempre habían disfrutado juntos de esas cosas. De hecho, este viaje lo había preparado Alejandro, pensando en poder realizar todo tipo de actividades al aire libre -marchas andando y a caballo por los Picos de Europa, descensos en piragua por algunos de los ríos de la zona, excursiones en bicicleta, etc-.
-Y para colmo, no hago más que escuchar, que si mi jefe esto, que si lo otro, que si es muy inteligente, que si es muy elegante, que si como le quedan los trajes, que si como ha llevado la reunión, bla, bla, bla -continuó Alejandro en tono irónico.- Ya me está tocando las narices su jefe.
-¡Ahora lo entiendo! ¿No será que estás celoso? - pinchó Hugo. Alejandro permaneció en silencio durante unos segundos. Hugo observó a su amigo, y por la expresión de su cara, supo inmediatamente que su pregunta había tocado en hueso.
-Es que no se lo que pasa - musito Alejandro-. Cuando estoy con ella, ya no es como antes. Cuando intento abrazarla o besarla me rehúye y siento como se pone tensa.

Durante unos instantes se hizo el silencio.
-¿Lo has hablado con ella? - preguntó Javier.
-Si, pero dice que son imaginaciones mías, que lo que pasa es que después de casi seis años juntos no puedo pretender que todo sea como al principio, que la pasión inicial pasa, ya sabes, esas cosas -contesto Alejandro incómodo.
-¿Y? - preguntó Hugo
-No sé. Yo no lo veo así. Yo la quiero más cada día que pasa y lo que siento por ella ahora es mucho más fuerte que hace seis años, y creo que a ella no le ocurre lo mismo.

Alejandro hizo una pausa antes de continuar.
-¿Sabéis lo duro que es para mi, tenerla a mi lado sentir que cada vez está más lejos? No sé, tengo la sensación de que la estoy perdiendo.
-Bueno, es posible que solo sea una mala racha -dijo Hugo intentado quitar hierro al asunto y animar a su amigo, aunque en su fuero interno tenía un mal presentimiento- Ten en cuenta que una cosa si que es verdad: ella está viviendo un cambio importante. Nada tiene que ver la vida de estudiante con el mundo laboral.
-¡Joder, ya hablas como ella! -dijo Alejandro- Te falta echarme la reprimenda por lo bien y despreocupado que vivo como estudiante y decirme que ya va siendo hora de que madure un poquito.
-¡Vale, vale! ¡No te enfades conmigo, hombre! -respondió Hugo.
-Oye ¿por qué no nos cuentas en que consiste esa famosa ruta del Cares?- preguntó Lucía intentando cambiar de tema- Espero que aprecies el esfuerzo que vamos a hacer Hugo y yo acompañándote en esa caminata. Para el resto de excursiones que tengas pensadas te vas solo con Javier, porque a mi no me haces montar en canoa o bicicleta para recorrer media Cantabria, que yo he venido aquí a descansar, no a deslomarme. Como mucho te admito alguna rutita a caballo.
-Lo mismo digo -dijo Hugo.
-No, si con amigos como vosotros...
-Tranquilo, ya sabes que puedes contar conmigo, pero tómatelo con calma, ¿eh? - dijo Javier.

Los últimos kilómetros del viaje transcurrieron en un ambiente un poco más alegre, y todos ellos consiguieron olvidarse durante un rato de sus problemas.

-Por fin ha llegado el Viernes - pensó Alejandro al despertar.

Esa tarde Alicia se reuniría con ellos al terminar el trabajo. Había unos ciento veinte kilómetros desde Santander a Potes, por lo que si todo iba según lo previsto y el trato se cerraba antes de la hora de comer, Alicia estaría allí a media tarde, momento que Alejandro esperaba con ansiedad, lo cual no había impedido que disfrutara al máximo de los días anteriores.

El Miércoles a primera hora, tal y como habían planeado, habían ido todos a realizar la ruta del Cares. Después de un buen desayuno y de preparar sus mochilas las provisiones para el camino, cogieron el coche para ir a Poncebos, ya en la provincia de Asturias, donde iniciaron la ruta que les llevó hasta la localidad de Caín, en León. Aunque se podía continuar hasta la Posada de Valdeón, llegar hasta Caín había sido más que suficiente para Lucía y Hugo. Allí descansaron y dieron cuenta de los bocadillos que habían preparado antes de iniciar el camino de regreso. Por la tarde, cuando llegaron a Potes de nuevo, Lucía y Hugo estaban muy cansados, pero felices y

satisfechos por haber podido disfrutar del espectáculo que la naturaleza les había ofrecido. Esa noche hicieron una cena rápida en casa y después de una agradable sobremesa se acostaron pronto.

Al día siguiente, Javier y Alejandro madrugaron y salieron pronto de la casa, dejando placidamente dormidos a Lucía y Hugo. La noche anterior habían acordado separarse. Javier y Alejandro fueron a una empresa de turismo activo donde contrataron un paquete de actividades que incluía un descenso en piragua, rafting y excursión a caballo, mientras que Lucía y Hugo, después de dormir hasta más de las diez de la mañana, desayunaron tranquilamente y pasaron la mañana haciendo algunas compras en el pueblo.

El grupo volvió a reunirse a la hora de comer, en un bonito restaurante de la zona, con unas increíbles vistas al valle de Liébana y a los picos de Europa. Dedicaron la tarde a recorrer el Potes histórico-monumental -especialmente el Barrio Viejo, situado en el corazón del casco antiguo - para luego desplazarse hasta el monasterio franciscano de Santo Toribio localizado en el municipio de Camaleño, muy próximo a Potes, que junto a Jerusalén, Roma, Santiago de Compostela y Caravaca de la Cruz, era uno de los lugares santos del cristianismo. Allí, pudieron disfrutar de la arquitectura del edificio -iglesia de estilo gótico construida sobre un edificio prerrománico- y contemplar las obras del Beato de Liébana, así como el Lignum Crucis, según los cristianos católicos, el trozo más grande conocido de la cruz donde murió Jesucristo.

Ese viernes por la mañana, Alejandro fue el primero en despertar -desde que él recordaba, siempre había necesitado muy pocas horas de sueño, y además le gustaba madrugar-. Se dirigió a la cocina y empezó a preparar el desayuno para él y sus amigos. Al cabo de unos minutos, Lucía entró en la cocina.

-Buenos días -dijo entre bostezos sentándose en una silla.

-Hola, guapa. Hay que ver como has madrugado - contestó Alejandro.

-A la fuerza. Con todo el ruido que estás haciendo ya no hay quien pegue ojo.

-Anda, tómate esto y no protestes tanto -dijo Alejandro dejando un vaso de zumo de naranja delante de ella.

Poco después Javier y Hugo se unieron a ellos, y después de un buen desayuno, prepararon sus bocadillos y las neveras con agua y refrescos, salieron de la casa y cogieron el coche para dirigirse a Fuente De, uno de los lugares más emblemáticos y turísticos de Cantabria, al pie mismo de los Picos de Europa. Allí pudieron subir a un teleférico que salva los 753 metros de desnivel que hay entre la estación de partida de Fuente Dé y el Mirador del Cable, en los puertos de Aliva, auténtico balcón que da al vacío y desde el que

pudieron maravillarse con una panorámica irrepetible. Una vez allí, Alejandro y Javier decidieron recorrer en bicicleta una de las numerosas rutas que el entorno ofrecía, a través de un paraje natural de indescriptible belleza, mientras que Lucía y Hugo pasaron el resto de mañana recorriendo tranquilamente los verdes prados y las tiendas de recuerdos de la zona. A eso de las tres de la tarde, volvieron a reunirse en uno de los hermosos merenderos existentes para comer y reponer energías. Llevaban escasamente un cuarto de hora comiendo cuando sonó el móvil de Alejandro, quien lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla.

-Es Alicia -dijo al resto, y descolgó - Hola cariño, ¿Cómo va todo?¿Ya sales para acá?

-Hola -contestó ella -. No, todavía no. -Después de una breve pausa añadió- No voy a poder ir esta tarde.

Javier, Hugo y Lucía vieron como el semblante de su amigo cambiaba.

-¿Pero por qué? - preguntó él- No me digas que tienes que trabajar mañana. No pueden hacerte trabajar también el sábado.

-No, no tengo que trabajar mañana, pero las negociaciones se han alargado más de lo previsto. Ha sido muy complicado pero en lo básico ya hay acuerdo. Quedan un par de flecos y a lo largo de la tarde firmarán.

-Bueno, pues cuando terminéis te vienes.

-No puedo. Esta noche David ha programado una cena con el cliente para celebrar el acuerdo y ha insistido mucho en que me quede, así que terminaremos tarde.

David era el gran jefe y dueño de la empresa donde trabajaba Alicia.

-Pues que le den por saco a David. Le dices que no puedes y te vienes. -dijo Alejandro enfadado.

-Mira Alejandro, no puedo hacer eso, y además tampoco quiero. No todos los días se tiene la oportunidad de cenar con el jefe y con unos clientes importantes. Creí que lo entenderías.

-Bueno, pues entonces te voy a buscar y cuando termine la cena te recojo y nos venimos - insistió Alejandro. - Así al menos pasaremos dos noches juntos y podemos disfrutar del sábado al completo- añadió suplicante Alejandro.

-¿Y que hacemos con mi coche? No. Estoy muy cansada y prefiero dormir aquí en el hotel. Además, David ya me ha reservado habitación. Oye te dejo, que tengo que volver a entrar a la reunión, mañana cuando salga hacia allí te llamo.

-Pero...

Alejandro no pudo completar la frase. Alicia había colgado. Sus amigos le miraron expectantes. Alejandro guardó el móvil y dijo muy enfadado:

¡Ya me está tocando los cojones el tal David Losada!

31. Adasam

- El resto de fin de semana fue un desastre -dijo Hugo- Alejandro estuvo de mal humor toda la tarde. Al día siguiente, Alicia se presentó en Potes casi a la hora de comer, y se pasaron lo poco que quedaba de fin de semana primero discutiendo y luego sin dirigirse la palabra.
-Así que Alicia y Alejandro fueron pareja -dijo Marta.- No tenía ni idea, y no conozco mucho a Alejandro, pero parece un buen chico.
-Lo es. - dijo Lucía- Y estaba loco por Alicia. Todos creíamos que eran la pareja ideal, que estaban hechos el uno para el otro. Pero...
-¿Y que pasó después? Quiero decir... ya se cual es el final, ¿pero como llegó a Alicia a dejar a Alejandro para casarse con el gilipollas de David?
-Parece que no te cae muy bien el marido de Alicia -dijo Lucía.
-¿A ti sí? Después de todo lo que la está haciendo sufrir, llamarlo gilipollas es poco.
Hugo y Lucía se quedaron mirándose, y Lucía pudo ver que el rostro de su amigo reflejaba un «ya os lo dije»
-¿Qué? - preguntó Marta extrañada.
-Por lo que nosotros sabemos, Alicia es muy feliz en su matrimonio... o al menos esa es su versión, -dijo Lucía.
-¿Cómo? ¡No me lo puedo creer!¿Por qué os habrá dicho eso? ¡Se supone que sois sus mejores amigos! Bueno, o al menos eso creo, porque hasta que hemos caído aquí, no había oído hablar de vosotros.
-Supongo que no es fácil admitir que las cosas no le van bien -dijo Hugo.- ¿De verdad nunca te ha hablado de nosotros?- preguntó después de una pausa.
-Bueno, si me ha hablado de su familia, de sus amigos de Madrid, de su etapa universitaria, de cómo conoció a David.. .pero todo ello de manera muy vaga. La verdad es que sé muy poco de su vida anterior al momento de conocerla, y desde luego no tenía ni idea de que hubiese estado tan unida a vosotros, y mucho menos a Alejandro.
-¡Ssst!. Ahí viene. -dijo Hugo haciendo un gesto con la cabeza en la dirección por la que aparecieron Alicia, Ricardo y Cristina.
-Bueno, ya me contaréis el resto -susurró Marta.
Alicia y sus dos acompañantes venían cargados de frutos que habían guardado en el bolso de Alicia, y en el de Marta y la mochila de Alejandro, que se los habían dejado para tal fin.
-Bueno, que ¿ya habéis recogida leña suficiente? -preguntó Ricardo.
-Creo que sí. - contestó Marta. - Será mejor que volvamos. Regresaron todos juntos al lugar donde habían acampado. Alejandro ya estaba

allí, y Javier y Sylvie habían conseguido una buena cantidad de peces.

Ya casi había oscurecido cuando se acomodaron para cenar. Alicia preparó el fuego, y Sylvie se encargó de preparar el pescado. Cuando estaban cenando alrededor del fuego, las nubes empezaron a disiparse.

-¡Mirad! - dijo Javier.

En el cielo volvía a brillar la misma espeluznante luna color sangre que vieron dos noches antes. Todos permanecieron observando en silencio, mientras la roja luz de la luna se habría paso entre las nubes, bañando el bosque con su tétrico brillo. A parte del crepitar del fuego y sus respiraciones, no se percibía ningún sonido. Ningún pequeño animal merodeando en busca de alimento, ni brisa nocturna, ni el sonido de las hojas al ser mecidas por esta, nada. El silencio era absoluto, un silencio que no habían percibido la noche anterior, cuando las dos pequeñas lunas brillaban en el cielo.

-Esto no me gusta nada - susurró Ricardo.

-Ni a mi -dijo Lucía.

Cuando terminaron de cenar, organizaron las guardias de la misma manera que la noche anterior y se fueron acomodando para tratar de descansar, aunque todos estaban nerviosos e intranquilos.

-Este silencio me pone los pelos de punta -dijo Alejandro al acostarse.

El primer turno de guardia -realizado por Ricardo y Marta - transcurrió sin incidentes. Despertaron a Alejandro y se fueron a intentar dormir mientras él se quedaba vigilando. Alejandro estaba intranquilo y con todos sus sentidos alerta. Aquel silencio le ponía nervioso. No dejaba de pasear arriba y abajo, vigilante, tenso, observando alternativamente a sus compañeros y al interior del bosque.

Más o menos a mitad de la noche Alicia empezó a removerse inquieta.

-Parece que tiene una pesadilla - pensó

Se acercan. Alicia sentía su presencia como si se hubiese establecido un vínculo entre ellos. De pronto ese vínculo se hizo más intenso. Sentía su sed de sangre. Su sentido de la vista se torno extraño. Podía ver el bosque a su alrededor. Este se había tornado oscuro, frío. A lo lejos, entre la espesura vislumbró una luz. La luz le hacía daño, pero al mismo tiempo le atraía. El animal, ella -ya no sabía bien quien era- corría ágil por el bosque, sorteando los árboles. A su lado otras bestias corrían. Venían. Los habían encontrado. Intentó gritar, pero de su garganta solo salió un espeluznante aullido.

Alejandro se acuclilló junto a Alicia. Ahora no paraba de agitarse, cada vez con más fuerza. Tenía la frente cubierta de sudor. Se disponía a despertarla cuando oyó un espeluznante aullido. Estaba muy lejos, pero lo había oído claramente. Al mismo tiempo, Alicia

despertó con un grito y se incorporó.

Miró a un lado y a otro, como desorientada, la respiración agitada. Sus ojos se posaron sobre Alejandro. Durante unos instantes lo miró sin reconocerlo. Por fin pareció darse cuenta de donde estaba.

-¡Nos han encontrado!¡Vienen a por nosotros! -dijo Alicia aterrada.

Alejandro dirigió su mirada hacia el bosque. No necesitó oír nada más. Sabía a que se refería. Sintió de nuevo como el miedo pugnaba por adueñarse de él.

-¡Despertad, rápido, despertad! ¡Tenemos que irnos! - gritó Alejandro poniéndose en pie.

-¿Qué pasa? - preguntó Ricardo.

-Lobos. Vienen hacia aquí - dijo Alejandro mientras recogía sus cosas a toda velocidad.

-¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? -dijo Cristina presa del pánico.

-Al puente. Rápido - contestó Alejandro. -Es la única oportunidad que tenemos. No podemos enfrentarnos a ellos en campo abierto. Al otro lado estaremos seguros.

-¿Cómo sabes que no nos vamos a encontrar más de esas bestias al otro lado? -preguntó Javier.

Alejandro miró a Alicia inquisitivamente.

-Vienen por este lado del río. -dijo esta- Al otro lado estaremos seguros.

En unos segundos habían recogido sus escasas pertenencias y estuvieron listos para empezar otra desesperada carrera por su vida. Javier se acercó al fuego y recogió una rama ardiendo.

-¡No!- dijo Alicia. - Es la luz lo que le atrae. Dejad el fuego encendido y no llevéis nada de luz. Eso nos dará algo de tiempo. -Vamos, no perdamos más tiempo.

-Se están acercando -dijo Alejandro, que ya podía oír a las bestias desplazándose por el bosque.

El grupo se puso en movimiento. Javier y Sylvie abrían la marcha, mientras que Alejandro cerraba el grupo. Marta y Alicia corrían a su lado. Esta última no dejaba de lanzar nerviosas miradas hacia atrás.

-Tranquila, lo conseguiremos - le dijo Alejandro.

Alejandro calculaba que, afortunadamente, habían acampado a poco más de un kilómetro del puente, pero le preocupaba el estado de este y lo que pudiera ocurrir al intentar cruzarlo. A pesar de la escasa distancia, les pareció que tardaban una eternidad en llegar hasta allí. Como ya ocurriera antes, Hugo y Lucía tenían problemas para seguir el ritmo que Javier marcaba en cabeza, por lo que empezaron a quedarse unos metros rezagados. Alejandro se quedó junto a ellos.

Al cabo de unos minutos llegaron junto al puente. Alejandro miró hacia atrás de nuevo, cada vez más intranquilo.

-Vamos, tenemos que empezar a cruzar -dijo. - No tenemos mucho

tiempo.
-Venga, yo os cubriré mientras cruzáis -dijo Sylvie desenfundando su arma.

-Yo iré primero -dijo Ricardo - Alguien tiene que comprobar la resistencia de este puente.

Colgó de su cinturón el hacha que portaba, y empezó a subir por los troncos que hacían las veces de escalones, agarrándose con ambas manos a las cuerdas que servían de barandilla. Empezó a avanzar con cautela. La madera crujió cuando pisó el primero de los tablones, pero aguantó. Ricardo contuvo la respiración y siguió avanzando, un paso tras otro, mientras sus compañeros lo observaban nerviosos. Los tablones continuaron crujiendo bajo sus pies, pero resistieron, y así, tras unos segundos que parecieron eternos, Ricardo consiguió recorrer los aproximadamente veinticinco metros que separaban ambas orillas del río y llegar al otro lado.
-¡Vamos, ahora el resto!¡Deprisa! -dijo Javier.

Empezaron a cruzar. Marta fue la siguiente, mientras el resto observaba, pero no había tiempo para eso.
-¡Vienen hacia aquí! ¡Vamos, cruzad, no tenemos más tiempo! - dijo Alejandro.

Cristina fue la siguiente, seguida por Hugo y Alicia. Avanzaban muy lentamente, ya que con cada paso el puente crujía, amenazando con romperse en cualquier momento, y bamboleándose peligrosamente.

Cristina casi había llegado al final cuando una de las tablas del piso se rompió bajo su peso al apoyar su pie derecho sobre ella. Cayó hacia delante, pero pudo sujetarse a la cuerda, aunque no pudo evitar que se le escapara un grito por el susto. Hugo, que iba detrás de ella, la sujetó rápidamente ayudándola a incorporarse. Ella se pegó a su cuerpo y él pudo sentir lo asustada que estaba.
-Tranquila. Saldremos de esta. -dijo Hugo- Vamos, yo te ayudaré. Continuaron avanzando, y en unos segundos ambos estuvieron junto a Ricardo, de nuevo en suelo firme.

Alicia estaba a pocos metros de ellos cuando un disparo rompió el silencio de la noche, seguido por dos más.

Todos volvieron la vista al otro extremo del puente.

Allí Alejandro avanzaba por el puente, con Lucía de su mano. Ambos habían recorrido un tercio del camino. Se detuvieron al oír los disparos y mirar hacia atrás.
-¡Corred! -gritó Sylvie- ¡Ya están aquí!.

Había abatido a dos de aquellas bestias, una avanzadilla del resto de la manada, que ya se acercaba por la orilla del río. Aparentemente habían seguido su rastro desde donde habían dejado la hoguera hasta allí. En pocos segundos los tendrían encima. Alejandro tiró de Lucía, moviéndose por el puente lo más rápido que podía.

Javier, desde los escalones apremió a Sylvie para cruzar. Esta enfundó su arma y corrió tras él.

Desde el otro extremo del puente Ricardo, Hugo y Cristina gritaban nerviosos a sus amigos para que se dieran prisa. Ricardo tenía el hacha preparada. En cuando cruzara Sylvie - la última de grupo-, cortaría las cuerdas que sustentaban el puente. Alicia mientras tanto, se separó un poco tratando de buscar ángulo de tiro para su arco. La distancia al otro lado era grande y la visibilidad no era buena, por lo que no creía poder acertar a un blanco móvil, pero si las bestias empezaban a cruzar, al menos intentaría derribar a la primera en cuanto estuviera a tiro y así dar algo de tiempo a sus amigos, en caso de ser necesario. Alejandro y Lucía estaban ya a escasos diez metros del final, seguidos por Javier y Sylvie que cerraba el grupo. Ambos habían rebasado ya la mitad del camino, cuando el primer lobo llegó al otro extremo del puente. Parecía, que aunque muy justos, lo iban a conseguir, pero la fatalidad quiso que en ese momento, otra tabla cediera bajo el peso de Sylvie. Esta, debido a la velocidad a la que avanzaba no tuvo tiempo de sujetarse como anteriormente había hecho Cristina. Cayó de mala manera por el agujero que se había abierto, golpeándose primero en el pecho contra el tablón siguiente al roto, y después en la cabeza contra el anterior.

-¡Nooo! -gritó Javier, que se había vuelto a tiempo de ver la escena al oír el fuerte crujido de la madera.

Tanto él como el resto del grupo contemplaron impotentes como Sylvie caía inconsciente al agua y su cuerpo era arrastrado rápidamente por la fuerte corriente del río.

Javier no dudó ni un segundo, y con un ágil movimiento, saltó al agua tras ella.

Lucía se soltó de la mano de Alejandro, que contemplaba atónito la escena, y corrió hacia su hermano, en un vano intento de impedir que saltara.

-¡Javier, no! - gritó.

Javier cayó al agua, pero al cabo de un segundo emergió y empezó a nadar con fuerza hacia Sylvie.

-¡Joder! -dijo Ricardo. Se volvió a Hugo, y le dio el hacha.- En cuanto crucen, corta las cuerdas.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Hugo.

-Voy a seguirlos. - y dicho esto echó a correr. Sabía que la cascada estaba cerca. Si Javier conseguía coger a Sylvie, necesitaría ayuda para salir del agua. La corriente era muy fuerte, y lo sería más a cada metro que pasara. Si no lo conseguían, caerían por la cascada, y sus posibilidades de sobrevivir a una caída como esa eran muy escasas.

En el puente, Lucía contemplaba impotente como su hermano luchaba contra la fuerza del agua, nadando con fuerza en busca de

Sylvie.
-¡Lucía, vamos! - gritó Alejandro que había llegado a su lado. Pero habían perdido unos segundos preciosos. Los lobos avanzaban veloces por el puente. No tenían tiempo de retroceder. Alejandro se colocó delante de Lucía, protegiéndola con su cuerpo. Levantó su brazo derecho hasta la empuñadura de su catana, que colgada a su espalda sobresalía por encima de su hombro, y desenfundó.

El envite de las bestias hacía que el puente se moviera todavía más lo que hacía difícil mantener el equilibrio, por lo que con su mano izquierda se agarró a la cuerda y asentó sus pies sobre los tablones lo mejor que pudo, dispuesto a enfrentarse a aquellos formidables animales. De nuevo, la adrenalina que corría por sus venas había hecho desaparecer el miedo. Sus sentidos estaban alerta, sus músculos tensos, dispuesto a recibir como se merecían a aquellos animales.
-¡Corre! -gritó a Lucía - ¡Yo los entretendré todo lo que pueda!

El primer lobo, se desplomó a unos metros de sus pies, con una flecha clavada en su cuerpo, mientras Lucía echaba a correr hacia sus amigos.

En la orilla, Alicia trataba de recargar el arco para disparar de nuevo, pero los animales se movían muy deprisa por el puente. No tenía tiempo para un nuevo disparo antes de que el siguiente animal alcanzara a Alejandro.

El siguiente animal saltó por encima de su compañero caído, aterrizando - justo delante de Alejandro- sobre las maderas del puente, que crujieron pero aguantaron el impacto. Este fue tal, que todo el puente se bamboleó con fuerza.

Lucía perdió el equilibrio y cayó hacia su izquierda, gritando. La cuerda que hacía de barandilla no pudo detener su caída y su cuerpo pasó por encima de ella. Cuando parecía que también se precipitaría al agua, consiguió, en el último instante, agarrarse a la cuerda, quedando suspendida sobre el río. Su peso, hizo que todo el puente se inclinara más aún en sentido contrario. De no haber estado agarrado a la barandilla del puente, Alejandro habría caído también. El lobo que estaba frente Alejandro se deslizó sobre el piso del puente al inclinarse este, cayendo al agua entre aullidos y gruñidos, a pesar de intentar sujetarse a los tablones con sus garras, dejando unos profundos surcos sobre ellos. El siguiente animal siguió el mismo camino.
-¡Aguanta Lucía! -gritó Alejandro. Sin perder un segundo, corrió junto a ella por el zarandeado puente, que se retorcía y crujía amenazadoramente. Se agarró de nuevo a la cuerda con su mano izquierda, y clavó la catana en uno de los tablones para dejar libre la derecha. Se inclinó hacia Lucía, y estirando su cuerpo rodeó su cintura con su brazo derecho.

-¡Agárrate a mi!. -dijo cuando la tuvo bien sujeta. Lucia se soltó de

la cuerda de la que estaba suspendida y se abrazó al cuello de Alejandro, quien tensó su brazo izquierdo para recuperar la verticalidad y el equilibrio.

-¡Vamos corred, corred! -gritaban desde la orilla sus compañeros. Pero de nuevo estaban en problemas. Varias de aquellas inmundas bestias avanzaban por el puente. No tenían tiempo de retroceder.

Los lobos les alcanzarían antes de que consiguieran llegar a la orilla.

-¡Agárrate fuerte! ¡Y pase lo que pase no te sueltes! -dijo Alejandro.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Lucía alarmada.

-¡Confía en mi! -respondió él.

Con un giro de muñeca, se enrolló la cuerda que hacía de barandilla alrededor de su antebrazo izquierdo, y sujetó la cuerda con fuerza. Con la derecha recogió la catana de nuevo y descargó un golpe sobre dicha cuerda, seccionándola. El tramo que tenía alrededor de su antebrazo estaba atado por el otro extremo a un poste que estaba en la orilla donde esperaban sus amigos. Perdió un segundo más en lanzar la catana con fuerza hacia la orilla, pues no quería perderla. Tampoco tenía tiempo para enfundarla de nuevo, e iba a necesitar las dos manos libres. La espada voló dando vueltas por el aire hasta caer en la orilla. No quedaba tiempo para más.

-¡Cortad el puente! -gritó Alejandro.

Sin más, y cuando casi tenían encima a los lobos, Alejandro saltó al río, con Lucía abrazada con fuerza a él.

Hugo, aturdido todavía por la sorpresa, reaccionó, y con el hacha descargó un golpe sobre la base del puente. Necesitó un segundo golpe para seccionar completamente el puente. El piso se desplomó sobre el río, y con él hasta seis lobos que lo estaban atravesando. Las bestias fueron arrastradas por la corriente y en pocos segundos desaparecieron de su vista.

Javier empezó a nadar con fuerza hacia Sylvie nada más caer al agua. Nadaba hacia ella todo lo rápido que podía. Era vital no perderla de vista, y sobre todo, alcanzarla cuanto antes. Su cuerpo flotaba inerte y su cabeza estaba sumergida.

La corriente era muy fuerte, por lo que avanzaba a gran velocidad hacia ella, pero si encontraba alguna roca en el camino, no sería fácil sortearla.

La desesperación y el miedo dieron fuerzas a Javier, que al cabo de unos segundos de angustiosa lucha, consiguió alcanzar a Sylvie. Sacó su cabeza del agua y la dio la vuelta. La sujetó por detrás, dejándola flotar boca arriba y manteniendo su cabeza fuera del agua. Al girarla Sylvie tosió y escupió agua. Respiraba, pero seguía inconsciente.

- ¡La ha cogido! - pensó Ricardo.

Pero la situación era desesperada. Corría lo más rápido que podía por la orilla, pero aún así, perdía terreno palmo a palmo. La fuerza del río era cada vez mayor, y los empujaba irremediablemente hacia la cascada, sin que él pudiera hacer nada.

Cuando Alejandro y Lucía cayeron al agua fueron arrastrados por la corriente. Alejandro, que se asía a la cuerda con ambas manos, tensó la musculatura de su pecho y brazos esperando el tirón de la cuerda. Solo esperaba que esta aguantara.

Un segundo después, la cuerda se tensó totalmente. Y si, resistió el tirón provocado por su peso y el de Lucía. Empujados por la corriente, y agarrados a la cuerda, describieron un arco de circunferencia hasta ir a parar a la orilla.

Javier, arrastrando a Sylvie, que seguía inconsciente, trataba de llegar a la orilla, pero avanzaba muy despacio. Por si esto fuera poco, la espada, colgada de su cintura dificultaba sus movimientos y hacía de lastre añadido, pero ahora nada podía hacer. No podía quitársela sin soltar a Sylvie.

Sabía que estaba muy cerca de la cascada y luchaba denodadamente, pero la mayor parte de sus energías las empleaba en mantenerse a flote y en tratar de evitar golpearse contra las rocas. Habían entrado en una zona de rápidos, y a pesar de que le dolían los brazos y las piernas por el esfuerzo, apenas era capaz de avanzar. Era poco más que un muñeco en manos de la corriente. También había intentado agarrarse a alguna roca, y en un par de ocasiones había conseguido detenerse, pero solo durante unos segundos. Para poder agarrarse a ellas de manera definitiva tendría que haber soltado a Sylvie, algo que ni siquiera llegó a considerar como una opción.

Ricardo, que todavía se mantenía a unos metros de distancia, observaba impotente a sus compañeros mientras corría. La angustia le hacía olvidar su propio cansancio. En un par de ocasiones pareció que Javier conseguiría aferrarse a alguna roca, pero después la corriente volvía a arrastrarlos. El rugido de la cascada le indicó que se acababa el camino.

-¡Dios mío!¡ Están perdidos! -pensó Ricardo.

Javier vio el final del río. Les esperaba una espeluznante caída de más de cien metros a la que difícilmente sobrevivirían. Dejó de nadar, agarró con fuerza a Sylvie y cerró los ojos, dejándose llevar por la corriente.

-¡Nooo!

Ricardo se detuvo en seco. Había corrido tras sus amigos con la esperanza de poder ayudarlos, pero no había podido hacer nada por

ellos. La corriente los había llevado hacia la cascada Mirar como sus cuerpos salían despedidos para caer irremisiblemente al vacío fue lo único que pudo hacer por ellos.

Javier, que sujetaba con fuerza el cuerpo de Sylvie, se sintió suspendido en el aire. El, que siempre había disfrutado de las alturas y del vuelo libre, no se atrevió a abrir los ojos. Sabía que ya no había nada bajo él, excepto el vacío. En esa fracción de segundos, miles de pensamientos surcaron su mente. ¿Sería cierto que toda tu vida pasa ante ti cuando vas a morir? Deseó tener su parapente, poder dominar el aire a su antojo, planear hasta el suelo, y poner a salvo a Sylvie.

De pronto, como en respuesta a sus deseos, una impresionante corriente de aire pareció frenar su caída. ¿Lo estaba soñando? Abrió los ojos. Sintió claramente una fuerte corriente de aire ascendente. Con Sylvie contra su cuerpo, se estiró todo lo posible para ofrecer una mayor resistencia al aire.

¡Funcionaba! ¿Cómo era posible? No tuvo tiempo de pensar mucho en ello. Todo ocurrió en escasos segundos. Aunque su caída se había ralentizado por efecto de aquella corriente ascendente de aire, sabía que para minimizar el impacto contra el agua debía cambiar de nuevo de posición. Lo que era bueno para el aire, no lo sería para entrar en el agua. Rezó para que el pequeño lago del fondo tuviera suficiente profundidad y para no estrellarse contra ninguna roca. En el último instante, y todavía agarrando a Sylvie, torsionó su cuerpo en el aire para tratar de entrar en el agua con los pies por delante y lo más vertical posible.

Afortunadamente, el lago parecía ser profundo, ya que excepto el agua, nada detuvo su caída. A pesar de todo, el impacto fue brutal. Un agudo dolor recorrió todo su cuerpo, y Sylvie se le escapó de entre sus brazos. Javier manoteó en todas direcciones. En la oscuridad del profundo lago no veía nada, y la suerte - o la providencia - hizo que su mano derecha rozara el cuerpo de Sylvie. Javier la agarró de nuevo y, con un esfuerzo supremo, buceó hacia la superficie, tirando de ella. Una vez allí, nadó hacia la orilla, arrastró el cuerpo de Sylvie varios metros fuera del agua y la depositó en el suelo, junto al tronco de un enorme árbol, en una zona de helechos y hierbas altas. Tras comprobar que respiraba, se tumbó junto a ella, exhausto. Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue aquella maldita luna roja.

Ricardo tardó unos segundos en recuperar el control de su cuerpo. Paso a paso se forzó a avanzar hasta el borde del precipicio. Se asomó al vacío, pero no podía ver nada, excepto una masa oscura de agua. En ese momento, los cuerpos de varios lobos fueron lanzados al vació por la corriente del río. Uno tras otro, los cuerpos de las bestias se

estrellaron contra el agua.

Escrutó durante varios minutos, intentando ver algún movimiento, algo que le indicara que sus amigos podían haber sobrevivido, pero no había ni rastro de ellos. Finalmente, cansado y acongojado, se dejó caer de rodillas, e inconscientemente, rezó por ellos.

Hugo, Cristina y Marta ayudaban a Alejandro y Lucía a salir del agua.

-¿Estáis bien? - preguntó Marta.

-Si -dijo Alejandro.

-¿Y tu Lucía? - insistió Hugo.

-Si, si. ¿Y Javier?¿Que ha pasado con Javier?

-No lo sabemos, pero lo averiguaremos pronto. Ricardo ha ido tras ellos. -dijo Hugo- Ahora tenemos que salir de aquí.

Alicia permanecía con el arco cargado, inmóvil, la vista fija en los lobos, al otro lado de la orilla. Sus cuerpos de negro pelaje apenas podían distinguirse en la noche, pero sus intensos ojos rojos y sus blancos colmillos brillaban desafiantes en medio de la oscuridad. Alejandro se incorporó en la orilla, fue a recoger su catana y miró hacia el otro lado. Al contrario que sus amigos, a pesar de la oscuridad, pudo ver claramente a los animales, moviéndose inquietos de un lado a otro, como buscando un lugar por donde cruzar. Uno de ellos, de mayor tamaño, avanzaba lentamente hasta la orilla. Era el ejemplar de pelo rojo en el lomo que había visto dos noches antes, en la cabaña. Ahora todos ellos contemplaban al imponente animal y como el resto de la manada se apartaba a su paso, dejando un pasillo por el que avanzaba, descendiendo la pequeña pendiente que llevaba hasta el borde mismo del agua. Allí se quedó inmóvil, con la mirada fija en un punto. No tardó en darse cuenta de que el animal miraba a Alicia.

Cuando Alejandro volvió la mirada hacia ella, lo que vio le dejó estupefacto. Durante unos breves segundos, los ojos de Alicia brillaron con el mismo intenso color rojo que el de aquellas bestias. Después, el animal aulló, y Alicia, llevándose las manos a la cabeza gritó y cayó al suelo. ¡Alicia! -gritó.

Corrieron hacia ella, y Alejandro la ayudó a incorporarse. -¿Estás bien? -Si, si.

-¿Qué ha pasado? Tus ojos... -empezó él. Ella hizo un gesto con la cabeza.

-Luego -dijo.

Alejandro entendió y lo dejó correr... por el momento. El animal de pelo rojo se dio la vuelta y se alejó de la orilla. Lentamente se internó en el bosque, seguido por el resto de la manada.

Será mejor que nos movamos- dijo Hugo - Tenemos que encontrar a

los otros. Además, vosotros dos estáis empapados. Será mejor que os mováis si queréis entrar en calor.

Era verdad. Hasta ese momento no se habían dado cuenta del frío que tenían. Tenían que moverse hasta que pudieran secarse. De nuevo, el grupo echó a correr por la orilla del río, en el sentido de la corriente, con la esperanza de encontrar a Javier y Sylvie sanos y salvos.

Lucia no podía más. El cansancio, el frío y la angustia estaban haciendo mella en ella. Ya casi habían llegado a la cascada y no habían encontrado a nadie. Finalmente, Alejandro detuvo al grupo.

Todavía tardaron unos segundos en divisar lo que Alejandro había visto. Una solitaria figura avanzaba lentamente hacia ellos. Era Ricardo.

Lucía corrió hacia él.

-¿Y Javier? ¿Dónde está Javier? - preguntó desesperada.

El enorme muchacho no pudo sostener la mirada de la joven.

-Yo... lo siento. No pude hacer nada.

¡No, no es posible! ¡Dime que no es cierto! - gritó Lucía entre lágrimas, mientras golpeaba con sus puños el pecho de Ricardo. Ricardo la abrazó, y ella lloró, hasta que extenuada, se desmayó entre sus brazos.

32.

Sylvie fue la primera en despertar. A pesar de que la noche no era fría, tiritaba pues toda su ropa estaba empapada.
-¿Qué ha ocurrido? -se preguntó desorientada.
A sus oídos llegaba el fuerte sonido de una cascada, y al abrir los ojos, vio una luna roja. Empezó a recordar los últimos acontecimientos. Donde estaban, la huida de aquellos extraños lobos que otra vez les acosaban, el puente... Lo último que recordaba era el suelo del puente cediendo bajo sus pies. Se incorporó lentamente. Tenía frío, y le dolía la parte posterior de la cabeza. En frente suyo tenía la impresionante cascada que habían visto la tarde anterior. Pero ¿Cómo había llegado hasta allí abajo? ¿Y donde estaban los demás?
Miró a su alrededor. Allí a su lado, entre la alta vegetación, yacía Javier.
-¡Javier!¡Javier, despierta!-dijo palmeándole el rostro.
Sylvie insistió, hasta que poco a poco Javier empezó a reaccionar.
-¡Sylvie! -dijo él incorporándose de pronto.-¡Estás bien!- añadió abrazándose a ella.
-Bueno, ahora ya estoy entrando en calor. -dijo ella sonriendo.
El se separó de ella para mirarla. La atrajo hacia así de nuevo, esta vez para besarla con pasión.
-Por un momento pensé que te perdía -dijo él cuando sus labios se separaron.
-Me alegro de que no haya sido así. No vas a librarte tan fácilmente de mi -dijo ella. - Pero ¿que ha pasado?
Javier relató rápidamente lo que había ocurrido la noche anterior cuando ella cayó al río al romperse bajo sus pies uno de los tablones del puente. Al terminar su relato, ella le miraba de una forma que no él acababa de entender.
-¿Qué? -preguntó.
-Te tiraste al agua para salvarme. -dijo ella.
-Si.
-Eso va a ser que sientes algo por mi - añadió Sylvie con picardía.
-No me digas que no te habías dado cuenta hasta ahora - replicó él riendo.
Volvió a besarla suavemente en los labios y dijo.
-Venga, será mejor que nos movamos o nos moriremos de frío.
-Podemos hacer un fuego -dijo Sylvie sacando su mechero.
-No. Recuerda lo que nos dijo Alicia. La luz atrae a esas bestias. Lo mejor es poner tierra de por medio por si acaso. Cuando amanezca

podemos hacer una hoguera. Además, si seguimos el curso del río quizá volvamos a encontrar a los demás. Recuerda que el plan era descender por el desfiladero hasta llegar otra vez al nivel del río.
-¿Crees que habrán podido escapar de los lobos?
-Eso espero, Sylvie. Eso espero.

Y sin esperar más se pusieron en marcha, con la esperanza de volver a encontrar a sus amigos.

33.

Lucía abrió los ojos lentamente. La luz del sol disipó la oscuridad en la que había estado sumida, pero al despertar, también volvieron los recuerdos y con ellos el dolor provocado por la pérdida de su hermano.

De nuevo revivió mentalmente los hechos acaecidos la noche anterior. La caída de Sylvie, Javier lanzándose tras ella, como ella misma había estado a punto de caer al río y había sido rescatada por Alejandro, y como ambos se habían salvado "in extremis" al tirarse al río amarrados a una cuerda. Después de salir del agua, habían corrido río abajo en busca de Javier, Sylvie y Ricardo, pero solo encontraron a este último. Eso era lo último que recordaba.

-¿Estás bien? - preguntó una voz a su lado, que identificó como la de Hugo.

Lucía le miró, tratando de acostumbrar sus ojos a la luz y se incorporó.

-Ten cuidado no se te vaya a caer la manta - dijo Hugo.

Miró a su alrededor. Estaban en una especie de cueva, aunque realmente no se podía llamar así. Más bien era un entrante excavado en una pared de roca, de poco más de dos metros de profundidad y una anchura de unos cuatro metros. A pesar de que, como cada día desde que cayeran allí, el cielo estaba cubierto de nubes negras, se dio cuenta de que hacía al menos una o dos horas que había amanecido. Junto a la pared de roca había una pequeña hoguera, al lado de la cual, Lucía identificó sus ropas. Alarmada, se dio cuenta al fin de que estaba envuelta en una de las mantas que habían traído consigo. Por lo demás, estaba completamente desnuda. Marta, estaba sentada junto a la hoguera. Sujetando la manta con sus manos para cubrirse, terminó de sentarse.

-¿Qué ha pasado?- preguntó.

-Te desmayaste.

Si, lo recuerdo -dijo con voz triste- Javier....Hugo asintió. Los ojos de Lucía se llenaron de lágrimas y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no romper a llorar. Hugo se acercó a ella y la abrazó.

-Lucía. ¿Recuerdas la noche que murieron mis padres? -preguntó él.

-Si.

-Cuando íbamos en el coche, de regreso a casa, tuve la certeza de que algo malo les había ocurrido.

-Lo recuerdo. Nunca me atreví a preguntarte como lo supiste, y tú tampoco quisiste hablar de ello.

-Me ocurrió lo mismo siendo un niño, cuando murió mi abuelo. Yo estaba muy unido a él. Murió en su cama, mientras dormía, de un paro cardiaco.

Hugo hizo una pausa antes de continuar.

-Aquella noche, yo me desperté llorando. Mi madre vino a la habitación cuando me oyó, y yo le dije que mi abuelo se había muerto, que se había ido al cielo. Mi madre me dijo que me durmiera, que todo había sido una pesadilla. A la mañana siguiente mi abuela llamó llorando a mi madre para decirle lo que yo ya había presentido.

Lucía levantó la mirada hacia Hugo.

-¿Pero como...?

-No lo sé Lucía. No me preguntes, porque no soy capaz de explicarlo. No sé ni el cómo ni el por qué. Lo que sí que sé, es que de la misma manera que supe lo que les había ocurrido a mis padres, o a mi abuelo, ahora sé que Javier está vivo, Lucía. No sabemos donde está ni que le ha podido ocurrir, pero de algún modo ha conseguido sobrevivir.

Lucía lo miró esperanzada, y por la expresión de determinación y firmeza que vio en su rostro, supo que no lo decía por decir, para darle una vana esperanza. De algún modo que no alcanzaba a comprender, Hugo sabía que su hermano seguía vivo. Hugo besó en la frente a Lucía, y se levantó. Caminó hasta la hoguera y recogió la ropa de Lucía

-Bueno, esto ya está seco. Será mejor que te vistas -dijo tendiéndole la ropa.

-Me alegro de que estés bien -dijo Marta, que había escuchado todo en silencio- aunque podías haber despertado un poco más tarde. Hugo estaba a punto de continuar con la historia de Alejandro y Alicia.

-Bueno, así puedo unirme al relato. Seguro que a Hugo se le olvidan un montón de detalles. Pero antes, ¿podéis decirme donde estamos?¿Y donde están los demás?

-Bueno, vamos por partes. Primero, tienes que comer algo. Toma.- dijo Hugo tendiéndole unos frutos y el bidón de Alejandro con agua.

-Ayer cuando te desmayaste, - continuó Hugo- Ricardo y Alejandro se turnaron para cargar contigo durante un par de horas, que fue el tiempo que continuamos caminando. A pesar de haber dejado a los lobos al otro lado del río, Alejandro no quería parar hasta poner tierra de por medio con ellos. Encontramos un camino que va descendiendo poco a poco por la ladera del desfiladero, y cuando dimos con este sitio, decidimos parar a descansar. Luego, te quitamos la ropa y...

-Un momento, un momento. ¿Quién me quitó la ropa?- preguntó Lucía

-Fue Alicia. Ella te desnudó y te envolvió en esa manta para que entraras en calor- dijo Marta.- No te preocupes, se encargó de que ninguno de estos viera nada- añadió sonriendo.

-Alejandro, hizo lo mismo, pero se puso un kimono y una camiseta que llevaba en la mochila. Al cabo de una hora empezó a amanecer e hicimos una fogata para secar vuestra ropa. Después de comer algo y descansar un poco, le conté a Alejandro y Alicia lo que te he dicho a ti ahora, y ambos se han ido a ver si encuentran a tu hermano, o al menos algún indicio, algo que nos diga donde puede estar.
-¿Y Cristina y Ricardo? - preguntó ella.
-Han salido después a ver si encontraban algo para comer.
-Entonces, ¿Alejandro y Alicia se han ido solos? - preguntó ella perpleja.
-Si. -dijo Marta
-Alejandro tenía pensado ir solo, pero Alicia insistió en acompañarle - dijo Hugo.
-Dios sabe lo que puede pasar.
-¿Tan grave es? - preguntó Marta.
No lo sé. -dijo Lucía- . Llevan años sin hablarse. Más o menos desde...

34. Madrid. Finales de Octubre de 2.003

- Vale, vale, aquí te esperamos -dijo Hugo antes de colgar su móvil.
- Que sí, que no nos movemos de aquí.
-¿Qué quería? -preguntó Lucía.
-Dice que tiene algo importante que decirnos. Ya ha hablado con Javi. Le recoge y vienen hacia aquí.
-¿Pero no te ha dicho de que va? -insistió ella.
-Nada. No he podido sacarle ni una palabra.
-Bueno chicos, ¿me echáis una mano aquí o qué? - llamó Miguel. Era Viernes por la tarde. Lucía y Hugo habían ido a la parroquia de San Miguel Arcangel, para echar una mano a Miguel, o mejor dicho, al padre Miguel.

El padre Miguel era un joven cura -tenía por entonces treinta y cuatro años-, al que todos ellos admiraban y querían. De todo el grupo, Hugo siempre había sido el único del que podía decirse era católico practicante. Siempre había acudido a misa en festivos, comulgaba y había participado en distintas actividades parroquiales.

Miguel había llegado a la parroquia unos meses antes de la muerte de los padres de Hugo e inmediatamente había conectado con él y con otros jóvenes, algunos que todavía acudían a la iglesia, y otros a los que había arrastrado por su forma de hablar y sobre todo de obrar, aunque a veces, esa forma de actuar le ocasionara problemas con el sector más conservador de sus parroquianos. Fue precisamente a raíz de la muerte de sus padres, cuando no solo él, si no todo el grupo, descubrieron de que pasta estaba hecho aquel joven cura.

Lucia recordaba perfectamente como durante su sermón había hecho llorar a todos con sus palabras, para después llenar de esperanza sus corazones. Recordaba como en medio de la pena y el dolor que sufría, las palabras de Miguel habían conseguido arrancarle una sonrisa de esperanza y alegría e insuflar de nuevo en sus ojos el brillo que habían perdido en los últimos días.

Aquel día fue la primera vez que vio llorar a Alejandro, al que tenía por una roca, alguien inasequible al desánimo, seguro de si mismo. Allí estaba él, de pie en la iglesia junto a su amigo, abrazado a él, llorando y sonriendo, su corazón espoleado por las hermosas palabras de aquel joven párroco. Desde aquel día empezó a ver a Alejandro de otra forma y entendió un poco mejor por qué Hugo lo quería tanto. El era el único que desde siempre había visto claramente la bella persona de inmenso corazón que había bajo la fachada de arrolladora seguridad que Alejandro había construido. Al terminar la misa, Alicia,

Javier, sus padres, todos los amigos allí reunidos comentaban conmovidos la ceremonia. Desde aquel día, de forma más o menos regular, todos ellos habían empezado a ir a las misas de Miguel que cada día les sorprendía con su sermón. Con él descubrieron que las misas podían ser amenas, y hasta divertidas, ya que nunca faltaba un chiste o cometario jocoso por parte del cura.

También, de vez en cuando, acompañaban a Hugo a algunas de las actividades parroquiales que Miguel llevaba a cabo. Esa tarde Lucía y Hugo habían ido a echar una mano en la organización de un rastrillo que serviría para recaudar dinero, un dinero que Miguel iba a destinar íntegramente a las familias más humildes de la zona.

Esa era una de las formas de actuar habituales de Miguel. Recogía el dinero recaudado y a continuación se iba de casa en casa entregando en mano a las familias que más lo necesitaban. Lo mismo hacía con la ropa, juguetes o comida que los feligreses entregaban en la parroquia.

- Claro que a todos nos gustaría hacer más. - decía siempre Miguel cuando le preguntaban- Erradicar el hambre en el mundo, evitar que niños mueran de inanición, las guerras... Todo eso está muy bien, pero hay que empezar por lo que tenemos más cerca, ayudar a los que están a nuestro alrededor. No podemos, aunque queramos, ayudar a todo el mundo, pero si conseguimos hacer feliz a alguien durante un instante, ya habremos logrado mucho. A parte de eso, no le gustaban mucho las ONGs. Pensaba que con tanto intermediario por medio, la ayuda que llegaba a lo más necesitados era la mitad de la mitad de lo que la gente donaba a dichas organizaciones. Era de los que pensaba que, en algunos casos, alguien se estaba enriqueciendo con la desgracia de unos y la buena voluntad de otros. Y aunque nunca lo expresaba de forma directa, daba a entender que lo mismo se aplicaba a algunos estamentos de la Iglesia.

-Ya vamos, Miguel. No protestes tanto que te va a salir una ulcera - bromeó Lucía.

-Si, tu ríete, pero luego se nos echará el tiempo encima y nos tocará correr.

-Perdona, Miguel. Era Alejandro. Viene para acá con Javi.-dijo Hugo.

-¡Ah, perfecto! Más brazos para trabajar.

-Siento desilusionarte, pero no viene con esa intención. Parece que tiene algo importante que contarnos.

-¡Vaya por Dios! No solo no va a ayudar si no que además os va a entretener. No, si al final me tocará a mí hacer todo el trabajo- ahora era Miguel el que bromeaba.- Por cierto, ¿cómo va lo suyo con Alicia?

-¿Por qué lo preguntas? - dijo Lucía extrañada. Que ella supiera, nadie le había comentado nada a Miguel sobre la pareja. -Vamos, no hay que ser muy observador para darse cuenta de que las cosas entre ellos no marchan muy bien, ¿no?

Era cierto. Miguel no pasaba mucho tiempo con ellos, pero si el suficiente para haber visto con preocupación como la relación de los dos jóvenes se había ido deteriorando poco a poco.

-¿Tan evidente es? -dijo Hugo.

-Pues si, la verdad. Y me preocupa. Creo que son unos chicos excelentes, y que forman una bonita pareja. Sentiría de verdad que acabasen mal. Ya me había hecho a la idea de casarlos algún día.

-Bueno, la verdad es que últimamente está la cosa un poco chunga, pero esperemos que todo se arregle. - dijo Lucía.

Hugo no estaba tan seguro de aquello, pero nada podía hacerse salvo esperar acontecimientos, o al menos nada que no hubieran hecho ya.

Hugo había hablado varias veces con ambos, con diferentes resultados.

Con Alejandro todo fue fácil, como casi siempre. Era evidente que estaba más enamorado que nunca y que sufría por la situación. Con Hugo - y en ocasiones con Lucía- se desahogaba, hablando francamente de sus sentimientos, sus miedos y sus preocupaciones. La situación no había mejorado nada, más bien al contrario. La relación parecía haberse enfriado aún más. Ella siempre estaba de mal humor y poco comunicativa, y raras veces habían visto muestras de cariño entre ellos, a pesar de que Alejandro lo intentaba, aunque cada vez más tímidamente. Según le había confesado su amigo, en los últimos meses apenas habían hecho el amor tres o cuatro veces.

Con Alicia había sido diferente. En los últimos meses había tratado varias veces de hablar con ella, pero esta había tratado de evitar el tema una y otra vez, y cuando al fin lo consiguió, ella se había mostrado esquiva, eludiendo el tema con respuestas evasivas y quitándole importancia. Los argumentos eran los que ya conocía: que trabajaba mucho, que tenía muchas preocupaciones, que Alejandro no lo entendía, que tenía que madurar, que después del tiempo que llevaban juntos las cosas no podían ser como al principio, bla, bla, bla. Pero su intuición le decía que había algo más. No quería creerlo, pero al hablar con ella, al mirarla a los ojos, un pensamiento se abrió paso con fuerza. ¿Sería posible que hubiera otra persona?

Estaba absorto en estos pensamientos, mientras trabajaba junto a Lucía colocando los improvisados puestos del rastrillo en el salón parroquial, cuando oyeron el ruido de una moto. Hugo y Lucía dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron a la puerta, seguidos por Miguel.

Cuando salieron al exterior, Alejandro enfundado en su traje de motorista y con una mochila a la espalda, se estaba bajando de la moto, mientras Javier, que venía de paquete y ya se había bajado, se quitaba el casco y lo amarraba a la parte posterior. Alejandro, a pesar

de las protestas de su madre, se había comprado la moto - una Yamaha de segunda mano- con el dinero que había ahorrado el último año dando clases particulares a chicos de secundaria, y trabajando de socorrista durante el verano. Hacía sólo tres semanas que se la había comprado y había sido el detonante de una nueva pelea con Alicia, que no había querido ni verla, y mucho menos subir en ella.
-Hola, ya estamos aquí. -dijo Alejandro quitándose el casco. Se le veía exultante.
-¡Ya era hora! ¡Nos tienes en ascuas! ¿Se puede saber que es eso tan importante que tienes que contarnos?- preguntó Lucía.
-Ya puede serlo -dijo Javier - No ha querido decirme nada hasta que llegásemos aquí y estuviésemos todos juntos..
-Bueno, vale. Ahí va. De hoy en nueve días empiezo a trabajar. Todos se alegraron por aquella noticia y le felicitaron por ello. Solo hacía un mes que Alejandro había presentado su proyecto fin de carrera y obtenido su título, y ya había conseguido su primer trabajo.
-Bueno, ¿y dónde vas a trabajar? - preguntó Miguel.
-En Nissan, en la planta de motores que tienen en Cuatro Vientos.
-¿Se lo has dicho ya a Alicia?- preguntó Javier.
-No, todavía no, pero se lo diré esta noche.
Hugo se daba cuenta de que no era solo el hecho de tener su primer trabajo - que no era poco -lo que tenía tan contento a Alejandro. En el fondo, él pensaba que aquello era un primer paso para solucionar su relación con Alicia. Leía la mente de su amigo como si fuera un libro abierto. Este trabajo le permitiría acercarse a Alicia, ponerse a su nivel y que ella lo viera de otra manera. Dejaría de ser un simple estudiante, y lo que era más importante, esto era el primer paso para el futuro en común que siempre había soñado.
-¿Y por qué vas a esperar a esta noche? ¿Por qué no la llamas ahora mismo? -dijo Javier.
-Prefiero decírselo personalmente, no por teléfono.
-Pero ella no vuelve hasta el Domingo por la tarde, ¿no?
Alicia se había ido a Bilbao el día anterior para acudir a un congreso de empresas del sector farmacéutico que se celebraba allí durante el fin de semana.
-Salgo ahora mismo para Bilbao.
-¿Ya la has avisado? -preguntó Hugo.
-No. Será una sorpresa.
-¿No sería mejor que la avisaras? Que yo sepa, no sabes donde para. -dijo Hugo.
Era cierto. Normalmente Alejandro no prestaba atención a aquellos detalles de los viajes de Alicia, pues se mantenían en contacto a través del móvil.
-No, no lo sabía, pero he conseguido la dirección del hotel donde se

aloja. Me la han dado en su trabajo. Así que salgo ahora mismo. Tengo todo aquí.- dijo señalando su mochila. ¡Ah! Y espero que a ninguno de vosotros se le ocurra llamarla para decirle que voy.
-Pero ¿te vas a ir en la moto? - preguntó Lucía.
-Claro. Será un bonito viaje- contesto Alejandro.
-Si, muy bonito, y mientras tanto nosotros aquí esperando a ver si llegas de una pieza -insistió ella.
-Te preocupas demasiado, ratita -contestó Alejandro subiendo en su moto y poniéndose su casco. - Pero bueno, para tu tranquilidad, te llamaré cuando llegue.

Arrancó la moto y bajándose la visera del casco se despidió de todos ellos.
-¡Ve con cuidado! -gritó Miguel.
-¡Y llama cuando llegues! - gritó Lucía. Pero Alejandro ya no la oía.

Al cabo de unas horas de viaje por autopista, Alejandro entró en Bilbao. En la empresa de Alicia le habían dicho que esta se alojaba en el Hotel Carlton, ubicado en la plaza Federico Moyua, en pleno centro de la ciudad.

Después de preguntar un par de veces, llegó a su destino. Eran casi las once de la noche cuando entraba en la plaza. Era una plaza circular donde confluían las principales calles comerciales de la ciudad.

Enseguida localizó el hotel. El edificio, construido en 1919 y declarado Monumento de interés artístico cultural, era uno de los más emblemáticos de la ciudad.

Estaba aparcando su moto cuando un impresionante deportivo entro en la plaza y estacionó en la misma puerta del hotel. Alejandro todavía no se había quitado el casco, cuando la puerta del coche se abrió y de él bajo un hombre de unos cuarenta años de edad, impecablemente trajeado, con el pelo engominado y aire de suficiencia.

Al principio Alejandro no lo reconoció, pues solo había coincidido con él una vez, pero enseguida cayó en la cuenta. Aquel era David Losada, el jefe de Alicia. Estaba tan harto de oír a Alicia hablar de él, que ya le desagradaba antes de que ella se lo presentara, pero cuando finalmente lo conoció -un día que fue a buscar a Alicia al trabajo y el estaba allí - aquella sensación se hizo más intensa. El aire de superioridad y la forma condescendiente en que le trató fue la gota que colmo el vaso.

- Encantado de conocerte, chaval -le había dicho palmeándole la espalda mientras miraba a otro lado. Ni siquiera estrechó la mano que él le había tendido.

Pero ¿Qué hacía allí? Todas sus alarmas se dispararon mientras un temor empezaba a tomar forma en su interior. Observaba paralizado

como David rodeaba el deportivo para abrir la puerta del acompañante, dejando salir del coche a una espectacular Alicia, enfundada en un increíble vestido rojo que no había visto antes. David, tras cerrar la puerta del coche, rodeo la cintura de Alicia con sus brazos. Ella respondió echando sus brazos alrededor de su cuello y besándole como hacía meses que no le besaba a él. En ese momento el mundo de Alejandro se desmoronó por completo. Y allí se quedó inmóvil, todavía sentado en su moto, incapaz de reaccionar.

David entregó las llaves de su deportivo a un aparcacoches del hotel, y cogido de la cintura de Alicia, ambos entraron en el Carlton.

El dolor que sintió Alejandro en ese momento fue indescriptible. Hubiese preferido cualquier castigo físico antes que aquella agonía. Sentía que le faltaba el aire. Se quitó el casco para poder respirar, y luego, sin fuerzas cayo doblado al suelo, llorando como un niño. Junto al dolor, otro sentimiento empezaba a apoderarse de él. La rabia. Primero rabia y dolor por el amor perdido, pero sobre todo rabia por lo estúpido y ciego que había sido. ¿Cómo no había sido capaz de verlo? Ahora se explicaba la actitud de Alicia durante los últimos meses.

Tras varios minutos sentado en el asfalto, a los pies de su moto, por fin reaccionó. Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y marcó el número de Alicia.

Alicia salió del cuarto de baño con el camisón que David le había regalado. David la esperaba en la cama, con unas copas de champagne en la mesilla.

Alicia volvió a sentir esa punzada de remordimiento que experimentaba cada vez que hacían alguna de estas escapadas. Era curioso. Cuando estaba con Alejandro no dejaba de pensar en David. ¡Era tan diferente a él...! Si, era cierto que era quince años mayor que ella, pero quizá ahí radicaba su atractivo. Desde el principio se había sentido irremediablemente atraída por su madurez, su elegancia, su arrolladora personalidad. El se fijo en ella inmediatamente, y en solo unas pocas semanas la había puesto a trabajar en proyectos importantes bajo su supervisión directa. Después vinieron las invitaciones a cenar, al teatro, la opera.... Siempre que venía de Santander a Madrid organizaba algún tipo de velada y ella buscaba algún pretexto relacionado con el trabajo para no quedar con Alejandro. Poco a poco la atracción fue creciendo pero, como ahora le estaba ocurriendo, cuando estaba con él, pensaba en Alejandro y se sentía culpable. Con David sentía cosas que hacía tiempo que no sentía con él. Era algo más pasional, emocionante, a pesar de lo cual no había encontrado fuerzas para dejarlo con Alejandro. Se sentía confusa. Quería a Alejandro, pero ¿estaba enamorada de él? ¿O por el contrario sentía un cariño fraternal por él? Se conocían desde que eran

unos críos, habían sido amigos desde la infancia, y llevaban casi siete años de relación. Quizá no podía romper con él por la fuerza de la costumbre, por no decepcionar a sus padres, sus amigos....
-Estás preciosa
La voz de David la sacó de sus cavilaciones.
Ella sonrió y caminó hacia la cama. En ese momento sonó su teléfono.
-¡Vaya, que oportuno! - dijo David. Alicia sacó su móvil y miró la pantalla.
-Es Alejandro.
-Lo que te digo. Este chaval tiene el don de la oportunidad.
-¡Ssst! Calla.
Alicia fue al baño y descolgó el teléfono.
-Hola -dijo.
-Hola, ¿que tal?-contestó Alejandro al otro lado del teléfono.
-Bueno, bien, pero un poco cansada. Ha sido un día muy duro.
-Ya me imagino. - la voz de Alejandro sonó dura y cortante.
-¿Te pasa algo? -preguntó ella.
-No, nada. Ya sabes que me pongo de mala leche cuando te toca un viaje de trabajo en fin de semana. Que tontería ¿verdad? A fin de cuentas, pasamos mucho tiempo juntos, ¿no?.
-Vaya, ya empezamos. -pensó ella. - Alejandro, ya hemos discutido esto muchas veces. No me digas que me vas a montar otro numerito. -dijo en voz alta.
-No mujer. Ya no habrá más numeritos. Es solo que te hecho de menos.
-Yo a ti también -contestó ella cerrando los ojos, invadida por una nueva punzada de remordimiento.
-Seguro -contestó él.- ¿Dónde estás ahora?
-Estoy ya en el hotel. Ahora me iba a la cama, a ver si descanso un poco. Estoy agotada.
-Espero que te vayas sola. A la cama, digo. -dijo él.
-¡Que tonto eres!-rió ella nerviosa.
-Si, me ha costado darme cuenta de ello.-hizo una pausa y añadió -¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto, Alicia? - preguntó él.
-No te entiendo. ¿A que te refieres? - dijo ella, extrañada por el cariz que estaba tomando aquella conversación.
-¿Lo estáis pasando bien David y tú en vuestro fin de semana romántico? Me pregunto cuantos “viajes de trabajo” como este has tenido hasta ahora.
Alicia se quedó sin habla, sin saber como reaccionar. Sintió que no podía respirar y que las piernas no tenían fuerzas para sostenerla.
-Bueno, al menos ya no os reiréis del tonto de Alejandro. Adiós Alicia. Espero que nunca te parta el corazón como has hecho tú conmigo. - y

colgó.

Alejandro guardó su teléfono. Pensaba que después de llamar a Alicia se sentiría mejor, pero no fue así.

Sentía como la rabia y el dolor crecían en su interior. Como un autómata, y tratando de controlar aquellas emociones, se colocó el casco, subió en su moto y arrancó.

Alicia tardó un rato en reponerse de la sorpresa y salir del baño. ¿Cómo se habría enterado Alejandro?

-¿Que pasa? Te has quedado pálida. ¿Ha ocurrido algo? - preguntó David al ver salir a Alicia del baño.

-¿Eh? No, no, nada. Solo que no me encuentro bien. Estoy un poco mareada. Necesito tumbarme. - respondió ella.

-Vaya, ya se nos ha fastidiado la noche -dijo él molesto.

-David, ahora no, por favor. De verdad, no me encuentro nada bien. ¿Te importa si dormimos?

-Está bien - contesto él con mal disimulado disgusto.

Alicia se metió en la cama. En algo no había mentido. La cabeza le daba vueltas. A pesar de la insistencia de David, no había conseguido reunir el valor para dejar a Alejandro y hasta ese momento había pensado que era por miedo a romper con todo. Sus amigos, sus padres, todos querían y apreciaban a Alejandro y esperaban - más bien daban por seguro - que acabarían casándose. Aquello debía ser como una liberación. Por fin podría dejar de esconderse, pero ¿por qué se sentía tan mal? Sabía lo que se le venía encima. El disgusto de sus padres, las explicaciones a todos, y sobre todo a Hugo, Lucía y Javier. Pero no era eso lo que la hacía sentir mal. Era la certeza de lo suyo con Alejandro había llegado a su fin.

-¡Eres tonta! -se dijo - ¿No es eso lo que querías? ¿O acaso pensabas que podías seguir con los dos indefinidamente? Cuando estaba con Alejandro sentía remordimientos, lo que la hacía estar tensa y de mal humor, y lo pagaba con él. Solo conseguía deshacerse de esa sensación después de pasar varios días juntos -en vacaciones o algún puente largo-. Solo en esos momentos todo parecía volver a ser como antes.

Recordó la última vez que habían hecho el amor. El había sido tan tierno, había tanto amor en sus ojos, que al terminar ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

David apagó la luz y ella lo agradeció. No quería que el viera como, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, una solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla.

Alejandro vagaba sin rumbo por las calles del casco viejo de Bilbao, perdido en la oscuridad de la noche, circulando a una velocidad que iba más allá de lo prudencial. La moto rugía con cada acelerón, guiada

por la rabia que crecía en su interior. Piloto y máquina entraron en una pequeña y cuadrada plaza escasamente iluminada. Y la habría atravesado rápidamente, cuando algo en un pequeño callejón que salía de la plaza, llamó su atención, obligándole a detenerse.

Frenó y dio la vuelta. Volvió hasta la entrada del callejón y detuvo su moto.

Vio a cuatro hombres con pasamontañas y chaquetas de cuero adornadas con esvásticas que estaban golpeando a alguien. Uno de los atacantes llevaba un bate de baseball. La víctima, hecha un ovillo en el suelo trataba de cubrirse como podía de los salvajes golpes de sus atacantes. Un quinto encapuchado sujetaba a una mujer que trataba desesperadamente de zafarse de él.

-¡Por favor, dejadle!¡Vais a matarle! -gritó ella.

-¡Es lo que se merece esta escoria africana! -dijo el hombre que la sujetaba.- Pero tranquila, que tu también tendrás tu merecido, ¡zorra!. ¡Así aprenderás a no mezclarte con esta basura!. Alejandro sentía que la cólera que bullía en su interior crecía de forma desmesurada, hasta convertirse en una furia como nunca había sentido.

Se bajo de la moto y sin siquiera pensar lo que estaba haciendo, se dirigió como una exhalación hacia el callejón.

El encapuchado del bate estaba disfrutando con aquello. Aquella zorra se había liado con un asqueroso inmigrante de color. De esta aprendería con quien puede juntarse o quien no. En cuanto a él, se asegurarían de que deseara no haber salido de su puto país, y mucho menos liarse con una española. Se disponía a golpear de nuevo cuando una fuerte mano detuvo el movimiento de su brazo. Apenas tuvo tiempo de ver quien le atacaba. Era un hombre enfundado en un traje negro de motorista. No vio su rostro, ya que lo escondía bajo un casco, también de color negro. Le retorció el brazo con fuerza, obligándole a soltar el bate, y el encapuchado gritó de dolor. Antes de que el bate tocara el suelo, el desconocido descargó su puño con fuerza sobre su rostro. Lo último que sintió antes de perder el sentido fue el crujido de su tabique nasal y un lacerante dolor.

La furia y la rabia inundaba todo su ser. No soportaba las injusticias. Le hacían hervir la sangre. Nunca había podido quedarse al margen, pero aquella noche era diferente. Necesitaba golpear a alguien, dar rienda suelta a la furia que bullía en su interior.

La fuerza con que golpeó al primero de los encapuchados fue tremenda. Su tabique nasal se partió y cayó al suelo fulminado. El ni siquiera sintió el golpe en su mano, en parte por los guantes de motorista que llevaba, en parte porque estaba cegado por la ira. En menos de medio segundo, y antes de que los agresores de aquel pobre

hombre pudieran reaccionar, se giró al tiempo que levantaba su pierna con velocidad y precisión -tal y como había ensayado miles de veces sobre un tatami- y descargó una potente patada en el rostro de otro de los encapuchados. El impacto fue brutal. El encapuchado cayó al suelo, aún consciente, pero sangrado profusamente por la nariz y la boca. Los otros dos dejaron de golpear a su víctima y se encararon con él. - ¡Hijo de puta! -dijo uno de ellos.

Este era un tipo enorme. Ligeramente más alto que Alejandro, pero mucho más corpulento. El otro metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja y se lanzó contra él.

Alejandro no sintió miedo. No sintió nada aparte de la ira que lo dominaba. Quería destrozar a aquellos tipos, hacerles sentir dolor, que supieran lo que sentía el hombre al que ellos habían atacado sin más razón que la del color de su piel. Pero también quería desahogarse, dar salida a toda la ira que sentía y a toda la frustración acumulada durante meses. Recordó todo lo ocurrido durante ese tiempo. Las mentiras, las evasivas, las discusiones...También vino a su memoria el incidente de unos meses atrás. Se había sentido tan mal por ello..., y ella lo había hecho sentir aún peor. Ahora aquellos tipos iban a pagar los platos rotos.

El tipo de la navaja le lanzó una rápida cuchillada dirigida a su pecho, pero Alejandro, con unos reflejos envidiables, detuvo el mortal giro del brazo con su antebrazo izquierdo, mientras su brazo derecho golpeaba con fuerza en el estómago de su atacante, que se dobló de dolor, boqueando en busca de aire. Con una increíble rapidez de movimientos, agarró la cabeza del hombre con ambas manos y le propinó un salvaje rodillazo en la cara que hizo que el encapuchado se desplomara sin sentido.

Mientras el tipo corpulento, había recogido el bate de su compañero y ya atacaba a Alejandro. Con un ágil movimiento de su cuerpo esquivó el primer golpe con facilidad. Aquel tío era grande y fuerte, pero excesivamente lento, sobre todo para la agilidad de Alejandro.

Esquivó uno, dos ataques observando a su rival con frialdad. Si su atacante hubiese podido ver bajo el casco el salvaje brillo de sus ojos, se lo habría pensado dos veces antes de embestir de nuevo, pero no era así. Al tercer ataque Alejandro se agachó. El bate pasó por encima de su cabeza. Desde aquella posición lanzó una patada que alcanzó al gigante en pleno plexo solar. Alejandro se incorporó y aprovechó el momento de aturdimiento de su atacante para agarrar su brazo y retorcerlo con fuerza hasta inmovilizarlo a su espalda. Colocado así, a la espalda del encapuchado, apretó con fuerza su brazo hacia arriba, y este gritó de dolor. Sin soltar el musculoso brazo, lo sujeto desde atrás por el cuello y cogiendo impulso lo empujó contra la pared cercana.

Lo golpeó la cabeza con fuerza una, dos y hasta tres veces contra la pared. Al tercer golpe el encapuchado dobló las rodillas.

Alejandro se disponía a darle el golpe de gracia cuando oyó un grito de advertencia.

- ¡Cuidado! -oyó que decía una voz de mujer. Se giró con rapidez, pero no la suficiente. Sintió un fuerte dolor en un costado. Se había olvidado del encapuchado que sujetaba a la mujer. Este había aprovechado la confusión para atacarle por la espalda. Le había alcanzado una vez, pero no lo haría más. Lanzó su puño con fuerza al rostro del encapuchado. Este trató de esquivarlo lográndolo solo en parte. El golpe lo alcanzó lateralmente en la mejilla. Antes de que pudiera reponerse ya lo había golpeado en el estómago.

Alejandro observó al encapuchado. Era el último que quedaba en pie, pero no duraría mucho. Trataba de recuperarse del último golpe. Avanzó dos pasos hacia él y le soltó una potente patada lateral al pecho que lo levantó del suelo y lo lanzó contra unos contenedores, junto a los que quedó sentado. Desde el suelo empezó a arrastrase hacia atrás, intentando escapar de Alejandro. Este lo agarró de las solapas de su cazadora y lo obligó a incorporarse. Lo apoyó contra los contenedores, y mientras lo sujetaba con su brazo izquierdo, empezó a golpearlo con furia con el derecho. En su mente apareció la imagen de Alicia, en brazos de su amante, alternándose con la de aquellos cabrones golpeando a aquel pobre hombre. Descargó una lluvia de golpes, alternativamente en el rostro y el estómago del encapuchado.

-¿Te gusta esto, hijo de puta? ¡Di! ¿Te gusta?- gritó.

El encapuchado no dijo nada. Solo se sostenía en pie porque Alejandro lo sujetaba. Una mano se poso despacio sobre su hombro.

-Basta por favor. Vas a matarlo - dijo una voz.

Alejandro se detuvo y miró por encima de su hombro. Allí, junto a él estaba el hombre al que habían atacado. Era un hombre de color, alto y delgado. Tenía el rostro ensangrentado, uno de los ojos estaba fuertemente amoratado y se sujetaba el brazo izquierdo con el otro. Se apoyaba sobre la mujer, blanca, de pelo castaño y ojos negros.

En un instante la furia y la ira desaparecieron y la razón empezó a gobernar de nuevo sus actos.

¿Qué estaba haciendo? Casi mata a aquel tipo a golpes. Se había dejado llevar por la rabia, desahogándose con aquellos tipos. Soltó al encapuchado y este se desplomó en el suelo como una marioneta desmadejada.

-¿Estáis bien? -preguntó a la pareja. Ellos asintieron.

Preguntó el nombre de la plaza a la pareja. Sacó su móvil y llamó al 112. Dijo que había habido una pelea y que necesitaba que viniera la policía, y una ambulancia.

Después colgó, guardó el teléfono y se dirigió a su moto. Se sentó en

ella y arrancó
-¡Espera! -dijo la mujer. - ¿No vas a esperar a que lleguen?
-No.
-¡Dinos al menos como te llamas!-gritó ella de nuevo.
Pero Alejandro ya no podía oírlos. Su moto ya se perdía de nuevo en la oscuridad de la noche y las calles de Bilbao. La pareja lo vio perderse en la noche. Al acercarse al lugar donde había estado aparcada la moto, vieron unas gotas de sangre en el suelo.

Alejandro circulaba a gran velocidad por la autovía. Hacia algo más de una hora que había dejado Bilbao y se sentía cansado y ligeramente mareado. ¿Por qué demonios le dolía tanto el costado? El golpe que le había dado aquel tipo había sido fuerte, pero ya no debería dolerle.
Ahora solo quería llegar a casa, descansar y no pensar en nada. Durante el tiempo que llevaba de viaje no había podido quitarse de la cabeza a Alicia. Imágenes de ella con David, besándose, durmiendojuntos...
Se sacudió aquellas imágenes de su cabeza y trató de concentrarse de nuevo en la carretera. ¿Por qué estaba tan cansado? Le estaba entrando sueño. Unas ganas enormes de dormir. Y el maldito costado. ¡Como dolía!
La moto circulaba por el carril izquierdo de una recta de la autovía. Redujo un poco la velocidad y se llevó la mano al costado, y apretó un poco. Dolía.
Volvió a empuñar el manillar de su moto, pero vio que su guante estaba manchado. En la oscuridad de la noche no acertó a ver que era aquello con lo que se había manchado. Soltó de nuevo el manillar y acercó su mano a los ojos, tratando de averiguar con qué se había manchado.
¡Sangre! Se había manchado de sangre, procedente de su costado. Luego no había sido un golpe, le habían acuchillado. Cegado como estaba por la ira y su cuerpo rebosante de adrenalina, casi ni lo había sentido. Por eso estaba mareado y le dolía tanto el costado. Debía haber perdido mucha sangre. Tenía que detenerse y llamar a una ambulancia.
Todo ocurrió en unos segundos. Volvió a empuñar el manillar de su moto y se echó a la derecha para parar en el arcén, pero con las prisas y los nervios, no miró por el retrovisor. Por el carril de la derecha avanzaba un coche a gran velocidad. El conductor del turismo -un Nissan Terrano- vio la moto invadir su carril justo delante suyo. Intentó frenar pero no pudo evitar el impacto. Golpeó la moto por detrás haciéndole perder el control. Moto y piloto cayeron por el suelo y el conductor del coche pisó a fondo el freno para no arrollarlos. Vio como máquina y hombre se deslizaban por el suelo y como el piloto

chocaba contra la mediana de hormigón que separaba ambos sentidos de circulación de la autovía antes de detenerse y quedar inmóvil sobre el asfalto.

El conductor del Terrano, encendió las luces de emergencia. Bajó rápidamente del coche y se dispuso a socorrer al piloto de la moto.

Sacó los triángulos del maletero de su coche y los colocó, mientras llamaba al 112 y pedía una ambulancia, indicando el punto kilométrico en el que había ocurrido el accidente.

Había poco tráfico esa noche, pero cuando llegaba junto al hombre accidentado, ya se habían detenido un par de coches más.

Se arrodilló junto al piloto para examinarlo. Al menos tenía la suerte de haberse estrellado contra un médico. Tenía sangre en el costado y posiblemente tuviese algún hueso roto.

- Espero que no haya hemorragia interna - pensó.

Busco en el cuello con los dedos, y suspiró aliviado. Tenía pulso.

Ahora solo tenía que mantenerlo así hasta que llegara la ambulancia.

Hugo estaba intranquilo. Había tenido otro de aquellos presentimientos. Cerca de las dos de la mañana se había despertado con aquella sensación de que algo no iba bien, algo relacionado con Alejandro.

Se levantó y llamó al móvil de su amigo, pero este no daba señal. Lo intentó con el de Alicia con el mismo resultado. Ahora eran las ocho de la mañana. Lo intentó de nuevo con el móvil de sus amigos, pero nada. Ya no podía esperar más. Casi no había dormido y la incertidumbre le estaba matando. Marcó el número del hotel Carlton de Bilbao que Alejandro le había dado y espero contestación.

-Por favor, con la habitación de Alicia del Río González.

Alicia apenas había pegado ojo, y estaba en un estado de intranquila duermevela cuando sonó el teléfono.

-Joder - gruñó medio dormido David. Alicia estiró el brazo y descolgó el teléfono. -¿Diga?

-Alicia. Soy Hugo.

-¿Hugo? Hola. ¿Pasa algo?

-¿Está Alejandro contigo?

Alicia, sorprendida, se quedó en silencio.

-¿Alicia?

-No, ¿por qué iba a estar conmigo? Ahora fue Hugo el que guardó silencio.

-Ayer salió de aquí con su moto. Iba a verte. Quería darte una sorpresa. - Hizo una pausa. - He intentado hablar con él varias veces, pero no consigo localizarlo. Creo que algo le ha ocurrido. - añadió.

La cabeza empezó a darle vueltas. Ahora sabía lo que había

ocurrido. Alejandro había llegado a Bilbao, hasta la misma puerta del hotel y seguramente allí la había visto con David. Pero ¿Qué había hecho después? ¿Y donde estaba ahora?
-Alicia, ¿me estás oyendo? - preguntó Hugo.
-Si, si, perdona. Me llamó anoche, pero no me dijo nada de que viniera para acá. Verás...discutimos por teléfono, nos enfadamos y no volvimos hablar después -dijo Alicia. Era una forma suave de explicar lo que había ocurrido la pasada noche.
-¿A que hora hablasteis? - preguntó Hugo.
-No sé. A eso de las once y media o doce.
-Joder, ¿donde se habrá metido? -dijo Hugo- Oye, si te vuelve a llamar me avisas, ¿vale?
Hugo colgó el teléfono.
-A lo mejor, después de discutir con Alicia se ha quedado a dormir en algún hotel - pensó más para tranquilizarse que por convicción. No había mucho más que pudiera hacer. Esperaría un poco más y luego llamaría a casa de Alejandro. Quizá sus padres supieran algo de él.
Alicia no podía dejar de pensar en donde podía estar Alejandro. Hugo había intentado hablar con él pero no lo había podido localizar. ¿Dónde habría pasado la noche?
Intentó tranquilizarse. Seguramente había apagado el móvil porque no tendría ganas de hablar con nadie. Todo aquello era culpa suya. No se perdonaría que le hubiese ocurrido algo.

Dos horas después Hugo recibió una llamada. Eran los padres de Alejandro. Había tenido un accidente con la moto. Estaba ingresado en un hospital en Burgos y ellos salían hacia allí ahora mismo.
-Voy con vosotros,- dijo sin dudar.
Estaban esperando que alguien les informara sobre el estado de Alejandro. Habían preguntado por él al llegar al hospital y les habían hecho pasar a una sala de espera donde les dijeron que un médico les informaría de cómo estaba su hijo. Un médico entro la sala y los tres se pusieron en pie.
-¿Son ustedes los familiares de Alejandro?
-Si, somos nosotros. ¿Cómo está nuestro hijo, doctor?, preguntó Carlos, el padre de Alejandro.
-Hemos tenido que operarle, pero creemos que se recuperará.
Los tres suspiraron aliviados y se abrazaron. Maria, la madre de Alejandro no pudo contener las lágrimas, tanto de alegría como por la tensión acumulada.
-La verdad es que su hijo tiene una fortaleza envidiable. Llegó al hospital con varias costillas fracturadas, rotura de clavícula, una perforación en el pulmón y varias fracturas en la pierna derecha. Además en la caída debió clavarse algo en el costado. La herida no ha

alcanzado ningún órgano vital pero había perdido mucha sangre. Otro en su lugar no hubiera aguantado. Además...
-¿Además? - preguntó Maria.
-Verán. Hay algo que quería preguntarles. ¿Sabían ustedes que tiene una especie de tatuaje grabado en la espalda? Una especie de dragón o algo así.
-Si, lo sabemos. ¿Pero que tiene que ver con lo que estamos hablando? - preguntó Carlos.
-Verán, en el quirófano vimos en su espalda ese dibujo. Era algo impresionante. Brillaba con un intenso color plateado. Luego, el brillo desapareció, y ahora ha quedado muy difuminado.
-Espere, espere, ¿dice usted que brillaba?
-Si. ¿No lo habían visto nunca?

Hugo y los padres de Alejandro intercambiaron miradas de extrañeza.
-No, nunca lo habíamos visto brillar de la forma que usted dice.
-Y por curiosidad, ¿cómo se hizo esa especie de tatuaje? -preguntó el médico.

Hicieron una breve narración al doctor, y le explicaron que nunca habían podido averiguar el origen del dibujo.
-Verán, cuando estábamos operando a su hijo, hubo un momento muy crítico, de hecho...-hizo una pausa antes de continuar- de hecho creíamos que lo perdíamos. Fue en ese momento cuando el dibujo comenzó a brillar, y este brillo no desapareció hasta el momento en que lo estabilizamos completamente. Lo que les voy a decir no tiene ninguna base científica, es más un pálpito que otra cosa, pero....
-¿Pero? - preguntaron ellos.
-Tengo la impresión de que el hecho de que su hijo se haya salvado está más que relacionado con el brillo de ese dibujo de lo que yo mismo estoy dispuesto a admitir. De hecho, empezó a estabilizarse en el momento que este comenzó a brillar.

Alejandro empezó a despertar. Intentó abrir los ojos poco a poco, pero la luz le hacía mucho daño. Se sentía cansado, muy cansado y le dolía todo el cuerpo.
-Alejandro, hijo, ¿puedes oírme? - era la voz de su madre.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba en una habitación de hospital. Su padre y su madre estaban a su lado, junto a su cama.
-¿Mamá?¿Que... que ha pasado?
-¿No lo recuerdas? Tuviste un accidente de moto.

Poco a poco Alejandro empezó a recordar todo lo ocurrido la noche anterior.

Primero recordó el accidente, la pelea... Alicia. Los recuerdos desataron de nuevo un dolor mucho más profundo que el dolor físico provocado por sus heridas. Estas curarían rápidamente, pero la que

tenía en el corazón, esa era otra historia.
-Si, - dijo -ya recuerdo.
-¿Cómo te encuentras, hijo? - preguntó su padre.
-Bien papá. No te preocupes.- le costaba hablar y tenía la voz pastosa.
Su madre le estaba acariciando el cabello.
-Mira que te dije que no me gustaba nada eso de la moto. Nos has dado un susto de muerte- le dijo
-Nos lo has dado a todos - dijo Hugo desde la puerta, que en ese momento volvía de la cafetería. - Me alegro de verte despierto. Charlaron durante un rato. Le contaron que hacía más de doce horas que les habían llamado. Rápidamente se habían puesto en marcha y se habían plantado en Burgos -donde estaba ingresado-. También le contaron la conversación que habían tenido con el doctor, mostrándose Alejandro tan sorprendido como ellos por el extraño suceso.
-No habéis comido nada desde que salimos de Madrid. ¿Por qué no vais a la cafetería y coméis algo? Yo me quedo con él. -dijo Hugo a los padres de Alejandro.
Estos accedieron y dejaron solos a los dos amigos.
-Javier y Lucía vienen de camino. -dijo Hugo. -Cuando he hablado con Lucía me ha echado una bronca de campeonato por no haberlos llamado antes.
-Me lo puedo imaginar -dijo Alejandro intentando sonreír.- Es todo un carácter.
-También he llamado a Alicia - añadió mientras observaba la reacción de su amigo.
Alejandro no contestó. De su rostro despareció por completo toda expresión.
-¿Qué pasa Alejandro?
Alejandro tardo unos segundos en responder. Hugo esperó pacientemente, hasta que por fin su amigo se decidió a hablar. Empezó a contarle como había encontrado a Alicia con David, su conversación telefónica con ella, como había vagado por la ciudad hasta encontrarse con el grupo de encapuchados atacando a aquella pareja, la posterior pelea y el accidente.
Durante el relato, Alejandro no trató de ocultar sus emociones, todo lo que había sentido y sentía. La rabia y la impotencia iban poco a poco atenuándose, pero el dolor y una profunda tristeza estaban si cabe más presentes que la noche anterior.
-No sé como podré vivir sin ella. - dijo al terminar su relato, intentando contener las lágrimas.
Hugo se acercó a él.
-Podrás. Nosotros te ayudaremos.
-No se lo digas a mis padres, ¿vale? Yo buscaré el momento de

decírselo. -dijo Alejandro
-No te preocupes.
-¿Sabes? Ayer estuve a punto de cometer el error más grande de mi vida. Estaba tan furioso, tan fuera de control, que di rienda suelta a toda esa ira y... - se detuvo y miró a su amigo a los ojos- Casi mato a ese tío a golpes.
-Pero te detuviste a tiempo. - dijo Hugo.
-No. No me detuve yo. Fue aquella pareja. -dijo rehuyendo ahora los ojos de su amigo.
-Ellos no habrían podido detenerte. Ellos sólo te dieron el empujoncito que necesitabas para volver a ser tú. Todos necesitamos el apoyo de alguien en algún momento de nuestra vida, alguien que nos tienda una mano. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Has estado a mi lado en los malos momentos -y han sido muy malos -. Ahora me toca a mí ayudarte a ti.
Alejandro miró a su amigo y con una tenue sonrisa asintió. En ese momento volvieron sus padres.
-Mirad con quien nos hemos encontrado en el pasillo- dijeron. Alicia entró en la habitación detrás de los padres de Alejandro. Ella se quedó en el umbral de la puerta. Alejandro se volvió hacia la puerta y sus miradas se cruzaron.
Por un momento se hizo el silencio en la habitación, hasta que Hugo reaccionó.
-¡Alicia! ¡Que rápido has llegado! -dijo acercándose a ella. La cogió de la mano y la obligó a entrar en la habitación. Ella se acercó a la cama de Alejandro.
-¿Cómo te encuentras? Tus padres me han contado lo de la operación y eso.
-Podría estar mejor. Ahora hay que ver como curan las heridas - dijo.
-Bueno, ¿que os parece si dejamos solos a la parejita? - dijo Hugo empujando a Carlos y Maria fuera de la habitación.
Para Hugo era evidente la tensión entre los dos y no quería que los padres de Alejandro se dieran cuenta.
Cuando por fin se quedaron solos Alicia empezó a hablar.
-Alejandro, yo...
-Vete.
-¿Qué?
-Ya me has oído. Vete.
-Déjame que te explique...
-No hay nada que explicar, Alicia. Llevas meses explicándome. Pero anoche por fin lo entendí todo. -dijo con frialdad.
-No lo entiendes. Las cosas son más complicadas de lo que tú te piensas. Quizá no me creas, pero yo... yo todavía te quiero.
-Si. Ese es mi problema. Soy demasiado simple, por eso no entiendo

determinadas cosas. Y si, tienes razón. No te creo.
-Pero...
-Se acabó Alicia. Eres libre para irte con David. No volveré a incordiarte más.

Alejandro giró la cabeza hacia el lado opuesto al que se encontraba Alicia y guardó silencio. Ella permaneció de pie junto a la cama de Alejandro. En su interior sentimientos encontrados pugnaban por salir al exterior. Quería decirle como se había sentido todos esos meses, debatiéndose entre él y David, lo que había sufrido queriendo a dos personas a la vez sin ser capaz de decidirse por uno u otro, ambos tan distintos como el día de la noche. Quería contarle que la noche anterior, después de hablar por teléfono, no había podido dormir pensando en él, en el daño que le había hecho, y sobre todo como se había sentido cuando Hugo le llamó para decirle que Alejandro estaba en un quirófano luchando por su vida. Había pensado que nunca más volvería a verlo, y ese pensamiento la dejó sin aliento. Hasta la noche anterior había creído -tonta de ella - que podría tener a los dos, que no tendría que renunciar a ninguno de ellos. Al final no iba a tener la oportunidad de decidir. Lo había echado todo a perder con Alejandro y él le estaba cerrando esa puerta.
-Solo una cosa más -dijo Alejandro.- Mis padres no saben nada todavía. No me parece el momento ni el lugar adecuado para contárselo, así que procura actuar como si nada ocurriera hasta que te vayas ¿vale?

Dicho lo cual Alejandro volvió a girarse y a guardar silencio. Alicia salió de la habitación y fue a reunirse con Hugo y los padres de Alejandro. Unas horas más tarde llegaron Javier y Lucía. Todos ellos permanecieron con Alejandro el fin de semana. Alejando y Alicia, tal como habían acordado, se comportaron con normalidad delante de los padres de él, pero sin cruzar palabra cuando se quedaban solos, a pesar de los intentos de Alicia de hablar con él.

El Domingo por la mañana Alicia y Hugo volvieron a Madrid en el coche de Alicia, mientras que Javier y Lucía volvieron en el suyo. Al día siguiente tenían que trabajar. A Hugo le hubiese gustado quedarse con su amigo, pero también quería hablar con Alicia. El viaje a Madrid sería una buena oportunidad para ello. Se despidieron de Alejandro y sus padres, quienes prometieron tenerlos puntualmente informados sobre el estado de salud de Alejandro.
-Lo sabes ¿verdad? -preguntó Alicia nada más arrancar el coche.
-Si. - contestó Hugo.- Alejandro me lo ha contado.
-¿Y todavía me hablas? -dijo ella con una mueca de tristeza.
-¿Por qué no iba a hacerlo? Alicia lo miró sorprendida.
-Alicia, tu también eres mi amiga. Lo que pase entre Alejandro y tú no tiene nada que ver con nuestra amistad.

-Pero, yo pensé...
-Pensaste que me pondría de su lado. Pues sí. Estoy de su lado, pero también del tuyo. ¿O no te has dado cuenta?
-¿A que te refieres? -preguntó Alicia.
-Hace tiempo que sé que algo no iba bien. Intenté hablar contigo cientos de veces, pero tú nunca quisiste sincerarte. No fue hasta hace unas semanas que intuí que había alguien más.

Alicia pugnaba por contener las lágrimas.
-¿Y que iba a decirte? ¿Qué había otra persona pero que todavía sentía algo por Alejandro? ¿Qué estaba hecha un lío? ¿Qué quería a dos personas a la vez?

Hugo se quedó en silencio. Percibía claramente el dolor de su amiga y se daba cuenta de lo que debía haber pasado durante los últimos meses.
-No lo se, Alicia. Pero era una carga demasiado pesada para ti sola. Podías haber hablado conmigo, o con Lucía. Podíamos haberte ayudado. Haberos ayudado a los dos. Alejandro también ha sufrido durante este tiempo.
-Ahora ya no tiene remedio.-dijo ella.
-¿Por qué no? Todavía no es tarde para recuperar a Alejandro. Si es que eso es lo que quieres...
-Ese es el problema Hugo, que no sé lo que quiero. Además, no creo que Alejandro me perdonara aunque quisiera volver con él.

Bueno mujer, no será para tanto.

35. Adasam

- **P**ero si fue para tanto. Alejandro no quiso volver a ver a Alicia. - estaba diciendo Hugo.
-Una semana después, le dieron el alta -continuó Lucía.- Los médicos dijeron que su recuperación había sido sorprendente. La herida del costado y la perforación del pulmón estaban perfectamente recuperadas. Sus costillas habían soldado a una velocidad increíble, y aunque salió con un brazo en cabestrillo y una pierna escayolada, al día siguiente de darle el alta, se presentó en el trabajo. Era su primer día y no quiso faltar.
-Con su clavícula y su pierna ocurrió algo parecido - ahora era Hugo el que hablaba.- A los tres días ya movía su brazo con normalidad, y cuando se presentó a la revisión para su pierna, él ya se había quitado la escayola y caminaba con normalidad. Las radiografías no mostraban el menor rastro de fractura. Era como si nunca se hubiese roto nada.
-Pero, ¿qué pasó entre Alicia y él? - preguntó Marta.
-Nada. Alejandro nunca le dio la más mínima oportunidad. Ella trató de verle varias veces, hablar con él, pero se negó en redondo, a pesar de que todos intentamos que hubiese un acercamiento. - dijo Hugo.- Siempre he pensado que si Alejandro no hubiese tomado esa actitud, todavía podían haber tenido una oportunidad. Podía haberla recuperado, pero el estaba demasiado dolido y furioso. Aunque nunca lo reconocerá, no solo era su corazón lo que Alicia había herido, también su orgullo. Y, créeme, si Alejandro tiene algún defecto, es que es demasiado orgulloso. Al final, ese orgullo, esa forma de actuar terminó de echar a Alicia en los brazos de David, a pesar de que algunos pensábamos que era un gran error-dijo mirando a su hermana.
-Un año y medio después, Alejandro pidió el traslado a Barcelona. Iban a trasladar la fabricación de motores a aquella planta y cerrar la de Madrid. Necesitaban gente para trabajar en el traslado y el quería poner tierra de por medio. No lo pensó dos veces. Aquello fue el empujón definitivo para Alicia. Desde entonces, no habían vuelto a verse ni a hablar. Hasta ahora.
-¡Pfiuuu!- silbó Marta- ¡Vaya historia! Después de oír esto, ya no me parece buena idea que Alicia se haya ido con Alejandro.
-A lo mejor no es tan mala idea. Creo que seis años sin hablarse ya son suficientes. -dijo Lucía.
-Nada. No hay ni rastro de ellos. -dijo Alejandro-

Llevaban casi una hora buscando cualquier indicio que pudiera corroborar lo que Hugo les había dicho. Habían retrocedido por el

camino que discurría por la pared del desfiladero, y que habían recorrido la noche anterior. En todo ese tiempo apenas habían hablado.

Desde allí, Alejandro había podido distinguir el cuerpo de dos o tres lobos, que después de caer por la cascada habían ido a parar a la orilla del río, y uno más que estaba medio oculto por la vegetación. Alicia no podía ver nada a aquella distancia, pero gracias a su vista, ahora increíblemente agudizada, él había podido verlos.

-¿Crees de verdad que habrán sobrevivido? -preguntó Alicia.

-Si Hugo dice que Javier está vivo, es porque es así. Esperemos que Sylvie también esté bien. Venga, será mejor que volvamos con los otros.

Reanudaron la marcha y de nuevo Alejandro, con gesto serio, se mantuvo en silencio.

-¿Ni siquiera ahora piensas hablarme? - preguntó Alicia enfadada.

-No sé a que te refieres. Acabamos de estar hablando. -contestó él.

-Ya, ¿y el resto del tiempo?

-Hablaré contigo cuando tenga algo que decirte. O que pretendes, ¿qué te pregunté que tal te va? o ¿como está tu marido? No tengo el más mínimo interés, gracias.

-Al menos podíamos intentar llevarnos bien, ¿no?

Alejandro suspiró y se volvió hacia ella. Mirándola fijamente a los ojos, dijo

-Mira Alicia, no tienes ni la más mínima idea del tiempo que me ha costado superar lo que pasó. ¡Ni idea! Es la primera vez que nos vemos en años y no es fácil para mí hablar contigo como si nada.

Necesitaré algo de tiempo.- Alejandro suavizó el tono de su voz.- De verdad. Sólo necesito tiempo. Intentaré que al menos nos llevemos bien. Ahora preocupémonos de encontrar a Javier y su amiga y de cómo salir de este lío en el que nos hemos metido. Siguieron caminando en silencio, uno al lado del otro, hasta que Alejandro volvió a hablar.

-Todavía no me has contado lo que ocurrió anoche. Ella sabía a lo que se refería.

-No lo sé. Fue algo muy extraño.

-¿Hay algo que no lo sea desde que estamos aquí? - dijo él.

-Fue como si mi mente entrara en contacto con la de esa bestia. Sentía su frustración por haber perdido su presa, su sed de sangre. No solo eso. Podía ver lo que él veía. Me encontré viéndome a mi misma y a vosotros desde la otra orilla.

-Tus ojos brillaban con el mismo color rojo que los de la bestia. Supongo que por esa extraña conexión que establecisteis. ¿Cómo supiste que venían? Yo estaba de guardia y no había visto ni oído nada, y tú estabas soñando.

-No, no era un sueño. Al principio yo también pensé que era un sueño, pero luego me di cuenta que de alguna manera, estaba conectada mentalmente con aquella bestia. Lo que estaba viendo y sintiendo era real. Nos habían localizado y venían a por nosotros. Alejandro se quedó pensativo.
-¿Crees que volverán? - preguntó.
-No lo sé. Lo que sí que se es que mientras sea de día o una noche sin esa maldita luna roja, estaremos a salvo.
Cuando regresaron a la pequeña cueva, Ricardo y Cristina ya estaban allí.
-¿Habéis encontrado algo? -pregunto Lucía.
-No hemos visto nada. -dijo Alicia.
Alejandro trató de animar a Lucía, diciendo que aquello no tenía porque ser una mala noticia, si no todo lo contrario. Había visto los cuerpos de los lobos que habían caído por la misma cascada que su hermano y Sylvie, pero de ellos no había ni rastro, lo cual era una buena noticia.
Ricardo y Cristina solo habían podido encontrar unos pocos frutos, que unidos a los que habían recogido el día anterior y un par de peces, era todo el alimento que les quedaba. Decidieron no reanudar la marcha hasta el día siguiente. Necesitaban descansar y recuperar fuerzas.
-Pasaremos el día comiendo y descansando -dijo Alejandro.
-Bueno, si es que a esto se le puede llamar comer -dijo Ricardo. Así lo hicieron. Todos estaban agotados después de la huida y la noche en vela, por lo que después de comer algo, extendieron las dos mantas que tenían, aviaron el fuego y se acomodaron para descansar unas horas.
Javier y Sylvie habían pasado la noche y las primeras horas de la mañana caminando. Después, buscaron un lugar donde descansar. Encontraron un lugar adecuado a medio centenar de metros de la orilla del río. Allí el terreno formaba una pequeña depresión entre los árboles y protegida por una gran roca.
Allí hicieron una hoguera para terminar de secarse y hacer que sus cuerpos, ateridos de frío a pesar de la agradable temperatura a aquella hora del día, entraran en calor.
-Tengo hambre -dijo Javier.
-Yo también, pero no tenemos nada para comer, excepto los frutos que podamos recoger.
Afortunadamente para ellos, en aquella zona abundaban los árboles frutales. También encontraron algunos arbustos con lo que parecían moras. Recogieron todo lo que pudieron, y comieron con avidez. Después se tumbaron a descansar, uno junto al otro, abrazados, hasta que el finalmente los venció el sueño.

36.

- Será mejor que dejemos los caballos aquí y entremos a pie. Hay que procurar no llamar la atención. - dijo Menara. Isión y ella necesitaban reponer víveres, por lo que habían decidido acercarse a Aliwa, una pequeña población que quedaba cerca de la zona por la que estaban llevando a cabo la búsqueda. Era una de las pequeñas localidades que pertenecían al feudo de Leycast, bajo el gobierno de uno de los señores feudales leales al nuevo amo y señor de Adasam desde que terminara la guerra, casi veinticinco años atrás.

- Si. No conviene arriesgarse. Entramos, compramos lo que necesitemos y nos vamos rápidamente. Dejaron los caballos atados a unos árboles, lejos del camino. Isión se envolvió en su capa de viaje, ocultando totalmente la cota de malla y su espada, y se echó una mochila a la espalda. Su arco, y su escudo quedaron en su montura.

Menara hizo lo propio, aunque ella solo llevaba una espada corta a la cintura, y su bastón, que usaba a modo de cayado al caminar. Al cabo de unos minutos, ambos andaban por el camino que conducía a Aliwa, y aunque en aquellos tiempos no abundaban, ambos pasaban perfectamente por dos viajeros comunes. Poco después entraron en Aliwa. Era un poblado pequeño, de pequeñas y modestas casas, la mayoría de madera y solo unas pocas de piedra, rodeado por una rudimentaria empalizada de madera cuya función, según dedujeron, no debía ser otra que la de evitar la entrada en el pueblo de merodeadores y bestias similares. Había una única puerta de acceso que se cerraba por la noche. Si desde fuera su aspecto era poco alentador, al avanzar por sus calles no pudieron evitar un sentimiento de desolación y pérdida. Casi la mitad de las casas estaban abandonadas, y las que no, estaban en muy malas condiciones.

Las calles, de tierra y grava, estaban casi desiertas, y los pocos habitantes con los que se cruzaron mostraban un aspecto lastimoso, que reflejaba la pobreza y el sufrimiento que estaban pasando. Menara se dio cuenta de cómo Isión observaba a su alrededor y de cómo, poco a poco y a medida que avanzaban por las calles, la rabia se iba apoderando de él, los puños y la mandíbula fuertemente apretados.

-Esta gente está sufriendo y nosotros no hacemos nada por ayudarles. - dijo

-Isión, sabes que no podemos arriesgarnos. Hace veinticinco años luchamos y casi fuimos exterminados.

-Si, y desde entonces, permanecemos escondidos como ratas, mientras toda esta gente sufre y malvive bajo la dictadura de un tirano -

respondió Isión con amargura.
-Un tirano muy poderoso, al que todo el poder del Pentágono no pudo oponerse. Y si nos hemos escondido, fue esperando nuestra oportunidad para devolver el golpe.- dijo Menara.

Isión permaneció en silencio, pero su gesto hosco y su mirada mostraban su desacuerdo.
-Isión, -dijo Menara dulcificando su tono de voz - tu tenías dos años cuando ocurrió todo, y por mucho que te cuenten, no puedes hacerte una idea de lo que fue aquello. Ahora tenemos una oportunidad. Una oportunidad que existe gracias al sacrificio de tu padre. No podíamos permitir que su sacrificio fuera en balde.
-Tienes razón. -dijo él- Es solo que a veces el no hacer nada me pone los nervios de punta.

Continuaron caminando, hasta que por fin, y después de preguntar a un lugareño, dieron con un pequeño establecimiento situado en la plaza principal del pueblo, donde podrían aprovisionarse. Cuando por fin llegaron allí, encontraron que no había mucho donde elegir. Según les dijo el dueño del establecimiento -un hombre de mediana edad y de complexión fuerte que se presentó como Ghadir- no había sido un buen año. La cosecha había sido mala, y parecía que la codicia del señor de aquel feudo no tenía límite, pues cada año exigía mayores diezmos a sus habitantes. Así se enteraron también, por boca del comerciante, de que muchas familias, arruinadas, habían preferido huir a las montañas para subsistir como proscritos o cazando, y enfrentarse a rastreadores y otras bestias, antes que morir de hambre o a manos de la brutalidad de los soldados del tirano como les había ocurrido a otros muchos. Compraron cebollas y zanahorias, frutos secos, algo de queso, carne desecada -de baja calidad-, pan de viaje y un saco de arroz, que hervido era un estupendo alimento.

Pagaron todo ello al doble del precio que pedía el hombre, ante el asombro y agradecimiento de este.

Se disponían a salir del establecimiento cuando oyeron el retumbar de cascos de caballos acercándose hacia la plaza.
-¡Soldados! - exclamó alarmado Ghadir, y antes de que ninguno de ellos dos pudiera moverse, corrió hacia la entrada para atrancar puertas y ventanas.
-¿Qué haces? Tenemos que reanudar nuestro camino. -dijo Isión.
-¡Sssst! ¡No hagáis ruido! Es mejor que esperéis a que se vayan - dijo el comerciante.

Isión y Menara se acercaron a las ventanas del local para mirar por las rendijas que los portones de madera dejaban. Desde allí pudieron ver como los jinetes irrumpían en la plaza, mientras que los pocos transeúntes que había unos segundos antes, desaparecían como por arte de magia. Iban encabezados por el que parecía el jefe, un joven

caballero que vestía capa y ropa completamente negra. Llevaba una cota de malla del mismo color, y sobre ella un peto metálico negro que le protegía pecho y espalda, además de hombreras, brazales y grebas. De su cintura colgaba una espada, y sobre su caballo descansaba un escudo también negro sobre el que había grabado un dragón rojo como la sangre, el emblema del enemigo.

Le seguían seis jinetes más. Vestían el uniforme negro que los distinguía como soldados del tirano. En lugar de cota de malla llevaban petos de cuero negro. Sobre el hombro derecho resaltaba, en pequeño, el mismo emblema que su jefe llevaba en el escudo. Iban armados con espada a la cintura, y ballestas sobre su montura. Los jinetes detuvieron sus caballos delante del edificio que estaba frente al que ellos se encontraban.

-¡Mierda! -susurró el comerciante.

-¿Qué ocurre?-preguntó Isión.

Antes de que pudiera contestar, el caballero negro gritó.

-¡Tabernero! ¡Sal aquí! ¡He venido a cobrar la deuda que tienes con tu señor!

Menara vio que un vetusto cartel indicaba que aquel edificio era una taberna.

-¡Pobre Simón! -dijo el comerciante cabizbajo.

-¡No tengo todo el día! ¡Sal ahora mismo o te saco de ahí a rastras como el cerdo que eres, maldita sea!

Isión vio como la puerta de la taberna se abría lentamente y por ella salía un hombre no mucho mayor que él, alto, delgado y con aspecto aterrorizado.

-Vaya, por fin. Espero por tu bien que puedas saldar tu deuda.

-Esto es todo lo que tengo -dijo con voz temblorosa mientras le tendía una bolsa con monedas.

El caballero cogió la bolsa y vació su contenido sobre su mano enguantada.

-¿Es una broma? -dijo el caballero.

-Es todo el dinero que tengo -repitió el tabernero.

Sin mediar palabra, el caballero propinó un fuerte puñetazo en la cara al pobre hombre, que cayó al suelo desorientado. Menara miró a Isión. Estaba tenso, y su mano se había deslizado bajo su capa hasta llegar a la empuñadura de su espada. Apoyó una mano en su hombro, tratando de calmarlo.

El caballero propinó una fuerte patada en el estómago al hombre, que yacía indefenso en el suelo, seguida de otra en la cabeza.

-¡No por favor! ¡No sigáis!

La que gritaba era una mujer que salía corriendo de la taberna. Vestía una falda verde y una camisola blanca. Era una mujer morena, joven y bastante atractiva. El caballero se detuvo y se volvió hacia

ella.
-¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? ¿Quién eres?
La mujer se arrodilló junto al hombre, interponiéndose entre él y el caballero.
-Soy su mujer -dijo ella.
-¡Vaya, vaya! ¡Que calladito se lo tenía el tabernero! - dijo mirando con lascivia a la mujer.- ¡Mira tu por donde se me acaba de ocurrir una manera de saldar tu deuda.
-¡No! -dijo el hombre, que sangraba profusamente por la nariz.
-¡Sujetadle! -dijo a sus hombres mientras cogía a la mujer por el brazo y la obligaba a levantarse. - Su mujer y yo vamos a pasar un buen rato -dijo riendo.
-¡No por favor! ¡No! -gritaba la mujer- ¡Por favor, que alguien nos ayude!
Isión miró a Menara.
-Lo siento Menara, pero no puedo quedarme cruzado de brazos. Ella asintió. A pesar del riesgo que corrían, ella tampoco podía permanecer impasible ante aquella situación.
La mujer se resistía a entrar con él en la casa, pero con su resistencia sólo conseguía excitarlo más. Definitivamente, lo iba a pasar bien con ella.
Estaba a punto de entrar por la puerta cuando oyó una voz a su espalda.
-Soltadlos ahora mismo.
Cuando se volvió se encontró con un hombre joven, alto, de pelo rubio y constitución fuerte, y una mujer, que aunque debía haber pasado ya los cuarenta, aún conservaba una gran belleza. Ambos iban envueltos en unas capas grises de viaje, y ella se apoyaba en un cayado.
-¿Cómo dices? -respondió él despectivamente.
-Ya me has oído. Soltadlos o ateneos a las consecuencias.
El caballero no pudo contener una sonora carcajada. Aquellos dos mamarrachos se atrevían a desafiar a siete hombres armados y entrenados, y todo por defender a un desarrapado y su mujer.
-Nunca entenderé a estos campesinos. ¡Matadlos! -ordenó a sus hombres.
Los soldados desenfundaron sus espadas y empezaron a caminar hacia ellos.
Isión abrió su capa, mostrando su cota de malla y desenfundando su espada, al tiempo que empezaba a correr hacia los soldados, mientras Menara permanecía inmóvil, preparada para lanzar un hechizo.
Con un rápido movimiento de su brazo izquierdo, Isión desenfundó la daga que llevaba en el cinturón y la lanzó con habilidad y precisión, alcanzando al primero de los soldados en el cuello, que calló al suelo

agonizante.

Tres de los soldados restantes se encararon con Isión, mientras los otros dos se dirigían hacia Menara, aparentemente más vulnerable. Isión no esperó. Fintando con su cuerpo, esquivó con una facilidad pasmosa la primera estocada de sus atacantes, mientras su brazo describía un arco que alcanzó a uno de sus atacantes en el costado, penetrando mortalmente en la carne.

Rápidamente tiró de la espada para detener con ella otro ataque. Su brazo y su espada se movían a una velocidad increíble bloqueando con facilidad los golpes de los dos soldados que se le oponían.

Menara hizo un gesto y pronunció una palabra. De su mano salió un haz de energía azulada que impacto contra uno de los soldados, lanzándolo hacia atrás, con tal fuerza que voló por los aires y solo se detuvo cuando se estrelló brutalmente contra la puerta de una de las casas de la plaza. La puerta se partió por el impacto y el soldado quedó tendido en el suelo.

En ese momento, su segundo atacante descargaba su espada sobre ella, pero el hechizo de protección que había lanzado antes del combate detuvo el golpe. La espada del soldado se estrelló contra un escudo de fuerza invisible, rebotando sin rozar siquiera a Menara, momento que aprovechó ella para, volteando con destreza, fuerza y velocidad su bastón, golpearlo en la cabeza. Hubo un crujido de huesos, y el soldado se desplomó sin sentido.

Isión pasó al ataque. Quería terminar el combate con rapidez. Se concentró en el arma de uno de sus atacantes, la cual voló de sus manos ante el desconcierto de este, al tiempo que descargaba un potente golpe sobre el segundo de ellos. Este levantó su arma para bloquear el golpe, pero la espada de Isión partió la suya y siguió avanzando hasta alcanzarle mortalmente, en la zona de unión del hombro y el cuello, seccionando músculo, huesos y arterias. - Se acabó. No te muevas.-dijo apuntando con la espada al soldado desarmado.

Menara, avanzó pausadamente y se situó a su lado, su brazo derecho apoyado en su bastón, y la mirada fija en el caballero de ropaje negro. Este había desenfundado su espada, y amenazaba a la mujer con ella. La había colocado delante de él a modo de escudo humano, con el filo de su espada presionando sobre su garganta.

-No os mováis o la mato. -gritó el caballero visiblemente nervioso. Isión empujó al soldado desarmado para apartarlo de él y centró su atención en el caballero.

-Vaya -dijo Menara con voz pausada y suave, pero al mismo tiempo amenazante. - Parece que ahora no eres tan valiente. Te aconsejo que

sueltes a la mujer, y por tu bien, espero que no sufra ningún daño.
-¿Quiénes sois?¿De donde habéis salido? -preguntó nervioso el caballero, mientras retrocedía con la mujer hacia el lugar donde había dejado su caballo.

Isión se concentró de nuevo, estiró su brazo izquierdo y la espada del caballero saltó de su mano y voló hacia la suya. Justo en ese instante, percibió un movimiento a su izquierda.
-¡Cuidado Menara! -gritó.

Menara se volvió hacia donde miraba Isión. El soldado que había desarmado, aprovechando que no le estaban prestando atención, se había acercado a su caballo, cogido su ballesta y estaba a punto de disparar.

Menara levantó su brazo izquierdo.
-Sharak -susurró, justo cuando el soldado disparaba.

Era un hechizo sencillo. La flecha que volaba hacia ella, redujo su velocidad hasta detenerse y quedar suspendida en el aire a un metro de su mano. Entonces giró ciento ochenta grados y volvió por donde había venido a gran velocidad, hasta clavarse en el corazón del soldado.

Esos pocos segundos bastaron para que el caballero, libre de la atención de los dos extraños, soltara a la mujer, y llegara hasta su montura.

Menara había lanzado tres hechizos en muy poco tiempo. Necesitaba algo de tiempo para recuperar la energía necesaria para preparar uno que pudiera detenerlo. No llegaría a tiempo.
-Isión, detenlo. No podemos permitir que cuente lo que ha visto - dijo.

Isión entendió. Corrió hacia el caballero, pero este ya había montando y salía al galope de la plaza. Dobló la esquina y encaró la calle principal que conducía hacia las afueras del pueblo. Isión doblo la esquina detrás de él, y se detuvo. Jinete y montura habían puesto rápidamente tierra de por medio. Si Isión hubiese sido un simple guerrero, no tendría oportunidad de alcanzarlo. Ni siquiera un arquero avezado tendría muchas oportunidades. Pero Isión distaba mucho de ser de ser un simple guerrero.
-Te dejas esto -dijo.

Y acto seguido lanzó la espada del caballero como si fuera una jabalina. Se concentró en la espada, dirigiendo y acelerando su vuelo, hasta que esta lo alcanzó en la espalda, atravesando, peto, y cota de malla. El jinete cayó de su caballo, el cual, sin nadie que lo espoleara, se detuvo unos metros más allá. Isión se dio la vuelta y regresó a la plaza.

Allí Menara ayudaba a la mujer del tabernero a levantar a este, dolorido todavía por los golpes recibidos.

Unos pocos vecinos más habían irrumpido en la plaza, entre ellos

Ghadir.
-Gracias -dijo Simón a Menara e Isión. - Gracias por ayudarnos. Menara se dio cuenta de que algunos de los vecinos los miraban con recelo y susurraban entre ellos, hasta que uno de ellos habló en voz alta.
-¿Qué habéis hecho? Ahora vendrán más soldados y arrasarán el pueblo. ¡ Nos matarán a todos!
La mujer del tabernero -que se llamaba Nastia - respondió.
-¿Y que se supone que deberían haber hecho? ¿Lo que hemos hecho siempre?¿Mirar para otro lado mientras mataban a mi marido a golpes?¿Dejar que me violen, esperando que se vayan sin que nos toque a uno de nosotros? Pues os diré algo. Al final nos tocará a todos. Hoy hemos sido nosotros, pero mañana puedes ser tu, Kadir, o tu Yoshua. Al menos estos dos extranjeros han tenido el valor de defendernos. Algo que nunca hemos hecho nosotros. Los otros permanecieron en silencio. Isión y Menara, permanecían de pie en medio de la plaza, expectantes y en silencio.
-¿Qué vamos a hacer ahora? - preguntó otro.
-Yo os diré lo que haremos. - Ahora era Ghadir, el comerciante, el que hablaba. - Enterraremos los cuerpos donde nadie pueda encontrarlos. Cogeremos para nosotros todo lo que lleven de valor encima o en los caballos -dinero, armas, comida - y lo esconderemos bien. Abandonaremos los caballos en las montañas. Si alguien viene y pregunta, diremos que si, que estuvieron aquí. Que golpearon a Simón brutalmente, violaron a su mujer y se fueron con todo lo que encontraron de valor en su casa. Lo que les pasó al salir de aquí, lo desconocemos. -se volvió hacia Menara e Isión.- Gracias de corazón por vuestra ayuda, y espero que como muestra de agradecimiento aceptéis ser mis huéspedes esta noche. Mañana si queréis, podéis reanudar vuestro camino.
Isión miró a Menara, enviándole un mensaje mental. Esta asintió.
-Será un placer para nosotros ser tus huéspedes, pero antes os ayudaremos a llevar a cabo tu plan. - dijo él.
Así lo hicieron. Isión y Menara fueron a recoger sus monturas, y con ellas se encargaron de alejar del pueblo los caballos de los soldados y del caballero, claramente identificable por el escudo negro con el dragón rojo que a propósito dejaron sobre él.
-¿Por qué me has pedido que nos quedemos esta noche en casa de Ghadir? -preguntó Menara cuando cabalgaban de vuelta al poblado.
-Porque me ha dicho que quería hablar con nosotros.
-¿Cuándo? No te he visto hablar con él. -dijo ella.
-No ha necesitado hablar cuando me lo ha pedido. - respondió el. Menara no puedo evitar un gesto de sorpresa.
-Eso significa que...

-Si.

Ya de noche, compartieron una agradable comida con Ghadir. Estaban sentados a la mesa, en una pequeña habitación de la casa de este. En la chimenea ardía un fuego que además de servir para cocinar, caldeaba la habitación, manteniendo una temperatura confortable en la estancia.

-Así que todavía queda algún miembro del Pentágono -dijo Ghadir al fin, mientras les servía un caldo caliente.

-Apenas un puñado, -dijo Menara - y desde luego, los que quedamos somos sólo una sombra de lo que la Orden fue en el pasado. ¿Y tu? ¿Cuál es tu historia? ¿Cómo ha terminado un Caballero del Dragón en este pueblo?

-Bueno, no creo que ese calificativo sea el correcto. Me encaja mejor el de Iniciado, pero gracias de todas maneras. - hizo una pausa antes de continuar- Mis habilidades se manifestaron muy tarde. Tenía dieciocho años cuando fui a Aylandir.

Isión y Menara se miraron.

-Apenas llevaba tres meses como Iniciado en la Orden cuando estalló la guerra. En ese corto periodo, sólo tuve tiempo para aprender a manejar la espada, a comunicar mensajes telepáticos simples y a mover pequeños objetos. Cuando el ejército del enemigo nos atacó, no tuvimos la más mínima oportunidad. Hechiceros, Caballeros, Montaraces, aprendices, soldados... Todo el que estaba en la ciudad fue exterminado. Luché lo mejor que pude hasta que sentí un fuerte dolor en el hombro y perdí el conocimiento. Cuando desperté, sólo había muerte a mi alrededor. Tenía un corte profundo en el hombro, pero estaba curando. A mi lado descubrí el cuerpo de una Sanadora, con una flecha negra en su corazón. Deduje que ella debió curarme, y eso le costo la vida. De no ser por ella yo habría muerto allí. Vagué por la ciudad buscando alguien con vida. Era una verdadera carnicería. - Ahora su mirada estaba perdida mientras recordaba aquello.- Mujeres, niños... No quedó nadie. Mis padres también murieron allí, junto a mi hermana. Lo que ocurrió en los meses siguientes ya lo conocéis. Durante ese tiempo recorrí Adasam, escondiéndome del enemigo al tiempo que buscaba algún superviviente de la Orden, pero allá donde iba, siempre se repetía lo mismo. Una a una, las ciudades libres habían sido sometidas al dominio de los Señores Tenebrosos, y todo miembro de la Orden, aniquilado sin piedad. Finalmente, perdida toda esperanza me instalé aquí. Desde entonces he vivido, o más bien malvivido, bajo el yugo del enemigo y ocultando a todos lo que en realidad soy,

Ghadir terminó su relato y los tres quedaron en silencio. En la pequeña habitación solo se oía el crepitar del fuego.

-Desde la guerra no había tenido noticias de ninguno de vosotros,

hasta hoy -continuó Ghadir en un tono un poco más distendido- Habéis tenido suerte. Mientras estabais fuera con los caballos hablé con mis vecinos. Ninguno dirá nada de lo que han visto. Tienen miedo, pero saben que lo mejor para ellos es no hablar.
-¿Y por qué iban a hablar? Les hemos salvado ¿no? -dijo Isión
-Hoy si. Pero ¿y mañana? ¿Estaréis aquí para protegerlos? Algunos venderían a su madre por unas monedas, o por salvar su pellejo. No me entendáis mal. Son buena gente, pero la necesidad, el sufrimiento y el miedo lleva a algunos a la desesperación. Serían capaces de cualquier cosa por salvar a su familia.
-Entiendo.

Ghadir hizo una pausa, como sopesando sus próximas palabras.
-¿Dónde habéis estado todo este tiempo? ¿Por qué habéis abandonado a la gente? - en su voz no había reproche, solo amargura y pesar.
-Ya te he dicho que solo somos un puñado. No podíamos enfrentarnos al enemigo abiertamente. Habríamos sido aniquilados, como el resto de la Orden. Teníamos que esperar nuestra oportunidad.- dijo Menara.- Y ahora puede que haya llegado el momento.

Los ojos de Ghadir se abrieron mostrando sorpresa por las palabras de Menara.
-¿Qué quieres decir? - preguntó.
-No puedo decirte mucho más, sólo que ahora tenemos una esperanza. Por eso estamos aquí. Tenemos una misión que cumplir, de la que dependen en gran medida nuestras posibilidades. Si tenemos éxito, habrá llegado el momento de luchar.
-Si eso es así, me gustaría ayudar. Gracias a mi profesión de comerciante, conozco a gente de aquí y los alrededores que no dudaría en luchar si supieran que al menos hay una mínima oportunidad de vencer. Algunos fueron soldados.

Menara se quedó pensativa. En su cabeza empezó a fraguarse una idea.
-Si de verdad quieres ayudar, creo que sé como puedes hacerlo.

Menara, poco a poco empezó a explicar su idea a Isión y a Ghadir, el cual, y a pesar de los riesgos que entrañaba dicha idea estuvo de acuerdo.

Cuando Menara terminó de exponer su plan, Gahdir sacó un vieja botella de debajo de una tabla suelta del piso.
-Guardaba esto para una ocasión especial -dijo vertiendo el contenido de dicha botella en unos pequeños cuencos de madera. - Es vino de Rhiero, de la última añada que dio esa tierra.

Dejó la botella en la mesa y cogió su vaso.
-Bebamos por la esperanza de un futuro mejor.

Bebieron y charlaron durante un rato más, ultimando detalles, hablando de tiempos pasados y del futuro, hasta que por fin, cansados,

se retiraron a dormir.

Cuando se acostó junto al fuego, Menara se dijo a sí misma que aquello no había hecho más que empezar y que tenían un largo camino que recorrer. Ellos habían dado esperanza a Ghadir, pero también él a ellos, la esperanza de saber que no estaban solos, que todavía quedaba gente dispuesta a luchar.

37.

- ¿Estás segura de que no te has perdido? - bromeó Konrad.
-¿Has oído alguna vez de algún montaraz que se pierda en un bosque? -respondió Nihué.

Había pasado una semana desde que se separaron de Menara e Isión. Por encima de ellos, Nidhul, que había regresado dos días antes de una infructuosa búsqueda, sobrevolaba vigilante. Menara sentía su presencia, y fugazmente, entre las copas de los árboles del frondoso bosque, podían distinguir su majestuosa figura. Seguían avanzando en dirección noroeste, pero hasta ahora no habían tenido mucha suerte.

Estaban atravesando el bosque de Dorhein. Aquella noche sería tranquila, pero la noche siguiente Dhué brillaría y los merodeadores saldrían de caza. Querían atravesar el bosque antes de que eso ocurriera, -era preferible evitar encuentros innecesarios- por lo que avanzaban a buen ritmo.
-Si, desde luego serías la primera.-continuó Konrad. - Espero que....

Konrad se interrumpió al ver como cambiaba la expresión de la cara de Nihué. Sus ojos habían adoptado la misma forma que los de Nidhul. Este había visto algo, y fuera lo que fuera, ahora también lo veía Nihué.
-Nos vigilan - susurró Nihué. Sus ojos habían recobrado su aspecto normal y ahora escrutaba los árboles a su alrededor. - Cinco hombres y una mujer. Armados con arcos. En las copas de los árboles, allí.. .allí ... y allí -indicó a Konrad con su mirada. Konrad miró hacia donde le indicaba Nihué. Enseguida los localizó.
-No son peligrosos. Si nos atacan, defiéndete, pero procura no hacerles daño. -dijo Konrad.

Nihué entendió.

Justo en ese momento la mujer saltó desde la copa del árbol al suelo, varios metros delante de ellos. Era una mujer de mediana edad, quizá rondando los cuarenta, delgada, de estatura media y pelo moreno que llevaba recogido en una coleta. Se movía con agilidad y seguridad. Llevaba un arco en la mano, y a la espalda un carcaj repleto de flechas Vestía como un guardabosques, aunque sus ropas estaban raídas. Konrad y Nihué detuvieron sus monturas.
-Vaya, que sorpresa. - No suelen pasar muchos viajeros por aquí, pero a fe mía, que vuestra visita es bien recibida - dijo la mujer sonriendo.
-¿Quién eres? - preguntó Konrad
-Eso no te importa, pero si tienes curiosidad, te basta con saber que soy la persona que se va a quedar vuestros caballos, vuestra comida y

todas vuestras pertenencias. Si hacéis lo que os digo conservaréis vuestra vida.
-¿De verdad? -dijo Konrad sonriendo- ¿De verdad crees que tu y tus cinco amigos vais a ser capaces de robarnos?
-Bajad de los caballos ahora si no queréis que os acribillemos.
-Venid a bajarnos -respondió Konrad.

En ese momento, Nidhul descendió silencioso entre los árboles y se precipitó contra la copa de un árbol, atacando a los dos arqueros que allí estaban apostados.

De los árboles vecinos, salieron tres flechas dirigidas hacia ellos, pero nada más ser disparadas, y ante el asombro de los arqueros, las flechas perdieron velocidad, y a mitad de su recorrido, se detuvieron, quedando suspendidas en el aire. Luego giraron y volvieron por donde habían venido, deteniéndose de nuevo en frente de ellos.

Al mismo tiempo, y con una rapidez increíble, Nihué había empuñado su arco y cargado en él una flecha, con la que apuntaba a la mujer, que a su vez intentaba cargar el suyo.
-Ni siquiera lo intentes -dijo ella- Soltad las armas ya.

Konrad permanecía concentrado en los tres proyectiles que apuntaban a los arqueros, mientras que Nidhul mantenía a raya a los otros dos, que ya habían dejado caer sus arcos. El resto, hizo lo que Nihué les indicaba. Ella desmontó de su caballo, y recogió los arcos que habían dejado caer. En ese momento, las flechas que, amenazantes, seguían suspendidas frente a ellos cayeron al suelo.

Nihué levantó su brazo derecho y Nidhul, abandonando a aquellos pobres desgraciados, voló para posarse sobre él.
-Ahora bajad de los árboles -dijo Nihué.

En ese momento, un gran lobo gris apareció de entre los árboles corriendo hacia Nihué.
-¡Grishu, no! -gritó la mujer.

Nihué, se giró hacia el gran lobo, el cual empezó a detener su carrera poco a poco, hasta detenerse junto a ella. Se arrodilló junto al bello animal y empezó a acariciarle el lomo.
-Buen chico -dijo
-¿Pero como..? -preguntó la mujer.
-Digamos que mi relación con los animales es un poco más profunda que la que tenéis los guardabosques.
-¡Eres una Montaraz! -dijo la mujer.
-Y tu debes ser o un Hechicero o un Caballero de Dragón - dijo uno de los hombres que había bajado del árbol.
-Lo segundo -dijo Konrad.
-Perdonad, de haber sabido quienes erais nunca habríamos intentado atacaros -dijo él.

Era un hombre de avanzada edad -debía rondar los sesenta -, de

pelo cano y con una corta barba blanca, pero que todavía conservaba el físico atlético de un hombre más joven.
-Me llamo Rakmir, y ella es mi sobrina Alawun. - el hombre presentó al resto de componentes del grupo.- Por favor, aceptad nuestras disculpas. Nos sentiríamos honrados si aceptaseis nuestra hospitalidad y nos acompañaseis a nuestra humilde morada. Pronto anochecerá y os aseguro que estaréis más confortables con nosotros.
-Agradecemos vuestra invitación, pero ¿quien me asegura que no nos desvalijaréis mientras dormimos? ¿Por qué habríamos de fiarnos de vosotros? -preguntó Nihué.
-Porque mi padre y mi hermano -ahora era Alawun la que hablaba eran Montaraces.

Nihué miró a Konrad. Este tras mirar a la mujer durante unos segundos, asintió levemente.
-Será un honor para nosotros aceptar vuestra invitación.

Nihué y Konrad se dejaron guiar por sus nuevos amigos. Avanzaban a pie, guiando a sus monturas de las riendas. Alawun y Rakmir caminaban a su lado. Durante el trayecto estos les contaron someramente su historia.

Pertenecían a una familia de guardabosques. Habían crecido y vivido en contacto con la naturaleza y los habitantes del bosque. Su trabajo era el de vigilar las zonas boscosas que los antiguos señores, manteniéndolas libres de cazadores furtivos o proscritos. Vivían en pequeñas cabañas, en grupos reducidos de no más de dos o tres familias. De entre todos ellos, el padre de Alawun -y hermano de Rakmir- primero, y su primogénito después- el hermano mayor de Alawun- habían sido agraciados con el don propio de los montaraces.

«- Mi padre llevaba varios años en la orden cuando mi hermano ingresó como Iniciado.- les había contado Alawun.- Aun recuerdo lo orgulloso que se sintió mi padre el día que mi hermano ingresó en la orden para empezar su formación. Recuerdo lo celosa que estaba. Quería ser como mi hermano, que mi padre sintiera el mismo orgullo por mi que por él, pero yo no tenía las cualidades. Al poco tiempo estalló la guerra. Mi padre y mi hermano, como tantos otros murieron luchando. Como Montaraces y miembros de la orden, no hubo piedad para ellos. Yo tenía dieciséis años por entonces, y mi tío se ocupó de mí y de mi madre. El me enseño a moverme por el bosque, a seguir rastros a entender a los animales, tirar con el arco.

Seguimos viviendo en el bosque y sólo íbamos a la ciudad cuando necesitábamos algo de allí que no podíamos obtener del bosque. Hasta que el bosque también dejó de ser un lugar seguro. Un día, cuando mi tío y yo volvíamos de la ciudad oímos gritos que venían de nuestro pequeño asentamiento. Cuando llegamos fue demasiado tarde. Un par de rastreadores habían atacado a los que allí estaban. Mi madre y las

otras dos familias fueron asesinadas. No tuvieron ninguna oportunidad.

Cegados por la ira atacamos a los rastreadores. Era la primera vez que veíamos a esos seres y no sabíamos a lo que nos enfrentábamos. Creímos poder matarlos con un certero disparo, pero enseguida descubrimos lo equivocados que estábamos. Abatimos a uno con nuestras flechas, aprovechando la sorpresa. Aún así, necesitamos cinco blancos mortales para acabar con él. Cualquiera de aquellos disparos habría matado a un hombre normal, pero esas bestias... Tuvimos que huir del otro y sólo después de varias horas conseguimos perderlo.

Aquella noche fue la primera noche que Dhué, hasta entonces la luna blanca, se tiño de rojo, y la primera noche que vimos a los Merodeadores. Al oír su aullido se me heló la sangre. Aquello no era un lobo gris, y no se como, sentí que corríamos peligro. Le dije a mi tío que nos escondiéramos en la copa de un árbol, y gracias a ello conseguimos evitarlos. Desde allí, inmóviles y conteniendo la respiración, pudimos verlos por primera vez. Pronto aprendimos a evitar a rastreadores y merodeadores. El bosque era nuestro hábitat, y no íbamos a permitir que aquellas bestias nos echaran de él.

Con el paso del tiempo descubrimos que mucha gente huía de la ciudad al bosque, familias enteras. Preferían intentar sobrevivir en el bosque, a pesar de los peligros, que quedarse en la ciudad indefensos ante los soldados y caballeros fieles al Nigromante, bajo el gobierno de uno de los Señores Tenebrosos. Fuimos recogiendo a todo aquel que encontrábamos por el bosque, y con él tiempo hicimos correr la voz de la existencia de nuestra pequeña comunidad en las poblaciones cercanas, siempre a amigos o familiares, que a su vez se lo decían a otros, hasta ahora. Recorremos el bosque en busca de más gente, que desesperada huye hacía aquí, pero hoy os encontramos a vosotros. Al ver vuestros caballos y vuestras armas, supusimos que erais vasallos del Nigromante, así que decidimos robaros, y así al menos recuperar algo de lo que nos había sido arrebatado.» Konrad y Nihué habían escuchado con atención el relato de Alawum. Durante el trayecto, Alawun había saludado a un par de hombres ocultos en distintos árboles, que según les explico, eran centinelas. Habían establecido un perímetro de seguridad, con guardias permanentes alrededor de su asentamiento. Los cuatro hombres que acompañaban a Alawun y Rakmir se quedaron atrás.

- ¿Qué hacen tus amigos? ¿No vienen? - pregunto Konrad.

-Ahora vienen. Primero tienen que borrar nuestro rastro. Si alguien, o algo, consiguiera rastrearnos, aquí perdería la pista.

-Entonces, ¿Cuánta gente forma vuestra comunidad? -preguntó Konrad

-Bueno, somos ya más de seiscientas personas.

-¿Seiscientas personas? ¿Pero como hacéis para manteneros a salvo de

rastreadores y merodeadores?
-Podéis verlo por vosotros mismos. Hemos llegado. Konrad y Nihué miraron a su alrededor, pero no vieron nada.
-¿A dónde hemos llegado? Yo no veo nada - dijo Nihué.
-No estáis mirando en la dirección correcta. Mirad allí -dijo Rakmir señalando hacia arriba.

Nihué y Konrad miraron hacia donde les señalaba Rakmir, y lo que vieron los dejó boquiabiertos. Nunca habrían imaginado algo así.
-Bienvenidos a nuestra pequeña ciudad.-dijo Alawun

Allí arriba, entre las ramas y semiocultas había decenas de pequeñas viviendas de madera. Cada una de ellas estaba asentada sobre plataformas de madera formados por troncos, que parecían balsas en un mar de ramas y hojas verdes. Cada plataforma estaba unida a otras mediante puentes colgantes, de cuerda y madera. Tanto las cabañas como los puentes estaban cubiertos con enredaderas, cuyas hojas eran un camuflaje ideal. Si no les hubieran dicho que allá arriba había toda una ciudad, habrían pasado de largo sin percatarse de ello.
-Bueno, usaremos una de las entradas para animales -dijo Rakmir mirando a los caballos.

Alawun se llevó dos dedos a la boca y silbó con fuerza. De entre los árboles empezó a descender una enorme plataforma sobre la que había una amplia construcción de madera. Cuando la plataforma llegó hasta el suelo, vieron que estaba suspendida de cuatro enormes sogas.
Subamos -dijo Rakmir.

Subió a la plataforma y abrió la puerta de lo que descubrieron era un establo. Dentro vieron que había tres cabras y dos ovejas.
-No está pensado para animales tan grandes, pero creo que puede valer.

Hicieron entrar a los animales en el establo, y ellos cuatro se quedaron fuera. La plataforma volvió a ascender de nuevo, lentamente.
-¿Cómo funciona? -preguntó Nihué.
-¡Oh!, no tiene ningún misterio. Únicamente usamos un sencillo sistema de poleas para poder mover fácilmente grandes pesos.
-¿Poleas? - dijo Nihué incrédula.
-Vaya Nihué -dijo Konrad- parece que no estabas muy atenta durante las clases de Grovan, ¿no?

Finalmente la plataforma se detuvo a una altura no muy elevada, donde confluían varios puentes colgantes. Bajo ellos, pudieron ver como apareció una cortina de hojas que dejaba oculta la plataforma a cualquiera que observara desde el suelo
-Seguidme -dijo Rakmir.

Atravesaron varios puentes y plataformas siguiendo a sus anfitriones. Las plataformas y viviendas estaban a distintos niveles,

pero según pudieron comprobar, aquello era un poblado en toda regla. Había varias zonas para animales donde tenían ovejas, cabras y gallinas, que les proporcionaban leche, huevos, carne y lana. Además, tenían graneros donde almacenaban frutos silvestres que recogían del bosque y grano de unas pequeñas plantaciones que tenían en suelo firme no muy lejos de allí, y hasta un pequeño molino donde hacían harina.

-Como veis, tenemos todo lo necesario para subsistir. Además de todo esto, en el bosque podemos cazar, y a algo menos de un kilómetro de aquí pasa el río, que además de ser nuestra fuente de agua -junto con la lluvia -, tiene abundante pesca.

-Veo que lo tenéis todo organizado.

-Si. Aquí todo el mundo trabaja para subsistir. Todo el que sabe manejar armas está encargado a tareas de vigilancia, exploración, caza. Tenemos carpinteros que realizan las construcciones que veis, campesinos que trabajan nuestros pequeños campos, granjeros que cuidan de los animales y su explotación, pescadores y aguadores, gente dedicada a la recolección de frutos silvestres, un molinero y hasta un par de panaderos. Nos ha costado años y mucho sacrificio vivir como vivimos ahora. Aquí tenemos libertad y un cierto grado de tranquilidad, aunque nunca se puede bajar la guardia.

Finalmente Rakmir y Alawun se detuvieron en una de las plataformas, frente a una de las pequeñas construcciones de madera

-Hemos llegado. Bienvenidos a nuestro pequeño hogar. Entraron en la pequeña cabaña, por una puerta de pequeñas dimensiones. El interior estaba constituido por una única estancia de apenas quince metros cuadrados y en la que Konrad, debido a su altura, debía permanecer ligeramente encorvado para no golpearse con el techo. En la pared del fondo había una pequeña ventana, bajo la cual había dos estrechos jergones cubiertos por unas gruesas mantas de lana. A la derecha, una chimenea, y a su lado un estante de madera de poco más de un metro de ancho, que iba desde el suelo hasta el techo. En él había diversos alimentos, cantimploras con agua, cuchillos y otros utensilios de cocina. El resto de mobiliario se reducía a un pequeño barril con agua para asearse y a un par de cojines que utilizaban para sentarse cuando comían allí.

Alawun y Rakmir se despojaron de sus arcos, carcajs y los largos cuchillos que llevaban en la cintura y los depositaron en una balda a la izquierda de la puerta.

-Como veis no es muy amplio, pero prácticamente solo entramos aquí para comer y dormir. Después de cenar con nosotros podréis descansar en una de las cabañas construidas que tenemos vacías. Como ya os he dicho, nuestra comunidad crece poco a poco, y es bueno estar preparados. Ahora poneos cómodos, por favor.

Un rato después, los cuatro disfrutaban junto al fuego de una nutritiva cena compuesta por pan, huevos, queso -que ellos mismos elaboraban - frutos y un poco de leche.
-Bueno, ¿y vosotros? ¿Cuál es vuestra historia? -preguntó Rakmir- Creía que no quedaba ninguno de vosotros.
-Cuando nuestro último reducto cayó, solo unos pocos pudimos escapar. Fue una lucha desigual. Al final, el propio Mathue, junto a los otros cuatro Maestros de la Orden, se enfrentaron al enemigo. Su sacrifico nos dio el tiempo suficiente para que nosotros y algunos más, pudiéramos huir. Desde entonces, al igual que vosotros, hemos permanecido ocultos, esperando y preparándonos- contestó Konrad.
-¿Preparándoos para que? -preguntó Alawun.
-Para el momento en que podamos levantarnos contra el opresor - dijo Nihué.
-¿Cómo? ¿Habláis en serio? -preguntó Rakmir sorprendido. Konrad asintió.
-Así es, pero antes de eso tenemos que llevar a término una misión de la que depende el futuro de nuestro mundo. Si fracasamos, no tendremos ninguna oportunidad. Por eso estamos aquí.
-¿Y en que consiste esa misión? -preguntó Alawum.
-Es demasiado complicado. Además, creedme si os digo que es mejor que no lo sepáis. -dijo Konrad.
-Pero si tenéis éxito, ¿lucharéis contra el enemigo? -volvió a preguntar Alawun.
-Muy probablemente -respondió Konrad.
-Si eso es así -dijo Alawun - podéis contar conmigo para la lucha. Konrad sonrió
-Toda ayuda será bien recibida.
-Podéis contar con nosotros -dijo Rakmir - Y... o mucho me equivoco, o también podéis contar con todos los que viven aquí. Terminaron de cenar, y después de otro rato de charla, hablando sobre el presente, pasado y futuro, decidieron irse a descansar.

Se levantaron para ir con Rakmir a la cabaña donde pasarían la noche, cuando al salir, algo llamó la atención de Konrad, algo en lo que no había reparado cuando entraron.

Sobre el estante donde Alawum y Rakmir habían dejado sus armas, había un par de extraños objetos. Konrad se acercó para observar más de cerca.
-¿Qué es esto? - preguntó.

Había cogido una especie de estrella de seis puntas, muy afilada y con unos extraños símbolos grabados en ella que no conseguía descifrar. No era ningún tipo de escritura conocida por él. A su lado había un objeto con forma de prisma, metálico, de color negro y abierto por arriba. Este también tenía símbolos similares grabados,

que al igual que los anteriores le resultaban totalmente ininteligibles.
-No lo sé -dijo Alawum- Lo encontramos en el bosque hace un par de días.

Konrad y Nihué se miraron.

-¿Podrías indicarnos el lugar exacto dónde lo encontrasteis? - preguntó Konrad.

-No demasiado lejos. A poco más de media jornada de aquí, siguiendo el río. Allí hay una vieja cabaña abandonada. Encontramos varios merodeadores muertos en sus inmediaciones. Uno de ellos tenía clavado esto. El otro objeto lo encontramos en el suelo. -dijo Alawum- Fueran quienes fueran los dueños de esto, se llevaron por delante a varios merodeadores. A juzgar por las huellas eran un grupo numeroso, pero no conseguimos encontrarlos. Cuando encontramos esto ya hacía unos días que habían abandonado el lugar.

-¿Sabrías llevarnos hasta el lugar donde encontrasteis esto? - preguntó Konrad.

-Si ¿por qué? ¿Es importante? -preguntó Rakmir.

-No lo sé, pero podría serlo.

-Entonces partiremos al amanecer. Ahora será mejor que descansemos.

Dicho lo cual, los acompañaron a una cabaña similar a la de Rakmir y Alawum, donde habían dispuesto un par de jergones.

-Buenas noches -dijo Rakmir- Os vendremos a buscar en cuanto despunte el sol.

-Estaremos preparados -dijo Konrad.

-¿Crees que pueden ser ellos?- preguntó Nihué cuando se quedaron solos.

-Eso espero, Nihué. En cualquier caso, es la primera pista que encontramos en días.

Así, con esperanzas renovadas ambos se retiraron a descansar. Sin la necesidad de hacer guardias y sabiéndose seguros en el corazón de aquel increíble poblado, pronto se sumieron en un profundo sueño.

38.

- Este es un buen sitio para descansar- dijo Alejandro mirando al resto del grupo.

Se dejaron caer sobre la hierba, contentos de tener unas horas de respiro. Habían tardado dos días en poder llegar hasta el nivel del río, y la larga caminata y la escasez de comida había hecho mella en ellos. Estaban cansados y hambrientos.

Además, la última noche había sido terrible para todos ellos. Había sido noche de luna roja, la temperatura había descendido bruscamente, y por miedo a llamar la atención de los lobos no habían hecho fuego. El frío y la tensión les había impedido descansar, por lo que los ánimos estaban por los suelos. Dos horas después, el ambiente ya era distinto. Habían pescado en abundancia, y los frutos no escaseaban, por lo que, a pesar de lo limitado de la dieta, comieron hasta saciarse. Después de descansar un rato más reanudaron la marcha. Ahora avanzaban a buen ritmo, ya que el terreno era mucho más favorable. El angosto desfiladero por el que habían descendido y por el que transcurría serpenteante el río, se había convertido primero en un valle, hasta finalmente llegar a campo abierto.

-¡Mirad! - exclamó Alejandro de pronto.

Todos volvieron su mirada hacia donde señalaba Alejandro, pero no vieron nada.

-¡Allí!¿No lo veis?¡Una ciudad!

-Yo no veo nada -dijo Marta situándose junto a él.

-Os digo que allí hay una ciudad -dijo Alejandro -¡Vamos, en marcha!

Echó a andar con Marta a su lado, acelerando el ritmo de marcha. Alicia y Lucía iban detrás, y cerraban el grupo Ricardo, Hugo y Cristina. Los dos chicos parecían haber limado las iniciales asperezas con la hermosa joven durante los últimos días de viaje, sobre todo, debido al cambio de actitud de ella.

Durante esos días Cristina había visto como, a pesar de su hostilidad inicial hacia ellos, aquellos dos no habían dudado en arriesgar su vida para protegerla. Aun recordaba como Ricardo - Oso, como ya lo llamaban todos- se había interpuesto entre uno de aquellos enormes lobos y había luchado con él cuerpo a cuerpo y sin armas, hasta matarlo, demostrando tener una fuerza y un valor fuera de lo común. Ahora se sentía culpable por el desprecio con que los había tratado, y aunque no había sido capaz de disculparse -eso era algo a lo que no estaba acostumbrada - se estaba esforzando en ser más agradable con todos ellos. Formaban un grupo en el que imperaba la camaradería.

Incluso en la situación en la que estaban, entre ellos reinaba el buen humor - exceptuando la tensión entre Alicia y Alejandro, de la cual desconocía el motivo-, se apoyaban y se ayudaban los unos a los otros. Y la habían aceptado como una más del grupo, excepto Lucía, que, no sabía muy bien por qué, seguía mostrando cierta animadversión hacia ella.
-Quizá está preocupada por su hermano -pensó Cristina- Ojala que Hugo tenga razón y podamos encontrarlo a él y a Sylvie.
-Espero que Alejandro tenga razón - dijo en voz alta a Hugo.- Estoy deseando darme una ducha en condiciones y cambiarme de ropa. Debo tener una pinta horrible.
-Yo te veo muy bien -dijo Hugo con una media sonrisa pícara.
-Gracias -dijo ella.
-No le des las gracias -dijo Lucía con tono irónico - Eso se lo dice a todas.
-No la hagas caso -dijo Hugo -, lo que pasa que se pone celosa porque hasta ahora sólo le había echado piropos a ella.
-Si, seguro -replicó Lucía.
Un par de horas después, y aunque todavía les quedaba un buen trecho de camino, todos podían distinguir claramente la ciudad.
-¿Pero qué ...? -dijo Hugo.
Allí a lo lejos, había una ciudad de casas bajas, rodeada por una gran muralla. La ciudad se extendía sobre una considerable superficie de terreno. En el centro, se erguía lo que parecía un gran castillo de altas torres.
-Parece una ciudad medieval. Una especie de mezcla entre Ávila y Olite -dijo Lucía recordando sus visitas a ambas localidades.
-Algo me dice que las sorpresas no han terminado -dijo Marta.
-Será mejor que lo averigüemos. Si nos damos prisa podemos llegar antes de que oscurezca.-dijo Alejandro.
El sol se escondía en el horizonte tiñendo de tonos rosados y anaranjados las negras nubes que, como cada día, cubrían el cielo. Estaban ya en la afueras de la ciudad, y como ya esperaban, se habían encontrado con una nueva sorpresa. Durante la última parte del trayecto habían avanzado en silencio, atónitos ante lo que tenían ante ellos. No había ni rastro de carreteras, autopistas...nada. Únicamente había un gran camino de tierra que llevaba a la ciudad amurallada y por el que ahora caminaban.
El río pasaba junto a la ciudad, rodeándola por el sur -o lo que al menos ellos pensaban que era el sur-. Varios puentes, de piedra y de madera, cruzaban por encima del río para permitir el acceso a la ciudad. Desde él río, y hacia el interior de la ciudad había varias canalizaciones que se colaban por pequeñas aberturas enrejadas en la base de la muralla. Esta era mucho más alta y gruesa de lo que

parecía, construida con piedras de tonos gris oscuro y negro, al igual que el castillo, que se levantaba imponente y amenazante, sobre toda la ciudad.

Tanto en los torreones del castillo como en los cubos de la muralla ondeaban pendones totalmente negros, sobre el que destacaba la figura de un dragón rojo como la sangre.

-Este lugar me da escalofríos -dijo Hugo. - No me gusta nada. Alejandro miró a su amigo y se quedó meditando sobre el significado de sus palabras.

A las afueras de la ciudad, en el exterior de la muralla, había un pequeño cinturón de casuchas de madera, aunque el núcleo importante de viviendas parecía estar en el interior. También divisaron varias entradas al recinto amurallado, una de ellas justo al final del camino que ahora iban siguiendo.

Ninguno dijo nada. No eran necesarias las palabras. El desconcierto y la incertidumbre volvían a hacer acto de presencia.

-¡Mirad! -dijo Cristina - ¡Allí hay gente!. Efectivamente, en el exterior vieron varias personas caminando.

-Salgamos de dudas de una vez - dijo Alejandro. - Vamos a ver si alguien nos puede explicar donde coño estamos.

Se dirigieron hacía allí, pero para su sorpresa, la gente que los veía los miraba con extrañeza primero y con miedo después, para finalmente salir corriendo en dirección contraria.

-¡Un momento! ¡Solo queremos hablar con usted! -gritó Hugo.

-¿Os habéis fijado en su ropa y aspecto? - preguntó Marta.

-Como para no fijarse -contesto Ricardo.

Los hombres y mujeres con los que se habían cruzado llevaban ropas de campesino, de la época medieval. Algunos iban descalzos, otros llevaban por todo calzado telas atadas a la pantorrilla, y solo algunos calzaban unas rudimentarias botas de piel y casi todos presentaban un aspecto sucio y desaliñado.

Siguieron avanzando entre las casuchas hacia la puerta de entrada, cuando vieron a una niña de unos nueve o diez años, que inmóvil en medio de la calle los observaba fijamente. Junto a ella, cogido a su mano, había un niño de no más de seis años. Sus ropas, que eran prácticamente harapos, su cara sucia, el pelo enmarañado y su delgadez no dejaban lugar a la duda sobre la pobreza en la que debían vivir.

La niña se dirigió a ellos, abrió la boca y empezó a hablar en un idioma extraño, que ninguno de ellos había oído antes.

-¿Qué ha dicho? - preguntó Marta.

-Ni idea. No he entendido nada -dijo Ricardo.

-Ni yo -dijo Cristina.

-Ha dicho «Hola forasteros ¿podéis darnos algo para comer?» - dijo

Lucía.
-Si. Yo también lo he entendido. -dijo Hugo.
-Y yo. - dijeron Alejandro y Alicia

Marta, Cristina y Ricardo se quedaron mirando al resto del grupo.
-No preguntéis -dijo Lucía - No sé como, pero lo he entendido, y os aseguro que no sé en que idioma habla. Es la primera vez que lo oigo.

Lo mismo les ocurría a Alicia, Hugo y Alejandro.

Lucía le pidió su mochila a Alejandro y se acerco a la niña. Se acuclilló frente a ella y entonces ocurrió algo más extraño aún.
-Hola bonita. ¿Cómo os llamáis? - preguntó, pero lo hizo en el mismo idioma que había hablado la niña. No sabía como había ocurrido. Había pensado y articulado las palabras en castellano, pero el resultado fue que los sonidos que salieron de su boca fueron en aquel extraño idioma.
-Me llamo Katrina -dijo ella.- Y este es mi hermano, Moonrar.
-Hola Katrina - yo soy Lucía. - No tenemos gran cosa, pero espero que esto os guste.

Lucía abrió la mochila de Alejandro y sacó unos cuantos frutos y moras y se los entregó a los niños.

La mirada de la niña se iluminó de alegría y Lucía sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Aquellos pobres niños debían tener tanta hambre que hasta aquellos escasos alimentos que les ofrecía les parecían un manjar. Hugo se situó a su lado.
-Hola Katrina, hola Moonrar -dijo también en aquel extraño idioma - Yo me llamo Hugo- ¿Vivís aquí?

La niña asintió.
-¿Puedes decirnos donde estamos? La niña los miró con extrañeza.
-Nos hemos perdido y no sabemos en que ciudad estamos -dijo Hugo.
-Estáis en Nishuen.
-¿Nishuen? - preguntó Hugo.
-Creo que estamos como al principio -pensó Alejandro.
-¿Sabes de algún lugar donde podamos pasar la noche? - preguntó Lucía.
-Si. Entrando por esa puerta -dijo señalando hacia uno de las entradas a la muralla - hay una posada a unos trecientos o cuatrocientos metros. Pero daos prisa. En unos minutos cerraran las puertas.

Hugo, que seguía observando a los niños, preguntó:
-¿Vosotros vivís por aquí cerca?
-En una de aquellas casas de allí -respondió Katrina señalando un pequeño grupo de destartaladas casas de madera.
-¿Y vuestros padres? - preguntó Hugo.
-Los soldados se los llevaron.
-¿Los soldados? ¿Qué soldados? -dijo Lucía.
-Entonces ¿quién cuida de vosotros? -preguntó Hugo.

-Yo cuido de mi hermano y de mi -dijo la niña levantando la barbilla - Ahora tenemos que irnos.
-¡Esperad! -dijo Hugo
Pero los niños ya corrían hacia las casas de madera.
Alejandro siguió con la mirada a los chiquillos mientras corrían calle arriba.
-¿Alguien puede explicarnos que ha pasado? -preguntó Marta. Lucía les explicó rápidamente la conversación con los niños y lo que había ocurrido.
-¿En que clase de sitio estamos? -dijo Alicia.
Hugo sabía perfectamente lo que pasaba por la cabeza de Alicia. Al cabo de unos segundos, Alejandro rompió el silencio.
-Sea donde sea donde estamos, lo que está claro es que no estamos en el mundo que conocemos
-¿Qué quieres decir? -preguntó Marta.
-¿No es evidente? Pues que no estamos en la Tierra. -respondió él.
-¿Te has vuelto loco? - dijo Alicia.
-¿Tu crees? Animales extraños, noches con lunas rojas, con dos lunas amarillas, ciudades medievales, banderas con dragones...y para colmo entendemos y hablamos un idioma que nunca antes habíamos oído.
-Creo que tienes razón -dijo Lucía.
-Y entonces ¿donde se supone que estamos? -preguntó Cristina inquieta - y lo más importante, ¿cómo vamos a volver a casa?
Habían cruzado bajo el enorme arco de la muralla. Sobre ella y a ambos lados del arco, pudieron distinguir la figura de varios hombres vestidos de negro. Cubrían su cabeza con yelmos negros- que desde la distancia parecía imitaban la cabeza de un dragón-, y su cuerpo con cotas de malla también negras que bajo la luz de aquella luna refulgían con un rojo y mortecino brillo. Portaban lanzas en la mano y espadas colgadas de la cintura.
-¿Habéis visto? -preguntó Alejandro.
Aquellos hombres eran soldados. Debían estar allí como centinelas pero charlaban y reían en lugar de vigilar. Alejandro no sabía que era lo que tenían que vigilar, pero lo cierto era que ni siquiera se habían percatado de su presencia.
El grupo avanzó calle arriba, buscando la posada que les habían indicado los niños.
El sol finalmente se había ocultado y la noche había caído. Como cada noche, las nubes se habían retirado. La luna roja volvía a hacer acto de presencia y todos se sintieron aliviados de encontrase en el interior de aquellas murallas en lugar de en un bosque o campo abierto.
Durante los escasos cuatrocientos metros que separaban el arco de entrada de la posada, no habían encontrado ni un alma. Las casas allí

dentro eran de piedra. Al observarlas de cerca, se habían dado cuenta de que las piedras, tanto de las casas, como de las murallas, no eran grises o negras como pensaban, sino que en algún momento habían sido blancas y después habían ennegrecido. La mayoría de aquellas edificaciones estaban abandonadas. Solo en unas pocas se distinguía luz que se filtraba por las rendijas de las ventanas cerradas.

Cada veinte o treinta metros había antorchas en las paredes que proyectaban su tenue luz sobre la oscura calle, iluminando apenas lo suficiente para distinguir donde pisaban.

Finalmente llegaron a la puerta de la posada, que distinguieron por un cartel de madera que colgaba encima de la puerta.

-«La Casa de Postas» -leyó Lucía.

-¿También puedes leer esos símbolos? - preguntó Ricardo.

-Eso parece -contestó Hugo.- Lo podemos leer y traducir a nuestro idioma.

-Joder. Si no lo veo no lo creo- dijo Marta.

-Será mejor que entremos -dijo Alejandro empujando la puerta La puerta crujió y chirrió al girar sobre sus goznes. Alejandro cruzó el umbral de la puerta. Avanzó un par de pasos en el interior del local para dejar paso a sus compañeros.

El local no era muy amplio, pero sí tenía una altura considerable. Nada más entrar a la derecha había una especie de mostrador o barra, detrás del cual había un hombre que parecía ser el posadero.

Vestía de la forma similar a la de la gente que habían encontrado por las calles de aquella ciudad, a excepción de un sucio mandil que llevaba atado a la cintura. Al fondo había unas escaleras de madera que llevaban a una balaustrada, también de madera, en un piso superior. En dicha balaustrada, había varias puertas, que supusieron serían las habitaciones de la posada. A la izquierda había una pequeña chimenea en la que ardía un fuego, que junto a un par de antorchas que había en cada pared, iluminaba y daba calor al local. El resto de la estancia estaba llena de robustas mesas de madera, con sus respectivas sillas. Sólo una de las mesas estaba ocupada por un grupo de cuatro hombres a los que una joven, ataviada también al estilo medieval, con jubón, falda y delantal, estaba sirviendo unas jarras de bebida.

Todos se habían vuelto hacia ellos al abrirse la puerta. El silencio se apoderó del local. Hugo se percató de que aquella gente les estaba observando con curiosidad y extrañeza primero, pero luego descubrió en sus miradas otro sentimiento.

Hugo y Alejandro intercambiaron una mirada. El también se había dado cuenta. Aquella gente tenía miedo de ellos. Pero ¿por qué? Alejandro se acercó a la barra y se dirigió al posadero en aquella extraña lengua.

-Buenas noches. ¿Tiene habitaciones libres?
-¿Ha... habitaciones? -farfulló el hombre nervioso.
-Si, quisiéramos pasar la noche aquí. Hemos hecho un largo viaje y estamos cansados.
-Si, si por supuesto. Tengo todas las habitaciones libres, ya sabe, no hay muchos viajeros, pero sólo dispongo de cinco habitaciones.
-Serán suficientes.
-Supongo que también querrán comer algo, ¿no?
-Eso estaría muy bien.
-Hija, -dijo el posadero dirigiéndose a la joven - preparara una mesa para estos señores. Por favor, siéntense a cenar mientras les preparamos las habitaciones.

El hombre hablaba deprisa y sus movimientos eran nerviosos. Alejandro se dio cuenta de que el pobre hombre, al igual que el resto de parroquianos, echaba furtivas miradas a las armas que llevaban -sus catanas, el arco de Alicia, el hacha de Ricardo, la espada de Javier...-.

Se dirigieron a la mesa que la joven había preparado, -al fondo del local, en el rincón menos iluminado, bajo la balaustrada del piso superior-. Dejaron sus escasas pertenencias junto a sus sillas y se acomodaron alrededor de la mesa mientras esperaban a que la hija del posadero les sirviera la comida.
-¿Cómo vamos a pagar la cena y la habitación? - dijo Lucía en castellano.
-No lo sé. Ya se nos ocurrirá algo. Desde luego el dinero que llevamos no creo que sea de curso legal aquí, ¿no crees? - contestó Hugo.

El menú fue muy simple, pero comparado con la dieta que habían llevado hasta ese momento, les pareció un manjar de reyes. Primero les sirvieron unos cuencos de madera con un caldo en el que flotaban unas pocas verduras y algún que otro trozo de una grasienta carne que no acertaron a identificar. Como no les pusieron cubiertos, bebieron el caldo con avidez y rebañaron los restos de carne y verdura con los dedos.

Después les sirvieron queso, unas hogazas de pan negro, una especie de cereales hervidos - parecido al arroz- y un poco de fruta, todo ello regado con un vino picado y aguado servido en unas rústicas jarras de barro.
-¡Que hambre tengo! -dijo Ricardo todavía con la boca llena - Esta cena me está sabiendo a gloria.
-Si, hay que reconocer que nunca una comida me había sabido mejor. -contestó Marta- a pesar de que el menú no es gran cosa.
-Te quedas corta- dijo Cristina- La comida es bastante mala, pero...
-Ya salió la niña pija -dijo Lucía- Pues no comas si no te gusta. Se hizo un incómodo silencio.

-Iba a decir que a pesar de ello, nunca había comido mejor -añadió Cristina.
-¿Se puede saber que os pasa a vosotras dos? -preguntó Alejandro, que estaba recostado contra la pared.
-No sé a que te refieres - contestó Lucía fulminando a su amigo con la mirada.
-Ya. Creo que os habréis dado cuenta de que estamos en una situación un poquito complicada. No creo que sea el momento para enzarzarse en rencillas absurdas, sea cual sea el motivo.
-Alejandro tiene razón -dijo Hugo.

Lucía bajó los ojos avergonzada y un poco dolida por el comentario de Alejandro, pero sobre todo por el de Hugo.
-Tenéis razón. Lo siento Cristina. Creo que me he precipitado. - musitó Lucía.
-No te preocupes -contestó ella.- Yo tampoco he estado muy afortunada estos días.

El tono de Cristina sonaba sincero. Lucía levantó la mirada hacia ella. Allí estaba, con Hugo y Ricardo sentados a izquierda y derecha respectivamente, sonriendo de forma conciliadora, tan increíblemente guapa y atractiva como siempre, una jodida Charlize Theron, a pesar de su pelo desgreñado, su falta de maquillaje y los días que llevaban sin asearse. Deseaba ser como ella, y la detestaba por ello.
-Bueno, y ahora ¿qué vamos a hacer? - preguntó Alicia cambiando de tema.
-Buena pregunta -dijo Marta.
-Nos quedaremos unos días por aquí -dijo Alejandro-. Quizá podamos obtener algo de información sobre donde estamos. Además, lo más seguro es que Javier y Sylvie sigan nuestros pasos y lleguen a esta cuidad. Tenemos que mantener los ojos abiertos y tratar de encontrarlos.
-También necesitaremos dinero -añadió Marta.
-Si, ese es otro problema que tenemos que resolver.
-Todo eso está muy bien, pero ¿y después? ¿Cómo vamos a volver a casa? -insistió Alicia.

En ese momento, la joven hija del posadero se acercó para retirar los cuencos de caldo vacíos. Al hacerlo, golpeó sin querer una jarra de vino, derramando todo su contenido sobre la mesa y sobre Hugo.
-Perdón señor, ha sido sin querer -dijo nerviosa la chica.

Hugo se retiró para evitar que le cayera el vino encima y se levantó un tanto bruscamente para limpiarse.

Lo siento señor, lo siento, ha sido sin querer -dijo de nuevo la joven casi histérica, retrocediendo y levantando los brazos, como para protegerse de un hipotético golpe. El padre había salido de detrás de la barra y contemplaba la escena aterrorizado.

-Tranquila, -dijo Hugo pausadamente, sorprendido por la reacción de la chica. - tranquila, no ha pasado nada.

Ella lo miró con desconfianza, mientras él la cogía suavemente las manos.

-Tranquila. No ha sido nada y nadie va a hacerte daño -repitió Hugo con voz suave, sonriendo mientras miraba a los ojos a la joven - Si me das un trapo yo mismo lo limpiaré.

La expresión de pánico desapareció como por ensalmo del rostro de la joven, y pareció tranquilizarse de nuevo, al igual que su padre.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Marta que sólo había intuido lo ocurrido ya que no entendía aquel extraño idioma.

-No lo sé. Por alguna razón que no acierto a entender ha pensado que iba a golpearla por haber derramado el vino.

-Si ha reaccionado así, será por algo ¿no? Seguramente haya tenido experiencias desagradables en el pasado -dijo Alejandro.

-¿Crees que alguien puede golpear a una camarera solo por eso? -preguntó Marta de nuevo.

-No lo sé, Marta.

En ese momento la joven regresó para limpiar la mesa.

-Deja que te ayude -dijo Hugo cogiendo el trapo a la joven.

-No hace falta, señor -respondió ella.

Lucía se dio cuenta de que la joven se había sonrojado.

-Normal -pensó Lucía. La actitud de Hugo, sonriente, pausado, tranquilizador, junto a su natural atractivo y simpatía, solía causar ese efecto en muchas mujeres.

Lucía se fijo en la joven más detenidamente. No podía decirse que fuera guapa, pero tampoco lo contrario. Su rostro, sin ser agraciado, era agradable. Tenía una bonita melena morena y rizada, y su cuerpo, aunque delgado, no estaba falto de marcadas curvas en busto y caderas.

-No tenéis nada que temer de nosotros -dijo Hugo- Sólo somos forasteros buscando un lugar para descansar y reponer fuerzas. De hecho, durante el viaje nos hemos perdido y no sabemos muy bien donde estamos.

-Si en verdad sois viajeros, ¿como es que vais armados? -dijo el posadero acercándose con cautela a la mesa, mientras su hija se retiraba a la cocina.

-¿A qué se refiere? -preguntó Hugo.

-Si que debéis venir de lejos si no sabéis que sólo a los soldados les está permitido llevar armas dentro de la ciudad. ¿Cómo os han permitido pasar con ellas?

-Nadie nos ha detenido al entrar-contestó Ricardo.

Justo en ese momento, la puerta se abrió bruscamente, dejando paso a un grupo de seis hombres, que entraron en la posada entre

chanzas, sonoras risas, y empujones.

El posadero se puso rígido, recogió rápidamente los cuencos y platos vacíos y se deslizó con rapidez detrás de la barra. Alejandro dirigió su atención al grupo de hombres. Vestían uniformes negros, botas de cuero y portaban espadas al cinto. En el hombro derecho de sus uniformes, destacaba la figura alada de un dragón rojo, igual al que habían visto en los pendones negros que ondeaban en las murallas.

Eran soldados, como los que habían visto en las murallas, pero estos se habían despojado de sus cotas de malla, yelmos y lanzas. Se sentaron alrededor de una mesa.

-¡Posadero!¡Pon una ronda de vino!¡Y algo para comer! ¡Rápido! -rugió uno de ellos.

El posadero se movió con rapidez, y en unos segundos sirvió varias jarras de vino en la mesa.

-Ahora mismo les traigo algo de comer-dijo

Uno de los soldados cogió al posadero por la muñeca.

-Que nos sirva tu hija -dijo el soldado.

-Señor, mi hija no se encuentra bien.-balbuceó el posadero. El soldado golpeó la mesa con fuerza con su puño cerrado.

-¡Me importa una mierda que no se encuentre bien! ¡Dile que salga y que nos atienda!

-S..sí, sí señor.

El pobre hombre se retiró a la cocina y unos segundos después salió la joven cargando con una bandeja con bebida y comida Desde el lugar donde estaban, el grupo observaba la escena. Todos permanecían en silencio. La tensión era palpable.

-No levantéis la vista de la mesa. Ni se os ocurra mirar hacia allí -susurró Alejandro.

Hugo intercambió una mirada con su amigo y enseguida entendió lo que estaba pensando. Aquellos hombres iban en busca de diversión y desde luego una mujer era parte de ella. Afortunadamente, el lugar donde estaban, bajo la balaustrada, era el más retirado y menos iluminado del local, y los soldados no habían reparado en que entre ellos había cuatro mujeres. Si se percataban de ello, tendrían problemas.

Transcurrió media hora. Los soldados ya habían bebido varias jarras de vino. La hija del posadero retiraba las jarras vacías cuando uno de los soldados la agarró por el brazo.

-¿Por qué no te sientas con nosotros?

-Por favor, señor, no...-suplicó la joven.

El hombre tiró con fuerza de ella y la obligó a sentarse sobre él, agarrándola por la cintura.

-Te prometo que te vas a divertir -dijo mientras recorría el cuello de la joven con la lengua.

-Por favor, no...

El soldado hizo caso omiso de las súplicas de la joven y deslizó su mano sobre el pecho de la joven apretándolo con fuerza.

-Ah, esto si que es carne de primera, y no la basura que servís para comer -dijo, mientras sus compañeros reían con sonoras carcajadas.

-Por favor, señores, os lo ruego, dejad a mi hija.-intervino el posadero.

-¡La dejaremos cuando nos plazca! -rugió el soldado- ¿O vas a negar un poco de diversión a los soldados que os protegen?

El grupo volvió a reír.

-Además, yo no sé vosotros, pero yo ya estoy cansado de las prostitutas de por aquí. Siempre viene bien un poco de carne fresca. Dicho lo cual, tiró con fuerza del escote de la joven rasgando la ropa y dejando su pecho al descubierto, mientras sus compañeros le jaleaban

-¡No! - gritó el posadero abalanzándose sobre ellos para defender a su hija.

El hombre no pudo hacer nada, uno de los soldados, se levantó y antes de que llegara hasta su hija, lo agarró por la pechera y lo empujó con violencia contra la barra.

-Si sabes lo que te conviene, no te entrometas, viejo -dijo el soldado.

Justo en ese momento, el soldado vio venir hacia él a un hombre.

-Y tu, ¿que es lo que q....?

No tuvo tiempo de terminar la frase. Con una velocidad increíble y sin darle tiempo a reaccionar, Alejandro propinó al soldado una potente patada lateral en pleno rostro, quien conmocionado, trastabilló hacia atrás y cayó sin sentido al suelo. Antes de que sus compañeros pudieran reponerse de la sorpresa de aquel inesperado ataque, Ricardo, que también se había levantado de la mesa para ayudar a la joven, agarró con su enorme mano derecha la cabeza del soldado que sujetaba a la joven y la empujó con violencia hasta que la estrelló contra la mesa de madera, mientras que con su brazo izquierdo retiraba a la joven de la mesa y la colocaba detrás de él.

El impacto fue brutal. El hombre sangraba por la boca y la nariz, y aunque consciente todavía, quedó tendido y aturdido encima de la mesa, sobre la que se habían derramado varias jarras de vino por el golpe.

El resto de hombres se levantaron.

-Creo que necesitáis que alguien os enseñe modales -dijo Alejandro, situándose junto a Ricardo, y tratando de aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir. Aquellos hombres eran soldados, armados y entrenados para la lucha. Pero ya no tenía remedio. En el momento que se levantó para ayudar al posadero y su hija -no podía quedarse mirando - sabía que tendría que llegar hasta el final.

Los soldados dudaron durante unos momentos, quizás intimidados por la presencia física de ambos. El más alto de los soldados era

ligeramente más bajo que Alejandro, y Ricardo les aventajaba a todos en una cabeza de estatura, por no hablar de su corpulencia.
-Os arrepentiréis de esto -dijo uno de ellos echando mano a la empuñadura de su espada, mientras el resto lo imitaban.

Alejandro actuó con rapidez, atacando al soldado que tenía más cercano. Antes de que hubiese conseguido desenfundar su espada, una fuerte patada con giro en el rostro lo lanzó un par de metros hacia atrás, yendo a caer sobre la mesa en la que estaban sentados los otros tres clientes de la taberna. Uno de ellos, cogió una jarra de vino y la descargó con fuerza sobre la cabeza del soldado, dejándolo inconsciente, lo cual sorprendió a Alejandro, ya que hasta ese momento no habían intervenido en la riña. Un segundo soldado se abalanzó sobre Alejandro, con la espada levantada y dispuesto a descargarla sobre él. Se agachó con rapidez, y realizando un barrido con su pierna derecha, golpeó al soldado a la altura de sus tobillos, con fuerza y precisión. Los pies del soldado dejaron de tocar suelo, y cayó sobre su espalda. La espada se soltó de su mano. Alejandro, ya incorporado, golpeó la espada con el pie, alejándola del alcance del soldado, que se incorporaba con rapidez, al tiempo que desenvainaba un enorme cuchillo.

Ricardo vio como los dos soldados que tenía enfrente desenfundaban sus espadas. Entre ellos y él, sólo se interponía la mesa en la que antes se sentaban. Ricardo agarró la pesada mesa y con una facilidad increíble la levantó. Con la mesa como escudo, cargó contra los dos soldados, arrollándolos en su carrera, y no se detuvo hasta que los empotro contra la pared del local, aplastándolos con la mesa.

El impacto fue tremendo. Los soldados, aturdidos, soltaron sus armas. Ricardo retrocedió tres pasos, cogió impulso de nuevo, y volvió a cargar contra ellos. Los soldados no aguantaron el segundo golpe. Cuando Ricardo retiró la mesa por segunda vez, los soldados se desplomaron en el suelo. Ricardo, dejó caer la mesa al ver que ya no se movían. - ¡Cuidado! -gritó alguien.

Ricardo se volvió a tiempo de ver como el soldado al que había estrellado contra la mesa, y al que creía inconsciente, se abalanzaba espada en mano sobre él. No tenía tiempo para reaccionar. En el último instante, alguien golpeó por detrás al soldado con una silla, con tal fuerza que esta se partió con el impacto. El soldado se desplomó a los pies de Ricardo. En su lugar, apareció Hugo, con los restos de la silla aún en la mano.

El soldado lanzó una cuchillada buscando el corazón de Alejandro, quien bloqueó el ataque no su brazo izquierdo, mientras con el derecho lanzaba un gancho al estómago de su rival, pero este se rehizo

rápidamente del golpe, y ya volvía a amenazar a Alejandro con el cuchillo.

Esta vez no esperó y tomó la iniciativa. Mientras el soldado buscaba por donde atacar, Alejandro lanzó una rápida patada que alcanzó a su oponente en la mano y lo desarmó. El cuchillo voló por los aires. Antes de que el soldado se repusiera de la sorpresa, Alejandro le propinó otra patada, esta vez en el pecho, con tal fuerza que voló por los aires más de cuatro metros, hasta impactar contra la pared del local, para luego caer de bruces sobre el suelo. Alejandro se quedó paralizado por la sorpresa.

-¡Guau! ¿Cómo has hecho eso? -preguntó Ricardo.

-No lo sé. -contestó un asombrado Alejandro. Aquello no tenía lógica. Ni golpeando con todas sus fuerzas se creía capaz de hacer aquello. Sabía que era fuerte, pero aquello era absurdo. Se acercó al hombre y comprobó que, aunque inconsciente, tenía pulso y respiraba.

-¡Sois un Caballero de Dragón! - exclamo el posadero. Alejandro se volvió hacia él. El hombre estaba junto a su hija, a la que tenía entre sus brazos.

-¿Cómo dice? - preguntó.

-Vos sois un Caballero de Dragón.

-No sé a que se refiere, pero le aseguro que no soy tal cosa. Sólo somos un grupo de viajeros perdidos.

-En tal caso no debería llevar ese dragón blanco sobre su espalda- El hombre que había hablado era uno de los que estaban en la mesa. - En tiempos fue un símbolo del bien, representaba la libertad, la justicia... pero hoy...- el hombre meneó la cabeza- Si valoras tu vida, mejor que no te vean con eso.

Creo que es tarde para eso, Yago viejo amigo -dijo el posadero dirigiéndose al hombre- Creo que su noble acción de esta noche ya los ha puesto en peligro.- Se volvió hacia ellos.- Gracias, señores, gracias por socorrer a mi hija, pero ahora debéis esconderos. Cuando estos hombres despierten toda la guarnición de esta ciudad irá tras vosotros.

-¿Cómo? ¡Nosotros no hemos hecho nada malo! Lo que hay que hacer es denunciar a esta escoria y que respondan ante la ley por sus actos. -dijo Ricardo.

-En verdad venís de muy lejos-dijo el tal Yago- Ellos son la ley. Los soldados hacen lo que les place y no responden ante nadie, excepto su señor. Es la primera vez en años que veo a alguien levantarse contra uno de ellos.

-Será mejor que salgáis de aquí -dijo el posadero.- No podéis pasar la noche aquí y necesitáis ocultaros un par de días hasta que las cosas se calmen. Yago, sácalos por detrás y llévalos a casa de Mahrko. Allí no los buscarán. Cuando despierten los soldados, les diré que han huido en otra dirección.

-Pero...- No discutáis y seguidme -dijo Yago.
-Será mejor que les hagamos caso -dijo Hugo.-

Recogieron sus pertenencias rápidamente y siguieron a Yago. Atravesaron la cocina y salieron por una puerta trasera que daba a un estrecho y oscuro callejón. Se deslizaron en silencio entre las sombras. Yago iba delante, y de vez en cuando, cuando veía a alguien por la calle o pensaba que podían tener un inoportuno encuentro, hacía detenerse al grupo. Al cabo de cinco minutos llegaron a otro callejón. Yago les condujo hasta una de las casas de piedra de dicho callejón. Las ventanas estaban tapiadas con maderas, y la puerta cerrada. Yago, empujó la puerta con fuerza y esta cedió poco a poco. No estaba cerrada, únicamente atascada.

-Necesitamos una antorcha -dijo.
-No será necesario -repuso Hugo encendiendo su linterna.
-¿Sois... sois hechicero? - preguntó Yago. Por el gesto de sorpresa del hombre era evidente que nunca había visto una linterna ni nada que se le pareciera.
-¿Hechicero? -preguntó Ricardo encendiendo la suya.- No. Digamos que este es el tipo de antorchas que utilizamos allá de donde venimos.
-De acuerdo, seguidme.

Avanzaron por la casa. Esta estaba dividida en varias estancias, en las que no había nada excepto algunos muebles viejos. En una de ellas había un gran arcón de madera junto a la pared. Yago se acercó al arcón y abrió la tapa. Después metió el brazo. Hugo vio como Yago levantaba un doble fondo, dejando al descubierto unas escaleras de madera que descendían bajo el nivel del suelo.

-Esta casa está abandonada desde hace mucho, por lo que no creo que os busquen aquí, pero por si acaso, siempre estaréis más seguros aquí abajo. Es un pequeño refugio que el antiguo inquilino se construyó cuando las cosas empezaron a ir mal. Salvó la vida a mucha gente.

-¿Y el dueño de la casa, donde está ahora? -preguntó Alicia.

-Al final tuvo que abandonar la ciudad y huir. De eso hace ya varios años, y desde entonces no hemos sabido nada de él. Era el hermano de Jacob -así se llamaba el posadero.

Bajaron por las escaleras. Allí descubrieron una estancia cuadrada, de no más de cinco metros de largo por cinco de ancho, y de algo menos de dos metros de altura -de hecho Ricardo tenía que andar ligeramente encorvado para no golpearse la cabeza-. En el suelo, en el rincón opuesto por el que habían descendido había cuatro jergones y unas cuantas mantas. En otro rincón un par de sillas, una mesa y sobre ella, algo de ropa. En la parte superior, cerca del techo había dos

pequeñas aberturas que según les indicó Yago, eran la ventilación de la sala. Comunicaban con unos conductos que llevaban a la chimenea de la casa.

-Aquí estaréis a salvo y podréis descansar.

Depositó una pequeña bolsa de cuero sobre la mesa y añadió:

-Aquí os dejo agua, algo de vino y un poco de comida. Os traeremos más mañana al mediodía. Hasta entonces será mejor que no salgáis de aquí.

El grupo empezó a acomodarse. Las chicas dormirían en los jergones, y ellos usarían las mantas para improvisar unos colchones adicionales sobre los que descansar.

Mientras se preparaban para descansar, Yago les dio las últimas indicaciones.

-Antes de salir de este agujero, podéis comprobar que no hay nadie en la casa utilizando esta mirilla, y nunca salgáis a la calle después de medianoche. A esa hora empieza el toque de queda, y todo el que sea encontrado en la calle entre esa hora y el amanecer será arrestado.

Yago hizo deslizar unas tablillas en la pared, muy cerca del techo.

-Desde aquí podéis ver la sala principal y la puerta de entrada. Sobre la mesa hay algo de ropa y unas capas de viaje. Os traeremos alguna más en cuanto podamos. Vuestro aspecto y esos ropajes extraños que lleváis llaman demasiado la atención.

-¿Puedo hacerte una pregunta? -dijo Lucía.

-Claro.

-¿No habréis visto en la ciudad a alguien más con nuestro aspecto? Un hombre y una mujer, ella de piel morena.

-¿Alguien más como vosotros?... No, la verdad es que no, ¿por qué?

-Son mi hermano y una amiga. Nos separamos accidentalmente durante el camino y no los hemos vuelto a encontrar.

Yago pareció meditar durante unos instantes para finalmente contestar.

-Trataré de investigar un poco. Si alguien los ha visto, seguro los recordarán. Jacob y yo todavía tenemos amigos en esta ciudad. Veremos que podemos hacer.

-Gracias Yago. Por esto y por todo lo que estáis haciendo por nosotros. - dijo Hugo

-No, gracias a vosotros.- Subió por las escaleras- Ahora tengo que irme. He de llegar a casa antes del toque de queda. Intentad descansar. Volveré antes del amanecer.

Cuando Yago se fue, Hugo hizo un breve resumen a Ricardo, Marta y Cristina de lo hablado con Yago y de la situación en la que se encontraban. Decidieron que era hora de dormir. Entre la cena que

habían tomado, los jergones, las mantas y el poder dormir a cubierto por primera vez en muchos días, aquella pequeña sala les pareció el paraíso.

Finalmente, cuando todos estaban ya acomodados, apagaron las linternas y se dispusieron a descansar.

Alejandro estaba cansado, pero tardó un rato en conciliar el sueño. Durante los últimos días había notado un extraño cambio en sus sentidos. Al principio, sólo noto que su vista era mucho más aguda de lo habitual, al igual que su oído, e incluso su olfato. Poco después había empezado a desarrollar una especie de visión nocturna. Inicialmente había empezado a ver con más claridad y a distinguir más nítidamente el contorno de las personas, pero ahora... ahora era algo totalmente diferente. Era como llevar unas gafas de visión nocturna de esas que salen en la tele. Incluso allí, en aquella oscura habitación sin ninguna fuente de luz podía ver perfectamente a sus compañeros, aunque eso sí, en tonos morados y azules, pero aun así, con todo lujo de detalles Aquella era otra de esas cosas extrañas que les estaban sucediendo, pero decidió no darle más vueltas, ya que sabía que por mucho que pensara en ello seguiría sin encontrar una explicación lógica a todo aquello.

Alicia se tumbó en su jergón. Después del miedo y la incertidumbre de los primeros días, ahora, aunque esas sensaciones seguían presentes, tenía que reconocer que de alguna manera extraña, estaba disfrutando con aquello. Hacía años que no veía a sus amigos. Durante las largas caminatas diarias había charlado con Lucía, con Hugo, y por supuesto con Marta, poniéndose al día de la vida de sus amigos en los últimos años y recuperando el tiempo perdido, aunque eran ellos los que más hablaron, ya que ella no se había sentido con fuerzas para hablarles del desastre en que se había convertido su vida en los últimos tiempos. Afortunadamente sus amigos no insistieron mucho para que ella contara cosas, aunque estaba segura de que sabían o intuían más de lo que parecía, pero esperarían a que ella estuviera lista para hablar. También estaba empezando a apreciar al joven Ricardo y a tender lazos de amistad con Cristina, la más hostil al grupo al principio, pero que había cambiado radicalmente de actitud. Echaba de menos a Javier, y esperaba de verdad que Hugo tuviera razón y él y Sylvie estuvieran bien y pronto se reencontraran con ellos.

Con Alejandro era distinto. Apenas habían hablado y cuando lo hacían, él se mostraba frío y distante, al contrario que con el resto del grupo. La relación de él con Hugo, Lucía y Javier era inmejorable, como siempre. Con Ricardo enseguida había conectado, incluso con Cristina, y con Marta... bueno, con Marta era con la persona que

pasaba más tiempo. Pasaban muchas horas caminando juntos, charlando, riendo...Y a Marta le gustaba Alejandro. En más de una ocasión ya le había comentado, medio en serio medio en broma, que no entendía como había podido dejar a Alejandro por David - o más bien, por el gilipollas de David, como ella siempre lo llamaba -, y había descubierto que aquello le molestaba. Le molestaba que su amiga lo pasara bien con su ex, que se riera con él... ¿pero que demonios le ocurría? Marta y Alejandro solo eran amigos y ella se estaba comportando como una novia celosa. ¿Qué derecho tenía? Ninguno. Los había perdido todos hace mucho tiempo cuando hizo su elección. El le había dejado claro que había superado lo suyo, pero que necesitaba tiempo para que pudieran ser amigos -si es que algún día eso podía ocurrir-, pero cuando se lo dijo no pudo evitar un sentimiento de pérdida. En su fuero interno era como si hubiera esperado que él siguiera enamorado de ella, esperándola, pero era evidente que no era así.

También había advertido algunos cambios en Alejandro, algunos de ellos evidentes, otros sin embargo, más sutiles. Se mostraba como una persona más independiente y confiada que entonces, cuando estaban juntos. Desde el momento en que se habían encontrado, él había tomado la iniciativa y el liderazgo del grupo de forma natural - algo que no solía hacer en el pasado, sobre todo en lo concerniente a su relación, donde casi siempre era ella la que tomaba las decisiones y llevaba la iniciativa- y había conseguido sacarlos de varias situaciones de peligro, aunque no sabía decir si su forma de actuar en determinados momentos venía motivada por el valor, o por la temeridad. Nunca lo hubiese pensado de Alejandro. Al menos no del Alejandro que ella recordaba. Tenía una imagen muy diferente de él. Recordaba aquella noche varios años atrás. Visto lo ocurrido entonces, nunca hubiese pensado que

Alejandro fuese capaz de actuar como lo había hecho en los últimos días.

Pero había más. Había otro rasgo más que al principio no había sabido distinguir, algo nuevo en él: madurez. Físicamente también había cambiado. Esa madurez recién descubierta también se reflejaba en su físico. Estaba en tan buena forma como siempre -o más si cabe- pero su forma de actuar, de hablar, de mirar, esa seguridad en si mismo le confería un nuevo atractivo.

- ¿Y que más te da? -se dijo enfadada para sí. - Tú ya dejaste pasar ese tren.

Se revolvió en su jergón para cambiar de posición e intentó no pensar más en ello y dormir.

Marta estaba rendida. El cansancio y las emociones de los últimos

días habían hecho mella en ella.

Aquel cuartucho bajo tierra donde estaban todos metidos y el jergón en el que se había tumbado le parecieron, después de lo vivido los últimos días, mejor que cualquier habitación y cama de un hotel de cinco estrellas.

Alejandro se había tumbado a su lado. Su respiración ya era profunda, lenta y acompasada, por lo que ella dedujo que él ya se había dormido.

A su memoria vino aquella noche en el bosque, cuando les ayudó a escapar de los lobos y los guió hasta la cabaña que fue su salvación. Recordaba perfectamente el momento en que apareció, como una exhalación, espada en mano, abatiendo a los lobos que la acosaban, como la había cogido de la mano para sacarla de allí - a ella y al resto del grupo-, y el momento, en que una vez a salvo en la cabaña, se quitó el casco.

Aunque no era lo que se dice guapo -en el más extenso sentido de la palabra - desde el primer momento se había sentido en cierto modo atraída por él. Su físico atlético -alto, ancho de hombros y espalda, amplio torax, y con unos brazos que bajo la camiseta se adivinaban fuertes y fibrosos- su rostro agradable, su sonrisa y su forma de hablar y actuar, habían llamado poderosamente su atención desde un principio, e inmediatamente habían conectado, para poco a poco ir estableciendo una relación de amistad. Pasaban muchas horas juntos, hablando de mil cosas, compartiendo incluso alguna que otra intimidad. Ella le habló de su ex, su divorcio, su nueva vida en Santander... y él, bueno, también le habló de su pasado, de sus amigos, de su trabajo y...de Alicia. Aunque ese tema lo pasó muy por encima.

-No salió bien. -le había dicho él. - Supongo que ella te habrá dado más detalles.

-Bueno, la verdad es que Alicia nunca habla mucho de su pasado- contestó ella.

-Ah, .. .vaya. Creí que a estas alturas conocerías la historia. Ella negó con la cabeza.

-Bueno, lo esencial ya lo sabes. Conoció a otro, se enamoró y terminó con lo nuestro. Fin de la historia. Al otro ya lo conoces.

-Si.

No dijo más ni dio más detalles. A pesar del tiempo que había pasado no era fácil para él hablar de aquello. Si no fuera por Hugo y Lucía, ella seguiría sin conocer toda la historia.

-Pero eso ya es agua pasada -replicó él.

¿Lo era de verdad? Marta se había dado cuenta de que Alejandro trataba de evitar a Alicia todo lo posible, aunque cuando hablaban la trataba como a cualquiera del grupo -o lo intentaba-. En un par de

ocasiones, cuando creía que nadie le miraba, le había pillado mirando a Alicia, pero no había sido capaz de descifrar el o significado de su mirada, que no mostraba ninguna emoción. Cuantas más vueltas le daba, menos entendía la decisión de Alicia. ¿Qué coño habría visto en el gilipollas de David? Desde luego, saldría de dudas cuanto antes.

-Tengo que tener una charlita con ella, y no la dejaré tranquila hasta que me de una explicación convincente -pensó.

Aquel fue su último pensamiento antes de caer vencida por el sueño.

39.

- Alejandro...

Alejandro oyó una voz lejana que le llamaba, pero no conseguía reconocerla. Se concentró en aquella voz. Pasaron varios minutos, y cuando ya creía que eran imaginaciones suyas...

-Alejandro

Esta vez fue más nítido.

-¡Javi!

Era la voz de Javier. ¿Era aquello un sueño? Estaba dormido. De aquello no había duda, pero también estaba seguro de haber escuchado la voz de Javier.

-¡Javi! ¿Eres tú? ¿Puedes oírme? - intentó llamar a Javier. Aquello era absurdo, estaba dormido y las palabras fueron formuladas en su mente pero nunca pronunciadas.

De repente, y como le ocurrió aquella noche en la cabaña se encontró fuera de su cuerpo, viéndose a si mismo y a sus amigos tumbados en el suelo de la pequeña habitación. Había pensado mucho sobre lo que le ocurrió aquella noche. Había oído hablar de viajes extracorpóreos y experiencias similares, de gente que decía tener habilidades especiales, capaces de viajar en forma astral, unas de forma involuntaria, otras con pleno control de sus habilidades, pero nunca había creído en ello. Ahora, estaba teniendo su segunda experiencia de ese tipo en poco tiempo.

-Alejandro...

De nuevo oyó la voz de Javier en su mente, pero esta vez con total claridad, hasta el punto de que pudo distinguir la dirección de donde provenía la voz.

Se volvió en esa dirección. En el mismo instante en que hizo ademán de avanzar hacia allí se vio impulsado a gran velocidad hacia delante.

Atravesó paredes y suelo. Se sentía flotar a gran velocidad por las oscuras calles de la ciudad, hasta llegar al imponente castillo, recorriendo una gran distancia en apenas unos segundos. Sus murallas estaban rodeadas por un gran foso, pero él, sin poder controlar hacia donde se dirigía, pasó por encima de un enorme puente levadizo. Dos soldados vigilaban la entrada del puente. Pasó por delante de ellos -podía verlos y oírlos pero ellos a él no-, cruzó el puente y pasó por debajo del enorme arco de entrada al interior del castillo.

Se movía a una velocidad increíble, a pesar de lo cual pudo darse cuenta de que aquello no era un simple castillo, sino una fortaleza.

Cualquiera que atacara la ciudad, si conseguía superar la muralla defensiva exterior, se encontraría con otra más imponente aún, rodeada por un gran foso y a buen seguro bien defendida, aunque en ese momento sólo pudo distinguir unos pocos soldados sobre la muralla, además de los dos que estaban en la entrada. Dentro del recinto no había nadie a la vista. Nada más cruzar el arco de entrada, aquella extraña fuerza que lo arrastraba le hizo virar bruscamente a la izquierda, en dirección a uno de los torreones de la impresionante fortaleza. Allí había una puerta que atravesó a gran velocidad. Dentro estaba muy oscuro, pero afortunadamente en aquella extraña forma no corporal seguía manteniendo su recién adquirida visión, por lo que pudo distinguir claramente un pasadizo con escaleras que descendían sinuosamente hacia las profundidades, por debajo de los cimientos del castillo. Cuando terminó de descender, el pasillo se abrió a una fría y amplia sala, ligeramente iluminada por la luz de un par de antorchas.

Al fondo de la sala había una mesa a la que se sentaban una par de soldados que jugaban a las cartas y bebían vino, mientras que a ambos lados pudo ver varias puertas de madera. De nuevo, una fuerza invisible lo empujó hacia una de las puertas, atravesándola como si no existiera. Allí por fin se detuvo.

Miró a su alrededor. Era un cuartucho pequeño, oscuro e inmundo - aunque no podía percibir ningún olor, estaba seguro que allí debía oler a mil demonios -, pero a pesar de la oscuridad, y al igual que antes, podía ver con total claridad.

En el suelo, sobre la fría piedra había una mujer inconsciente y aparentemente herida. Arrodillado junto a ella, sujetando su cabeza en su regazo había un hombre.

-¡Sylvie, Javi! ¡Dios! ¿Qué ha ocurrido? -dijo Alejandro, o al menos lo pensó, ya que ningún sonido salió de su boca. Alejandro se abalanzó sobre ellos, para socorrer a Sylvie, pero no pudo tocar a ninguno de ellos. La camiseta de ella estaba ensangrentada y su respiración era agitada. Lo intentó de nuevo, pero no fue posible. El no estaba allí, al menos no físicamente. Sólo estaba su forma astral, su espíritu o vaya usted a saber.

-¿Alejandro? - preguntó Javier.

Alejandro miró a Javier, que miraba en todas direcciones, como si estuviera buscándole.

¿Sería posible que le hubiera oído?

-Javi, ¿puedes oírme? Javier no contestó.

-¡Javi! -intentó gritar.

¡Tengo que ayudarlos! -se dijo- ¡Tengo que ayudarlos! Una fuerza inviable tiró de él.

Alejandro despertó en su jergón y se incorporó de golpe.

-Javi -susurró.

Su respiración era agitada, y estaba sudando. Se tomo un par de segundos para orientarse y calmarse. Acto seguido se levantó del jergón y se dirigió hacia donde había dejado sus cosas.

Procurando no hacer ruido para no despertar a sus amigos, se colocó la catana corta a la cintura, la larga a la espalda y se guardó unos cuantos shurikens.

Recogió una de las capas de viaje que Yago tenía en aquel cuarto. Era negra y tenía capucha.

-Perfecto -pensó.

Así preparado se dispuso a salir. Tenía que moverse deprisa. No sabía como, pero tenía que sacarlos de allí. Sylvie, parecía no estar bien

Cuando subía por las escaleras que daban al falso baúl, oyó una voz que le llamaba.

-¿Alejandro? Era Lucía.

-¿Qué ocurre? -susurró ella de nuevo

-Duérmete otra vez Lucía, y no te preocupes. Volveré pronto. Lucía, que empezaba a acostumbrar su vista a la escasa luz de la habitación, se levantó y avanzó hacia él.

-¿Dónde vas?

-Voy a buscar a Javi y Sylvie.

En la oscuridad, Alejandro vio la cara de sorpresa de su amiga.

-¿Sabes donde están?

-¡Sssst! Baja la voz. Están presos en el castillo de la ciudad.

-¿Pero cómo..?

-Es una historia larga. Te lo contaré cuando vuelva.

-Voy contigo.

-¡No! Quédate por favor. Me moveré mejor sólo.

-Pero...

Alejandro cogió la mano de Lucía.

-Confía en mi, por favor. Es mejor que vaya sólo.

Ella le miró a los ojos, intentando escrutar la expresión del rostro de Alejandro en la oscuridad, y tras unos segundos asintió.

-Volveré con ellos, te lo prometo.

Lucía se acercó a él, se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

-Ten cuidado, por favor.

El asintió, se dio la vuelta subió las escaleras y desapareció de la vista de Lucía tras cerrar el doble fondo y la tapa del baúl que camuflaba la entrada.

Alejandro se deslizaba entre las sombras de las calles desiertas en dirección al castillo. Era noche de luna roja, pero había cuarto menguante, por lo que la oscuridad era casi total. Eso unido a la

escasa iluminación de las calles y el hecho de ir encapuchado y enfundando en la negra capa que había llevado consigo le hacían casi invisible a los ojos de alguien que no tuviera una visión como la suya. Corría todo lo que su físico y la cautela le permitían. Afortunadamente el imponente castillo destacaba sobre la ciudad, pues su anterior viaje había sido tan rápido que no recordaba como había llegado hasta él, ni que camino había recorrido.

Un par de veces tuvo que detenerse y ocultarse entre las sombras, al detectar la presencia de soldados, que en grupos de tres o cuatro patrullaban las calles. Estaba violando el toque de queda, y si era arrestado no podría hacer nada por Javier y Sylvie. Finalmente divisó la entrada del castillo. Oculto entre las sombras, bajo un pequeño soportal al final de una de las calles, sopesó sus posibilidades.

Desde allí podía ver a los dos guardias que vigilaban en el extremo más próximo a él del puente levadizo. Para cruzar este y acceder al interior del castillo no tenía más remedio que pasar por delante de sus narices, lo cual obviamente no era posible. Tampoco se planteaba eliminarlos. No entraba en sus esquemas atacar a aquellos hombres. Una cosa era matar lobos para salvar su vida y la de sus amigos, y otra muy distinta matar seres humanos de forma premeditada. No. Si podía evitarlo, no habría derramamiento de sangre. Además, aunque pudiera deshacerse de ellos, estaban los guardias de las murallas. A pesar del relajamiento general de unos y otros, un ataque frontal no pasaría inadvertido. Aprovechando las sombras, y manteniéndose a una distancia prudencial de las murallas -donde los bloques de casas terminaban -se deslizó sigilosamente alrededor del castillo, evaluando la situación y sus posibilidades.

El foso alrededor del castillo tenía una anchura de unos nueve o diez metros.

En el lado del foso más próximo a él, el suelo terminaba abruptamente, dando paso al agua, existiendo un desnivel entre el suelo y el agua de casi un metro. Al otro lado, junto a la muralla, y por todo el perímetro del castillo, había como un metro o metro y medio de terreno, de tierra y roca, en pendiente, a modo de playa. Podía atravesar el foso a nado, y ascender por dicha pendiente junto al puente levadizo para deslizarse al interior. Eso no sería problema, pero todavía tenía cabos que atar. Continuó explorando el terreno. En el extremo más alejado del puente levadizo, había un torreón de mayor dimensión que los otros, tanto en altura como en anchura. En ese punto, y debido a eso, la distancia entre orillas del foso era menor.

Alejandro calculaba que la distancia debía rondar los seis metros. Era una distancia asequible para saltar.

Aunque no se había dedicado en serio al atletismo ni entrenado para ello, en el instituto, y a instancias de su profesor de educación física,

al que no se le habían escapado sus condiciones físicas, si había probado en varias disciplinas para ver cual podía ser su marca - cien, doscientos, cuatro cientos, salto de longitud, pruebas de fondo, etc -. Entonces había llegado a saltar con facilidad más seis metros. Ahora, aunque llevaba peso encima, contaba con un desnivel de un metro a favor y con mayor entrenamiento. Estaba seguro de poder saltar esa distancia.

Podía pasar nadando si era necesario, pero andar con la ropa mojada le restaría movilidad una vez en el interior del castillo. Observó a lo alto de la torre. No había nadie allí arriba. Solo había un par de soldados que caminaban de un lado a otro de la muralla a varias decenas de metros de la torre. A pesar de la altura y la distancia a la que estaban, podía oírlos conversar en tono distendido.

- Bien, no necesito ver más. - se dijo.

Se preparó, sujetó bien sus armas, inspiró aire con fuerza y se lanzó en carrera hacia el punto por el que había decidido saltar. Corría a gran velocidad, imprimiendo toda la potencia de la que era capaz a su zancada, tanto para asegurar el salto como para estar a descubierto el menor tiempo posible. Batió con fuerza en el último apoyo y saltó hacia la otra orilla.

Fue un salto sorprendentemente limpio, más fácil de lo que esperaba. Se sintió volar cuando cruzaba por encima del foso, con la negra capa ondeando al viento, como un fantasma silencioso y oscuro. Aterrizó al otro lado sin problemas y rápidamente se pegó a la muralla para confundirse con las sombras y la negrura de la piedra. Permaneció inmóvil durante unos segundos, hasta asegurarse de que nadie se había percatado de su presencia. Después, de nuevo envuelto en su capa, avanzó lenta y sigilosamente junto a la pared. Desde el otro lado había comprobado que en esa zona la oscuridad era total, y sería muy difícil para alguien que no lo buscara específicamente, el encontrar su figura entre las sombras.

Finalmente llegó junto al puente levadizo. Este era el primer punto delicado. Los guardias estaban al otro lado. Aunque seguían charlando y relajados, corría el peligro de que percibieran su movimiento, ya que las sombras allí eran menores. Tenía que ser rápido. Se agachó, cogió una piedra del terreno y la lanzó con fuerza hacia el otro lado del foso, hacia una de las calles que quedaban frente al puente levadizo.

Cuando la roca golpeó el suelo, los guardias se volvieron en esa dirección. Alejandro aprovechó la distracción. Con un ágil salto se colocó encima del puente levadizo y se deslizó bajo el arco, cobijándose de nuevo entre las sombras.

-¿Quién anda ahí? -oyó gritar a uno de los guardias.

También oyó los pasos de los guardias dirigiéndose hacia el lugar del que provenía el ruido.

-Parece que no hay nadie.
-Habrá sido algún gato.
Alejandro esperó bajo el ancho arco hasta que los guardias volvieron a retomar su conversación.
El muro donde se abría el arco tenía un espesor de unos cuatro o cinco metros. Alejandro se deslizó hacia la parte que daba al interior del castillo y observó, no sin antes desenfundar su catana, por si acaso.
No había nadie en el patio, y las escasas antorchas que había, estaban muy desperdigadas, por lo que no sería difícil llegar hasta la entrada de las mazmorras sin ser visto.
Después de asegurarse de nuevo de que no había nadie a la vista, corrió sigilosamente hasta la entrada a la mazmorra, siempre pegado a la muralla y amparándose en las sombras.
Por fin llegó al pie del torreón donde estaba la entrada a las mazmorras. La puerta seguía abierta, tal y como la había visto en su visita anterior. Sin perder más tiempo entró y empezó a descender por las escaleras que llevaban a las mazmorras, sintiéndose seguro en la oscuridad de aquel pasadizo.
Tenía que darse prisa. Aquel pasadizo era amplio y sinuoso, pero no había lugar donde esconderse. Si se encontraba con alguien, subiendo o bajando, no tendría más remedio que pelear.
Al cabo de medio minuto percibió la luz que le indicaba que había llegado a su destino.
Redujo el paso y desde el último recodo observó la sala donde sabía que estaban los dos guardias.
Uno de ellos roncaba inconsciente sobre la mesa, posiblemente durmiendo la borrachera.
El otro jugaba un solitario a las cartas, mientras de vez en cuando seguía dando tragos de vino de su jarra. Llevaba una espada colgada a un lado del cinturón y un manojo de llaves al otro. Tenía que ser muy rápido. Tenía que salvar una distancia de unos ocho o nueve metros antes de que el hombre tuviera tiempo de reaccionar. Dado el aparente estado de embriaguez del soldado y lo embebido que estaba en el juego, no parecía difícil. Aferró con fuerza la catana con la derecha, se caló bien la capucha para ocultar su rostro, se armó con un shuriken en la izquierda y se lanzó a toda velocidad hacia el soldado.
Este apenas tuvo tiempo de percatarse de lo que ocurría, y antes de que pudiera mover un solo músculo, se encontró con la hoja de la catana de Alejandro en su cuello.
-Si haces un solo movimiento eres hombre muerto -susurró Alejandro en tono amenazante.
Los ojos del hombre se abrieron como platos, súbitamente lúcido ante el peligro que corría, pero se quedó inmóvil, petrificado.

Alejandro observó al otro. El ritmo de su respiración y de sus ronquidos no había variado.
-Abre esa puerta. ¡Rápido! -dijo señalando la celda en la que sabía que estaban Javier y Sylvie- ¡Y sin hacer tonterías.!
El hombre se acercó a la puerta, siempre con la espada de Alejandro amenazando su cuello, buscó nerviosamente en el manojo de llaves y por fin abrió la puerta.
-Quítate la espada con suavidad y entra en la celda.
El hombre hizo lo que le dijo. Se soltó el cinturón y dejo caer la espada en el suelo. Después entro en la celda. Alejandro le siguió.
-¿Qué ocurre? -oyó preguntar a Javier en aquel extraño idioma.
-He venido a sacaros de aquí, Javi - contestó Alejandro en castellano.
-¿Alejandro? ¿Eres tú de verdad? -preguntó él también en castellano.- Si, Javi soy yo. No tenemos mucho tiempo. ¿Sylvie sigue inconsciente?
-Si, si, pero... ¿cómo sabes...?
-Si salimos con bien de esta te lo explicaré. Aunque primero tendrás que contarnos como habéis acabado encerrados en esta celda. Venga salgamos de aquí.
Javier sacó de la celda a Sylvie como buenamente pudo mientras Alejandro vigilaba al soldado.
-Y ahora calladito sin hacer ruido hasta que nos vayamos, ¿de acuerdo? A esta profundidad tampoco podrá oírte nadie, ¿verdad? Salió de la celda y cerró la misma con llave, dejando encerrado dentro al soldado.
Después miro en la celda contigua y vio que estaba vacía. Buscó la llave, y cuando dio con ella abrió la puerta.
-Ayúdame -le dijo a Javi.
Desarmó al soldado dormido, y lo cogieron entre los dos. No cabía duda de que estaba como una cuba, pues el hombre ni siquiera hizo ademán de despertarse. Lo depositaron en el suelo, salieron y cerraron.
Alejandro y Javi se miraron y se abrazaron con fuerza.
-No sé como nos has encontrado, pero nunca me he alegrado tanto de verte -dijo
-Ya me lo dirás cuando estemos a salvo. ¿Cómo está Sylvie?
-Está herida. La hirieron con una flecha en el hombro. Cuando nos trajeron aquí le arrancaron la flecha y nos tiraron en esa celda. Limpie la herida lo mejor que pude y se la tapone con tela de la manga de su camiseta, pero ha perdido mucha sangre y creo que se le ha infectado.
-Pues será mejor que la saquemos de aquí cuanto antes.
-Vale, dame un minuto -dijo Javier.
Se dirigió a la pared del fondo, donde había un pequeño armario de madera. Lo abrió. Allí había algunas armas y objetos apilados en unas destartaladas baldas.

-Esto es nuestro -dijo Javier.- Afortunadamente esta gente no tiene ni idea de lo que es una pistola.

Recogió la sobaquera de Sylvie, con la pistola y los cargadores y se los colgó, y después hizo lo mismo con la espada del soldado. Alejandro ya se había echado sobre su hombro a Sylvie.

-¿Sabes utilizarla? -preguntó Alejandro refiriéndose a la pistola.

-Si. -dijo desenfundando- Sylvie me explicó como hacerlo. Sólo tengo que quitar el seguro -dijo mientras lo hacía -, apuntar y disparar, lo que no sé que tal es mi puntería.

-Espero que no tengamos que comprobarlo, pero será mejor que estés preparado- dijo Alejandro.

Javier asintió

-Yo la llevaré el primer tramo, luego tendrás que cargar tú con ella. ¿Estás listo?

-Si, no te preocupes. ¿Cómo vamos a salir de aquí? Alejandro esbozó una media sonrisa.

-Por la puerta.

Lucía estaba nerviosa. Alejandro no le había dicho gran cosa. Solo que iba a buscar a su hermano y a Sylvie. ¿Pero a donde? ¿Y como sabía donde se encontraba?

Ya hacía casi una hora que Alejandro se había ido. Aquella espera la estaba matando.

-Por qué demonios he tenido que despertarme - pensó.

Se levantó nuevamente para pasear. El espacio era reducido, pero andar de un lado a otro de la pequeña habitación le ayudaba a templar los nervios.

En un gesto nervioso, se remangó la manga de su brazo derecho. El color rojo de los símbolos de su brazo destacaba en la oscuridad, llamando su atención por primera vez en mucho tiempo. Era curioso. Toda su vida había estado obsesionada por aquellos símbolos, pero desde que estaban allí, apenas había vuelto a prestarles atención, a pesar de su nuevo brillo carmesí y de que todos estaban convencidos que su actual situación estaba relacionada con ellos

Alzó el antebrazo y lo miró con detenimiento.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. ¡Podía entender lo que decía allí! ¡Era capaz de descifrarlo!

Cuando llegaron a aquella ciudad descubrieron que podían entender y hablar el lenguaje de aquellas gentes, a pesar de no haberlo oído nunca antes. El lenguaje de aquellos símbolos era otra cosa totalmente distinta a lo que hablaban los habitantes de aquel extraño lugar, pero de igual modo podía entenderlo. Fascinada, siguió estudiando aquellas inscripciones. La interpretación era lenta y compleja, pero poco a poco fue descifrando el contenido de aquellos signos. Durante varios minutos estudió los símbolos, primero un antebrazo, luego el otro. A

medida que leía y desentrañaba el significado, fue comprendiendo. ¿Sería cierto aquello que estaba leyendo? ¿Habría interpretado bien? Sólo había una forma de averiguarlo.
-¡Inistiat lectarum!- pronunció.
Ante sus ojos, los símbolos de su antebrazo parecieron bailar y desdibujarse, apareciendo y desapareciendo, sin adoptar una configuración concreta.
Lucía se concentró en aquellos símbolos, tal y como había leído al principio. Los símbolos se detuvieron en una nueva configuración. Una vez más centró sus pensamientos en los símbolos, y de nuevo estos comenzaron a bailar hasta detenerse formando nuevas palabras y nuevas frases.
Repitió la operación varias veces, fascinada por lo que estaba viendo. Cada vez le costaba menos esfuerzo de concentración, hasta que finalmente se detuvo en una de ellas. Leyó lentamente, descifrando los símbolos, visualizando su significado y memorizando las palabras, sin pronunciarlas. La operación le llevó varios minutos, pero finalmente estaba segura de haber entendido el significado. No se atrevía a probar en aquella habitación. Aquello era demasiado.
Cuando terminó, se aseguró de haber memorizado las palabras.
-Lo probaré en cuanto tenga oportunidad - pensó.
Con una leve orden de su mente, los símbolos volvieron a cambiar.
Leyó de nuevo. Esta vez la complejidad era menor, y tras un par de minutos de estudio, consiguió desentrañar su significado.
Si no lo había entendido mal, aquello si podía probarlo. ¿Sería posible? Nerviosa ante la idea, se puso de pie.
Estiró su brazo y abrió su mano.
-¡Zhul! -pronunció.
Sintió una pequeña oleada de energía recorriendo su cuerpo hasta llegar a la palma de su mano, de donde brotó una tenue luz blanca que, iluminó la habitación con la misma intensidad que las linternas de las que disponían. Se quedó anonadada.
Alicia se removió en su jergón y se incorporó lentamente. Lucía cerró su mano y la luz desapareció. Volvió a sentarse.
-¿Lucía? - preguntó Alicia al cabo de unos segundos, todavía con voz somnolienta.
-Si Alicia.
-¿Qué pasa?¿Que haces despierta?
-No puedo dormir.
-¿Qué ocurre?
Lucía tardó unos segundos en responder.
-Alejandro se ha ido. Ha ido a buscar a mi hermano.
Alejandro y Javier subieron rápidamente por las escaleras. Alejandro iba delante con Sylvie en brazos. Javier se apoyaba en su

amigo.
-No veo nada. -dijo Javier.
-No te separes de mi.
Llegaron arriba, hasta la entrada del pasadizo. Alejandro echó un rápido vistazo a un lado y a otro. Tras comprobar que todo estaba en calma, hizo un gesto a Javier y corrieron hasta el pie de la muralla, para continuar, cobijados en las sombras hasta la puerta de entrada del recinto amurallado. Se escondieron bajo la oscuridad del arco.
Alejandro hizo un silencioso gesto a Javier que se colocó a su lado. Se agachó ligeramente para, ayudado por Alejandro, colocar a Sylvie sobre su hombro derecho.
Cuando terminaron de acomodar a Sylvie, Alejandro preguntó en voz baja:
-¿Listo?
Javier, con Sylvie sobre su hombro derecho, y la pistola de esta en la mano izquierda asintió. Alejandro sacó dos shurikens, uno en cada mano y miró a su amigo.
-Vamos allá -susurró.
-Estoy deseando terminar el turno -dijo Jonalar
-Yo también -respondió su compañero.
La vigilancia del puente era una de las guardias más tediosas. Prefería patrullar por la ciudad, donde siempre tenían la oportunidad de escaquearse un par de horas en algún tugurio o burdel.
-Menos mal que no nos vuelve a tocar puerta hasta el mes que viene.
Jonalar se giró perezosamente hacia la entrada al oír unos pasos apresurados sobre el puente
-Que extraño -pensó-. El relevo no es hasta dentro de un par de horas.
Cuando terminó de girarse vio una sombra negra avanzando hacia ellos. Su mente tardó demasiado en entender lo que estaba ocurriendo. No esperaban que hubiera nadie en aquella ciudad lo suficientemente loco para atacar a soldados del ejército, pero menos podía imaginar que el ataque viniera del interior del castillo. La sombra resultó ser un hombre encapuchado, detrás del cual pudo ver otra figura. Antes de que ni él ni su compañero pudieran reaccionar, el encapuchado hizo un movimiento con sus manos de las que salieron dos proyectiles plateados.
Jonalar sintió un fuerte dolor en su pierna izquierda, que le hizo perder pie y doblar la rodilla. De su muslo sobresalía una estrella metálica que se había clavado profundamente en él. El encapuchado llegó hasta donde ellos se encontraban. Jonalar vio como este embestía contra su compañero, que habiendo sido derribado de la misma forma que él, intentaba incorporarse y desenfundar su espada, pero fue en vano. Su atacante lo agarró con ambas manos por la pechera, y con un rápido giro de su cuerpo lo lanzó al foso, donde

cayó chapoteando.

Mientras, la otra figura pasó entre ellos sin detenerse, corriendo a toda velocidad hacia la relativa seguridad de las calles de la ciudad. Jonalar, a pesar del dolor, consiguió incorporarse.

-¡Alarma, nos atacan! - gritó mientras intentaba desenfundar su espada.

Una fuerte mano le agarró por la muñeca antes de que terminara de sacar su arma. Otra mano le agarró por el cuello, empujándolo con fuerza hacia atrás. El encapuchado era más alto que él, y muy fuerte. Herido como estaba, no pudo ofrecer ninguna resistencia. Jonalar perdió pie y cayó a las frías aguas del foso.

Javier llegó a la calle que Alejandro le había indicado antes de cruzar el puente. Doblo la esquina y desde allí se volvió hacia la entrada del castillo.

Alejandro se había deshecho de los dos guardias y corría hacia allí. Aunque estaba muy oscuro, Javier percibió movimiento en las murallas. El grito del guardia había alertado al resto de soldados apostados en el muro. No tardarían mucho en bajar y salir en su persecución, pero esperaba que la ventaja que tenían fuera suficiente. Según Alejandro, el refugio donde se encontraba el resto del grupo no estaba a más de diez minutos corriendo, aunque ahora no podrían avanzar tan deprisa, pues tener que cargar con Sylvie retrasaría su ritmo, y eso si tenían la suerte de no tropezar con alguno de los grupos de soldados que, según le había dicho Alejandro, patrullaban por las calles de la ciudad. Alejandro llegó a su altura y dobló la esquina.

-Sígueme - dijo

Ambos echaron a correr con Alejandro abriendo la marcha, quien, libre de la carga de Sylvie y conocedor del camino, avanzaba ligeramente adelantado, escrutando a un lado y a otro cada vez que tenían que entrar en una nueva calle.

Javier detrás, con Sylvie sobre su hombro, trataba de mantener el ritmo de su amigo para no retrasar la marcha. Al cabo de dos minutos, resollaba y sudaba profusamente. Alejandro, se detuvo.

-Déjame, ahora la llevaré yo un rato.

Javier no se opuso. Una vez realizado el cambio volvieron a iniciar la marcha.

Un par de veces se detuvieron y se ocultaron para evitar a las patrullas.

Unos minutos después oyeron tras de sí pasos y voces. Alejandro agudizó el oído.

-Estamos buscando a dos hombres. ¿Habéis visto a alguien por aquí?

-No, todo está tranquilo.

-Vale, dividiros por parejas y peinad la zona. Poned en sobre aviso a

todo aquel que veáis. Buscamos a dos hombres. Son peligrosos. Han atacado y herido a dos de los nuestros.

No se entretuvo más tiempo.

-Nos pisan los talones. ¡Vamos!. Ya estamos muy cerca. Reanudaron la carrera. Alejandro calculaba que debían estar a unos quinientos metros de su refugio.

Tenían que girar a la izquierda al final de la calle en la que estaban para entrar a una calle más ancha, avanzar por ella todo lo rápido que pudieran, y girar de nuevo a la derecha para entrar al pequeño callejón donde se localizaba la casa en la que se escondían. Doblaron la esquina después de comprobar que la calle estaba desierta, y corrieron como alma que lleva el diablo. Estaban a escasos metros de la esquina del callejón que les conducía a la salvación cuando a unos ciento cincuenta metros por delante de ellos, por una de las bocacalles, aparecieron cuatro soldados que inmediatamente se percataron de su presencia.

-¡Alto! -gritaron.

Alejandro y Javier no se detuvieron. Doblaron la esquina y se metieron en el estrecho callejón.

-¡Es esa puerta! -dijo Alejandro.

Apenas contaban con unos segundos antes de que los soldados entraran en el callejón.

Javier empujó la puerta y entró en la casa.

-Coge a Sylvie y pase lo que pase no salgas a la calle. -dijo Alejandro en voz baja mientras depositaba a Sylvie en los brazos de Alejandro.

-Pero que....

-Tengo que alejarlos de aquí - dicho lo cual cerró la puerta y salió corriendo.

Alicia, al igual que Lucía, estaba cada vez más inquieta. El tiempo pasaba inexorablemente y Alejandro todavía no había regresado. La incertidumbre era algo insoportable. Lucía le había contado lo que Alejandro pretendía hacer.

-No me explicó como sabía donde se encontraban -le había dicho Lucía.- Solo que iba a por ellos

Alicia se sorprendió al descubrir una punzada de miedo ante la posibilidad de que Alejandro no volviera, de no volver a verlo otra vez. ¿Cómo se sentiría si eso ocurriera de verdad? Cuando Javier desapareció al caer por la cascada que los engulló a él y a Sylvie, había sentido un gran dolor, derramado lágrimas por él, impotente antes el profundo sentimiento de pérdida. Pero ¿y si fuera Alejandro?...

No podía negarlo. En estos pocos días había empezado a resurgir un sentimiento que creyó perdido y enterrado en lo más profundo de su ser.

Un ruido de pasos y voces proveniente de la calle interrumpió el curso de sus pensamientos.

Lucía y ella se levantaron al unísono.

-¡Alto! -oyeron gritar a alguien.

Los pasos eran rápidos y el sonido indicaba que se acercaban hacia allí.

Ambas se precipitaron hacia la pared para deslizar las tablillas que les permitían observar la casa y la puerta de entrada. Al cabo de unos segundos de espera, la puerta se abrió. Alicia creyó distinguir un par de figuras recortadas contra la escasa luz que por la puerta semiabierta entraba de la calle. Durante un breve instante ambas figuras intercambiaron unas palabras en voz baja, pero no llegó a oír lo que decían. Después la puerta se cerró y la habitación quedó de nuevo casi en la oscuridad, a excepción de la débil luz que del exterior se filtraba por los resquicios de puertas y ventanas.

Lucía y Alicia siguieron observando, mientras que con el corazón en un puño, oyeron fuertes pisadas y voces cada vez más cerca, pasando por delante de la casa. El ruido despertó a sus compañeros.

-¿Qué ocurre?- preguntó Ricardo

-¡Sssst!

Ricardo buscó su hacha, y poco a poco todos se fueron incorporando, confundidos y temerosos.

Permanecieron en silencio durante unos tensos segundos hasta que poco a poco el sonido de las pisadas se alejó de allí.

Lucía seguía observando a la figura que permanecía inmóvil en la sala. Sus ojos que ya se habían acostumbrado a la escasa luz de la habitación distinguieron la figura de un hombre que llevaba en brazos a otra persona, pero no sabía distinguir si era hombre o mujer.

No tenía duda de que se escondían de alguien que los perseguía, luego sólo podía ser Alejandro, pues era el único que conocía aquel lugar. Sólo había dos personas en la habitación. Eso quería decir que faltaba alguien. Lucía se precipitó hacia las escaleras.

-Lucía espera - susurró Hugo intentando detenerla.

Pero ya estaba arriba y había abierto la entrada secreta, saliendo de aquel falso baúl, seguida por Hugo y Alicia.

-¿Alejandro? - preguntó Lucía- ¿Eres tú?

-¿Lucía?- dijo Javier.

-¡Javi! - gritó Lucía corriendo hacia su hermano.

-Creí que no volvería a verte -dijo Lucía abrazándolo y llorando de alegría.

Javier sonrió a su hermana emocionado.

-Pues ya ves que no te va a ser fácil librarte de mi.

Hugo y Alicia abrazaron también a su amigo, contentos de volver a verlo.

-¿Y Sylvie? ¿Qué le ocurre? -preguntó Lucía.
-Está herida. Necesita ayuda -dijo mirando a Hugo que se había situado al lado de Lucía.
-Pero, ¿donde está Alejandro?- preguntó Alicia.

Tras dejar a Javier y Sylvie en el interior de la casa, y libre del peso de esta, Alejandro se lanzó a toda velocidad hacia el final del callejón, alejándose todo lo posible del lugar donde había dejado a Javier.
-¡Allí están! -oyó una voz tras de sí.

Alejandro giró a la derecha, reduciendo un poco la velocidad para asegurarse de que los soldados le seguían.

Percibió nítidamente los pasos de los soldados y sus voces. Podía situarlos perfectamente, acercándose a él y alejándose de sus amigos.

- ¡Vamos, que no escapen!- gritó otro soldado. Alejandro se aseguró de que los soldados le vieran antes de doblar cada esquina, manteniéndolos a distancia suficiente y repitiendo la maniobra varias veces por aquella barriada de estrechas calles, hasta que decidió que era suficiente y que había llegado el momento de desaparecer.

Aceleró el ritmo de su carrera para poner tierra de por medio. En la siguiente calle, al girar la esquina, vio su oportunidad. Se movió con rapidez y agilidad. Cambió la dirección de su carrera, lanzándose contra la pared que tenía a su izquierda, sin reducir la velocidad. Cuando llegó a la pared, apoyó el pie en ella. Un paso, dos pasos, ascendiendo por la pared, aprovechando la velocidad de la carrera. En el segundo apoyo se impulsó con fuerza hacia arriba, hacia un pequeño balcón que había en la planta superior del edificio. Se agarró allí con las manos, y con sus fuertes brazos se impulsó con facilidad hacia arriba. Una vez arriba, se subió con agilidad a la barandilla del balcón y desde allí salto hasta el tejado de la vivienda. Allí se tendió y permaneció inmóvil. Unos segundos después los soldados entraban en la calle. Continuaron corriendo, pasando de largo del lugar en el que se había ocultado, continuando la búsqueda por las calles adyacentes. Esperó un poco más antes de incorporarse y empezar a avanzar con cuidado por el tejado hacia el lugar donde se ocultaban sus amigos. Cuando comprobó que el piso era firme y que podía avanzar con seguridad, incremento un poco el paso. Afortunadamente su sentido de la orientación siempre había sido muy bueno, y recordaba perfectamente el camino de vuelta, solo que esta vez lo recorrería por los tejados.

Las casas eran todas de alturas similares, y las estrechas calles no superaban los cuatro o cinco metros de anchura. Cuando llegó el momento de cambiar de dirección, cogió carrerilla y saltó al edificio de enfrente, salvando con facilidad la distancia que los separaba, de hecho, con más facilidad de lo que esperaba. De nuevo repitió la maniobra cuando tuvo que cambiar de nuevo de dirección.

Justo en el instante en que se impulsaba para saltar, un grupo de soldados fuertemente armados entró en la calle. Alejandro voló por los aires, esperando no ser visto, Cayó sobre el tejado del otro edificio flexionando las rodillas, pero el estado de la cubierta no era tan bueno como el de los otros edificios, y varias tejas crujieron bajo su peso, a pesar de haber aterrizado con toda la suavidad de la que era capaz.

-¡Allí está! -gritó un soldado.

Alejandro sólo se detuvo un instante, lo necesario para incorporase e iniciar la carrera para alejarse de los soldados.

-Mierda -masculló.

Varias flechas volaron hacia él. Una de ellas se estrelló contra el tejado, a escasos centímetros de sus pies, mientras que dos más pasaron silbando a su alrededor. Todavía hubo una cuarta flecha. Alejandro -no sabía explicar como - sintió, más que vio, la trayectoria de esta. Se dirigía directa a su espalda. Fintó con el cuerpo sin detener su carrera, girando el tronco hacia la izquierda, esquivando la flecha por escasos centímetros. Todo ello ocurrió en una fracción de segundo.

-¡Alucinante! -pensó sin poder explicarse como podía haber esquivado una flecha que apenas había visto.

Continuó corriendo. Atravesó el edificio a lo ancho a toda velocidad, y de nuevo saltó al bloque de enfrente. Ahora los soldados tendrían que rodear el edificio si querían alcanzarlo. No tenía tiempo que perder. Nada más caer corrió hacia la derecha.

-Un par de saltos más -se dijo.

Mientras surcaba el aire de un edificio a otro, podía oír las voces de los soldados. Sus nuevos sentidos le permitían situarlos a su alrededor, allá abajo en las calles. Había varios grupos buscándole, pero calculaba que tenía el tiempo suficiente. Nada más poner un pie en el tejado se lanzó a la carrera. Unos metros más y estaría sobre la casa que les servía de escondite.

La distancia al suelo era considerable, pero no tenía tiempo que perder. Cuando ya casi estaba a la altura de la puerta se acercó al límite del tejado, y sin detenerse, apoyó su mano derecha en el borde y se dejó caer. Cayó con las dos piernas juntas, flexionó las rodillas y rodó hacia delante sobre su hombro izquierdo. Se incorporó con increíble velocidad y agilidad, justo delante de la puerta. La empujó entró y la cerro tras de sí.

-Mierda -dijo Hugo.

-La herida se ha vuelto a abrir -dijo Javier.

Habían bajado a Javier y a Sylvie a la habitación secreta. Una vez allí, encendieron las linternas, acomodaron a Sylvie en un jergón y Hugo y Cristina retiraron el rudimentario vendaje que Javier había hecho en el hombro de Sylvie.

Hugo examinó la herida. La flecha había atravesado a Sylvie de adelante a atrás justo por debajo de la clavícula, en la zona de unión del pecho con el hombro. Javier le explicó que cuando les dejaron en la celda habían partido el asta de la flecha y extraído esta por la espalda. Sylvie había aullado de dolor, pero no perdió el conocimiento hasta varias horas después.

La herida sangraba de nuevo y Hugo había comprobado que Sylvie tenía una fiebre alta, su respiración agitada y su pulso era rápido e irregular.

-Pásame el agua, por favor. Necesito limpiar la herida para ver su estado y cortar la hemorragia.

Cristina le acercó el odre de cuero con agua que Yago les había dejado.

Hugo vertió el agua sobre la herida poco a poco. Una vez eliminada la sangre, pudo ver la herida.

-Tiene muy mal aspecto. La fiebre debe estar provocada por la infección, y debe haber perdido mucha sangre. Dame el vino. Cristina le pasó el odre.

-Ayúdame Javier. Levántala la cabeza un poco. Javier hizo lo que Hugo le indicaba.

-Tenemos que hacerla beber un poco.

-¿Te ayudo? -preguntó Cristina.

-Si, por favor.

Entre los dos consiguieron que Sylvie tragara unos cuantos sorbos de vino.

-Alicia, ¿te quedan todavía algodones desmaquillantes?

-Creo que sí.- Alicia fue a buscar su bolso y tras rebuscar en él unos segundos, le tendió el paquete de algodones a Hugo.- Aquí tienes.

Vertió un poco de vino en la herida, limpiando poco a poco el exterior con los algodones de Alicia. Después vertió un poco más en el interior. Sylvie, todavía inconsciente, se removió inquieta. El alcohol del vino estaba haciendo su función.

-Eso tiene que escocer -dijo Ricardo.

Después de unos minutos, Hugo dejó el odre de vino.

-Espero que eso baste. Ahora necesito coser la herida.

-¿Cómo? -preguntó Cristina - No tenemos nada con que coser.

-Si no recuerdo mal Alicia siempre llevaba un pequeño estuche con agujas e hilo en su bolso, ¿verdad?

-Lo siento Hugo. Esta vez no va a poder ser.

-Maldita sea.

-¿No puedes hacer nada? -preguntó Javier angustiado.

-Voy a taponar la herida lo mejor que pueda, pero si no cosemos, la herida volverá abrirse en cuanto se mueva.

Hugo estaba taponando la herida, presionando con su mano unos

algodones sobre ella.
-Si pudiera cerrarla de alguna manera... -pensó. Notó un extraño calor en el pecho y las manos.
-¿Pero qué...? - empezó Hugo

No pudo terminar la frase. De la palma de su mano brotó una tenue luz azulada que poco a poco fue ganando en intensidad. Todos observaban boquiabiertos e inmóviles aquella extraña luz, que tras unos segundos, perdió intensidad y se extinguió. Hugo levantó la mano. Estaba ligeramente mareado y tenía sed.
-¿Qué.. .que ha ocurrido? -preguntó Marta.
-¡Mirad! -dijo Cristina- ¡Mirad la herida!

La terrible herida se había cerrado. Donde segundos antes había sangre y carne desagarrada, sólo quedaba una leve cicatriz apenas perceptible.
-¡Increíble! -dijo Ricardo -Si no lo veo no lo creo.
-También le ha bajado la temperatura- dijo Cristina con su mano sobre al frente de Sylvie.

La respiración de la joven era la de alguien que está sumido en un plácido sueño, y su pulso había recuperado su ritmo normal. Todos miraban atónitos a Hugo. Este contemplaba incrédulo sus manos, como si las viera por primera vez. ¿Ese era el don que aquellas marcas le habían conferido? ¿Alguna clase de extraño poder curativo?¿Sería posible?¿Tendría el poder de curar con sólo desearlo?

Un ruido en la planta superior captó su atención, haciéndolos reaccionar. Era el sonido de la puerta de la calle al cerrarse. Alguien había entrado en la casa. Unos segundos después, la trampilla oculta que daba acceso a la habitación se abrió y un hombre descendió por ella.
-¡Alejandro! -gritó Alicia en un acto reflejo sin poder contener su alegría.

El joven se llevó un dedo a los labios haciendo un gesto para que permanecieran en silencio.

Oyeron voces y pasos en el exterior, muy cerca. Los soldados buscaban a Alejandro.
-¿Lo habéis visto?
-Lo he perdido cuando se dirigía hacia aquí.
-¡Vigilad todas las calles!. ¡Tu y tu, coged un par de hombres cada uno y subid a los tejados! Si sigue ahí lo atraparemos.

Poco a poco, las voces se dispersaron, alejándose del escondite del grupo.

Javier se acercó a Alejandro y los dos amigos se fundieron en un abrazo.
-Gracias otra vez. Alejandro sonrió.
-Me debes una.

Lucía se acercó a Alejandro.
-¿Te he dicho alguna vez que te quiero? -dijo ella abrazándolo. Alejandro sonrió de nuevo a su amiga y ella le besó en la mejilla.
-Es la segunda vez que me besas hoy. Debe ser mi irresistible encanto -dijo Alejandro riendo entre dientes.
-Tonto -contestó ella.
Alejandro se pudo serio y miró a su amiga a los ojos.
-Yo también te quiero, ratita. ¿Lo sabes, verdad?
Hugo sonrió ante las palabras de su amigo. A pesar del tiempo y la distancia nada había cambiado entre ellos. Podía leerlo en Alejandro como si fuera un libro abierto. Para él, ellos - Javier, Lucía y él -eran parte de su vida, de su ser y siempre estaría allí para ellos. Podía sentirlo, en el sentido más literal de la palabra y esa certeza le sorprendió sobremanera.
Sentía las emociones que emanaban de su amigo como si fueran las suyas propias. ¿Era eso otro extraño fenómeno como el de la curación?
Pero había algo extraño. No podía percibir ninguna reacción de su amigo respecto a Alicia. No tenía ni idea de que era lo que Alejandro sentía respecto a ella en ese momento. Era como si sus emociones, tan transparentes en lo concerniente al resto del grupo, estuvieran sepultadas bajo una capa impenetrable para él. Miró a Alicia. En un instante, sus sensaciones cambiaron. Percibió confusión, alegría, pena, retazos de un miedo que se disipaba dando paso a una sensación de alivio, todo ello a la vez. Un torbellino de emociones que lo dejaron sin respiración, y entre todo ello había algo que no lograba identificar, que pugnaba por salir al exterior.
En ese momento Alicia le devolvió la mirada y todas aquellas emociones desaparecieron en una fracción de segundo, como si el canal de comunicación que había establecido desapareciera.
-Tengo que explorar esto un poco más- pensó.
Marta, Ricardo y Cristina también le dieron la bienvenida. Marta le abrazó cariñosamente.
-Me alegro que todo haya salido bien -dijo
-Tío, me tienes que contar como lo has hecho -dijo Ricardo.
-Tendremos tiempo para eso ¿Cómo está Sylvie? - preguntó Alejandro.
-Compruébalo tu mismo -dijo Cristina.
Alejandro se acercó a Sylvie para descubrir que en el lugar donde debería haber una herida, solo había una cicatriz.
-¿Y la herida? - preguntó.
-No te lo vas a creer -dijo Marta.
-Prueba. A estas alturas no creo que ya me sorprenda nada.
En pocas palabras, relataron a Alejandro lo que había ocurrido. Hugo dio más detalles al grupo, explicando como se había sentido

después de sanar a Sylvie, el mareo, la sed y una cierta debilidad.
-¿Pero ahora te encuentras bien? -preguntó Cristina.
-Si, un poco cansado, pero el mareo se ha pasado, y un poco de agua solucionó lo de la sed.
-¡Flipante! -dijo Alejandro.- Entonces piensas como yo, que todo esta relacionado con nuestras marcas, ¿verdad?

Hugo asintió.

-Pero si eso es así, ¿por qué estamos aquí nosotros? - preguntó Cristina, refiriéndose a ella, a Ricardo y a Marta.
-Creo que el estar cerca de Alicia, en tu caso, o de Hugo, en el caso de Ricardo y Cristina, pudo ser la causa. -dijo Javier- Si recordáis, todos sentimos un fuerte dolor provocado por las marcas, como si nos ardiera la piel, luego quedamos inconscientes y aparecimos aquí. Todo esto reafirma al teoría de que las marcas provocaron eso y de alguna manera nos trasportaron a donde coño quiere que estemos. Vosotros tres tuvisteis la mala suerte de estar en el lugar equivocado en el momento más inoportuno. Permanecieron en silencio unos segundos, meditando las palabras de Alejandro.
-Suena a locura -dijo Cristina.
-Si. - añadió Javier.- Como lo de la curación con solo tocar, como las lunas rojas, los castillos, el hablar un idioma que no hemos oído en la vida, soldados de la edad media, lobos de ojos rojos...
-Vale, vale,,,
-Y eso no es todo -dijo Lucía.
-¿A que te refieres? -preguntó Ricardo. Lucía levantó la mano.
-¡Zhul!

De nuevo, como la vez anterior, una luz surgió de su mano, iluminando la habitación.
-¡Me cago en la leche! -dijo Ricardo. Lucía cerró la mano.
-¡Joder! ¿Cómo coño has hecho eso? -preguntó Javier.

Lucía relató al grupo lo que había descubierto aquella noche. La facilidad con que había podido descifrar los signos de sus antebrazos, como cambiaban a su voluntad y lo que había logrado entender y deducir de todo ello.
-Según parece, lo que llevo aquí -dijo mostrando sus antebrazos- es algo así como un compendio de hechizos, o al menos eso es lo que he podido leer. Puedo pasar de uno a otro sin más que pensarlo. Al principio me costó un poquito entender como funcionaba. Después todo fue más fácil. Luego, cada hechizo explica lo que hace y cuales son las palabras, los gestos, la modulación de la voz... Es un poco abstracto, pero al leer puedo visualizar todo ello.
-¿Has aprendido más? - preguntó Alejandro.
-Algunos de los hechizos que he ojeado son complejos, tanto que no he sido capaz de descifrarlos, aunque creo que podría hacerlo si dedicara

tiempo suficiente a su estudio. Hasta ahora sólo he probado con este. He memorizado dos o tres más, pero creo que si son para lo que creo es mejor que nos los pruebe aquí dentro.
-Increíble. -dijo Marta.
-A mí ya no me sorprende nada -dijo Ricardo.
-¿Y tu? ¿No tienes nada que contar? - preguntó Javier a Alejandro- Todavía no nos has explicado como has sabido donde estábamos Sylvie y yo.

Alejandro explicó a todos lo mejor que pudo como había localizado a Javier y llegado hasta él sin salir de la habitación.
-Estaba dormido y oí tu voz llamándome y al poco rato estaba en la celda con vosotros.
-Luego estuviste allí. Me pareció oír tu voz.-dijo Javier.
-¿Entonces me oíste? Intenté hablar con vosotros pero fue en vano. También les explicó como le había ocurrido algo similar la noche de su primer encuentro con aquellos terroríficos lobos.
-Aquella noche, mientras dormía, os oí a todos. Os preguntabais donde estaba, y una fuerza extraña me arrastro hacia allí. Vi a los lobos dirigiéndose hacia vosotros. Luego me desperté en la cabaña, pero sabía donde estabais y el peligro que corríais. El resto ya lo conocéis.
-Es decir, que por dos veces has tenido algún tipo de experiencia extracorporea, ¿no? -dijo Marta.
-Si. Y eso no es todo.

Les contó como sus sentidos se habían agudizado y les habló de su nueva facultad para ver en la oscuridad.
-Es como si todas mis capacidades físicas se hubiesen desarrollado más allá de lo normal: mis reflejos, mi fuerza, mi agilidad… cada día que pasa parecen ser mejores.

Finalmente, con la ayuda de Javier, relató como habían escapado del castillo y como había logrado dar esquinazo a los soldados que lo perseguían. Después le contaron a Javier su llegada a la ciudad y por qué habían acabado escondidos en aquel lugar.
-Vaya, veo que no habéis tardado mucho en meteros en líos.
-Mira quien fue a hablar. ¿Se puede saber cómo habéis acabado Sylvie y tú en un calabozo y ella además herida?

Javier explicó como habían sobrevivido a la caída por la cascada, relatando someramente como una corriente de aire había frenado su caída y como después habían decidido seguir el curso del río.
-Recordé que ese era el plan que teníais, así que decidimos hacer lo mismo con la esperanza de alcanzaros, pero por lo que parece hemos llegado unas horas antes que vosotros a esta ciudad.
-Si, nos detuvimos un día para buscaros. Hugo estaba seguro de que seguíais con vida, así que…
-¿Cómo sabías eso? -interrumpió Javier.

-Digamos que fue una corazonada -dijo Hugo, pero Lucía le explicó a su hermano lo que Hugo le dijo aquel día.
-Bueno, lo recordaré la próxima vez que tenga la tentación de reírme de una de tus corazonadas. -dijo Javier.

Después continuó con su narración.
-Llegamos a la ciudad sin incidentes. Podéis imaginar nuestra sorpresa al ver el panorama: murallas, torres, soldados medievales..., por no hablar del hecho de que era capaz de entender y hablar una lengua que no había oído en mi vida. Enseguida intuimos que algo no iba bien. La gente nos miraba de una forma extraña y se apartaba de nosotros, pero nosotros lo atribuimos a nuestro aspecto y a nuestras ropas, pero cuando fuimos a entrar en la ciudad, un nutrido grupo de soldados salió a nuestro encuentro. Sin previo avisó nos apuntaron con sus arcos y empezaron a gritarnos que no hiciéramos ningún movimiento y tirásemos las armas. Fueron las primeras palabras que oía en ese idioma, puesto que no habíamos podido hablar con nadie hasta ese momento, pero las entendí perfectamente. Los soldados estaban visiblemente nerviosos, cosa que por más que lo pienso, sigo sin entender. No había ningún motivo para una reacción así. Éramos sólo dos, y no habíamos hecho nada que motivara una reacción así. Solté mi espada y levanté los brazos. Sylvie me preguntó que ocurría. Ella no podía entender a los soldados. Justo en ese momento, y antes de que yo pudiera decir nada, uno de los soldados disparó a Sylvie. Me abalancé sobre ella para ayudarla, pero antes de que pudiera socorrerla los soldados me redujeron. Nos llevaron a los calabozos, nos quitaron nuestras cosas y nos metieron en la celda en la que nos has encontrado. Traté de cerrar la herida lo mejor posible. Al cabo de unas horas de estar allí, llegó un hombre escoltado por varios soldados. Vestía una túnica roja como la sangre, su piel era blanca y marmórea, y sus ojos eran del mismo color que su túnica, sin que pudiera distinguirse la pupila, ni el iris, ni nada. Todo el globo ocular era de ese color. Cuando me miró sentí como si una gélida mano se cerrara sobre mi corazón. De verdad que daba miedo. Después miró a Sylvie durante unos segundos. Se arrodilló a su lado y le arrancó la flecha. Sylvie gritó de dolor y perdió la consciencia. Trate de apartarlo de ella, pero dos soldados me sujetaron. «- No es peligrosa, no hay de que preocuparse -»dijo el tío de la túnica. «Ahora estoy ocupado, pero mañana vendré a interrogarlos. Siento... curiosidad» .Y sin decir más, salió de allí con su escolta. Intenté taponar la herida lo mejor posible. Deseé desesperadamente que alguien nos ayudara. Pensé en vosotros, en donde estarías... Un rato después oí tu voz. El resto ya lo conocéis.- terminó Javier.
-Entonces, ¿no tienes ni idea de por qué os atacaron? -preguntó Alicia.
-No, ni la más mínima.

Charlaron un rato más sobre todo aquello, felices de haberse reencontrado de nuevo, hasta que finalmente, decidieron que sería mejor tratar de descansar.

Poco a poco se fueron acomodando. Javier se acostó al lado de Sylvie, quien respiraba pausada y tranquilamente. Cristina se tumbó entre Ricardo y Hugo. Alicia y Marta volvieron a acostarse en el mismo lugar que ocupaban, mientras que Lucía se acurrucó junto a Alejandro.

-Gracias otra vez, Alejandro - susurró Lucía a su amigo.

-De nada, ratita. -dijo él abrazándola.

Alejandro no podía dormir. Todos en la sala dormían. A su lado, Lucía, feliz, descansaba placidamente.

Se levantó, procurando no despertar a Lucía, se acercó a su mochila y saco su i-pod nano.

Hacia tiempo que no escuchaba música. De hecho, no se había acordado de que lo llevaba en la mochila, hasta ahora.

En los últimos tiempos había pasado muchas noches en vela, y la música siempre le había ayudado a relajarse.

Seleccionó uno de los discos del Canto del Loco y pulsó el botón de reproducir.

La voz de Dani Martín, el lider del grupo, resonó en sus oídos acompañada de una solitaria guitarra.

« Hoy miro vuestras caras,
veo que la vida pasa,
recuerdos que en palabras
acompañan, nos atrapan,
fue como nuestra casa,
tantas tardes en esa plaza,
pasamos mil historias,
siempre juntos y hasta ahora
y que caro es el tiempo
que me pone contra la pared
y si digo que miento
me estaré escondiendo otra vez,
perdona, si digo
que quiero seguir siendo lo de ayer,
un niño sin miedo
que regala su cariño
y no sabe por qué.

La guitarra eléctrica, el bajo y la batería irrumpen con fuerza en la melodía, y como otras tantas veces, siente como se le erizan los pelos de la piel por la fuerza que le trasmite la música.

Recuerdo de esas caras,
todo llega, todo pasa,
y veo aquellas fotos
del verano, de la playa,
secretos que uno guarda,
esa chica que aún te encanta,
canciones que te atrapan,
que recuerdan, que acompañan
y que caro es el tiempo
que me pone contra la pared
y si digo que miento
me estaré escondiendo otra vez,
perdona, si digo
que quiero seguir siendo lo de ayer,
un niño sin miedo
que regala su cariño
y no sabe por qué.

Poco a poco, con la música de fondo, se fue quedando dormido. Aquella noche soñó con uno de los días más tristes de su vida.

40. Madrid, finales de Junio de 2.005

- Estás guapísima, Alicia -dijo Lucía.
-¿De verdad? -preguntó ella nerviosa.
-No he visto nunca una novia tan guapa -dijo Hugo.

Era verdad. El vestido de novia se ceñía a su cuerpo como un guante, resaltando su hermosa figura y dejando a la vista sus perfectos hombros.

Peinada y maquillada para la ocasión, estaba realmente deslumbrante. Era una auténtica belleza.

Pero para Hugo estaba claro que algo no andaba del todo bien. ¿Sería posible que él fuera el único en verlo? Aquel debería ser el día más feliz de su vida -o al menos uno de ellos- pero en todo el tiempo que llevaba con el que en pocas horas se iba a convertir en su marido, no había vuelto a ver en los ojos de su amiga el mismo brillo que en los tiempos en que ella y Alejandro estaban juntos. Su intuición le decía que aquello era un error, pero también sabía que no había forma de evitarlo, y nadie, excepto él, parecía darse cuenta de ello.

Al principio había intentado por todos los medios convencer a Alejandro de que hablara con Alicia, que luchara por ella. Sabía que no todo estaba perdido. Alicia todavía lo quería.

-Curiosa forma de demostrarlo. Ella ya dejo claro cual es su elección -era siempre su respuesta.
-Al menos podías contestar a sus llamadas.
-No tengo nada que hablar con ella.
-¿Sabes que eres un jodido cabezón?
-Dime una cosa, Hugo. ¿Ha roto Alicia con David?
-Bueno, no, pero...
-Pero nada, Hugo. ¿Cómo quieres que crea lo que dices?

Hugo había intentado tender un puente entre el uno y la otra, pero todo había sido en vano. Si Alejandro era como una pared contra la que chocaba una y otra vez, Alicia era un mar de dudas. Un auténtico lío.

-Tienes que aclararte Alicia, decidirte por uno de los dos. No puedes jugar a esto indefinidamente. Si quieres intentar recuperar lo tuyo con Alejandro, deja a David de una vez, y si no es así, déjalo marchar de una vez. No puedes tener a los dos -le había insistido él.
-Lo sé, Hugo, pero de verdad que no se que hacer.

Y así era. De sus muchas charlas y confidencias con Alicia, había deducido que en el fondo, ella tenía miedo de elegir mal y quedarse sin ninguno de los dos. Y si hubiera podido, se habría quedado con

ambos.

Hugo no lo entendía. Para él Alejandro y David eran como el día y la noche. Si en su amigo sólo podía ver a una extraordinaria persona de principios y valores admirables, en las pocas ocasiones que había coincidido con David Losada - siempre en reuniones planeadas por Alicia - todas sus alarmas se habían disparado. Su intuición le decía que, todo ese encanto desplegado, su amabilidad, su sonrisa, no era más que una fachada, tras la cual se escondía una persona soberbia, arrogante y de escasos principios. Alguien para quien lo más importante era él mismo. Alguien que nunca podría hacer feliz a Alicia.

Pero sólo él parecía ver esa parte de David. Lucía y Javier pensaban que era una persona encantadora. Por supuesto, hubieran preferido que Alicia y Alejandro hubieran continuado juntos, pero ya que no era posible, se alegraban de que hubiera encontrado a alguien como David.

-Estáis de coña, ¿no? Os digo que este tío os tiene engañados a todos - les decía siempre.

Pero ellos pensaban que hablaba así influenciado por Alejandro. Finalmente Alejandro sorprendió a todos con su decisión de trasladarse a vivir y trabajar a Barcelona, dejando el camino libre a Alicia, que hasta entonces seguía debatiéndose entre David y Alejandro, sin que David lo supiera y sin que Alejandro lo creyera. Alejandro había decidido por ella, quitándose de en medio y llevándose con él cualquier posibilidad de reconciliación entre ambos.

Y de esa manera, llegaron al momento en que se encontraban, el día en que Alicia iba a convertirse en la mujer de David Losada.

-Gracias por estar conmigo hoy, chicos - dijo Alicia, interrumpiendo el curso de los pensamientos de Hugo.

Hugo y Lucía habían ido a casa de Alicia para ayudarla a prepararse y acompañarla en sus últimas horas de soltera. Después de ese día y de una luna de miel por todo lo alto, ella empezaría una nueva vida en Santander, por lo que ya no se verían tan a menudo. Definitivamente, dejaban atrás una etapa. Primero Javier se fue a París, luego Alejandro a Barcelona y ahora Alicia. Hugo se dio cuenta de que el grupo se había disgregado, y Lucía y él se quedarían solos en Madrid, y esa certeza le hizo sentir cierta nostalgia.

-¿Y Javier? ¿Llegará a tiempo, no?

-Sí, no te preocupes. Cuando venía hacia aquí me llamó desde un taxi. Ya iba camino de casa. Con un poco de suerte ya estará vestido y de camino a la iglesia. -dijo Lucía

Javier tenía billete para el último vuelo París - Madrid del Viernes por la tarde, pero se lo habían cancelado por «problemas técnicos», y le habían dado plaza en otro que salía a primera hora del Sábado.

Afortunadamente la boda era a la una de la tarde, y no había tenido más contratiempos, por lo que, a pesar de los temores de su hermana, llegaría a la ceremonia.

La puerta del cuarto se abrió, y el padre de Alicia, asomó la cabeza.

-Aquí está el padrino. - dijo Hugo

-Bueno chicos, ¿está lista la novia? - preguntó su padre.

-Estoy lista papá.

-Hija, estás preciosa.

-Gracias papá. El padrino tampoco está nada mal. Su padre sonrió y añadió:

-¿Y mamá? -preguntó Alicia.

-Lista y esperando a sus acompañantes-dijo refiriéndose a Lucía y Hugo.- Venga. Voy bajando al coche. No tardes.

Se quedaron de nuevo a solas.

-Bueno, llegó el momento -dijo Lucía.

-Sí. - respondió Alicia. Lucía abrazó a su amiga.

-Te vamos a echar de menos -dijo.

-Espero que vengáis a visitarme. - respondió ella.

-Cuenta con ello.

-Bueno, vale ya de tanta ñoñería. Tenemos que ir a una boda -dijo Hugo- ¿Vámos?

-Vamos -dijo Alicia sonriendo.

El padre Miguel esperaba en el altar mientras la novia, cogida del brazo de su padre, avanzaba por el pasillo de la iglesia, mientras la música del órgano llenaba todos los rincones de la iglesia de San Miguel Arcángel. A escasos metros de él, el novio, impecablemente trajeado y peinado, esperaba tranquilamente a que su prometida llegara junto a él.

Miguel conocía a Alicia desde hacía tiempo y había tenido una estrecha relación con ella y el resto del grupo, especialmente con Hugo, que seguía muy implicado en las actividades parroquiales. Por todo ello había querido oficiar la ceremonia de su boda, aunque siempre había pensado que sería Alejandro quien ocupase el lugar del hombre que tenía frente a él, pues desde que los conocía había creído - y aún lo creía - que los dos jóvenes estaban hechos el uno para el otro.

Fijó su atención en el novio. Era la primera vez que lo veía, pero había algo en él que no le gustaba, y no era capaz de decir si era una de esas primeras impresiones que a veces sientes al conocer a alguien, o si su juicio estaba influenciado por las charlas que había tenido con Hugo.

De cualquier forma, deseaba de todo corazón que aquel hombre hiciera feliz a Alicia.

Javier, que había llegado a la iglesia unos minutos antes que la novia y sus amigos, ocupaba su sitio en uno de los bancos junto a estos, observando como Alicia avanzaba del brazo de su padre. Estaba preciosa. Siempre había sido una belleza, pero aquel día estaba deslumbrante. Ella reparó en él, y le saludó discretamente.
-¡Has llegado! - leyó en sus labios.
El respondió con una sonrisa y un leve asentimiento de cabeza. Se sentía feliz por su amiga, aunque no pudo evitar pensar en Alejandro. El era quien debería a estar al final del pasillo, pero las cosas no habían salido bien. Su amigo había sufrido mucho, y a buen seguro que hoy, a pesar del tiempo transcurrido y de la distancia, tampoco lo estaba pasando bien. Se volvió hacia Hugo, que estaba a su derecha y susurró.
-Me pregunto como estará Alejandro. ¿Qué crees que estará haciendo?
-Cuando te lo cuente, no lo vas a creer. -respondió Hugo.
-Prueba -contestó él
Quedaban pocos kilómetros para terminar con la bicicleta y empezar la última prueba. Aprovechó para tomarse otra barrita energética y beber abundantemente antes de empezar la carrera a pie.
La natación había ido bien -muy bien, a decir verdad - a pesar de que nadar en un lago, rodeado por cientos de nadadores, no se parecía en nada a hacerlo en la tranquilidad de una piscina. No había tenido problemas en superar los cuatro kilómetros, no en vano nadaba una distancia similar un par de veces por semana, pero el ciclismo estaba siendo otra historia. Llevaba años sin coger la bicicleta, hasta que un mes atrás decidió inscribirse para correr el Ironman de Frankfurt.
El Ironman era una de las pruebas más duras del mundo, un triatlón de dimensiones descomunales: 4 km nadando, 180 en bicicleta y para terminar, un maratón, 42 km a pie. Siempre había querido correr uno, probar si era capaz de finalizar, pero lo había ido aplazando, buscando el momento oportuno, hasta que leyendo una revista, vio la fecha en que se corría en Frankfurt dicha carrera. Se inscribió al momento, se compró una bicicleta en condiciones, y dedicó las tres semanas siguientes a prepararse para la carrera
Y allí estaba, con un ese escaso entrenamiento, disputando la prueba y sufriendo sobre la bicicleta. Y lo peor estaba por venir. Ya había corrido dos maratones -uno en Madrid hacía un par de años, el otro unos meses atrás en Nueva York- pero nunca después de una paliza como la que llevaba encima.
Sentía las piernas agarrotadas, le dolía la rabadilla -no creía que pudiera volver a sentarse en una semana -y después de casi seis horas sobra «la burra», ya no había postura en la que se encontrara cómodo. Al menos, todo el cansancio acumulado y el dolor físico, estaban sirviendo para mitigar el dolor emocional. A lo largo de la carrera

apenas había pensado en Alicia, en que ese día iba a casarse con otro hombre.
-Hay que estar gilipollas para venirse hasta Frankfurt a sufrir corriendo esta carrera para no pensar en una tía -se dijo así mismo.
-A fin de cuentas, ¿qué diferencia hay entre hoy y mañana?

Por fin vio la meta, donde terminaban la segunda vuelta de aquel circuito de noventa kilómetros, y donde dejaría la bicicleta para encarar la última prueba. Subió el volumen de su mp3, y aceleró el ritmo de su pedalada, deseoso, de bajarse ya de la bici.
-Por lo menos esta noche dormiré bien - se dijo a sí mismo.
-¿Tenéis arroz todos? - preguntó Javier.
-Yo preferiría unos garbanzos, a ver si le doy al novio en un ojo - dijo Hugo.
-¿Ya empezamos? -dijo Lucía simulando estar enfadada
-Bueno, bueno, tranquila. Mira para evitar tentaciones, me dedicaré a sacar fotos, ¿te parece bien?
-Me parece perfecto. ¡Mira, ahí vienen!

Así era. Los novios, ya convertidos en marido y mujer, se dirigían hacia la salida, donde fueron recibidos con la tradicional lluvia de arroz y gritos de vivan los novios.

Después vinieron las felicitaciones, los abrazos, las fotos con familiares y amigos, hasta que finalmente, los recién casados abandonaron el lugar para dirigirse a realizar el reportaje fotográfico antes de acudir al banquete. Antes de irse, Alicia saludó a Javier.
-Ni en un millón de años te hubiera perdonado que no llegaras a tiempo.
-No me lo hubiera perdido por nada del mundo. - respondió este.
-Gracias por estar aquí, chicos. No sabéis lo importante que es para mi.

Durante un fugaz instante, una sombra de pesadumbre cruzó por su rostro, el tiempo suficiente para que Hugo entreviera lo que estaba pasando por la mente de su amiga.
-Bueno, nos vemos luego en el restaurante.

Cuando finalmente Alicia subió al coche junto a su marido, decidieron ponerse en marcha y dirigirse al restaurante La Leyenda, donde se celebraría el banquete.

-¿Sabéis que? -preguntó Lucía ya en el coche.- Hasta el último momento he estado esperando ver aparecer a Alejandro en la iglesia, como ocurre en las películas románticas.
-Ya, hermanita. Pero en esas películas, cuando el «prota» aparece para impedir la boda, todos sabemos ya que la chica va a dejar plantado al novio en el altar -que por descontado es un capullo integral - para irse con él, pero esto es la vida real, y no creo que hubiese habido un final

feliz para Alejandro.
-¿Estás seguro? -preguntó Hugo.
-Si. Ya sé que Alejandro y Alicia han estado muy enamorados, y a mí, como a vosotros, también me hubiera gustado que terminaran juntos, pero no es así, y creo que ella está muy enamorada de David.
-Pues yo creo que te equivocas -replicó Hugo.- Ya nunca lo sabremos, pero algo me dice, que si Alejandro hubiese tenido arrestos suficientes para tragarse su orgullo, plantarse aquí y decirle a Alicia que sigue enamorado de ella, esta boda se habría ido a hacer puñetas.

Además -añadió Hugo -, aquí también el novio es un capullo integral.

Lucía reflexionó sobre las palabras de Hugo. Había pasado con él suficiente tiempo como para saber que cuando usaba la expresión, «algo me dice» o «mi intuición me dice», rara vez se equivocaba. Sólo esperaba que al menos no estuviera en lo cierto en el calificativo de capullo integral que Hugo había usado para definir a David., y que este fuera capaz de hacer feliz a Alicia.- Lo que más me jode, es que antes o después, os daréis cuenta de que yo tengo razón, pero para entonces ya no tendrá remedio. - sentenció Hugo.

Alejandro cruzó la meta y se desplomó exhausto. Había invertido casi once horas en terminar la prueba. Se sentía vacío, física y emocionalmente. Le dolía todo el cuerpo, pero también el alma. Se preguntaba si algún día podría olvidar y retomar su vida. A pesar del tiempo pasado, no podía olvidar, y ese día menos que nunca. Poco a poco, y a medida que recobraba sus fuerzas empezó a moverse como un autómata, se vistió, recogió su equipo y se fue al hotel. Se ducho, pidió algo para cenar y después se metió en la cama.

Su último pensamiento antes de caer rendido en brazos de Morfeo fue que cuando el cansancio desapareciera volvería a sus noches de insomnio, pero al menos esa noche dormiría como hacía mucho tiempo que no dormía.

Y así fue. Aquella noche, por primera vez en los últimos dos años durmió más de diez horas, sin interrupciones ni malos sueños.

41.

- **D**ebieron cruzar al otro lado por el puente, huyendo de los merodeadores -dijo Nihué observando cuidadosamente el terreno.

Nihué y Konrad venían siguiendo el rastro desde el lugar al que Alawun y Rakmir les habían acompañado.

-Aquí fue donde encontramos estos objetos - les dijeron. Aunque el rastro era confuso, las habilidades de montaraz de Nihué, les había permitido seguir la pista hasta el punto donde se encontraban

-¿Crees que serán ellos? - le había preguntado Konrad.

-No lo sé. He identificado nueve huellas diferentes, y se supone que nosotros buscamos a cinco.

A pesar de lo cual, y dado que era la única pista que tenían, decidieron seguirla.

Alawum y Rakmir se despidieron de ellos, pues tenían que volver a su poblado, no sin antes reiterar una vez más a ambos que tanto ellos como toda su gente acudirían a la lucha si esta llegaba a producirse.

Así, siguiendo el rastro de aquel grupo, habían llegado hasta ese lugar.

-Parece que consiguieron llegar al puente sin ser alcanzados por sus perseguidores -dijo Nihué, todavía arrodillada sobre el terreno, interpretando las distintas huellas - y supongo que se las arreglaron para cortar el puente.

-Tendremos que retroceder para buscar un lugar para vadear y retomar el rastro. -dijo Konrad.

Nihué se incorporó y volvió a subir a su caballo.

-Vamos demasiado lentos -dijo Nihué.

Llamó a Nidhul y le transmitió un silencioso mensaje. Konrad la miró inquisitivamente.

-Desde que lo hemos encontrado, el rastro no se ha separado del río. He enviado a Nidhul a seguir el curso del río. Si localizamos el rastro más adelante, podemos ganar mucho tiempo.

-Este río lleva hasta Nishuen. Directos a la boca del lobo.

-Pues no perdamos más tiempo -dijo.

Nidhul remontó el vuelo, mientras ellos espoleaban sus monturas en busca de un lugar para cruzar el río.

42.

Sylvie abrió los ojos y miró a su alrededor.

-¿Dónde estoy?¿Y cómo he llegado aquí? - se preguntó.

Trato de orientarse y aclarar su mente, todavía embotada. Mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra reinante en la habitación, empezó a recordar.

No habían cruzado la puerta de entrada a la ciudad cuando unos soldados les dieron el alto, apuntándolos con sus arcos y espadas. Javier soltó su espada e intercambió unas palabras con ellos en aquel extraño lenguaje. Ella quiso saber que ocurría, pero sin ninguna explicación ni motivo aparente -no recordaba haber hecho ningún movimiento amenazante y ni siquiera había intentado echar mano de su pistola- uno de los soldados disparó una flecha. Recordó el dolor al ser atravesada. Después fueron apresados y llevados a una celda. Un corpulento soldado cargó con ella. El viaje hasta la celda con la flecha todavía incrustada en sus carnes fue horrible. Cada movimiento había sido una agonía. Lo último que recordaba era una oscura y sucia celda, y un hombre de túnica roja arrodillándose a su lado que parsimoniosamente puso una mano sobre su frente. Inmediatamente sintió un dolor insoportable. En ese momento debió perder la consciencia, porque no recordaba nada más.

De pronto cayó en la cuenta. Se llevó la mano al hombro donde la flecha la había alcanzado, pero para su sorpresa, no encontró ni el más mínimo rastro de herida. Se palpó por debajo de la ropa. Su piel estaba intacta.

-¿Lo habré soñado? - se preguntó. Esa tenía que ser la explicación.

-Todo esto ha sido un mal sueño y debo estar en mi casa -se dijo. Pero al mirar alrededor se dio cuenta de que no era así. Su vista se había acostumbrado a la escasa iluminación de la habitación, y desde luego aquello no era ni su casa ni su cama. Dormido a su lado estaba Javier, y junto a ellos el resto del grupo. Definitivamente se había perdido algo.

-Javier -dijo zarandeando suavemente al joven. -Javier, despierta. Javier abrió los ojos

-¡Mmmm!

-Vamos Javier, despierta.

Javier necesitó sólo unos segundos para orientarse.

-¡Sylvie! -exclamó él abrazándola. - ¿Te encuentras bien?

-Si Javier, me encuentro perfectamente. Un poco hambrienta ahora que lo pienso, pero por lo demás bien. Demasiado bien teniendo en

cuenta que debería tener un agujero de tamaño considerable en el hombro.

Las voces de ambos fueron despertando poco a poco al resto del grupo. Todos se alegraron de ver a Sylvie recuperada y despierta. Entre todos pusieron a Sylvie al día de todo lo que había ocurrido: como los había encontrado Alejandro, la huida de las mazmorras del castillo, como Hugo había curado su herida, y el descubrimiento de Lucía de sus nuevas habilidades.

-Si no fuera porque la herida que debería tener en el hombro parece no haber existido nunca, no creería ni una palabra de lo que me habéis contado. -dijo ella - Aunque bien pensado, después de todo lo que llevamos visto, empiezo a preguntarme que será lo próximo.

En ese momento oyeron como la puerta de la casa se abría y alguien entraba.

-¡Sssst! ¡No hagáis ruido!

Todos permanecieron inmóviles y en silencio. Oyeron pasos en el piso de arriba y como alguien abría la tapa del arcón. Alejandro, aferró la empuñadura de su catana, y Ricardo hizo lo propio con su hacha.

A los pocos segundos vieron aparecer por las escaleras a Yago, seguido de Jacob.

-Buenos días. -dijo Yago.

-Buenos días -contestaron ellos, ya más relajados al comprobar la identidad de sus visitantes.

-Os hemos traído algo de comer -dijo Jacob depositando una bolsa de cuero en la mesa. Abrió la bolsa y empezó a vaciar su contenido sobre la mesa.

-No hemos podido venir antes -continuó. - Los ánimos en la ciudad andan hoy muy revueltos. Los soldados están vigilantes. Parece ser que buscando a un par de fugitivos que escaparon ayer de los calabozos del castillo, y a una tercera persona que les ayudó. Cuando Jacob se volvió, vio a Yago como petrificado, con una expresión de sorpresa en su rostro.

Miró a Yago de nuevo, y después al grupo. Enseguida comprendió lo que su amigo había visto.

-¡Una Nahiwa! - exclamó.

-No, Jacob. Una Nahiwa no. Debe ser la Nahiwa que los soldados están buscando.-dijo Yago.- Y el hombre del pelo color fuego- dijo refiriéndose a Javier.

-¿Una Nahiwa? - preguntó Hugo sin comprender.- ¿Qué es una Nahiwa?

-¿Cómo que qué es una Nahiwa? ¿Nos quieres tomar el pelo?- preguntó Jacob.- ¡Ella es una Nahiwa! -añadió señalando a Sylvie. Se miraron unos a otros.. Por la expresión de perplejidad que reflejaban

sus rostros Jacob comprendió que en verdad no sabían de que les hablaba.
-¿De verdad que no sabéis lo que es una Nahiwa? -preguntó. Ellos negaron con la cabeza.
-¿Pero entonces ...ella? -insistió refiriéndose a Sylvie.
-Ella es una mujer como yo, pero con un color de piel diferente, algo muy común allá de donde venimos. - dijo Lucía.- El es mi hermano Javier. Ambos son los amigos de los que os hablamos ayer
-Pero el color de su piel... -dijo Yago- Es el de una Nahiwa.
-¿Qué ocurre? ¿Nunca habías visto a un hombre o una mujer de color?- preguntó Alicia.
-No, desde hace años. Sólo la raza de los Nahiwas tiene ese color de piel. Nunca ha sido una raza muy sociable, pero hace muchos años que no se ve a ninguno de ellos. Se dice que fueron exterminados durante la Guerra, y durante los años posteriores fueron perseguidos y considerados enemigos del imperio. Alejandro miró a Javier.
-Puede que ese sea el motivo por el que os atacaron y encarcelaron.
Alejandro resumió a Yago y Jacob lo que les había ocurrido a Javier y Sylvie, como habían sido atacados y reducidos nada más llegar a la ciudad.
-No hay duda. Los soldados pensaron que era una Nahiwa. Por eso os atacaron. Los Nahiwas eran una raza poderosa, aunque no muy numerosa. Por su naturaleza y constitución eran más fuertes, rápidos y resistentes que los humanos, lo que los convertía en extraordinarios y temibles guerreros. Por si ello fuera poco, se dice que cada uno de ellos estaba dotado con increíbles habilidades. Durante la guerra, lucharon del lado de la Orden de los Cinco Poderes y en contra del Nigromante. Por ello, al igual que los miembros de la Orden, fueron perseguidos y aniquilados por los seguidores del Nigromante.
-Para, para un momento ¿Se puede saber de que estáis hablando? ¿Qué es eso de la guerra, un Nigromante y esa Orden de los Cinco Poderes?-preguntó Alejandro.
-En verdad debéis venir de muy lejos para no haber oído hablar de la gran guerra y el Nigromante, amo y señor del Imperio. Creíamos que su dominio se extendía a todo el mundo conocido, pero por lo visto no debe ser así.
-¿Alguien puede decirnos que ocurre? - preguntó Cristina. Habían olvidado que el resto del grupo no comprendía el idioma que hablaban.
Alejandro explicó rápidamente a sus amigos lo que habían hablado, mientras que Lucía recordó algo. Se remangó y se concentró una vez más en los símbolos de sus antebrazos hasta encontrar lo que buscaba.
Parecía sencillo. Lo estudio detenidamente, concentrándose en las palabras, la entonación y los gestos.

-Linghun a Nosner Kum -susurró en voz baja al tiempo que hacía un pequeño gesto con su mano derecha.

Cuando Alejandro terminó de poner al corriente a Marta, Ricardo, Cristina y Sylvie, Javier se dirigió de nuevo a Jacob y Yago.

-Por lo que habéis dicho cuando habéis llegado, nos están buscando, ¿no?

-¡Puedo entenderos! -dijo en la misma lengua Cristina.

-¡Y yo también! - dijeron Sylvie y Marta.

Ricardo fue el último en afirmar lo mismo.

-¿Tu no habrás tenido nada que ver en esto? -susurró Hugo a Lucía.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

-Será mejor que comáis algo y pensemos como sacaros de la ciudad. No podéis quedaros aquí. Cuanto más tiempo pase más peligro corréis.

-Pero aquí no pueden encontrarnos, ¿no? Dijisteis que este era un lugar seguro. -preguntó Alicia.

-Y lo es, al menos cuando nadie os conocía ni tenían interés en vosotros. Ahora os buscan, o mejor dicho, les buscan a ellos - dijo refiriéndose a Sylvie y Javier- y si se lo proponen, os aseguro que tienen medios para encontraros.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Alejandro

-Esta ciudad está gobernada por uno de los Señores Tenebrosos - dijo Jacob- Entre sus acólitos figuran varios hechiceros oscuros menores, pero con habilidad suficiente para encontrar a unos fugitivos. A juzgar por el despliegue de soldados, no van a dejar impune una fuga como la de ayer. - Jacob sonrió-. Dicen que los soldados que estaban de guardia han sido ya castigados. Por eso hay que sacaros de la ciudad cuanto antes, y no será nada fácil. Buscan a una Naiwha y al hombre de pelo como el fuego que la acompañaba. Con esos datos, os aseguro que no va a ser nada fácil que pasen inadvertidos.

-Entonces será mejor que pensemos en como salir de aquí -dijo Javier

-Estoy de acuerdo, pero antes, comamos algo - dijo Ricardo- Necesitamos reponer fuerzas. Además, yo al menos no puedo pensar con el estómago vacío.

Sus compañeros rieron el comentario del corpulento muchacho.

-Estoy de acuerdo -dijo Yago- Venga, comed algo.

Se acercaron a la mesa y se repartieron las provisiones que Yago y Jacob les habían traído. Había queso, pan, carne seca y unas verduras cocidas.

Se acomodaron de nuevo y empezaron a comer .

-Antes habéis hablado de una guerra, un Nigromante y la orden de ... no se qué. -dijo Hugo.

-La orden de los Cinco Poderes.

-Eso. ¿Podéis contarnos algo más sobre esa guerra y ese... Nigromante?

-No es una historia que nos guste contar, pero si no la conocéis... A fin de cuentas, es nuestra historia.

« No hace mucho tiempo, -comenzó Jacob- la paz y prosperidad reinaban en Adasam. Así había sido durante muchos cientos de años, y la orden de los Cinco Poderes velaba para que así continuara siendo. Ellos habían desterrado el mal en el pasado, y encarnaban todo lo bueno y noble que hay en los hombres. La orden estaba compuesta por Hechiceros, Caballeros del Dragón, Montaraces, Sanadores y Señores del Aire, cada uno de los cuales, tenían habilidades y poderes especiales.

En aquel entonces Adasam estaba gobernada por el joven rey Alan, descendiente de una antigua dinastía, bajo cuyo reinado, y con la ayuda y consejo de la orden, vivíamos una época de esplendor y prosperidad, ajenos a las desgracias que se avecinaban. Solo puedo deciros, que un día, sin que supiéramos como ni de donde venían, el Nigromante y sus seguidores irrumpieron en Adasam. Y estalló la guerra. El cielo se oscureció, y Dhué -una de nuestras lunas- se tiñó de rojo sangre, al igual que la tierra con la sangre de nuestra gente. Los miembros de la orden y el rey Alan y sus ejércitos, con la ayuda de los Nahiwas, lucharon enconadamente, pero fueron derrotados en poco tiempo. El rey y el consejo de los Cinco -los líderes de cada una de las órdenes- murieron a manos de los Señores Tenebrosos, mientras que el resto de miembros de la orden, así como los Nahiwas fueron perseguidos y aniquilados.

El Nigromante se proclamó como Emperador, dueño y señor de Adasam.

Desde entonces vivimos bajo su yugo opresor, privados de toda libertad y dignidad. Tras la caída de la orden, algunos de los soldados del rey, guiados por la reina Ariane organizaron un grupo de resistencia, golpeando aquí y allá al enemigo en una guerra de guerrillas y ayudando a los más necesitados, pero finalmente toda resistencia cesó. Se dice que también este grupo fue localizado y diezmado, dispersándose sus últimos componentes y sin que nunca se supiera cual fue el destino de la joven reina. Nadie ha vuelto a verla desde entonces.

Con el tiempo, lo más ruin y bajo de los hombres fue saliendo a la superficie, y muchos, que habían sido honrados, se corrompieron y abrazaron el mal. Muchos de los soldados que ahora forman parte del ejército del Imperio no habían nacido cuando tuvo lugar la guerra. Los soldados contra los que luchasteis ayer en mi taberna no han conocido otra cosa en su vida. No tienen valores ni principios. Creen que tienen derecho a todo. Abusan de todo y de todos. Ellos son «la ley». Pueden hacer lo que quieran impunemente. Nunca nadie en los últimos años se ha atrevido a enfrentarse a ellos por miedo a las represalias... hasta

ayer. No sé quienes sois, ni de donde venís, pero si sé una cosa, y es que estoy en deuda con vosotros».

Cuando Jacob terminó su narración, la habitación quedó sumida en un profundo silencio.
-¡Joder! Esto parece una puta película del Señor de los Anillos - dijo Cristina en castellano.
-Estaba pensando lo mismo -coincidió Ricardo.
-Es una locura. -añadió Marta.
-Si, pero aquí estamos, sin saber como ni por qué -dijo Lucía.
-La pregunta es ¿cómo se supone que vamos a volver a casa? -preguntó Cristina.
Ninguno de los allí presentes tenía la más remota idea de que contestar a eso.

Jacob, ¿puedes contarnos algo más sobre esa Orden de los Cinco Poderes? -preguntó Lucía. - Has hablado de Magos, Sanadores y no se que más.
Caballeros del Dragón, Señores del Aire y Montaraces -completó Jacob. - De eso hace mucho tiempo. Cuando estalló la guerra, yo tenía unos catorce años, y todo lo que recuerdo es lo que de ellos se decía por entonces, aunque no sabría decir que parte de ello es realidad y que parte leyenda.
Se dice que los magos o hechiceros eran capaces de obrar todo tipo de prodigios, desde dominar los elementos hasta invocar espíritus o demonios.
Los Sanadores tenían increíbles poderes curativos, y según se decía también tenían el poder de la premonición.
Las habilidades de Los Montaraces estaban íntimamente ligadas con la naturaleza. Capaces de fundirse con el entorno hasta hacerse prácticamente invisibles, de seguir cualquier rastro y de utilizar las propiedades curativas de las plantas. Pero su mayor habilidad era la de comunicarse con los animales, los cuales obedecían los deseos de estos.
De los Señores del Aire se dice que eran capaces de volar -aunque yo nunca vi ninguno-, pues tenían la capacidad de dominar las corrientes de aire a su antojo. También hay quien asegura ver a algunos de ellos crear tornados y otros fenómenos similares. Por último, los Caballeros del Dragón, de quien se decía que eran los herederos del poder de los antiguos y verdaderos Dragones. Sus habilidades físicas estaban extremadamente desarrolladas, lo que hizo de ellos los guerreros más grandes que Adasam ha conocido. Pero lo que les hacía realmente temibles eran sus habilidades mentales. Sobre ello no sabría que deciros, pues la mayor parte de lo que sé, proviene

de rumores o viejas leyendas, pero esas leyendas decían que podían desde doblegar la voluntad de sus enemigos, hasta derribar puertas con el poder de su mente. Algunos de ellos incluso llegaron a dominar la magia, aunque no al mismo nivel que los propios hechiceros, claro. Cuando Jacob terminó, permanecieron en silencio durante un rato, reflexionando sobre lo que acababan de oír.

Unos y otros intercambiaron miradas de comprensión. Todos ellos estaban pensando lo mismo.

-¿Creéis que...? -preguntó Alicia en castellano.

-Ni lo preguntes.- contestó Hugo.

-No puede ser -dijo Lucía.

-¿Y me lo dices tú? -preguntó Alejandro en tono irónico.-¿Cómo era eso que has hecho antes con la mano?

Javier también había llegado a la misma conclusión que sus amigos. Hugo había curado milagrosamente a Sylvie, los extraños cambios físicos que estaba experimentando Alejandro, los poderes «mágicos» de Lucía y el incidente de Alicia con el enorme tigre blanco que se habían encontrado. Recordó también su caída por la cascada y aquella extraña corriente de aire que había ralentizado la misma.

-Vosotros cinco tenéis todas esas habilidades -dijo Marta en voz alta, expresando lo que todos estaban pensando.

Ricardo, Cristina, Marta y Sylvie los miraban como si los vieran por primera vez, sin poder negar aquella afirmación, por absurda que pudiera parecer.

-¿Se puede saber que estáis diciendo? - preguntó Yago, que no había entendido ni una palabra de lo que habían hablado.

-Perdonad -dijo Alejandro cambiando de idioma de nuevo. -Estábamos comentando que nunca habíamos oído nada de todo esto.

-Tenéis que hablarnos del lugar de donde venís. Si no habéis oído nada sobre el Nigromante y sus seguidores, debe ser un lugar fantástico para vivir.

-Te aseguró que sí -dijo Cristina.

-Bueno, será mejor que pensemos en como salir de aquí -dijo Alejandro cambiando de tema.

Decidieron centrarse en resolver aquel problema, y salir de la ciudad cuanto antes.

Yago empezó a enunciar los principales obstáculos que se encontrarían.

Vuestros extraños ropajes os delatan. No podéis andar así por la ciudad. Llamaríais mucho la atención, así que habrá que conseguiros ropa adecuada. Por otro lado, todos los accesos están vigilados y las entradas y salidas restringidas. Además de todo eso, hay que pensar que hacer con vuestros amigos -dijo refiriéndose a Javier y Sylvie-. La parte positiva es que tenemos algunos amigos dispuestos a ayudarnos.

Algunos de ellos estaban anoche en la taberna y aunque no quieren involucrarse directamente, nos deben un par de favores y han dicho que nos ayudarán.

Pasaron un buen rato discutiendo la mejor forma de salir de la ciudad, preguntando a Jacob y Yago todo tipo de detalles.

Finalmente, y tras un par de horas de discusión acordaron un plan para huir de allí. El plan era muy arriesgado e iban a necesitar de nuevo de la ayuda de Yago y Jacob, quienes no dudaron ni un solo instante, a pesar del riesgo que ellos también correrían si eran descubiertos.

Finalmente Yago y Jacob se retiraron. Volverían a última hora de la tarde, momento en que pondrían en marcha la primera parte del plan. Hasta entonces, Yago y Jacob tenían mucho que hacer, mientras que ellos se dedicarían a descansar. Si todo salía bien, en pocas horas tendrían que volver a dormir a la intemperie.

43.

Javier y Alejandro habían conseguido llegar al pie de la muralla sin incidencias. La primera parte del plan era sencilla. Ellos dos abandonarían la cuidad de noche, saltando las altas murallas. Habían intentado que Sylvie los acompañara, pero esta se había negado en redondo. El vértigo que tenía hacía imposible que pudiera descender por la pared de la muralla, así que cuando Yago les ofreció otra alternativa, alla aceptó encantada. Ya era bien entrada la noche cuando ambos abandonaron su refugio. Era noche de luna roja, lo cual según Yago y Jacob, era la ideal para llevar a cabo la primera parte del plan. Corrían todo tipo de rumores sobre los peligros que acechaban en el exterior en noches como aquella, por lo que nadie en su sano juicio podría imaginar que alguien intentara abandonar la seguridad que ofrecían las murallas.

Ambos cargaban con la mayoría de las pertenencias del grupo, pues según les habían dicho Yago y Jacob, era muy arriesgado intentar salir con ellas por la puerta. Según ellos, habían sido muy afortunados al entrar en la ciudad con sus armas. Si no se habían topado con ningún soldado, seguramente había sido por la desidia que imperaba entre los miembros de la guarnición de la ciudad, pero ahora que estaban alerta buscando a unos fugitivos, todos los accesos a la ciudad estarían fuertemente vigilados. Alejandro cargaba además de sus catanas, el arco y carcaj de Alicia, su mochila con algunas provisiones, las linternas y porras de Hugo y Ricardo, y un pesado rollo de cuerda de unos quince metros de longitud sobre su hombro. Finalmente y a pesar de su reticencia a abandonarlo, pero sabiendo que le estorbaría más que otra cosa, se había tenido que desprender del casco de la moto. Javier por su parte, llevaba su espada, el hacha de Ricardo, otra mochila con provisiones - también por gentileza de Jacob y Yago- y otro rollo de cuerda de dimensiones similares al que portaba Alejandro. Amparados en la oscuridad de la noche y envueltos en sus negras capas, se habían movido con facilidad por el interior de la ciudad.

Por sus calles, al igual que la noche anterior, circulaban patrullas de soldados, vigilando que se respetara el toque de queda. Los agudizados sentidos de Alejandro les habían permitido evitarlos con suma facilidad. Gracias a su nueva capacidad de visión nocturna y a su oído, había localizado la posición de las patrullas con antelación suficiente para esquivarlos sin ser vistos. Observaron la parte superior de la muralla. Tal y como Jacob les había indicado, estaba desierta. Al

parecer, nadie se había planteado la posibilidad de que alguien pudiera intentar abandonar la ciudad por otro sitio que no fueran las puertas -cerradas de noche y vigiladas durante el día -, y no era de extrañar, pues la altura de las mismas era un importante elemento disuasorio.
-Por allí -dijo Alejandro señalando unas escaleras de subida a la muralla.- Vamos, el camino está despejado.
Unos segundos después ambos ascendían por las empinadas escaleras.
Una vez arriba, se movieron con rapidez. Alejandro anudó con seguridad una de las cuerdas alrededor de una de las almenas. Mientras, Javier depositó la suya en el suelo y se aseguró la mochila y las armas que portaba.
Alejandro comprobó que la cuerda estaba perfectamente anudada, y lanzó el otro extremo por el exterior de la muralla. La altura de la muralla era tal que la cuerda a duras penas llegaba hasta el suelo.
-Tu turno -dijo Alejandro.
-Allá voy.
Javier se encaramó a la muralla, agarró la cuerda y se dispuso a descender.
-Ve con cuidado -dijo Alejandro.
-Tranquilo. No eres el único que ha hecho escaladas y descenso de paredes verticales.
Alejandro sonrió, mientras Javier, aferrado con fuerza a la cuerda, empezó a descender por la pared. Poco a poco, apoyando los pies en la pared y a fuerza de brazos, fue cubriendo los metros que lo separaban del suelo.
Cuando llegó al suelo, Alejandro desató la cuerda de la almena y anudó ambas cuerdas para conseguir otra de treinta metros de longitud, asegurándose a conciencia de que el nudo era cien por cien seguro. Una vez hecho esto, dejó caer los extremos de la nueva cuerda por ambos lados de una almena Se asomó por la muralla y vio a Javier al pie de la misma. Se había atado la cuerda a su cintura, y estaba sentado en el suelo con los pies fuertemente afianzados contra la pared. Al ver a Alejandro levantó su puño derecho con el pulgar hacia arriba. A los pocos segundos Alejandro llegó al suelo. Una vez allí, Javier empezó a tirar de la cuerda, hasta que los treinta metros de cuerda cayeron al suelo.
Rápidamente recogieron la cuerda y se alejaron de la muralla, desapareciendo en la oscuridad de la noche.
-Bueno, todo ha salido a pedir de boca -dijo Javier.
-Si. Esperemos que mañana todo salga igual de bien.
Cristina se sentía un tanto ridícula. Ella, Marta, Lucía y Alicia caminaban entre un grupo de mujeres de la ciudad. Yago y Jacob

habían llegado por la mañana temprano, acompañados por la hija de este último y la mujer del primero. Entre las cosas que traían, había varios vestidos de mujer, que con algún que otro apaño, habían conseguido ajustar a sus tallas. Eran vestidos de un tejido áspero e incómodo. La falda llegaba casi hasta los pies -motivo por el cual habían decidido mantener bajo él sus pantalones y su calzado- mientras que la parte superior consistía en unas camisolas de lino que dejaban a la vista un generoso escote.

Caminaban cargando un gran cesto lleno de ropa, bajo la cual llevaban oculta algunas provisiones para el camino que, si todo salía bien, tendrían que emprender en breve, así como sus propias ropas.

Cada día, varios grupos de mujeres abandonaban los muros de la ciudad para ir a lavar ropa al río. El plan de Yago era sencillo: ellas abandonarían la ciudad mezcladas entre el resto de mujeres. Cuando llegaron a la puerta, los guardias observaron cuidadosamente al grupo.

Una decena de soldados fuertemente armados y enfundados en negras cotas de malla, flanqueaban ambos lados de la puerta controlando a todo aquel que entraba, pero sobre todo centraban su atención en aquellos que querían salir del recinto amurallado. Cristina sintió sobre ella la mirada escrutadora de los soldados, pero siguió caminando tratando de disimular el miedo que sentía. Pasaron entre los soldados y ya avanzaban bajo el arco de salida de la gran muralla cuando oyó una voz a su espalda que la llamaba.

-¡Eh tu, espera!

Cristina se detuvo petrificada por el miedo y sin saber si era a ella a la que llamaban o no.

Sus amigas, que se iban delante de ella miraban hacia atrás.

Cristina, con el corazón en la boca, se volvió lentamente.

Uno de los soldados, el que parecía más joven, avanzaba hacia ella.

-Se te ha caído esto -dijo tendiéndole algo.

Cristina se fijo en lo que el hombre tenía en la mano. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era una camiseta sucia de lino que debía habérsele caído del cesto. Extendió el brazo y recogió la prenda.

-Gracias - dijo.

Se dio la vuelta y reemprendió la marcha. Lo habían conseguido. Habían salido. Ya sólo faltaba que Hugo y Ricardo, con Sylvie, tuvieran la misma suerte.

Ricardo había sido el que más problemas había tenido para encontrar ropa y calzado de su talla. Las sandalias le quedaban pequeñas -había tenido que romperlas por la parte delantera -, los pantalones le quedaban por encima de los tobillos, y la camisa de lino parecía estar a punto de estallar.

Se cubría con una de las capas de viaje, y un sombrero de paja. Llevaba un cayado y guiaba un par de ovejas que llevaba a pastar al exterior, o al menos esa era su excusa para salir. Las ovejas eran de uno de los amigos de Jacob.

Varios metros más atrás Hugo guiaba un carro cargado con varios barriles, tirado por un enorme buey. Yago había insistido en acompañarlo, pero ellos se habían negado. No querían que ni él ni Jacob corrieran ningún riesgo. Si algo salía mal, no debían verse implicados.

Ricardo pasó entre los soldados sin mayores problemas, aunque su estatura y corpulencia no pasó inadvertida a estos, a pesar de que procuraba caminar ligeramente encorvado. Finalmente cruzó la puerta y salió de la ciudad.

-¡Alto! - gritó uno de los soldados.

Hugo tiró de las riendas del enorme buey e hizo detenerse al carromato.

Varios soldados le rodearon.

-¿Qué llevas ahí y a donde vas? - preguntó uno de ellos, el que parecía de mayor rango.

-Llevo barriles de vino vacíos. Voy al mercado de Brandibur a comprar vino.

-Tu permiso de viaje -pidió bruscamente el soldado.

Hugo echó mano de su bolsa de viaje y sacó el documento que Jacob le había entregado. Según le había explicado, todo comerciante tenía que tener un permiso para viajar y comerciar, además pagar un impuesto en las ciudades en las que comerciaban, de lo contrario podía ser detenido por las fuerzas del imperio y la mercancía confiscada.

El soldado examinó el documento detenidamente. Al cabo de unos segundos se lo devolvió.

-Abrid esos barriles y comprobad su contenido -ordenó el soldado a sus hombres.

-No hay nada en los barriles -dijo Hugo.

-Entonces no tendrás ningún inconveniente en que lo comprobemos, ¿verdad?

-Vosotros mismos -dijo Hugo.

Hugo esperó a que los soldados abrieran y revisaran todos los barriles, tratando de simular una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

-No hay nada, señor. Todos están vacíos -informó uno de los soldados a su superior.

-Está bien, puedes pasar -dijo este.

Los soldados se apartaron para dejar paso y Hugo espoleó de nuevo

al buey para poner el carromato en marcha.

Hugo respiró tranquilo. Todo había salido bien. En unos minutos estarían lejos de allí.

Sylvie había oído toda la conversación. El plan había funcionado perfectamente. Los barriles habían sido el señuelo perfecto. Los soldados, centrada su atención en ellos, no habían reparado en el escondite que había en la parte inferior del carromato. Bajo el piso de este, y sobre el eje de las ruedas iba oculta Sylvie sobre una pequeña plataforma de madera. Unos maderos alrededor la dejaban oculta a la vista de cualquiera que no se tumbase bajo el carromato. La posición era muy incómoda, pues tenía que sujetarse con manos y piernas a unos asideros colocados expresamente para ese función en dos de los travesaños que servían de base al piso de carga del carro, pero todo había salido bien. El carro había vuelto a ponerse en marcha, y aunque no podía ver, suponía que ya casi debían haber cruzado la puerta de salida. Muy pronto podría abandonar su escondite, cosa que agradecería, pues empezaba a estar cansada por el esfuerzo que suponía sujetarse en aquella posición. En ese momento, Sylvie sintió un fuerte temblor en todo el carro que casi le hizo caer.

Una de las ruedas había encontrado una piedra en su camino, lo que había provocado ese impacto. La rueda subió la roca, y después cayó bruscamente. Sylvie oyó un fuerte crujido. La rueda de madera, ya vieja y castigada, se rompió por el golpe. El carro, sin uno de sus dos apoyos, se inclinó hacia ese lado y chocó contra el suelo.

Sylvie no pudo sujetarse y cayó al suelo.

Hubo unos momentos de confusión y gente acercándose al carromato a ver que es lo que había ocurrido. - ¡La Nahiwa! -gritó alguien. La habían descubierto.

Alejandro, envuelto en su capa y apoyado en una de las casas de madera que había fuera de las murallas como un ciudadano más, había presenciado la escena.

Unos segundos antes, Hugo, guiando el carro, había pasado justo por delante de él, haciéndole un guiño. Cuando parecía que todo iba a salir bien había ocurrido el desastre. Hugo y Sylvie - escondida bajo el carro -se encontraban a escasos metros del puente de piedra que cruzaba sobre el río, cuando la rueda izquierda del carromato se había partido, echando todo el plan a perder.

Sylvie había caído al suelo, quedando al descubierto. Alguien había gritado y alertado a los soldados, quienes ya corrían hacia el lugar, con las armas desenfundadas y dispuestos a acabar con ella. Hugo se había bajado del carro e intentaba a ayudar a Sylvie a salir de debajo de este, donde parecía que había quedado atrapada. No había tiempo

para mucho más. En unos segundos los soldados estarían sobre ellos.

El primero de ellos, unos metros destacado sobre sus compañeros, estaba a punto de llegar a su altura.

Supo lo que tenía que hacer, lo único que podía hacer, aunque eso le costara la vida. En unas décimas de segundo, pasaron por su mente un sin fin de pensamientos.

Sabía que era bueno manejando su catana, pero hasta ese momento todos sus combates habían sido uno contra uno, y por supuesto, simulados, sin riesgo para su integridad física. Ahora iba a enfrentarse a varios soldados adiestrados para la lucha. Nunca había usado su catana para herir a nadie, y le aterraba la idea, pero no podía dejar que cogieran a sus amigos y no mover un dedo. Tendría que matar o morir.

Había llegado el momento. Dio dos pasos hacia delante, como si fuera a cruzar la calle.

- ¡Aparta imbécil! -gritó el soldado que corría hacia él. Alejandro se giró hacia el soldado, plantó los pies con fuerza en el suelo, el izquierdo ligeramente adelantado, y con un movimiento rápido en el que concentró toda su fuerza, lanzó con potencia su brazo derecho hacia delante, girando la cadera, tal como le habían enseñado, para imprimir mayor potencia a los golpes. Su puño enguantado chocó con fuerza contra el rostro del soldado, que no esperaba una reacción semejante, deteniendo bruscamente su carrera. La espada se soltó de la mano inerte y las piernas del soldado, impulsadas por la inercia, quisieron seguir la carrera, lo que hizo que se separaran del suelo, levantándose hasta que el resto del cuerpo quedó prácticamente en horizontal.. Cayó de espaldas contra el suelo, donde quedó inmóvil.

Alejandro abrió su capa y desenfundó sus dos catanas -que había colgado al cinto para poder ocultarlas bajo ella- y se preparó para hacer frente al resto de soldados.

Alicia, Marta, Cristina y Lucía, al otro lado del río habían visto todo lo ocurrido.

Alicia tenía el corazón en un puño. Alejandro había derribado al primero de los soldados, y se había plantado, espadas en mano, entre el resto de los soldados y Hugo y Sylvie.

-¡Está loco!¿Qué pretende? ¡No puede enfrentarse a todos ellos! -pensó.

No tenía ninguna oportunidad. Al menos ocho soldados se dirigían hacia él, enfundados en cotas de malla, y seguramente perfectamente adiestrados para la lucha.

Se sentía impotente. Ni siquiera tenía su arco para poder ayudarle. Javier se lo había llevado por la noche y lo tendría donde quiera que

fuera que estuviese oculto.

Alicia miró a sus amigas, y vio que estaban tan horrorizadas como ella. En sus ojos percibió la misma impotencia que ella sentía. Lo único que podían hacer era ver como los soldados masacraban a Alejandro.

Hugo intentaba sacar a Sylvie de debajo del carro, que tenía la pierna atrapada bajo este. Afortunadamente, la joven no se había roto nada, pero el peso del carromato la inmovilizaba, y Hugo, a pesar de sus intentos, no parecía capaz de moverlo. En eso Ricardo, que al ver lo ocurrido había retrocedido sobre sus pasos, llegó junto a Hugo.

-Yo levantaré el carro. Tu ayuda a Sylvie a salir de ahí.-dijo Agarró el carro con sus fuertes manos y tiró hacia arriba de él con todo su cuerpo. Era muy pesado, pero el fornido joven no se amilanó. Los músculos de sus piernas, espalda, brazos y hombros se tensaron, hasta que por fin el carro se elevó unos centímetros. Hugo tiró de Sylvie.

Un poco más y estaría libre. Solo necesitaban unos segundos. Unos segundos que Alejandro estaba intentando proporcionarles, aunque fuese a costa de su propia vida.

Alejandro detuvo la embestida del primer soldado con facilidad. Aunque el soldado era más corpulento que él, su catana desvió la espada de este sin problemas.

Su mano izquierda, que empuñaba la catana corta, trazó un rápido arco, alcanzando al soldado en el muslo, por encima de la rodilla. A pesar de la situación, Alejandro intentaba no herir de muerte a sus oponentes. El corte no era mortal, pero si lo suficientemente profundo para hacer caer al soldado.

Rápidamente, Alejandro se giró hacia los siguientes soldados. Sus espadas se movían con una velocidad increíble, blocando una y otra vez los ataques de los soldados.

Los soldados, entorpecido su movimiento por el peso de la cota de malla, se movían con lentitud -o al menos esa era su apreciación-, mientras que él se sentía ligero, sus movimientos fluían con pasmosa facilidad, y sus reflejos parecían estar mejor que nunca. Bloqueó un nuevo ataque y acto seguido lanzó una patada lateral al pecho de su oponente, quien trastabilló y cayó hacia atrás perdiendo su espada. Inmediatamente se agachó para esquivar otro ataque por su izquierda, y lanzó una estocada con la catana larga que alcanzó al su atacante en el hombro.

A través del acero y de la empuñadora pudo sentir como la espada atravesaba la cota de malla y se hundía en la carne del hombre. Tiró rápidamente de la espada y se giró para encarar a dos nuevos atacantes.

Con un ágil giro de muñeca volteó varias veces su catana frente a sí, desafiando al resto de soldados. Estos al ver a tres de sus compañeros heridos, y a pesar de su superioridad numérica, dudaron durante unos segundos, esperando para reagruparse frente a su oponente.

Con la vista fija en él y sus espadas levantadas con la punta hacia Alejandro, empezaron a separarse para rodearlo.

Decidió no darles tiempo. Se lanzó contra uno de ellos, el que intentaba rodearlo por la derecha, descargando un golpe hacia su cabeza. El soldado levantó la espada para detener el golpe. Alejandro que esperaba esa reacción cambió radicalmente la dirección del arco descrito por su catana, alcanzando al soldado en un costado. El filo penetró en la cota y luego en la carne, hiriendo seriamente al soldado, que gritó de dolor y cayó al suelo. Con ese eran cuatro derribados, y quedaban cinco en pie. Justo en ese instante, Ricardo, blandiendo el enorme cayado se situó a su lado, alcanzando con fuerza en la cabeza a uno de los soldados. Ese fue el quinto derribado.

Por fin habían conseguido sacar a Sylvie de debajo del carro. La pierna le dolía y cojeaba un poco, pero podía correr. Desenfundó su pistola y miró hacia donde se encontraban Alejandro y Ricardo, quien después de liberarla había acudido en ayuda de su compañero.

Los soldados parecían temerosos. Alejandro había derribado el solo a cuatro de sus compañeros, y ahora tenía la ayuda de un hombre enorme y corpulento que blandía amenazante un cayado de una longitud tal, que le permitía golpear a cualquiera de ellos antes de que tuvieran oportunidad de intentar alcanzarlo con sus espadas. Paso a paso, los dos jóvenes empezaron a retroceder hacia el puente.

-¡Tenemos que ayudarlos! - dijo Sylvie.

Hugo se dio cuenta de que varios de los habitantes de la ciudad contemplaban el combate atemorizados y asombrados a la vez. En ese momento, oyeron el tronar de cascos de caballo contra el suelo. Un grupo de jinetes salió por la puerta, cargando hacia donde Alejandro y Ricardo se encontraban.

Javier, envuelto en su capa, y con la capucha puesta para ocultar el color de su pelo, llegó junto a Marta, Alicia, Cristina y Lucía, que estaban como petrificadas viendo el transcurrir de los hechos. Javier había abandonado su escondite al ver lo que ocurría. Llevaba su espada al cinto.

-¡Alicia, toma! -dijo tendiéndole el arco y el carcaj.

Hugo había liberado a Sylvie, mientras que Ricardo y Alejandro tenían a los soldados a raya, y empezaban a retroceder, cuando vieron salir la caballería por la puerta.

La visión de los poderosos corceles, montados por soldados

fuertemente armados les heló la sangre. Inesperadamente, Lucía echó a correr hacia el puente.
-¡Alejandro, Ricardo!¡Al puente, corred! -gritaba mientras corría. Javier echó a correr detrás de su hermana, seguido por Alicia.
-¡Lucía, no! -gritaba Javier intentando alcanzar a su hermana, pero esta seguía corriendo hacia el puente y llamando a gritos a sus amigos.
Alejandro vio salir a los jinetes por la puerta. Contó hasta cuatro de ellos, armados con lanzas y espadas colgadas al cinto, y sin duda luego vendrían más. Por lo que Yago y Jacob les habían contado, esta gente temía en extremo a los Nahiwas, y pensaban que Sylvie era uno de ellos.
Los soldados de a pie miraron hacia atrás al oír el sonido de los cascos retumbando contra el suelo.
¡Corre! -dijo Alejandro a Ricardo- ¡Al puente!
Ambos se dieron la vuelta y echaron a correr hacia allí. Hugo y Sylvie, los imitaron.
Estaban a escasos cincuenta metros del puente. Todo el mundo se había apartado del camino, por lo que no encontraron ningún obstáculo. Cubrieron la distancia como si corrieran una final olímpica de velocidad.
Entraron en el puente de piedra. Tenía una anchura suficiente para permitir el paso de carros en ambos sentidos a la vez, y una longitud de unos catorce o quince metros, que era la anchura del río a su paso por los alrededores de la ciudad.
Alejandro vio a Lucia corriendo por la orilla del río hacia el puente. Detrás de ella, Alicia y Javier la seguían a corta distancia.
-No los dejéis entrar en el puente y corred en la dirección que nos indicó Jacob -dijo Alejandro a Hugo y Ricardo mientras enfundaba su catana corta.- Yo trataré de retenerlos.
-Me quedo contigo-dijo Sylvie.- Creo que puede sernos útil - añadió mostrando su arma.
Alejandro y Sylvie se detuvieron y se dieron la vuelta.
-Me quedo con vosotros -dijo Ricardo.
-¡No, tenéis que sacar a los demás de aquí! ¡Vamos! -dijo Alejandro.
Tenían los jinetes casi encima. Detrás de ellos, a unos metros de distancia corrían los soldados de a pie.
Alejandro sacó un shuriken y lo lanzó buscando el cuello de uno de los caballos.
Sylvie apuntó y disparó.
Ambos hicieron blanco. El caballo herido por Alejandro relinchó de dolor y se encabritó, derribando a su jinete. El otro alcanzado por la bala de Sylvie, dobló sus patas delanteras y cayó hacia delante. Jinete y montura rodaron por el suelo. El sonido del disparo asustó a caballos y jinetes, pues era la primera vez que oían algo semejante.

Los jinetes, tras unos segundos de lucha con sus monturas, consiguieron dominarlas y reanudar la carga. Sylvie volvió a apuntar. Los tenían encima, las lanzas ya bajadas y apuntando a su pecho. No podía fallar.

Sylvie apretó el gatillo. El disparo alcanzó al soldado en el hombro derecho, y el impacto lo desequilibró y lo hizo caer hacia atrás. Alejandro por su parte, esperaba con los pies firmes en el suelo, y blandiendo su catana, concentrado en sus próximos movimientos. Pareció como si todo a su alrededor se ralentizase, y solo existieran él, el jinete y la lanza que apuntaba a su pecho. En el último instante esquivó la lanza con una hábil finta de su cuerpo, al tiempo que su catana describía dos rápidos movimientos. El primero, de arriba abajo, cortó la lanza del soldado partiéndola en dos, el segundo, de atrás a adelante, alcanzó al caballo en las patas delanteras haciendo que este y su jinete rodaran por el suelo.

-Vamos, salgamos de aquí -dijo Sylvie.

Ambos echaron a correr de nuevo hacia el otro extremo del puente, mientras un nuevo grupo de jinetes abandonaba la ciudad y se lanzaban al galope hacia ellos.

Al otro extremo del puente, Hugo y Ricardo se encontraron con Lucía, Javier y Alicia, que llegaban hasta allí. Marta y Cristina venían unos metros más atrás.

-¡Vamos, salgamos de aquí! -dijo Hugo.

-¡No!¡Yo puedo detenerlos! -dijo Lucía.

-¿Qué dices?¡Vámonos de aquí!

-¡No! ¡No voy a moverme de aquí! ¡Hugo, hazme caso!¡Puedo detenerlos!

Hugo miró a su amiga y comprendió -de nuevo sin saber muy bien por qué- que tenía que dejarla hacer.

-De acuerdo. -dijo

-¿Qué? ¿Te has vuelto loco? -preguntó Ricardo.

-No.

Lucía se situó a unos dos o tres metros del acceso al puente, con sus amigos detrás de ella, incluidas Marta y Cristina, que ya habían llegado a su altura.

Desde allí vieron a Alejandro y Sylvie al otro extremo del puente derribar a los dos últimos jinetes. Después se volvieron y echaron a correr hacia ellos.

Unos metros más atrás, los soldados a pie, y otro grupo de jinetes saliendo por la puerta de la muralla.

-Cuando lleguen aquí, retiraos todos -dijo Lucía

Centró toda su capacidad de concentración en lo que tenía que hacer. Esperaba que saliera bien. Tenía que salir bien.

Marta había visto toda la escena desde la otra orilla del río. Alejandro se había enfrentado él solo a un grupo de soldados. Después Ricardo había acudido en su ayuda, dando tiempo a Hugo a sacar a Sylvie de debajo del carro.

Luego él y Sylvie habían hecho frente a los soldados a caballo. Ahora ambos corrían hacia donde ellos se encontraban, pero no conseguía entender que es lo que se proponía Lucía. Más soldados a caballo y a pie salían por la puerta de la muralla y no tardarían en darles alcance.

Al otro lado del puente, el primer jinete derribado por el shuriken de Alejandro, había llegado a su caballo e intentaba coger algo del lomo de este.

Marta no podía ver que era pues el caballo lo tapaba casi por completo.

Finalmente el caballo se apartó y Marta pudo ver al soldado alzar una ballesta cargada y lista para disparar apuntando directamente a Alejandro.

Ni siquiera tuvo tiempo de gritar para avisar.

Como le había pasado dos noches atrás cuando huía por los tejados, Alejandro sintió -más que ver- la trayectoria del proyectil. Venía directo hacia su espalda. Alejandro se dejó caer al suelo, rodando sobre si mismo, mientras la mortífera flecha pasaba silbando por encima de él.

Se incorporó de nuevo y se volvió hacia el soldado que había disparado.

Este ya cargaba otra flecha en la ballesta. Levantó la ballesta, apuntó y disparó de nuevo. De nuevo el mundo a su alrededor pareció ralentizarse. La flecha volaba directa hacia él. Su brazo se movió, su muñeca giró y la catana chocó contra la flecha en pleno vuelo, desviando su trayectoria.

El soldado, atónito bajo la ballesta incapaz de creer lo que había visto.

Alejandro se volvió, echó a correr de nuevo y terminó de cruzar el puente. Allí frente a él estaba el resto del grupo. En cuanto llegó a su lado Lucía levantó sus manos hasta la altura de su cabeza, con las palmas abiertas y vueltas en dirección al puente.

-¿Qué hacéis?¿Por qué no habéis huido hacia la arboleda? - preguntó - ¿Y que está haciendo Lucía?

-No lo sé -dijo Hugo- pero hay que dejarla hacer.

Alejandro miró inquisitivamente a su amigo, pero este no añadió nada más. Oyó como Lucía empezaba a entonar un extraño salmo y se volvió hacia ella.

Al levantar los brazos las mangas se le habían caído dejando a la

vista las extrañas inscripciones, que brillaban con una luz entre blanca y plateada. A medida que su salmodia avanzaba crecía la intensidad de su voz. En torno a sus manos comenzó a parecer un aura anaranjada que poco a poco fue ganando en intensidad. Un segundo después estalló el caos.

Al principio había sentido fluir la energía, recorriendo todo su cuerpo, hasta concentrarse en sus manos, donde toda esa energía iba creciendo a medida que avanzaba por el intrincado hechizo, recitando las palabras que había memorizado, procurando dar la entonación adecuada.

Ya estaba llegando al final, pero algo no iba bien. Estaba sudando y se sentía cada vez más débil, como si aquel hechizo le estuviese robando su energía, su fuerza vital. Por un segundo tuvo miedo, pero no podía detenerse. Al otro lado del río, los primero jinetes pisaban ya el otro extremo del puente. Si aquello fallaba todos ellos morirían.

Pronunció la última sílaba del hechizo. Un haz de poderosa energía en forma de rayo azulado y rojizo fluyó desde la palma de sus manos hacia el centro del puente. Las fuerzas la abandonaron y las tinieblas se apoderaron de su consciencia. Luchó contra ellas el tiempo suficiente para ver como el potente rayo alcanzaba el centro del puente haciéndolo volar por los aires. Agotada y exhausta se dejo abrazar por la dulce promesa de descanso que la oscuridad le ofrecía.

El rayo lanzado por Lucía impacto en el centro del puente, produciendo una gran explosión. Roca, tierra y polvo volaron por los aires. Medio puente se vino abajo, desplomándose sobre el río, y con él varios soldados y sus caballos. Otros salieron despedidos por efecto de la onda expansiva. Los más alejados, asustados y aturdidos, trataban de protegerse de pequeños restos de grava y roca que caían por doquier.

Hugo, que había permanecido en todo momento al lado de Lucía vio como perdía el conocimiento tras el impacto. La sujetó por la cintura, dejando caer su cabeza contra su pecho. - ¡Lucía! ¡Qué te ocurre! Pero ella no podía oírle.

Todo el grupo estaba atónito ante lo que acababan de presenciar. Aquello superaba todo lo vivido hasta entonces. Alejandro fue el primero en reaccionar al oír gritar a Hugo.

-¿Qué ocurre? - preguntó.

-No lo sé. Se ha desmayado.

-Pero, ¿está..?

-Al menos respira, si es eso a lo que te refieres.

-Dámela. Yo cargaré con ella. Tenemos que salir de aquí, ¡ya! - dijo Alejandro.

Como si sus palabras hubieran sido premonitorias, un grito los obligó a reaccionar.
-¡Cuidado! -gritó Cristina.
Al otro lado de la orilla los soldados se habían rehecho, y varios de ellos, estaban cargando sus ballestas.
-¡Corred! -gritó Javier.
Empezaron a correr hacia la arboleda, pero estaban a tiro. Javier fue el único que no echó a correr. Tenía que dar oportunidad a sus amigos de alejarse del alcance de las flechas de los soldados. No había pensado mucho en el incidente de la cascada, pero después de lo que había visto y de lo que Jacob les había contado, había atado cabos. La corriente de aire, el dibujo en su pecho, la Orden de los Cinco Poderes, los Caballeros del Aire... Aquella mañana, cuando Alejandro y él se separaron, había estado tratando de repetir lo ocurrido en la cascada, y lo había conseguido. Había creado una corriente de aire a su voluntad. Ahora tenía que hacer lo mismo.
Se concentró. Las flechas volaron hacia ellos. Cuatro, cinco, hasta seis proyectiles.
Levantó su brazo mientras su voluntad trataba de poner en movimiento el aire circundante. Sintió como este respondía a su llamada. Una potente ráfaga de aire barrió los proyectiles como si fueran briznas de paja, haciendo que estos cayeran inofensivamente sobre el río.
-Se dio la vuelta y echó a correr siguiendo a sus amigos. Enseguida alcanzó a Alejandro, que cargado como iba con Lucía, cerraba el grupo. Ricardo le acompañaba, dispuesto a relevarle en cuanto fuera necesario.
-Vaya, veo que tu también tienes tus propias habilidades -dijo Alejandro.
-No ha estado mal ¿eh? -dijo Javier sonriendo. Ahora movámonos. Tenemos que alejarnos todo lo que podamos de aquí, antes de que se reorganicen y busquen otra vía por donde cruzar.
-Estoy de acuerdo. Ve tu delante, que sabes el camino.
Javier se puso en cabeza, seguido por el resto, ajenos a que allí en las alturas, volando majestuosamente, una imponente águila plateada había sido mudo testigo de todo lo acontecido.

44.

Nihué, sentada en el suelo, rompió el contacto con Nidhul. A aquella distancia, le resultaba difícil mantenerlo durante mucho tiempo. Había visto lo suficiente. Sus ojos retomaron su aspecto humano de nuevo.
-¿Qué has visto? - preguntó Konrad ansioso. Nihué miró a Konrad, sentado a su lado.
-Creo que son ellos -dijo- pero hay cosas que no encajan.
Nihué relató a Konrad lo que había visto. Había contactado varias veces con Nidhul sin fortuna, y aquella mañana parecía que iba a tener la misma suerte, cuando a través de los ojos del águila, que sobrevolaba la ciudad, había detectado que algo sucedía en la salida suroeste de Nishuen.
El revuelo inicial se había formado por la presencia de una Nahiwa. Ante su aparición, los soldados de la ciudad se habían lanzado a su caza. Un hombre con capa negra se había interpuesto entre ellos y la Nahiwa, peleando con gran destreza. Luego otro más se había unido a él para ayudarlo, logrando mantenerlos a raya. Después, en el puente la Nahiwa y el hombre de la capa negra habían derribado a cuatro jinetes. Finalmente, una mujer había destruido el puente con un único y potente hechizo y un hombre encapuchado había detenido el vuelo de varias flechas con un solo gesto.
-¿Estás segura de que era una Nahiwa? - preguntó Konrad.
-El color de su piel era el de una Nahiwa, y derribó a dos jinetes con solo señalarlos con un objeto que tenía en la mano y que emitía unos extraños sonidos.
-¿Y el hombre de la capa?¿Crees que puede ser uno de ellos?
-Si. Su forma de luchar era extraordinaria. Luego, en el puente, esquivó una flecha que volaba hacia su espalda, y desvió otra en pleno vuelo con su espada. Además está el otro encapuchado. No sé como ha detenido las flechas.
-¿Podría haber sido una corriente de aire?
-Podría, pero también podría ser otra cosa. Konrad asintió.
-De lo que no hay duda es que la mujer es una hechicera, pero si son ellos, no acabo de comprender como alguien sin adiestramiento puede lanzar un hechizo, y menos uno tan poderoso como ese. De hecho, cuando terminó de lanzarlo se desmayó y uno de sus compañeros tuvo que cargar con ella.
-¿Y el resto?
-Si alguno tiene otro tipo de habilidades, ninguno ha dado muestras de

ello. Todo el grupo estaba huyendo en dirección suroeste. En total, incluyendo la Nahiwa, que iba con ellos, he contado hasta nueve personas.
-¿Nueve? - preguntó Konrad.
-Si.
Konrad se quedó pensativo. Aquello confirmaba lo que Nihué había deducido por sus huellas, pero ¿por qué nueve personas? ¿Y que hacía una Nahiwa en medio de todo aquello? Hacía años que no tenían noticias de ellos.
No era lo que esperaba, pero desde luego era lo único que tenían.
-Haz que Nidhul los siga.
-Ya está hecho.
-Vamos, tenemos que alcanzarlos. Lo que es seguro, es que si no son los que buscamos, si al menos son de los nuestros y además necesitan nuestra ayuda. ¿A qué distancia calculas que estamos?
-Un día y medio a caballo, más o menos.
-Pues no perdamos más tiempo - dijo Konrad.
Ambos se pusieron en pie, montaron sobre sus caballos y espoleándolos, reemprendieron el camino. Tanto si eran los que buscaban, como si no, tenían que encontrar a aquella gente antes de que lo hiciera el Imperio. Konrad sabía que este nunca dejaba escapar impunemente a aquellos que les desafiaban, y lo que había ocurrido ese día en Nishuen era una demostración de poder y rebeldía contra el Imperio como no se había visto en Adasam durante los últimos veinticinco años.

45.

Alejandro cerraba el grupo. Había colocado a Lucía sobre su hombro derecho, boca abajo, con la cabeza a su espalda y las piernas por delante, como si fuera un fardo. Corría todo lo rápido que podía, tratando de mantener el ritmo del grupo. Ricardo seguía a su lado, dispuesto a turnarse con él cuando lo necesitara.

Javier los estaba guiando hacia el lugar que Yago y Jacob les habían indicado, hacia un pequeño bosque de pinos que había en aquella dirección, a unos dos kilómetros de la ciudad, en dirección contraria a la que habían seguido para llegar hasta ella. La noche anterior, tras saltar las altas murallas de la ciudad, Alejandro y él se habían dirigido allí, y tal como habían acordado, esperaron allí hasta el amanecer.

Yago y Jacob habían sido de los primeros en salir de la ciudad, reuniéndose con ellos con las primeras luces del día. En el carromato de Yago traían, entre otras cosas, comida, capas de viaje, algunas mantas y varias cantimploras de cuero con agua. Escondieron todo en el bosque, y después se despidieron de ellos. Ambos les desearon suerte antes de seguir su camino. Iban a aprovechar la salida para ir a comerciar a una población cercana donde había un importante mercado.

Después, Alejandro y Javier, decidieron acercarse a la ciudad para ver si todo iba bien. Javier se quedó del lado del río más alejado de la ciudad, mientras que Alejandro se perdió entre las casas del exterior de la muralla a la espera de ver salir a sus compañeros. Ahora, después de una desenfrenada carrera, estaban llegando al linde del pequeño bosque.

Alejandro dejó que Ricardo cargara con Lucía los últimos metros, y se dirigió a la cabeza del grupo, junto a Javier.

-¿Recuerdas el lugar? -preguntó Alejandro.

Si. Ya llegamos.

Un minuto más tarde, llegaron al lugar. Allí, en un pequeño claro, estaban todas las cosas que Yago y Jacob les habían dejado, que junto a lo que las chicas llevaban en los cestos que todavía cargaban, constituían sus nuevas pertenencias.

-Tenemos que darnos prisa -dijo Javier.- Puede que vuelvan a por nosotros. ¿Cómo está Lucía?

-Sigue inconsciente -dijo Ricardo.

-¿Puedes hacer algo por ella?-preguntó Alicia a Hugo.

-No lo sé. Lo intentaré.

Hugo se acercó, puso su mano en la frente de su amiga, todavía en

brazos de Ricardo, y se concentró. Recordando lo que había ocurrido con Sylvie, como había funcionado su don, se concentró en devolver las energías a su amiga. De nuevo sintió una suave sensación de calor en el pecho y las manos, apareciendo en sus palmas el tenue brillo azulado. Durante unos segundos, mantuvo su mano sobre Lucía, hasta que finalmente esta despertó. Parpadeo varias veces mirando a su alrededor.
-¿Qué.. qué ha pasado? -preguntó desorientada.
-¿No lo recuerdas? - preguntó Hugo.
Miró de nuevo a su alrededor, mientras trataba de hacer memoria. Por fin, no sólo recordó lo ocurrido, si no que se dio cuenta de que estaba en brazos de Ricardo.
-Si, ya recuerdo. Estoy muy a gusto aquí Ricardo, pero ¿te importa bajarme?
Ricardo la dejó suavemente en el suelo.
-Lo que has hecho ha sido alucinante -dijo Alejandro.
-¿Y me lo dices tu? Digamos que yo solo he recitado un hechizo que había memorizado.
-¿Qué ocurrió? ¿Por qué te desmayaste? - preguntó Marta.
-No lo sé exactamente, pero creo lanzar un hechizo requiere cierta cantidad de energía, y parece que con este estuve a punto de sobrepasar el límite. Me asuste bastante, porque creí que no lo conseguiría, pero al final, parece que todo salio bien.
-¿Qué os parece si dejamos las explicaciones para más tarde y nos ponemos en marcha? -dijo Alejandro- Cuanto antes nos alejemos de aquí, mejor.
-Estoy de acuerdo -dijo Hugo.
Rápidamente todos se pusieron en movimiento. Las chicas rasgaron las incómodas faldas, -bajo las cuales todavía vestían sus pantalones y calzado- para tener mayor libertad de movimientos, y empezaron a distribuirse la carga.
Había una capa de viaje para cada uno, y varias mochilas de cuero con alimentos, -algunas de ellas las habían sacado camufladas en las cestas de ropa-, agua y algunas mantas.
Alejandro cargaba con sus inseparables catanas, su mochila, que había cargado de provisiones, y una manta enrollada y atada a esta. Javier, armado con su espada, cargaba otra mochila y otra manta, al igual que Ricardo y Hugo. Ricardo le había cedido el hacha a Hugo, quedándose él con el cayado que de forma tan contundente había utilizado para ayudar a Alejandro.
Cada una de las chicas llevaba otra manta sobre su espalda y una cantimplora de cuero. Alicia llevaba además su inseparable arco y el carcaj, mientras que Marta seguía portando su cuchillo como única arma.

Sólo Cristina y Lucía no llevaban ningún tipo de arma, aunque Lucía había demostrado no necesitar ninguna.

-Tendremos que ir lo más rápido que podamos. Hay que llegar a las montañas lo antes posible, tal como nos dijeron Yago y Jacob.¿Estáis preparados? -preguntó Alejandro.

Todos asintieron. Todos excepto Alicia que tenía la vista fija en un punto, como escrutando el interior del bosque.

-Alicia, ¿ocurre algo? -preguntó

-No estoy segura -contestó ella sin volver la mirada- Tengo una sensación extraña, como si alguien nos observara.

Alejandro fijó toda su atención en la misma dirección, focalizando hacia allí sus desarrollados sentidos.

-No percibo nada -dijo al cabo de unos segundos.

-Serán imaginaciones mías -dijo ella recogiendo sus cosas de nuevo.

-Pues en marcha. -dijo Alejandro

Javier, con Sylvie a su lado empezó a correr a un ritmo suave, abriendo la marcha del grupo. Ricardo, Hugo, Cristina, Lucía y Alicia les seguían. Alejandro, atento a lo que pudiera venir por detrás y con Marta a su lado, cerraba el grupo.

De nuevo, el grupo huía hacia lo desconocido, corriendo para salvar sus vidas, sin saber a donde se dirigían ni que les depararía el futuro, pero con la esperanza de que mientras estuvieran juntos, de una forma o de otra, saldrían adelante.

46.

S'harkmat, estaba impaciente. Quería saber que había ocurrido. Había sentido una perturbación. Alguien había utilizado magia, una magia poderosa, y no muy lejos de allí. Sabía que ninguno de sus cuatro consejeros, hechiceros menores, era capaz de desencadenar un poder como el que había sentido. Además, aquella magia tenía un componente que hacía años que creía extinguida. Era magia del Pentágono, magia blanca. ¿Pero cómo era posible? Se suponía que el Pentágono y todos sus integrantes habían sido exterminados mucho tiempo atrás. Los cuatro hechiceros se habían reunido con él en la Gran Sala del Consejo. Era una sala rectangular, de muros de piedra negra y un alto techo abovedado del mismo color.

Una enorme puerta de doble hoja, de color rojo sangre adornada con un grabado de un gran dragón representado en posición de ataque, con las fauces abiertas y escupiendo fuego, daba acceso a la sala, al fondo de la cual se alzaba un gran sillón esculpido en roca roja. Sobre él, S'harkmat se revolvía inquieto. A ambos lados de la sala, contra los muros, se alzaban otros cuatro sillones de piedra roja, dos a cada lado, ocupados ahora por los cuatro hechiceros, envueltos en sus túnicas rojas.

La estancia estaba iluminada por la luz de varias antorchas dispuestas a lo largo de los muros.

-Entonces, si la Naiwha no tenía ninguna habilidad especial, ¿quién? ¿quien posee semejante poder?

-No lo sé -dijo uno de los hechiceros.

-¿El hombre que estaba con ella? -preguntó S'harkmat

-No lo creo. Cuando estuve en la celda con ellos lancé un hechizo de protección y otro de rastreo. El hechizo de restraeo casi mata a la mujer, y no me reveló nada sobre el hombre. Ninguno de ellos era hechicero.

-Pero podrían haber lanzado un hechizo que contrarrestara el tuyo. Alguien con ese poder podría hacerlo perfectamente. -insistió S›harkmat.

-Podría ser, pero lo dudo. No esperaban mi visita. Además la mujer estaba muy malherida y el hombre estaba realmente asustado.- sonrió Anfharz recordando su breve visita a los calabozos.

-Pronto saldremos de dudas -dijo S›harkmat volviéndose hacia la puerta.- Ha llegado el capitán de la guardia.

Abrahim avanzaba nervioso detrás de su capitán. Este, además del uniforme del imperio -traje y cota de malla negra- vestía una capa

negra con un gran dragón rojo bordado en ella. Abrahim tenía la vista fija en la espalda de su superior, perdida la mirada en el hipnótico ondear de su capa, mientras que en sus oídos resonaba el eco de sus pasos y del tintineo de las armas al golpear contra la cota de malla.

Era la primera vez que acudía ante la presencia de S›harkmat, amo y señor de la ciudad y uno de los lugartenientes del Nigromante. Finalmente llegaron frente a la gran puerta de doble hoja. Dos enormes figuras armadas vigilaban a ambos lados de la puerta. No eran soldados normales. Eran dos rastreadores. Abrahim se sintió intimidado. Increíblemente altos -él apenas debía llegarles a la altura del pecho- rostro lobuno, cuerpo cubierto de pelo, garras en lugar de uñas y dotados de una musculatura descomunal Se rumoreaba que había algunos de aquellos seres en la ciudad y que constituían la guardia personal de S›harkmat, pero hasta ahora no lo había creído.

Los rastreadores no hicieron el más mínimo movimiento mientras la gran puerta se abría ante ellos.

Abrahim siguió a su capitán al interior de la gran sala, al fondo de la cual pudo ver a S›harkmat, mientras que los cuatro hechiceros se situaban a ambos lados de la misma.

Al llegar al centro de la sala, ambos se arrodillaron sobre su rodilla derecha, e inclinaron la cabeza en señal de reverencia.

-Estamos a tus órdenes, Señor. - dijo el capitán. S›harkmat se levantó y se acercó hasta ellos.

-¿Tu eres el sargento que estaba de guardia en la salida sur? - preguntó.

-Si Señor - respondió Abrahim con voz temblorosa.

-¿Y viste todo lo que ocurrió?

-Si.

-Levántate -dijo S›harkmat. Abrahim obedeció.

S›harkmat, lentamente, posó su mano sobre la frente de Abrahim. Inmediatamente este sintió una sensación extraña, como si algo o alguien entrara en su mente y escudriñara en ella, rebuscando y removiendo en ella. La sensación era muy desagradable y su intensidad iba creciendo.

Sintió miedo. Quería huir, salir corriendo y no parar hasta encontrarse muy lejos de allí, pero estaba paralizado, incapaz de mover un músculo, su cuerpo y su mente a merced de S›harkmat, Señor de las Tinieblas.

Al cabo de unos segundos S›harkmat retiró la mano, rompiendo el contacto.

-He visto suficiente -dijo. - Salid de aquí -añadió.

Abrahim se desplomó sobre el suelo, tembloroso y respirando agitadamente, tratando de recuperar el control de su cuerpo y de su mente.

Su capitán le ayudó a reincorporarse y él no se resistió. Cuanto antes saliera de allí, mejor.
-Gracias sargento. Habéis sido de gran ayuda.-dijo.- Espero que esta sea la última vez que unos furtivos escapan delante de vuestras narices. Dad gracias a que hoy estoy de buen humor y a que los fugitivos han demostrado habilidades fuera de vuestro alcance.-añadió con una mueca macabra en su rostro.
Abrahim se sintió palidecer, pero no dijo nada. Ayudado por su capitán siguieron caminando hasta abandonar la sala. La puerta se cerró tras ellos.

-No puede ser -dijo S›harkmat.
-¿Qué ocurre? - preguntó uno de los magos de túnica roja.
-Quien lanzó aquel hechizo era una mujer.
-¿Una mujer? ¡Eso es imposible! Solo los Naiwhas permitían a sus mujeres convertirse en hechiceras, y esta no tenía esa facultad.-dijo AnfharzParece que nuestros viejos enemigos rompieron sus rígidas normas. Sería una manera de evitar su destrucción total. Nunca buscamos hechiceros entre las mujeres -reflexionó S'harkmat en voz alta.
-Hay que encontrar a esa mujer y apresarla. Debemos saber si hay más como ella.
-La mujer no estaba sola -continuó S›harkmat, quien relató a los cuatro magos lo que había visto en la mente del sargento.
-Así pues, había con ellos un Caballero del Dragón y un Señor del Aire -dijo uno de los hechiceros
-Eso al menos.-dijo Anfharz
-¿Qué quieres decir?
-La Naiwha. Cuando yo la visité en la celda tenía una grave herida en el hombre. No es posible que se haya curado tan pronto, a menos...
-A menos que haya un sanador, o sanadora entre ellos - concluyó S›harkmat. - Preparad una expedición para salir en su busca. Vosotros iréis con ellos. Dos de mis rastreadores os acompañaran. Os ayudarán a encontrar el rastro y os serán útiles en el cuerpo a cuerpo.
-Como ordenes, S›harkmat.
-¡Ah, llevaos también a los Dragar! Hace tiempo que no se enfrentan a un rival de entidad. No les vendrá mal un poco de ejercicio.
-Pensaba hacerlo, mi señor.
-Os quiero listos para salir en una hora. Sólo una cosa más. Si es posible, quiero a alguno de ellos vivo. Necesito saber de donde han salido y si hay más como ellos.
Sin decir más, abandonó la sala y se dirigió a sus aposentos, ubicados en la torre norte del castillo. Tenía que establecer contacto con Z›horan el Nigromante, e informarle de lo sucedido.

47.

Nihué y Konrad decidieron detenerse durante unos minutos, el tiempo justo para establecer contacto con Isión y Menara. No podían perder mucho tiempo, pero tenían que ponerles al día de lo que habían descubierto.

Mientras Konrad se preparaba para establecer contacto, Nihué dio de beber y comer a sus monturas. Las estaban forzando al límite, y ese pequeño descanso les vendría muy bien. Un caballo normal no habría aguantado el ritmo terrible al que los habían sometido.

Afortunadamente, sus monturas no eran corceles normales. Pertenecían a los Naradur, una raza especial, de la cual se decía que eran los descendientes de los extintos unicornios. Más rápidos y resistentes que el mejor de los purasangre, habían sido durante siglos las monturas de los Caballeros del Dragón, y como ellos, estuvieron a punto de ser exterminados durante la guerra contra Z'horan. Sólo unos pocos habían podido ser puestos a salvo por los escasos supervivientes de la Orden, durante su huída a su actual refugio, el cual, como todos sus habitantes, había permanecido oculto a los ojos del Imperio durante los últimos veinticinco años. Konrad, sacó de su mochila un orbe de color azulado, se sentó en el suelo, lo depositó frente a él y miró al horizonte. El sol casi había desaparecido en el horizonte. Cuando se ocultara por completo, sería la hora convenida.

Cuando llegó el momento, puso las manos sobre el orbe y se concentro. Poco a poco, todo a su alrededor empezó a difuminarse: Nihué, los árboles, la hierba, incluso su propio cuerpo, hasta que no quedó nada, sólo una isla de tierra cubierta de un mullido césped rodeada por una niebla infinita de color azul verdoso. El Limbo de los Dragones, el lugar al que cada noche, Konrad e Isión viajaban en su forma astral para comunicarse. A los pocos segundos, Isión apareció ante él - o al menos su forma astral-. Tras un breve saludo, Konrad explicó de forma breve y concisa lo que habían visto, donde estaban y hacia donde se dirigían.

-Tiene que ser ellos -dijo Isión.

-Eso creo. En todo caso, si no son ellos, son de los nuestros y están en peligro.

-¿Llegaréis a tiempo? -preguntó Isión.

-Espero que sí.

-Nosotros emprendemos camino hacia donde os encontráis. Trataremos de llegar junto a vosotros lo antes posible.

-De acuerdo. Mañana, si todo va bien, nos veremos aquí a la misma

hora.
-¿Y si no?
-Si no, es que algo ha salido mal. Si es así Nihué enviará a Nidhul a buscaros. El os mostrará el camino.
-Hasta mañana entonces.
-Hasta mañana. Cuida de Menara.
-Y tú de mi hermana.

Konrad abrió los ojos. Había abandonado el limbo y regresado a su cuerpo. Nihué estaba de pie, a su lado.
-¿Has hablado con él?
-Si. Pongámonos en camino. No hay tiempo que perder. -dijo Konrad mientras ajustaba la silla de montar. -¿Indicaste a Nidhul lo que debe hacer si..?
-Si.
-Están cerca de una jornada al sur de Hinganor. Díselo a Nidhul. Nihué, a pesar de la distancia, consiguió establecer contacto mental con la imponente águila plateada.

Montaron de nuevo, y sin perder más tiempo, espolearon sus caballos.
-Ojala Isión y Menara estuvieran aquí. -dijo Nihué.

Konrad asintió, pues entendía lo que ella quería decir. Por lo que Nidhul había visto, toda ayuda sería poca y se encontraban en franca inferioridad, pero harían todo lo que estuviera en su mano por ayudar al grupo de fugitivos, pues si eran quienes pensaban, el futuro de Adasam dependía de ello.

48.

Ya casi había caído la noche cuando comenzó a llover. Primero había sido el viento, luego los truenos y los relámpagos, y finalmente la lluvia había hecho acto de aparición. Todos corrían envueltos en sus capas y encapuchados, tratando de protegerse del agua lo mejor posible. Sólo se habían detenido a mediodía, durante algo menos de una hora para comer algo y descansar. Llevaban todo el día corriendo. Alejandro, siempre en cabeza del grupo, había marcado un ritmo de carrera que todos podían seguir, aunque a aquellas alturas del día el esfuerzo estaba pasando factura a la mayoría del grupo, especialmente a Hugo y Lucía.

Ricardo y Cristina, que corrían junto a ellos, no lo habían pasado tan mal como los primeros días. Alicia y Marta, aunque cansadas, mantenían el tipo, y Javier y Sylvie, que cerraban el grupo no habían tenido problemas para seguir el ritmo. Hacía ya más de dos horas que habían abandonado el bosque y habían empezado a adentrarse en las montañas. El terreno ascendente hacía más dificultosa la marcha, a pesar de que no era excesivamente escarpado.

-Nos detendremos allí arriba -dijo Alejandro señalando una gran roca unos metros más arriba.- Allí estaremos protegidos.

A medida que habían ido ascendiendo por la montaña y la pendiente iba aumentando, la vegetación poco a poco había ido perdiendo terreno frente a la roca y la piedra. El sitio que Alejandro había elegido era una gran zona rocosa con forma de porche natural, que les protegería del viento y de la lluvia. Era un espacio amplio, y había una buena porción de suelo seco. Cansados y empapados, el grupo se dejo caer sobre él.

Se quitaron las húmedas capas, y se sentaron para comer algo.

-Estoy agotada -dijo Cristina.

-Y yo -dijo Hugo.

Será mejor que comamos y descansemos.-añadió Javier.

Empezaron a sacar comida de las mochilas y a repartir las provisiones entre ellos. Comieron hortalizas, algo de queso, pan y unas tiras de carne seca.

-Alicia, toma. Come algo más.- dijo Hugo pasándole un trozo de carne.

- ¿Alicia?

Alicia no le estaba prestando atención. Su mirada se dirigía hacia el exterior de su refugio, escrutando la lluvia y la oscuridad.

-Sigo creyendo que hay alguien o algo ahí fuera -dijo Todos se volvieron hacia ella.

-¿Quién? -dijo Cristina nerviosa.
-No lo sé, pero tengo la sensación de que nos sigue desde que dejamos la ciudad.
-¿Estás segura? -preguntó Alejandro poniéndose en pie lentamente.
-No lo sé. Es como un presentimiento, una sensación de que alguien nos sigue y nos observa.

Alejandro recordaba lo ocurrido con los lobos. Alicia había presentido la llegada de las bestias.
-¿Lobos? -preguntó.
-No. Es algo diferente. Pero sea lo que sea, no siento que sea una amenaza para nosotros.

Alejandro, a pesar del comentario de Alicia, desenfundó su catana y avanzó unos pasos, abandonado la seguridad del refugio y adentrándose bajo la lluvia. Miró con detenimiento a su alrededor, concentrándose en agudizar sus sentidos, tratando de oír o ver algo. A pesar de la oscuridad y de la lluvia se maravilló una vez más de la nueva agudeza de sus sentidos. Podía distinguir cada rama y hoja de los árboles, cada arbusto, cada roca. Vio un par de pájaros cobijados en la rama de un árbol, un pequeño ratón corriendo en busca de refugio. No solo veía a la perfección, si no que también oía cada movimiento que se producía a su alrededor, pero no percibió nada extraño o que pudiera constituir una amenaza.
-Ahí fuera no hay nada, Alicia -dijo volviendo bajo la protección de la roca y enfundando de nuevo su espada.

Alicia, al igual que el resto del grupo, pareció relajarse. Continuaron comiendo en silencio. Poco después, extendieron las mantas y abrigándose lo mejor que pudieron se prepararon para descansar, no sin antes establecer los turnos de guardia.

Lucía y Alejandro hacían la primera guardia. Al igual que al mediodía, ella había comido muy rápido para después dedicar tiempo a estudiar nuevos hechizos. Por eso se había ofrecido voluntaria para realizar la primera guardia con su amigo. La noche anterior, en el escondite de la ciudad había descubierto fascinada el significado de muchos de ellos y memorizado algunos. En sus antebrazos, los símbolos cambiaban a su voluntad pasando de un hechizo a otro.

Ahora, mientras ella permanecía absorta y fascinada memorizando varios de ellos, Alejandro vigilaba atentamente los alrededores. Una nueva sensación de confianza empezaba a apoderarse de ella. Confianza en que si de nuevo volvían a verse en peligro sería capaz de defenderse y defender a sus amigos. Por primera vez desde que estaban en aquel lugar, había dejado de sentirse indefensa. Al cabo de un par de horas, cansada como estaba, no pudo evitar bostezar.
-Vete a dormir, Lucía. Yo me quedaré vigilando.
-¿Estás seguro?

-Claro. Vete a descansar. Además, para el caso que me estás haciendo...
-Lo siento. Yo...
-Es broma Lucía. Espero que hayas aprovechado bien el tiempo y hayas aprendido algunos truquitos más. Puede que nos haga falta. Anda vete a descansar.

Ella no discutió, y después de darle un beso de buenas noches, se acostó.

Alejandro no se sentía cansado. Siempre había necesitado dormir poco por lo que decidió alargar su guardia y no despertar Javier y Sylvie que tenían que hacer el siguiente turno. Además, ahora que Lucía se había acostado y estaba solo quería probar algo. Desde la noche anterior, tras escuchar el relato de Jacob y Yago no dejaba de dar vueltas a la cabeza a algo. Casi había olvidado lo ocurrido en su primera noche en aquel extraño lugar, cuando acudió en ayuda de sus amigos.

Al ser atacado por uno de los lobos cayó al suelo y perdió su catana. Al tratar de alcanzarla, esta había saltado a su mano. Al principio pensó que, en la confusión de la pelea, alguno de los lobos había golpeado la espada haciéndola llegar a su mano, pero ahora estaba seguro de que no había sido así.

Pensó de nuevo en lo que Jacob y Yago habían dicho sobre los Caballeros del Dragón.
-¿Será posible? -pensó. - Bueno, visto lo visto hasta ahora, ¿por qué no? Además, por probar no pierdo nada.

Fijo su atención en una pequeña piedra que vio en el suelo, pero no ocurrió nada.

Lo intentó de nuevo, esta vez con mayor intensidad. La piedra se movió. La sorpresa hizo que perdiera la concentración. Ahora que sabía como hacerlo, probó otra vez. La piedra se movió de nuevo, pero esta vez Alejandro mantuvo la concentración fija en ella. Obedeciendo sus pensamientos, la piedra se levantó del suelo y quedó suspendida en el aire, para luego acercarse lentamente hasta la palma de su mano. Alejandro sonrió para si.
-¡Alucinante! -pensó.

De nuevo la piedra se elevó, y después de girar sobre su cabeza dos o tres veces, salió despedida a gran velocidad hasta impactar contra el tronco de un árbol, justo en el punto que había escogido. Lo intentó con otra piedra más grande. Después de unos instantes, la piedra se elevó, pero el esfuerzo que tuvo que hacer fue mayor. Pronto se sintió realmente cansado, y la piedra cayó al suelo.
-¡Vaya! No es tan fácil como parecía.

Pensó en ello durante un minuto. Después volvió a fijar su mente en

la roca y en lo que quería hacer. La piedra salió despedida hacia el mismo árbol, volviendo a impactar con precisión en el lugar elegido

Empezaba a formarse una teoría en la cabeza. La mente debía funcionar como el cuerpo. Primero, necesitaba entrenamiento para fortalecerla, como cualquier otro músculo. Segundo, al igual que estos, si se sometía a esfuerzos prolongados aunque con pesos pequeños, terminaba fatigándose, mientras que si se hacían esfuerzos cortos y rápidos podían moverse pesos mayores.

Siguió practicando durante un buen rato, probando con piedras de distinto tamaño, de una en una o con varias a la vez, hasta que empezó a sentirse mentalmente agotado.

Sentado sobre una roca, observaba detenidamente a su alrededor. Marta, que llevaba un rato dando vueltas, se incorporó.

-¿No puedes dormir? -preguntó Alejandro sin desviar la mirada. Ella se levantó y se sentó a su lado.

-No. Y eso que estoy agotada, pero no puedo dejar de pensar en si volveremos a casa, o que pasará mañana, o si esta noche nos atacará algún otro animal horrible. En el poco rato que he dormido no he dejado de tener pesadillas -dijo frotándose los brazos para tratar de darse calor.

Alejandro se quitó su cazadora y la echó sobre los hombros de ella.

-Toma, tápate con esto.

-Gracias. Aunque no se si tiemblo de frío o de miedo.

-Te entiendo.

-¿Me entiendes? -dijo Marta sonriendo- Si claro. Has luchado con lobos, rescataste a Javier y Sylvie, peleaste con los soldados. Si. ¡Debes tener mucho miedo!

-Todos tenemos miedo, lo que pasa es que cada uno se enfrenta a ese miedo como puede. Además, una vez el miedo me dejo paralizado, y siempre me he arrepentido de ello. Aunque ahora me doy cuenta de que hice lo correcto.

-La verdad, después de lo que he visto, me cuesta creerlo...

Fue hace mucho tiempo.

49. Madrid. Julio del 2.003

Eran más de las doce de la noche de un Miércoles cuando Alejandro y Alicia abandonaron el restaurante. Ella estaba especialmente hermosa aquella noche -o al menos eso le parecía a él -. Llevaba un sencillo vestido negro de tirantes que dejaba a la vista sus hermosos hombros, que se ceñía como un guante a su cintura y realzaba su escote. La corta falda del vestido dejaba a la vista sus largas y bien torneadas piernas. Zapatos de tacón, un pequeño bolsos, el largo y ondulado pelo que llevaba suelto y un ligero maquillaje, completaban el conjunto.

A pesar de los esfuerzos de él por animar la velada y mantener una conversación agradable, Alejandro se sentía abatido. La cosa no había ido mal del todo, y tenía que reconocer que Alicia también había echo un esfuerzo para que aquella cita fuera lo más natural posible, pero ahí precisamente estaba el problema. Antes no era necesario que ninguno de ellos hiciera ningún esfuerzo. La química y complicidad entre ellos había desaparecido. En las muchas conversaciones que habían tenido, ella siempre le decía lo mismo. Eran muchos años juntos y la rutina empezaba a pesar. Necesitaba un cambio, dar otro sentido a su relación, nuevas ilusiones.

Alejandro no acababa de entenderlo. Para él era suficiente con estar juntos. Por supuesto que él también quería avanzar, ir un paso más allá en su relación, pero eso sólo era cuestión de tiempo.¿Como podía hablar de rutina? ¡Sólo tenían veinticinco años! ¿Qué pasaría entonces cuando tuvieran cuarenta y llevasen media vida juntos?

Definitivamente no podía entenderlo, pero si ese era el problema, en un par de meses lo iba a solucionar. Había finalizado su proyecto fin de carrera, y lo presentaría en Septiembre. Todavía no se lo había dicho a Alicia. Lo había intentado aquella noche, pero no encontró el momento. No quería sacar el tema. No aquella noche. A pesar de lo forzado de la velada, era la primera vez en los últimos meses que no discutían y no quería estropearlo. Además, había empezado a enviar curriculums a distintas empresas y esperaba encontrar algo cuanto antes.

-Seguro que después todo va mejor -se dijo a si mismo.

-¿Me llevas a casa? - preguntó Alicia sacándolo de su ensimismamiento.

-¿No quieres tomar un café por aquí? Todavía es pronto. -contestó él.

-No, prefiero irme a casa. Mañana tengo que madrugar. Tengo un día duro en el trabajo.

-Vale. Vámonos.
Caminaron en silencio hasta que llegaron a la calle en la que estaba la entrada del parking subterráneo donde habían dejado el coche.
Era un callejón estrecho y poco iluminado. Continuaron caminando. Alejandro los vio aparecer antes que Alicia e inmediatamente supo que tendrían problemas.
Eran cuatro. Vestían camisetas blancas de tirantes, pantalones anchos y caídos, deportivas y gorras que llevaban de medio lado. El hecho de que fueran unos críos -apenas tendrían diecinueve o veinte años- no los hacía menos peligrosos. Dos de ellos llevaban botellas -no supo identificar de qué- y venían gritando y alborotando. A buen seguro habían bebido más de la cuenta. Alejandro cogió de la mano a Alicia y siguió caminando procurando no fijarse en ellos, y deseando que ellos no reparasen en su presencia.
Estaban a pocos metros de la entrada del parking cuando oyeron una voz.
-¡Eh, vosotros! -dijo uno de ellos.
Alejandro no se detuvo, pero dos de ellos les cortaron el paso.
-Os estamos hablando a vosotros.-dijo otro.
Alejandro evaluó la situación. Dos de aquellos chicos estaban frente a ellos, y los otros dos se habían situado a su espalda. Alicia estaba asustada, y él también. Tenía miedo por ella. Por nada del mundo quería que le ocurriese nada.
-¿No tendréis algo de pasta, verdad? Nosotros andamos algo escasos. -dijo el que parecía ser el mayor del grupo.
-Creo que si que me queda algo -dijo Alejandro. Era mejor tratar de salir de allí cuanto antes. Si dinero era lo que querían, se lo daría y punto. Esperaba que con eso les dejaran tranquilos.
Echó mano a su bolsillo y sacó su cartera. Le quedaban treinta euros. Los sacó y se los dio. Afortunadamente tenía la costumbre de no salir con tarjetas de crédito si no era necesario.
-¿Y tú? -dijo refiriéndose a Alicia.
Alicia miró a Alejandro. Este se limitó a asentir.

-Es mejor que les des lo que lleves encima. Pero Alicia seguía sin moverse.
Uno de los otros chicos se acercó a ella, y le arrancó el bolso de un fuerte tirón.
-¡Vamos, trae eso aquí! ¡Haz caso a tu amigo!
-¡Mi bolso!- gritó Alicia intentando revolverse.
El que le había quitado el bolso sacó una navaja de su bolsillo y con un rápido movimiento la colocó casi rozando la barbilla de Alicia.
-¡Será mejor que te estés quietecita!- dijo tendiendo el bolso a uno de sus compañeros.

-¡No, dejadla en paz! -dijo Alejandro nervioso- Coged el dinero que queráis y dejadnos tranquilos.
-Creo que no. Dijo el cabecilla del grupo. Tu amiga está muy buena, y tiene carácter. Eso me gusta en una mujer.

Dos de ellos sacaron sendas navajas, mientras que el que estaba al lado de Alicia, la sujetó con fuerza sin retirar la navaja de su cuello.
-¡No, por favor!- dijo Alicia. En sus ojos empezaban a formarse lágrimas, mientras dirigía una mirada suplicante a Alejandro.
-Por favor, dejadla en paz. No le hagáis daño. - suplicó Alejandro. Era incapaz de moverse. No podía retirar la vista de la navaja que estaba sobre el cuello de Alicia. El mero hecho de pensar que algo le ocurriese le dejaba paralizado. Tenía miedo por ella. No sabía que hacer. Tenía que pensar algo y rápido.
-¡Por favor...! -lloraba Alicia Pero Alejandro no se movió.

El cabecilla del grupo se acercó a ella y la miró lascivamente de arriba abajo.
-Vaya. En esta calle tan oscura no se aprecia bien lo buena que estás.- dijo mientras jugueteaba con uno de los tirantes de su vestido.

Alejandro sintió como el miedo empezaba a dejar paso a la ira, pero seguía sin poder moverse. ¡Quien sabe de que eran capaces aquellos niñatos! Apretó los puños con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos

En ese preciso instante, un coche entró en el oscuro callejón, iluminando la escena.

Todos se volvieron hacia el coche. ¡Era un coche de policía! En cuanto el grupo lo identificó, soltaron a Alicia, y salieron corriendo de allí, llevándose el dinero de Alejandro y el bolso de ella.

Alejandro corrió hacia Alicia y la abrazó. Estaba temblando.
-¿Estás bien? - preguntó el.

Pero ella se zafó de su abrazo y lo miró con dureza. Quiso decir algo, cuando el coche se detuvo y uno de los policías se bajó de él.
-¿Estáis bien?- preguntó.

Si, gracias. Estamos bien. -dijo Alejandro. Pero él no estaba bien. Lo que había visto en los ojos de Alicia le había alcanzado en la línea de flotación.

50. Adasam

- Fuimos a la colaría a poner la denuncia y luego la lleve a casa. -continuaba explicando Alejandro a Marta- En todo el trayecto no me dirigió la palabra. Ni siquiera me miró, aunque eso lo agradecí, porque no habría podido soportar de nuevo el desprecio que vi en su mirada.
-Desprecio, ¿por qué? - preguntó Marta.
-No hice nada. Ni siquiera me moví.
-No podías hacer otra cosa.
-Durante mucho tiempo pensé que si, que tenía que haber hecho algo, que podía haber hecho algo, y me culpe a mi mismo por no haberlo hecho.
-Pero eso podía haberle costado la vida a Alicia.
-Lo sé. Y ahora veo las cosas más claras. Esta mañana, antes de empezar a luchar con los soldados pensé que iba a morir. Durante un instante estuve paralizado, incapaz de moverme, pero si no hacia nada, Hugo y Sylvie estarían perdidos. Eso me hizo reaccionar. Una vez que tomé la decisión y dí el primer paso fue como si todo el miedo desapareciera, se esfumara. Ahora sé como habría reaccionado aquel día si las cosas hubiesen llegado al límite. Lo mismo me ha ocurrido las otras veces. No podía dejar que os pasara nada.
-Especialmente a Alicia, ¿no? -dijo ella.
-Bueno, ya te dije que Alicia es agua pasada, pero supongo que este grupo de cotillas ya te habrá contado toda la historia, ¿verdad? Marta se encogió de hombros.
-Alicia ha sido muy importante en mi vida -continuó Alejandro- y no te voy a negar que me sigue importando, pero como me importan Hugo, Lucía y Javier... o ahora tu. -dijo esbozando una media sonrisa.
-¿Sabes? Me alegro de estar aquí, aunque sólo sea por haberte conocido. Todavía no entiendo como Alicia te dejó escapar. Entre tú y yo, Alicia es una tía cojonuda, y muy inteligente. Por eso nunca he entendido que estuviera casada con un gilipollas como David.

Alejandro enarcó una ceja ante aquel comentario.
-Pero después de conocerte, lo entiendo menos todavía -continuó Marta.
-Quizá la persona que conoces ahora no es la misma que estaba con Alicia.
-¿Qué quieres decir?
-Bueno, para empezar, seguramente si Alicia te hubiera contado la historia que yo te he contado desde su punto de vista, hubieses

pensado que yo era un cobarde y que no me importaba lo suficiente como para dar la cara por ella.
-No creo que hubiese pensado eso. En esa situación, cualquiera...
-Además, -interrumpió Alejandro- he tenido mucho tiempo para pensar y me he dado cuenta de que Alicia buscaba a alguien que le diese seguridad, con iniciativa y confianza en si mismo.
-Ahora me vas a decir que tu no cumples esos requisitos.
-No exactamente, pero si que es verdad que cuando estábamos juntos, siempre dejaba que fuera ella quien tomara las decisiones. Salvo en contadas ocasiones -y cuando lo hice ya era tarde- me limitaba a hacer todo aquello que ella proponía. Si íbamos al cine, ella elegía la película, si salíamos a cenar, ella reservaba restaurante. Lo mismo ocurría con las vacaciones, o con las escapadas de fin de semana.
-Bueno, pues no está tan mal. Ya me gustaría a mi encontrar un tió que me diese todos los caprichos.
-Si, pero Alicia es diferente. No es que eso la disguste, claro, pero también le gusta que la sorprendan, no ser ella siempre la que proponga. Además, creo que con respecto a Alicia siempre me he sentido muy inseguro.
Marta lo miró inquisitivamente.
-No sé como explicártelo para que lo entiendas. Es como si te hubiese tocado la lotería y, primero no te lo creyeras, y segundo no disfrutases del premio por miedo a que te lo roben. En el fondo creo que pensaba que ella era demasiado buena para mi, que yo no estaba a la altura. -hizo una pausa.- Con el tiempo llegué a la conclusión de que por ahí empezó su atracción hacia David. Un tío con iniciativa y seguro de si mismo, es decir, lo contrario de cómo yo me comportaba con ella. Y además con pasta, que eso siempre ayuda.-terminó con una media sonrisa.
-Y gilipollas -dijo Marta.
-Bueno, veo que ya tenemos otra cosa en común.
-¿A qué te refieres?
-Yo también pienso que David es un gilipollas.
Ambos rieron a gusto. Continuaron charlando y contándose cosas, disfrutando de la compañía mutua durante un rato, justo hasta el momento en que Hugo se despertó sobresaltado.

-¿Estás bien?- preguntó Alejandro.
Hugo respiraba agitadamente y miraba confuso a su alrededor. El miedo se reflejaba en su mirada.
-Despierta a todos. Tenemos que irnos de aquí.- dijo levantándose y empezando a recoger sus cosas.
Alejandro se acercó a él.
-Hugo, tranquilo. ¿Se puede saber que te pasa? -dijo poniendo una

mano sobre su hombro.
-Vienen a por nosotros. Lo he visto. Si nos quedamos aquí nos pillarán como conejos en su madriguera.
-¿Quién?
-Soldados, hechiceros y... y unos seres extraños. Alejandro, lo he visto. Hazme caso y salgamos de aquí.

Alejandro miró a su amigo durante un instante. Después empezó a moverse a toda velocidad.
-¡Despertad!¡Vamos, tenemos que irnos de aquí!

El grupo despertó sobresaltado, preguntando que es lo que ocurría.
-No hay tiempo para explicaciones. Estamos en peligro. Tenemos que salir de aquí.

En solo un par de minutos, el grupo había recogido todas sus pertenencias y de nuevo, enfundados en sus capas para protegerse de la lluvia, corrían campo a través por una zona montañosa. A pesar del cansancio acumulado, el miedo les espoleaba. La pendiente empezaba a suavizarse, y el paraje parecía volverse más árido y rocoso a cada paso que daban.

Alejandro, que cerraba el grupo, no dejaba de mirar hacia atrás y a los lados. De momento no veía ni oía nada., pero todos sus sentidos estaban alerta. Una vez más la adrenalina corría por su cuerpo y el miedo había desaparecido. Fuera lo que fuera lo que les perseguía, estaba listo para enfrentarse a ello.

Lucía marchaba junto a él. Jadeaba por el esfuerzo, pero en su rostro había desaparecido todo rastro de temor. Delante de ellos, Alicia corría con el arco de la mano, con Marta a su derecha. Cristina corría junto a Ricardo, al que precedía Hugo. Javier y Sylvie abrían el grupo.

Poco después, divisaron la entrada a un desfiladero. Las rocas, que ya dominaban todo el paisaje, formaban dos altas paredes por las que discurría un estrecho camino.
-¡El paso! -dijo Javier.

Jacob les había indicado que la única forma de atravesar la montaña era por aquel paso, pues a partir del punto donde se encontraban, la montaña se convertía en una pared de roca infranqueable.

En es momento, Alejandro percibió a lo lejos el sonido de cascos de caballos. Detuvo su carrera y miró hacia atrás. Aunque todavía estaban lejos, pudo distinguir a sus perseguidores. Era como Hugo le había dicho. Un numeroso grupo de jinetes les seguía. A la cabeza del grupo dos extraños seres, con aspecto de licántropo de tamaño descomunal, corrían hacia ellos. A la velocidad a la que se movían estarían encima de ellos enseguida. Desenfundó su catana, y reemprendió su carrera.

¡Vamos! ¡Tenemos que llegar al desfiladero! - gritó forzando el paso.

Allí tendrían una oportunidad. Si los alcanzaban en campo abierto sería una carnicería.

Corrieron como alma que lleva al diablo. Cuando estaban a un centenar de metros de la entrada al desfiladero oyeron unos escalofriantes aullidos. El tronar de los cascos ya era perfectamente audible para todo el grupo. Ninguno se detuvo para mirar atrás.

Cristina sentía que el corazón se le salía por la boca, tanto por el cansancio como por el miedo.

Marta miró a Alejandro, quien se había situado a su lado. En su mirada no encontró rastro de miedo, solo una férrea determinación, y supo que el joven haría lo que fuera para tratar de proteger a sus amigos. También se dio cuenta de que miraba de reojo a Alicia, algo que ya había observado en otras ocasiones, lo cual le hacía pensar que todavía sentía por ella algo más de lo que decía o estaba dispuesto a admitir.

Por fin llegaron a la entrada del desfiladero. Tras adentrarse unos metros en él, Lucía se detuvo y se volvió hacia la entrada del mismo. Alejandro, al ver que esta se detenía se paró a su lado. Sus perseguidores estaban a muy cerca. En unos segundos los tendrían encima.

-¿Se puede saber que haces?

-No podemos escapar. Hay que detenerlos, y tengo una idea. -dijo ella. Haz que todos se retiren.

Alejandro, sorprendido por la determinación de su amiga, no puso objeciones e hizo lo que ella le pedía. Ya había visto de lo que era capaz.

Alejandro se quedó un par de metros por detrás de ella, con Ricardo y Alicia a su derecha y Javier y Sylvie a su izquierda, todos con sus armas preparadas, formando una línea que iba de pared a pared del estrecho desfiladero. Un poco más atrás, Cristina, Marta y Hugo permanecían expectantes.

En solo unos segundos, aparecieron en la entrada dos enormes y aterradoras figuras. Eran de forma humanoide, pero aquello era todo lo que tenían de humano. Su cuerpo cubierto de pelo, sus ojos rojos y rostro lobuno, recordaban a los lobos que les habían atacado noches atrás. Vestían cota de malla, y empuñaban unas enormes espadas. Se movían a una velocidad increíble. Tras ellos iba un nutrido grupo de soldados a caballo -cerca de una treintena-, enfundados en sus trajes negros, y cotas de malla del mismo color. En el centro del grupo, cabalgaban cuatro hombres vestidos con túnicas rojas.

Lucía levantó una mano y pronunció unas palabras. En un instante, y ante ellos, apareció una imponente muralla de hielo que iba de pared a pared del estrecho desfiladero, interponiéndose entre ellos y

sus perseguidores.

Hasta ellos llegaron los aullidos de frustración los dos licántropos, así como el relinchar de los caballos.

Lucía, sintió un ligero mareo, pero se recuperó rápidamente. Tal como había pensado, aquel hechizo no había requerido tanto esfuerzo como el anterior.

- Listo -dijo volviéndose hacia sus amigos- Esto nos dará un poco de tiempo.

Pero antes de que nadie pudiera decir una sola palabra, Lucía sintió una extraña perturbación y el muro de hielo se resquebrajo y estalló en mil pedazos. Los licántropos, una vez desaparecido el obstáculo, se lanzaron hacia delante con una velocidad pasmosa. El primero de ellos llegó en un instante junto a Lucía, y dispuesto a descargar su enorme espadón sobre ella. Sólo Alejandro fue capaz de reaccionar con la suficiente rapidez, interponiéndose entre Lucía y su atacante.

El golpe venía de arriba hacia abajo, y Alejandro tuvo que utilizar sus dos catanas formando una cruz para detener el ataque. El impacto fue tremendo. Sintió como los músculos de sus brazos se tensaban, mientras echaba su pierna derecha hacia atrás para no perder el equilibrio. Aquella bestia tenía una fuerza descomunal. El licántropo rugió, y con una facilidad increíble retiró su arma y se dispuso a atacar de nuevo

Alicia aterrorizada levantó su arco. La segunda de aquellas bestias se abalanzaba sobre ella. Tensó la cuerda y disparó. El rastreador estaba casi encima de ella. La flecha impacto de lleno en el pecho del licántropo, que rugió de dolor, pero solo se detuvo medio segundo para arrancarse la flecha. Ricardo aprovechó la oportunidad para descargar su cayado con toda la fuerza de la que era capaz sobre la cabeza de aquel ser mitad humano, mitad animal. El golpe fue tremendo. Un golpe que hubiera matado a una persona normal, pero que solo consiguió aturdir por unos segundos a la bestia. Ricardo descargó otro golpe, esta vez sobre el brazo que portaba el arma, consiguiendo desarmar a su adversario. El licántropo rugió de dolor y de rabia. Ricardo atacó de nuevo, pero esta vez, el rastreador, con increíble facilidad, detuvo el cayado con su mano izquierda, sujetándolo con fuerza y arrancándoselo de las manos de un tirón. Sin darle tiempo a reaccionar, golpeó con su brazo derecho a Ricardo con una fuerza y velocidad sobrehumana, haciéndolo volar por los aires hasta chocar contra la pared de roca. Después del golpe, Ricardo cayó al suelo, donde su cuerpo quedó inerte.

Javier tenía a Sylvie a su lado. Los dos licántropos no eran el único problema que tenían. Una primera oleada de soldados cargaban ya por

el desfiladero, dispuestos a arrasarlos.
Sylvie levantó su arma, apuntó al grupo y disparó. El primero de los caballos cayó al suelo haciendo caer a su jinete y al caballo que lo seguía. Un segundo disparo resonó en el aire derribando a otro caballo. Los caballos, se encabritaron y se detuvieron. Algunos soldados cayeron al suelo. Aquello ralentizaría el ataque durante unos instantes, pues la montonera que se había formado impedía al grupo avanzar por el estrecho desfiladero.

Lucía miró a su alrededor. Alejandro estaba enredado en un terrible cuerpo a cuerpo con uno de los licántropos. La bestia descargaba un golpe tras otro con una velocidad sobrehumana, a lo que Alejandro respondía de forma idéntica, bloqueando un golpe tras otro con idéntica fuerza y velocidad.
Por otro lado Ricardo había sido derribado por el terrible ataque del otro licántropo. Cristina, y Hugo corrían hacia el cuerpo inerte de su amigo, mientras Marta permanecía en retaguardia indefensa e impotente frente a lo que ocurría.
Dos disparos resonaron en el aire deteniendo momentáneamente el ataque de los soldados. Lucía se disponía a ayudar a Alicia, quien una vez derribado Ricardo, había quedado a merced del licántropo. Levantó su brazo y pronunció las palabras que había memorizado, pero de nuevo percibió una perturbación. La misma que había sentido cuando su muro de hielo saltó en pedazos. Cuando terminó de pronunciar el hechizo nada ocurrió. Se giró hacia la entrada del desfiladero. Allí, sobre sus monturas, pudo distinguir a los cuatro hombres de túnica roja, escoltados por tres fornidos soldados, vestidos con capas y armaduras negras. Aunque no podía oírlos, de alguna manera supo lo que estaban haciendo y comprendió lo que ocurría. Aquella perturbación que había sentido significaba que los hechiceros estaban utilizando la magia con el fin de inutilizar la suya, igual que habían hecho al disipar el muro de hielo. Estaba indefensa y totalmente anulada. No podía hacer nada para ayudar a Alicia.

Alejandro no podía librarse de su atacante. A duras penas podía mantenerlo a raya. La fuerza de su rival era increíble, pero más su velocidad, habida cuenta de su tamaño y envergadura - debía medir más de dos metros-, por lo que necesitaba de todos sus reflejos para detener la lluvia de golpes que el licántropo descargaba sobre él. Tenía que hacer algo para librarse de él y hacerlo ya si quería ayudar a sus amigos.
En ese momento Alicia gritó. Un fugaz vistazo por el rabillo del ojo le vasto para saber lo que estaba ocurriendo.
-¡Alicia! -gritó.

Después un potente y escalofriante rugido retumbó a lo largo y ancho del desfiladero.

Ricardo había dado tiempo a Alicia para cargar de nuevo su arco y disparar una nueva flecha, que alcanzó al licántropo, pero que tampoco consiguió detenerlo. Estaba indefensa frente a la bestia. Nadie podía salvarla. Alicia gritó. En ese mismo instante, detrás del licántropo, y como salido de la nada comenzó a materializarse la figura de un enorme tigre blanco.

El tigre corría por el desfiladero a gran velocidad hacia Alicia. Se impulsó con sus poderosos cuartos traseros y con un poderoso rugido se abalanzó sobre el licántropo. Bestia y licántropo se abrazaron en un mortal cuerpo a cuerpo.

Alicia, contra la pared reconoció al animal. Era el tigre blanco al que habían liberado de la trampa en el bosque varios días atrás.

-¡Ricardo!- gritó Cristina al llegar junto al cuerpo del muchacho. En el suelo, el agua de lluvia se había teñido de rojo con la sangre del joven.

Hugo también estaba a su lado. Ricardo tenía una fuerte hemorragia en la cabeza. Palpó en el lugar por el que manaba la sangre. Tenía una importante fractura en el cráneo por la que asomaban algunos retos de tejido cerebral.

-¡Maldita sea! Ayúdame a ponerlo boca arriba. -dijo con urgencia. Entre los dos giraron el cuerpo del muchacho. Por la nariz también manaba abundante sangre. Tenía el tabique nasal roto y un profundo corte en una ceja. Hugo comprobó que todavía respiraba y tenía pulso. Examinó el cuerpo. También parecía que tenía un par de costillas fracturadas, pero no podía asegurarlo.

-¿Puedes ayudarlo? -dijo Cristina nerviosa.

-No lo sé, pero lo intentaré.

Hugo puso las manos sobre el joven y cerró los ojos. Cristina vio aparecer un resplandor azul bajo las palmas del muchacho, que poco a poco fue creciendo en intensidad.

La furia se había apoderado de Alejandro. No había visto aparecer al tigre, y pensaba que Alicia había caído bajo el ataque de aquellas bestias inmundas. Poseído por una ira devastadora, su brazo comenzó a moverse a una velocidad demoledora. Ahora era él quien atacaba y el licántropo quien se defendía. Mientras su brazo derecho seguía atacando, el izquierdo lanzó la catana corta por la derecha de su oponente. Sin dejar de atacar, su mente dirigió el vuelo de la catana corta, que haciendo un efecto bumerang, dio la vuelta y voló a gran velocidad hacia el licántropo hasta alcanzarlo en la espalda. El rastreador rugió de dolor y bajó la guardia, momento que aprovechó

Alejandro para terminar el combate con una certera estocada en el corazón de la bestia, con tal fuerza que lo atravesó de lado a lado.

El licántropo cayó de rodillas frente a él y Alejandro liberó la espada un momento antes de que se derrumbara a sus pies. Aquello no había aplacado su furia. Rápidamente se volvió buscando al que había atacado a Alicia para destrozarlo. Al volverse vio a Alicia sana y salva, apoyada en la pared. A un metro de ella, un enorme tigre blanco, se erguía imponente sobre el cuerpo sin vida del otro licántropo. De su garganta salió un poderoso rugido de victoria.

-¡Cuidado Alejandro! -gritó Javier. Dos nuevos disparos resonaron en el aire.

Una vez más, Alejandro percibió la trayectoria de los proyectiles. Los soldados habían conseguido dominar sus monturas y ante la imposibilidad de maniobrar en el estrecho desfiladero, habían desmontado, avanzando hacia ellos. Varios de ellos habían cargado y disparado sus ballestas. Alejandro, se giró al tiempo que fintaba su cuerpo. Esquivó un proyectil que iba a la altura de su cabeza y otro que iba al pecho, y desvió un tercero con un rápido giro de su catana. Otro iba directo hacia Alicia. - ¡No! -pensó Alejandro mirando la trayectoria de la flecha. En un acto reflejo y en menos de una décima de segundo, proyecto sobre él su pensamiento, como había hecho con las piedras aquella misma noche. En el último instante el proyectil cambió su trayectoria en el aire y se estrelló contra la pared en lugar de alcanzar a Alicia.

Dos de los soldados cayeron heridos por los disparos de Sylvie, pero el resto seguía avanzando. Alejandro se volvió de nuevo para encarar a los soldados, haciendo girar su catana amenazadoramente. Javier decidió intervenir. Concentró todas sus energías en lo que pretendía hacer. Tal como había ocurrido en el río, sintió el fluir del aire circundante, sintió su energía, y se concentró en modelar esa energía a su antojo. Una vez que había entendido como desencadenar el mecanismo, le resultaba fácil, no en vano era un experto en ello. Conocía las leyes que regían los movimientos del aire, como aprovechar las corrientes, la energía y potencia que podían generar. Ya lo había hecho en el río.

Sintió fluir el aire a su alrededor y como éste se iba acelerando y aumentando su fuerza según sus deseos.

Poco a poco fue imprimiendo mayor potencia a la corriente de aire. No sabía si funcionaría, pero tenía que intentarlo. En unos segundos, los soldados se vieron envueltos en un terrible vendaval que les impedía avanzar. Javier empezaba a sentir una sensación de cansancio, pero siguió insistiendo, hasta que la fuerza del aire fue tal que derribó a los soldados y los arrastro por el suelo.

Lucía, seguía sintiendo aquella perturbación que le impedía liberar su poder. Recordaba haber leído algo sobre aquello en las marcas de sus brazos. Sabía que era posible, pero no sabía como contrarestar aquel hechizo que la anulaba.

Retrocedió unos pasos buscando cobijo contra la pared. Se remangó para mirar sus antebrazos, y empezó a buscar.

Los hechiceros de túnica roja, sobre sus monturas y todavía escoltados por los tres soldados de negra armadura, intercambiaron unas miradas sin dejar de recitar el hechizo de anulación. Al parecer aquella mujer no era tan poderosa como S›harkmat había supuesto, o de lo contrario habría hecho algo para eludir su ataque. Antes de enfrentarse con ella no confiaban en poder detenerla con aquel hechizo, pero si en que el combate contra los cuatro la distrajese y agotase lo suficiente para dejarla a merced de los soldados, pero todo estaba siendo más fácil de lo previsto. Al parecer S›harkmat la había sobrevalorado.

Anfharz observó como la mujer retrocedía, buscando cobijo entre las rocas. Había llegado el momento de terminar la batalla, y para ello debía acabar con la molestia que impedía avanzar a sus hombres.

Dejo que sus compañeros siguieran con el cántico. Había identificado al causante de aquello, así que levantó un brazo apuntando hacia él.

-Ignium proctus.

Lucía percibió una ligera variación de la perturbación, como si se debilitara.

Levantó la vista y vio a uno de los magos de túnica roja levantar el brazo derecho. De la punta de sus dedos salieron cinco pequeños y brillantes proyectiles. Eran como cinco pequeños dardos de fuego. Sin que ni ella ni ninguno de sus amigos pudieran hacer nada, los proyectiles volaron hacia Javier alcanzándolo de lleno en el pecho, con tal fuerza que lo lanzó unos tres metros hacia atrás, haciéndolo caer de espaldas contra el suelo y con el pecho en llamas.

-¡¡Javier!! -gritó Sylvie corriendo hacia él.

Javier quedó tendido en el suelo, y la ropa seguía ardiendo a pesar de la lluvia. Lucía llegó junto a su hermano a la vez que Sylvie. Se quitó la capa y le cubrió con ella intentando sofocar el fuego. Finalmente lo consiguieron, pero Javier estaba inconsciente.

Hugo se sentía agotado. Cuando curó a Sylvie fue casi un acto reflejo. La herida era profunda pero sin complicaciones, y aunque no tenía ni idea como funcionaba esta nueva habilidad, lo cierto es que había deseado poder cerrar su herida y había ocurrido. Ahora, aunque había desencadenado de nuevo su poder, la cosa estaba siendo más

compleja. La fractura del cráneo era una herida complicada. Para curarla era fundamental que el hueso quedase bien colocado y soldado. No sabía si este se había roto en pequeños pedazos, o era una fractura limpia, pero si sabía lo que quería. Se concentró en reparar posibles daños cerebrales y en que el hueso quedase en su situación original, totalmente restaurado. Deseó que así sucediese, y como la vez anterior, sintió el calor en su pecho y en las palmas de sus manos. El resplandor azul apareció una vez más.

Cristina a su lado, miraba impotente mientras Hugo trataba de reparar los daños del cuerpo de su amigo. Hugo sintió la misma sensación que al curar a Sylvie, como poco a poco se iniciaba la regeneración de los tejidos. Era una sensación increíble, como si todo volviera a su ser sin más que desearlo. Pero esta vez algo empezó a ir mal. Se sentía cansado, pero no podía dejarlo. La herida no estaba cerrada. Tenía que continuar hasta cerrarla.

-¿Qué ocurre? -oyó que preguntaba Cristina.

Hugo sudaba bajo su capucha, a pesar del frío y de la lluvia, y respiraba aceleradamente.

-Hugo, ¿estás bien?

Pero él no contestó. Estaba agotado, y el pecho le ardía en la zona donde tenía grabada la media luna, pero ya casi había terminado.

-Un poco más- pensó.

Finalmente, el brillo de sus manos desapareció y Hugo se dejo caer sobre el suelo. Estaba consciente, pero era incapaz de volver a ponerse en pie. Los músculos de su cuerpo no respondían.

-¡Hugo! -gritó Cristina.- ¡Hugo! ¿estás bien?¿que te ocurre? Hugo no pudo contestar. Lo intentó, pero solo consiguió emitir un sonido gutural. Giró la cabeza hacia Ricardo.

-Tranquilo. -dijo Cristina.- Está bien.

Cristina arrodillada junto a él, le levantó la cabeza para apoyarla sobre sus rodillas. Desde allí, impotente e incapaz de mover un solo músculo, vio como Javier recibía un impacto y caía al suelo con llamas en el pecho. Sylvie y Lucía apagaron el fuego, pero su amigo estaba inerte, no sabía si gravemente herido o algo peor, y él no podía ayudarlo.

El vendaval se detuvo en el mismo instante que Javier fue abatido. Marta, que había acudido a socorrer a Cristina y Hugo contemplaba con horror como los soldados empezaban a incorporarse lentamente y a recoger sus armas.

Alejandro permanecía erguido en el centro del estrecho desfiladero. Con la mano derecha empuñaba su catana larga, mientras que se llevaba la izquierda al bolsillo de su cazadora

-No dejes que nadie toque a mi hermano -dijo Lucía a Sylvie. Sylvie

asintió, sacó el cargador vacío y lo reemplazó por el último que tenía, mientras Lucía se incorporaba y se situaba a la izquierda de Alejandro. Alicia, con el arco cargado se situó a su derecha, con el imponente tigre blanco a su lado.

Javier, Ricardo y Hugo estaban fuera de combate, y ella y Cristina indefensas. Si sus amigos caían, Sylvie y su pistola serían el último obstáculo.

Alicia sintió una especie de conexión mental entre ella y el tigre blanco. Sin saber como, y de una forma extraña, entendió el mensaje. Estaba allí para ayudarla, a ella y a sus amigos. Había seguido su rastro durante varios días, hasta que los localizó al salir de la ciudad. Desde entonces los había seguido utilizando sus habilidades de mimetismo.

-Gracias - pensó.

El animal respondió de la misma forma.

Frente a ellos los soldados avanzaban, de cinco en cinco, ocupando todo el ancho del desfiladero.

-Lucía, necesitamos que nos ayudes. -dijo Alejandro con un deje de desesperación en su voz.

-Lo siento, no puedo hacer nada. Los hechiceros... anulan mis poderes.

Alejandro sacó su mano izquierda de su bolsillo. En ella llevaba dos shurikens. Los últimos. Sin esperar más se lanzó hacia delante al encuentro de los soldados. Sabía que era superior a ellos en fuerza y velocidad. Se había dado cuenta como, al igual que sus sentidos, sus reflejos, su fuerza y su velocidad habían ido aumentando progresivamente. Era plenamente consciente de la forma en que su cuerpo respondía. Todo ello, unido a su adiestramiento en artes marciales y en el uso de la espada le daba una gran ventaja, pero los soldados eran muy numerosos, aunque la estrechez del desfiladero podía igualar la lucha de nuevo. Lanzó los shurikens por encima de los soldados, y una vez más, proyecto sus pensamientos sobre ellos. En unas décimas de segundo, cubrieron la distancia que les separaba de los hechiceros, y guiados por la mente de Alejandro, alcanzaron a dos de los hechiceros en el cuello, que no tuvieron tiempo para reaccionar. Un instante después, Alejandro se encontraba ya inmerso en un cuerpo a cuerpo desesperado con los primeros soldados.

Respondiendo a los pensamientos de Alicia el gran tigre blanco rugió y se lanzó contra los soldados para ayudar a Alejandro. Al mismo tiempo ella levantó su arco, apuntó y disparó. Uno de ellos cayó al suelo con su flecha clavada en el estómago. Llevó su mano al carcaj para coger otra flecha y cargar el arco de nuevo. Era su último proyectil.

Lucía sintió que la perturbación se debilitaba en el mismo instante que los dos hechiceros fueron alcanzados por los shurikens de Alejandro.

Uno de los que quedaban en pie, se volvió hacia ellos, y levantó su mano apuntando hacia Alejandro.

Lucía, sintiendo la perturbación disminuir de nuevo, decidió intervenir.

-Kanselum hat›mag - dijo.

Sintió la magia fluir de nuevo, pero el esfuerzo que tuvo que realizar fue terrible, como si tuviera que romper unas ataduras que le impedía liberar su poder. Agotada, se desplomó de rodillas, apoyándose con las manos en el suelo, y jadeando por el esfuerzo. En ese mismo instante, de la mano del hechicero salía un deslumbrante rayo de luz que impacto de lleno sobre Alejandro, produciendo una explosión de energía y luz cegadora que iluminó el desfiladero con la intensidad de un relámpago y que alcanzó también a los soldados con los que el joven estaba luchando. Cuando la luz desapareció, Alejandro seguía de pie e indemne, mientras que tres soldados cayeron aturdidos al suelo, con sus ropas humeantes y la piel del rostro llena de quemaduras. Había funcionado. Un hechizo de protección. Alejandro sorprendido, miró a Lucía, que desde el suelo, exhausta y débil, le sonrió. - A por ellos -dijo.

Su amigo aprovechó el momentáneo desconcierto de los soldados para lanzarse de nuevo sobre ellos. Su catana describía veloces y mortales arcos a un lado y a otro, hiriendo aquí y deteniendo los ataques de sus rivales allá. Su cuerpo respondía con rapidez y precisión, esquivando, girando, atacando, combinando golpes de espada con certeras y potentes patadas. Ninguno de ellos pasaría mientras pudiera mantenerse en pie.

Anfharz estaba furioso. Dos de los hechiceros habían sido mortalmente heridos por el hombre de la espada -sin duda un Caballero del Dragón-, el cual luchaba como un demonio. Había sido capaz de derrotar en un cuerpo a cuerpo a uno de los rastreadores, y sus hombres no parecían capaces de detenerlo. El poderoso tigre blanco, que salido de la nada, había acudido en ayuda del grupo, estaba diezmando su contingente. Los soldados, atemorizados por el imponente animal y por la furia del Caballero del Dragón, empezaban a retroceder.

Además, la mujer había conseguido anular su ataque sobre el hombre, con un hechizo de protección. Pero al menos la había debilitado lo suficiente para dejarla a su merced. Era hora de poner fin a aquello. Pronunció una orden dirigida a los tres hombres de las

armaduras negras. Estos desmontaron y se dirigieron a la entrada del desfiladero.
-Cuando se enfrente a ellos, se llevará una bonita sorpresa - pensó Anfrahz sonriendo con malicia mientras observaba a los tres hombres avanzar por el desfiladero.

Finalmente, comenzó a invocar un nuevo hechizo, esta vez el objetivo era la mujer. Estaba agotada e indefensa. Era el momento de terminar con ella.

Lucía trató de incorporarse, pero cada movimiento le suponía un esfuerzo tremendo, aunque se notaba ligeramente recuperada.
-Deja que te ayude.

Alicia, que había gastado su último proyectil en abatir a otro de los soldados que atacaban a Alejandro, estaba a su lado. Se agachó para ayudar a Lucía a incorporarse. Desde allí, ambas vieron a los tres imponentes guerreros de negra armadura avanzar por el desfiladero. Sus negras capas ondeaban ritmicamente, mientras los soldados les abrían paso, apartándose y retirándose. Eran altos y muy corpulentos, y portaban enormes espadas. Los soldados con los que estaba luchando Alejandro se retiraron, hasta que finalmente, él y el tigre blanco se quedaron solos frente a los tres hombres. A los pies de ambos, yacían los cuerpos de una docena de soldados, y varios más se habían retirado con heridas de uno u otro tipo.

Lucía y Alicia se dieron cuenta de que tanto Alejandro como el tigre tenían numerosos cortes de diversa consideración y estaban cubiertos de sangre, aunque no sabrían decir cuanta era suya y cuanta de sus enemigos.

Lucía miró más allá y vio con horror como uno de los dos hechiceros que quedaban en pie, levantaba de nuevo su brazo, esta vez dirigiéndolo hacia ella, pero todavía no tenía fuerzas para intentar contrarrestar su ataque.

Fue en ese preciso momento, cuando, emergiendo de la oscuridad de la lluviosa noche, un enorme águila de hermoso plumaje plateado se abalanzó sobre el hechicero. Era un animal de increíble envergadura. Las garras del animal apresaron al hechicero, y batiendo sus poderosas alas se elevó cargando con él, pues tal era la fuerza del impresionante ave. Una vez hubo alcanzado altura, soltó a su presa, la cual gritó desesperadamente al caer al vacío. El grito cesó, cuando el cuerpo del mago se estrelló con un golpe seco contra el suelo, de donde no volvería a levantarse. El águila, giró de nuevo en el aire y se dirigió hacia el otro hechicero.

Alejandro se sentía cansado y dolorido. Había recibido algunos cortes de menor importancia, pero no dejaba de sangrar y las heridas

empezaban a dolerle.

Todos los soldados se habían retirado para dejar paso a los tres hombres que avanzaban por el desfiladero. Alejandro los observó con detenimiento mientras aprovechaba la breve tregua para recuperar el aliento.

Caminaban lentamente, pero con paso firme y amenazante. Eran muy corpulentos y ligeramente más altos que él. Sus armaduras eran negras y brillantes. Se ajustaban al cuerpo, imitando la musculatura del pecho y del abdomen. Unas hombreras metálicas protegían los hombros. Los brazos estaban cubiertos por guanteletes y brazales que solo dejaban al descubierto unos poderosos bíceps, cubiertos por la cota de malla que los hombres llevaban bajo la armadura. Sus piernas -muslos y espinillas- también estaban protegidas por grebas. El casco de la armadura imitaba la cabeza de un dragón, protegiendo toda la sien pero que dejaba visible el rostro de sus atacantes.

Lo que vio le heló la sangre. En donde debían estar los ojos, solo encontró las cuencas vacías de estos. La piel era blanca y cetrina y la boca había sido cosida con gruesos y vastos cordones. Sus manos enguantadas portaban enormes espadas negras cuyo filo tenía forma de dientes de sierra.

Alejandro, empuñó con fuerza sus dos espadas, y tratando de dominar el miedo que de forma irracional empezaba apoderarse de él, se preparó para un nuevo combate.

El gran tigre blanco rugió a su lado y se lanzó sobre uno de los atacantes. Hombre y bestia rodaron por el suelo enzarzados en una lucha mortal.

De pronto, uno de los hombres -o lo que fuera- cargó contra él con una velocidad que no creía posible vista la lentitud y pesadez de los movimientos que habían mostrado hasta ese momento.

Alejandro detuvo el primer ataque a duras penas, un golpe que vino seguido de una sucesión de otros, increíblemente rápidos, que consiguió bloquear al tiempo que retrocedía. El otro le atacó por su izquierda, haciendo que Alejandro tuviera que multiplicarse para detener y esquivar la lluvia de golpes, mientras poco a poco retrocedía y perdía terreno.

Lucía y Alicia se habían retirado al lugar donde permanecían
Sylvie, Marta y Cristina, junto a los cuerpos tendidos de Javier y
Ricardo, que todavía estaban inconscientes, y Hugo, que aunque estaba consciente, todavía no podía moverse a penas.

Lucía se había recuperado ligeramente, pero no lo suficiente para intentar un hechizo. La perturbación había cesado. El único mago que quedaba en pie estaba ocupado intentando librarse de los ataques del águila plateada, ayudado por dos arqueros. Desde allí podía ver como

el majestuoso ave esquivaba los proyectiles de estos y un haz de energía lanzado por el hechicero.

Rezó para que pudiera seguir distrayéndolo un poco más.

Necesitaba ese tiempo para recuperarse y poder ayudar a sus amigos.

Alejandro retrocedía poco a poco, esquivando y bloqueando los fulminantes golpes de sus atacantes con ambas catanas, moviéndose a una velocidad endiablada, pero era evidente que no podría mantenerlos a raya durante mucho tiempo. El poderoso tigre blanco tampoco había podido deshacerse de su oponente. En el primer ataque, había derribado a su rival con tremenda facilidad. Sus garras, habían destrozado la armadura a la altura del el pecho del hombre, y sus fauces habían arrancado acero, piel y carne de su brazo izquierdo, pero cuando el animal se retiraba de su presa para ayudar a Alejandro, y contra toda lógica, el hombre se puso de nuevo en pie, atacando con fiereza al tigre, que a duras penas pudo evitar el primer sablazo, no sin antes recibir un corte en la pata trasera derecha.

Más atrás, los soldados se habían reagrupado y se preparaban para el que sin duda sería el ataque definitivo.

Sylvie se puso en pie, amartilló su arma, y empezó a caminar hacia Alejandro.

- ¡Dragars! - gritó Nihué a Konrad para sobreponerse al sonido de la lluvia y los cascos de sus caballos.

Konrad no contestó, pero a Nihué le bastó con un vistazo al rostro de su acompañante para saber lo que pensaba. Las monturas de Nihue y Konrad volaban por la ladera de la montaña. Nihué, gracias a Nidhul que se había adelantado, había visto lo que estaba ocurriendo en el paso. La situación era desesperada, pero todavía no estaba todo perdido. Espolearon de nuevo a los Naradur, mientras Konrad con el ceño fruncido y los labios prietos formando una fina línea, echó mano a su espalda y desenfundó una de sus espadas.

Sintió la voz de Konrad en su cabeza indicándole lo que hacer. Nihué empuñó su arco y se preparó. Estaban a unos cientos de metros del desfiladero. En unos segundos entrarían en combate. Un combate de cuyo resultado dependía el futuro de Adasam.

Alejandro se sentía cansado. No sabía cuanto tiempo podría mantener ese ritmo. Sus reflejos, que siempre habían sido buenos, ahora eran extraordinarios. Luchar con los soldados -esta noche y al huir de la ciudad- había sido algo increíble. Era como si estos se movieran a un ritmo más lento, con una velocidad menos. Veía venir sus movimientos de lejos lo que le permitía detenerlos o esquivarlos con facilidad, pero sus actuales oponentes eran harina de otro costal. Se movían con una velocidad letal y tenía que emplear a fondo sus

nuevos reflejos, su velocidad y pericia con la espada para blocar los ataques. Solo había tenido un par de oportunidades de contraatacar, una de las cuales alcanzó el brazo de uno de sus oponentes, pero no parecía haber tenido mucho efecto en él, pues sus ataques no habían disminuido de intensidad. Quizá contra uno solo tuviese una oportunidad, pero no contra los dos.

Bloqueó un nuevo ataque por la izquierda y otro por la derecha. Las fuerzas le flaquearon y su brazo derecho tembló cuando ambas armas chocaron. La espada de su rival resbaló por el filo de la suya, descendiendo peligrosamente hacia la empuñadura. Empujó con su brazo para sacarse a su oponente de encima. Ese movimiento le desequilibró ligeramente. El otro soldado aprovechó para atacar de nuevo. Esgrimiendo su catana corta con la izquierda desvió un ataque dirigido a su abdomen en el último momento, pero no pudo evitar que la espada le alcanzase en la parte superior de su pierna izquierda.

Sintió un lacerante dolor cuando el filo de la espada seccionó piel y músculo.

La pierna le falló y Alejandro dobló la rodilla, quedando a merced de sus enemigos.

Mientras avanzaba hacia él, Sylvie vio caer sobre su rodilla izquierda a Alejandro frente a sus oponentes, tras ser alcanzado en dicha pierna por la espada de uno de ellos. Sujetando el arma con ambas manos y en unas décimas de segundo, Sylvie levantó el arma y disparó. -Blam,

El disparo alcanzó de lleno a uno de los soldados en el pecho. El cuerpo del soldado se tambaleó con el impacto haciéndolo retroceder un paso, pero no cayó. Sin dejar de avanzar, Sylvie apretó el gatillo de nuevo.

-Blam

De nuevo lo alcanzó en el pecho tiñendo de sangre la negra armadura. El arma del soldado cayó de su mano, pero este seguía en pie.

-¿Por qué demonios no cae? -pensó Sylvie. -Blam

Un nuevo disparo. El soldado giró sobre sí mismo al ser alcanzado en un hombro y se desplomó.

Mientras tanto, el otro soldado había tenido tiempo de descargar un par de golpes sobre Alejandro, que este a duras penas había podido detener desde el suelo. Sylvie giró los brazos ligeramente para apuntar hacia él y de nuevo disparó varias veces. Esta vez necesitó cuatro disparos, el último de ellos prácticamente a bocajarro para hacer caer al imponente guerrero.

-¿Estás bien? - dijo Sylvie ayudando a Alejandro a incorporarse.

-Creo que sí. Gracias -dijo este poniéndose en pie. Afortunadamente el

corte en su pierna no parecía demasiado profundo, y aunque le dolía, podía sostenerse en pie.
Alejandro percibió algo.
-¿Oyes eso?
-¿El qué?- preguntó Sylvie.
-Son caballos al galope. Creo que vienen más soldados. -dijo.
Su agudizado oído había percibido el sonido. Si estaba en lo cierto, estaban perdidos.
Todavía apoyado en Sylvie, miró a su alrededor. Lo que ella y Sylvie vieron les horrorizó. El poderoso tigre blanco había conseguido reducir a su oponente, pero para ello había tenido que, literalmente, hacerlo pedazos.
Había arrancado un brazo y una pierna del soldado, pero las heridas habían dejado de sangrar. Su armadura estaba destrozada por diversos zarpazos y mordiscos, pero no había heridas. El soldado se arrastraba por el suelo intentando alcanzar al tigre de nuevo, el cual respondía con nuevos y poderosos zarpazos. Pero aquello no era todo. Los dos guerreros abatidos por Sylvie se estaban incorporando
-No es posible. - dijo ella.
Los disparos habían sido certeros, pero parecían no haber hecho ningún efecto. Los soldados recogieron sus armas. Se disponían a atacar de nuevo.

Lucía, con Alicia, Marta y Cristina mudas a su lado, contemplaba petrificada lo que estaba ocurriendo. Cuando pensaba que Alejandro estaba perdido, Sylvie había abatido a tiros a sus atacantes. Pero ahora se levantaban de nuevo. ¿Qué clase de seres eran aquellos?
Sylvie y Alejandro retrocedían -él cojeaba ligeramente por la herida recibida - mientras los guerreros enarbolaban de nuevo sus armas.
Sylvie levantó su arma de nuevo y disparó.
-¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!¡Blam!¡Click!¡Click!
Ya no le quedaban balas. De nuevo los disparos habían sido certeros. La sangre brotó una vez más, pero las heridas parecían cerrarse rápidamente, y el único efecto conseguido fue ralentizar la marcha de los guerreros.
Ni Alejandro ni Sylvie podrían acabar con ellos. Sentía sus fuerzas volver poco a poco, pero necesitaba unos minutos más. Sólo un poco más y podría lanzar un hechizo. Pero para entonces quizá fuera demasiado tarde.

Hugo trató de incorporarse. Se sentía terriblemente cansado, pero por fin podía moverse, aunque muy lentamente y a costa de realizar un esfuerzo terrible.
-¡Javier!¡Como está Javier! -preguntó.

-Respira, pero está inconsciente -dijo Cristina.
-Tengo que ayudarle -dijo Hugo.
Cristina no dijo nada. Tenían problemas más urgentes.

Alejandro apartó a Sylvie y la colocó tras de sí, mientras levantaba de nuevo sus espadas, preparándose de nuevo para el combate.
-¿Cómo se supone que voy a acabar con estos seres? -se preguntó. Como en respuesta a su pregunta, oyó una voz en su cabeza.
-Sólo hay dos formas. Cortarles la cabeza o quemarles. -dijo la voz. Antes de detener el primer envite de sus oponentes, Alejandro pudo ver en la entrada del desfiladero la irrupción de dos jinetes a caballo. Uno de ellos, atacó a los soldados. El otro se dirigía hacia donde se encontraba.

Las primeras luces del alba empezaban a despuntar por el horizonte y había dejado de llover cuando Konrad y Nihué llegaron a la entrada del desfiladero.
Nidhul planeaba esquivando los disparos de los soldados, que protegían al último mago de túnica roja. Nihué, desde su montura, disparó dos flechas con increíble rapidez. La primera alcanzó al hechicero en el pecho. La segunda, atravesó a uno de los soldados que disparaba contra Nidhul.
Sin dejar de galopar, y sujeta sólo con sus piernas, en perfecta armonía y compenetración con su montura, extrajo una nueva flecha de su carcaj, cargó el arco y disparó de nuevo. Repitió el movimiento otras dos veces con velocidad y precisión. Por cada proyectil disparado, un soldado caía herido.
Desenfundó su espada y cargó contra los soldados que todavía seguían en pie.
Konrad, cabalgando a su lado pasó de largo y entró en el desfiladero. Tenía que hacerse cargo de los Dragar. Tenían acorralados a un hombre, que armado con dos espadas se defendía como podía de ellos. El otro estaba bajo un tigre blanco, destrozado, a pesar de lo cual todavía se resistía. Ya no era una amenaza. El tigre acabaría con él.
Uno de los Dragar se volvió hacia él. Konrad levantó su arma y atacó con furia. Las espadas chocaron con violencia, para separarse de nuevo y volver a chocar.
Los Dragar eran temibles enemigos -él lo sabía bien -. Tenía que acabar con él cuanto antes.

La llegada de los jinetes desconocidos había igualado las fuerzas. Alejandro, enfrentado ahora a solo a uno de aquellos seres, había tomado la iniciativa. A pesar de la herida, era él quien atacaba y su

oponente el que se defendía y bloqueaba.
-Recuerda, la única forma de acabar con ellos es con fuego o cortándoles la cabeza. -oyó de nuevo la extraña voz en su cabeza.
-Como si fuera tan fácil -pensó Alejandro.
-Nadie ha dicho que lo fuera -replicó de nuevo aquella voz que resonaba en su cabeza.

Nihué, con la ayuda de Nidhul, estaba causando estragos entre los pocos soldados que todavía quedaban en pie. Era una excelente luchadora, pues no en vano había sido instruida por Konrad, recibiendo la misma formación que un Caballero del Dragón. Si bien no tenía las capacidades físicas y mentales de estos -su don como Montaraz era muy diferente -, su habilidad con la espada la hacían un guerrero temible para un humano corriente. Con los Dragar tendría pocas oportunidades en un cuerpo a cuerpo, pero con aquellos soldados las cosas eran diferentes.

Konrad giró su caballo y se alejó ligeramente del Dragar. Con un ágil movimiento desmontó y desenfundó su otra espada. Era el momento de acabar con aquello. Su habilidad para luchar con ambas manos le daría ventaja sobre el Dragar. Atacó con ambas armas, hiriendo varias veces al Dragar, que aunque era un extraordinario luchador, no podía detener los ataques simultáneos de Konrad. Sabía que aquello no lo detendría, pero si lo ralentizaría durante unos instantes. No necesitaba más. Su brazo izquierdo atacó por la parte superior buscando el cuello del Dragar, al tiempo que el derecho buscaba la pierna de su oponente.

Como Konrad suponía, el Dragar blocó el ataque destinado a alcanzar su cuello, dejando desprotegido el resto del cuerpo. La espada de Konrad alcanzó la pierna de su enemigo a la altura de la rodilla, con tal fuerza y potencia que la seccionó por completo. El Dragar, privado de apoyo, se desplomó en el suelo. Sin pensarlo un instante, Konrad puso su pie sobre el pecho de este, pisando con fuerza para inmovilizarlo. Con un movimiento rápido y preciso de su brazo, terminó con el combate.

La cabeza, separada del tronco, rodó unos centímetros por el suelo. Durante unos segundos, sintió como el cuerpo del Dragar se convulsionaba bajo su pie, hasta que finalmente cesó todo movimiento.

- Descansa en paz -susurró Konrad.

Alejandro encontró un hueco en la defensa de su oponente. Lanzó su brazo derecho hacia delante. La catana que empuñaba atravesó la armadura a la altura del estómago, para hundirse a continuación en el cuerpo del guerrero hasta la empuñadura, atravesándolo de parte a parte.

Sintió como su oponente se retorcía de dolor, pero no emitió ningún sonido. Su boca cosida le impedía gritar. A pesar de ello, y de las cuencas vacías de los ojos que conformaban un rostro carente de expresión, Alejandro fue consciente de que aquel ser estaba sufriendo. Se sintió desfallecer. Tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar ante aquella pesadilla que estaba viviendo. La mano enguantada de su rival, soltó la espada que empuñaba, y por un momento Alejandro pensó que iba a caer, pero en unos segundos todo cambio. Aunque desarmado, el Dragar volvió al ataque. Dio un paso adelante, haciendo que la catana se hundiera aún más en su cuerpo, mientras Alejandro contemplaba aquel horror incapaz de reaccionar. Con su brazo izquierdo agarró el derecho de Alejandro por el antebrazo, que todavía empuñaba la catana que atravesaba su cuerpo, aferrándolo con una fuerza terrible, mientras que el derecho lo agarró por la garganta. Sintió el férreo puño enguantado presionar con fuerza sobre su cuello, impidiéndolo respirar, al tiempo que con una facilidad increíble lo levantaba del suelo.

No podía respirar, se ahogaba. Su mano izquierda soltó la catana y agarró el poderoso antebrazo del guerrero, intentando en vano romper la presa sobre su cuello. Si no hacía algo rápido moriría asfixiado. Intentó concentrar su mente en la catana que había dejado caer, pero esta no se movió del suelo. El miedo a morir ahogado se había apoderado de él. Si no se calmaba y trataba de concentrarse estaba perdido.

Marta reaccionó instintivamente. El miedo que la atenazaba y paralizaba desapareció al ver a Alejandro en aquella situación. Recogió del suelo la espada de Javier y corrió hacia donde estaba Alejandro.

Sin pensarlo dos veces, levantó el arma con las dos manos por encima de su cabeza, y la descargó con todas sus fuerzas sobre el brazo que atenazaba a Alejandro.

La espada cortó el brazo y siguió su trayectoria hasta chocar contra el suelo. La sangre brotó a borbotones del brazo seccionado, salpicando a Marta y Alejandro.

Estaba a punto de perder la consciencia, cuando la presión sobre su cuello cesó repentinamente. También su brazo derecho quedó liberado.

A su lado, Marta sostenía la espada de Javier, mientras el Dragar retrocedía con un brazo seccionado. El dolor debía ser terrible, y de haber podido, seguro que aquel horrible ser habría gritado. La herida del brazo, que dos segundos antes sangraba abundantemente, estaba cicatrizando a ojos vista. Alejandro tenía que aprovechar aquella

oportunidad. Tiró de su brazo y retiró la espada del cuerpo de su rival mientras este retrocedía. Sin detenerse inició otro mortal arco que dirigió con precisión milimétrica. La espada atravesó limpiamente el cuello, separando la cabeza del tronco. El Dragar cayó para no levantarse nunca más.

Cuando Konrad hubo abatido a su oponente, se volvió hacia el joven que se enfrentaba al otro Dragar a tiempo para ver como la mujer lo liberaba de una presa mortal. El joven no desaprovechó la oportunidad y acabó con su rival tal como él le había indicado. Buscó a Nihué para ver si estaba en problemas, pero ella con la ayuda de Nidhul y la del tigre blanco que se había unido a ellos, ya habían dado buena cuenta de los soldados, que o bien yacían en el suelo, o habían huido.

Nihué enfundó su espada y se dirigió hacia él al trote, y levantó un brazo. Nidhul, descendió majestuosamente hacia ella, posándose con suavidad y replegando sus alas. Nihué bajó el brazo para apoyarlo sobre el pomo de la silla de montar. Konrad fijó su atención el poderoso tigre blanco. Hacía años que no veía uno de ellos -creía que todos habían desaparecido- y mucho menos un ejemplar tan imponente como aquel. El animal, moviéndose con la elegancia que caracterizaba a los miembros de su especie, avanzó por el desfiladero hasta situarse al lado de una hermosa joven de ojos verdes, que acarició suavemente la cabeza del animal, a lo que este respondió con un suave movimiento de su cabeza, mientras su mirada permanecía sobre el joven de las espadas.

Konrad observó al maltrecho grupo. Observó sus extrañas ropas bajo las capas. Buscaban a cinco, pero allí había nueve. Ya tendrían tiempo de averiguar que había ocurrido. Fuera como fuese no había duda. Ellos eran los que estaban esperando. Miró a su alrededor y observó los restos de la batalla. Aquel grupo de jóvenes inexpertos había sobrevivido a una fuerza de ataque que pocos miembros de la Orden podrían haber repelido. Numerosos soldados, hechiceros, rastreadores y Dragars yacían en el desfiladero. Si esto eran capaces de hacer ahora, ¿de qué no serían capaces con el entrenamiento adecuado?

Por primera vez en muchos años, Konrad sintió renacer la esperanza en su interior.

-Gracias -dijo Alejandro a Marta.

-Bueno, una de todas las que te debo. - dijo ella.

-Y a ti también Sylvie. Llegaste en el momento justo. - añadió Alejandro.

Ella contestó con un leve asentimiento de su cabeza, la vista fija todavía en los cuerpos decapitados de los guerreros, como temiendo

que volvieran a levantarse. Alejandro volvió la vista hacia el resto del grupo.
-¿Cómo están los demás? - preguntó

Lucía parecía recuperada, y Hugo había conseguido ponerse en pie, aunque permanecía apoyado en Cristina. Ricardo y Javier seguían tendidos en el suelo e inconscientes.
-¡Javier! ¡Ricardo!¿Qué le ha pasado?-preguntó Alejandro, pues no había visto lo ocurrido.
-Están bien. Ricardo ha recibido un fuerte golpe, pero ya me he ocupado de él. En cuanto me recupere un poco, me pondré con Javier.-contestó Hugo.
-Yo le he echado un vistazo, y a parte de una fuerte conmoción y algunas quemaduras en el pecho, parece que esta bien. -añadió Cristina.

Por último los ojos de Alejandro se cruzaron con Alicia. Esta todavía empuñando el arco, permanecía de pie, con el gran tigre blanco a su lado, al que acariciaba como si fuera un gatito.
-¿Estás bien? - preguntó tratando de no dejar traslucir sus emociones. Recordaba perfectamente lo que había sentido al verla en peligro, al creer que había sufrido algún daño. No quería pensar en eso. Al menos, no de momento.
-Si. - fue su escueta respuesta.

Alejandro se volvió hacia los recién llegados. Eran un hombre y una mujer. Ella, montada en un hermoso corcel blanco, avanzaba al trote por el desfiladero. Era una mujer joven, y muy hermosa, de cabello negro como el azabache, que llevaba recogido en una coleta, y ojos de un intenso azul que resaltaban en su bello rostro de piel ligeramente bronceada. De estatura media, su constitución se adivinaba bien proporcionada bajo el peto de cuero gris que vestía bajo la capa. Completaba su atuendo unas mallas del mismo color que cubrían sus fuertes y bien contorneadas piernas, y brazales y grebas de cuero negro que protegían sus cuatro extremidades.

Llevaba la espada a la cintura, carcaj y arco. Un impresionante águila de color blanco - la más grande que él hubiera visto - descansaba sobre su antebrazo, mientras que con la otra mano dominaba su montura con facilidad y elegancia. Su figura, se recortaba contra las primeras luces del alba confiriéndole un aspecto casi místico, como el de una Diosa guerrera surgida de la más épica de las leyendas.

Alejandro se quedó sin respiración. Era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida.

Su compañero era un hombre de una constitución física impresionante. Debía tener la misma altura que Ricardo -o un poco más-, y muy corpulento. Como su compañera, vestía capa y ropa de

viaje - camisa y pantalón- de color gris, bajo la cual llevaba una cota de malla que cubría su ancho torso, pero que dejaba al descubierto unos enormes y musculosos bíceps y unos anchos antebrazos cubiertos con brazales de cuero. Empuñaba una espada de considerable tamaño en cada mano, y llevaba un par de cuchillos en su cinturón.

Su pelo era largo y rubio, salpicado por abundantes hebras plateadas, que indicaban su edad. Llevaba bigote y perilla, estos ya totalmente canos. De tez morena y curtida, Alejandro pensó que era el rostro de un hombre que rondaba la cincuentena, aunque su constitución física lo desmentía. Enfundó sus armas y avanzó unos pasos hacia ellos.

-¿Estáis todos bien?- preguntó el corpulento guerrero en aquel extraño lenguaje que ahora todos entendían.

Alejandro se sobresaltó. O sus sentidos le engañaban o aquella era la voz que había oído en su cabeza.

-Creo que sí -dijo Alejandro. - Os doy las gracias por vuestra ayuda. Si no es por vosotros no lo hubiésemos contado.

-Esto todavía no ha acabado. Vendrán más a por vosotros. - replicó el hombre en tono serio.

Hubo un tenso silencio que finalmente rompió Lucía.

-¿Pero por qué?¿Qué hemos hecho nosotros? ¡Ni siquiera sabemos donde estamos ni por qué estamos en este mundo de locos. ¿Por qué iban a querer matarnos? -dijo casi gritando.

-Son muchas preguntas a contestar. Ocupémonos primero de vuestros malheridos amigos y de salir de aquí. Luego buscaremos algún lugar para descansar. Entonces podremos hablar.¿De acuerdo?

Alejandro se quedó mirando al corpulento guerrero hasta que al final contestó.

-¿Vais a ayudarnos? - preguntó.

-Llevamos días buscándoos, y para eso hemos venido, para ayudaros. Mi nombre es Konrad y ella es Nihué. Y vosotros sois los Iniciados. Los que estábamos esperando. -dijo Konrad tendiendo solemnemente la mano a Alejandro.

Se miraron unos a otros, cada vez más extrañados e incapaces ya de ni siquiera de intentar entender lo que estaba ocurriendo. ¿Habían entendido bien? ¿Había dicho que les estaban esperando? ¿Y que significaba aquello de ser los Iniciados?- Como ya os he dicho, tendremos tiempo para explicaciones, pero ahora es mejor salir de aquí cuanto antes y poner tierra de por medio. ¿Qué me decís? -dijo Konrad con la mano todavía extendida hacia Alejandro, y adivinando lo que el grupo estaba pensando

Alejandro miró a sus amigos una vez más. Finalmente se volvió hacia Konrad.

-De acuerdo. Salgamos de aquí cuanto antes.-dijo Alejandro

estrechando la mano que Konrad le tendía.

Una hora después el grupo se ponía en movimiento. Hugo, ya más recuperado se había encargado de las heridas de Javier y de las costillas y nariz de Ricardo. Afortunadamente, las quemaduras de Javier no eran serias, y tanto su curación como la reparación de los huesos de Ricardo, no requirieron de mucha energía por su parte, aunque al no estar totalmente recuperado había acusado el esfuerzo y se encontraba terriblemente cansado. A pesar de ello se había dirigido a Alejandro para tratar de curar el corte en su pierna, así como otros de menor consideración

-Será mejor que guardes energías. Yo me ocuparé -le había dicho la hermosa joven del águila plateada.

De su bolsa había extraído unas hierbas, un saco que contenía un polvo de color marrón y un mortero. Las machacó y las mezclo con agua hasta crear una masa de color verdoso.

-¿Puedo ayudarte?- preguntó Cristina que estaba observando.- me gustaría aprender.

Nihué asintió y explicó a Cristina como hacerlo.

-Esta hierba se llama Tumus, y es bastante común en Adasam. Este polvo no es más que arcilla seca y triturada en polvo para mezclar con el Tumus. -dijo

Le explicó las proporciones a utilizar y cuando estuvo listo se dispuso para aplicarlo sobre la herida de Alejandro.

-No será tan rápido como lo que hace tu amigo, pero en unas horas ya no quedará rastro de tu herida -dijo mientras aplicaba el ungüento sobre la herida de Alejandro.

-¿Son hierbas curativas?- preguntó Alejandro que no podía apartar la vista del hermoso rostro de la joven.

-No exactamente. Si las aplicara sobre mi o sobre alguien sin tus facultades, ayudarían a curar más deprisa, pero desde luego no en unas horas. Esto solo ayudará a que cures más rápido de lo que lo haces normalmente.

Alejandro la miró sin entender que quería decir, aunque a estas alturas ya lo imaginaba. Siempre había curado sus heridas de una forma un tanto «acelerada» por así decirlo, en muchos casos para asombro de los médicos que le trataban, como le ocurrió cuando sufrió el accidente de moto, pero de ahí a curar en unas horas... Cuando terminó con Alejandro, Nihué se dirigió a Alicia.

-¿Puedo curar a tu compañero? - preguntó señalando al tigre blanco.

Alicia miró al tigre, y después a Nihué.

-Si, por favor -contestó.

Así, Niuhé, de nuevo ayudada por Cristina, dedicó unos minutos a aplicar aquel ungüento sobre las heridas que el bello animal había recibido.

Mientras todo esto ocurría, Konrad había amontonado los cuerpos sin vida de los Dragar y los prendió fuego con una antorcha. Por su parte, Lucía también se había recuperado y ayudaba a Alicia a recoger los caballos de los soldados, tal y como Konrad les había indicado. Los caballos piafaban nerviosos hasta que Alicia se dirigía a ellos y les hablaba en tono tranquilizador.

-Buen chico, buen chico.- dijo acariciando el cuello de uno de los animales mientras lo miraba a los ojos.

Así, uno tras otro fue calmando a los animales hasta que reunió todos los que necesitaban.

-¿Cómo lo haces? - preguntó Lucía.

-No lo sé. ¿Cómo haces tú lo que haces? - contestó.

-Bueno, yo al menos tengo un libro de hechizos que soy capaz de interpretar y aprender.-dijo enseñando sus antebrazos

-Ya. Pero no sabes por qué eres capaz de interpretar y aprender los hechizos, ¿no? Pues a mi me pasa igual. Puedo comunicarme con los animales, pero no me preguntes como.

-Con el tigre te ocurre lo mismo ¿verdad?.

-Si, pero con él es como si hubiéramos establecido un vínculo más fuerte. Realmente puedo conversar con él como lo haría con una persona, pero todo ocurre sin palabras, a un nivel de imágenes y sensaciones. Es algo extraño y al mismo tiempo extraordinario. Finalmente el grupo estuvo dispuesto para partir. Además de las monturas, habían recogido armas -espadas, arcos y flechas- de sus enemigos, así como todas las provisiones que pudieron encontrar. Alejandro, Alicia, Ricardo y Javier, eran expertos jinetes -sobre todo Alicia-. El resto, a excepción de Cristina, habían montado varias veces a caballo y sabían como manejar a un animal manso, aunque desde luego preferían no tener que ponerlos al galope. Nihué les aseguró que sus monturas no les harían caer y les obedecerían dócilmente. Todos, a excepción de Cristina, que montó con Hugo agarrada fuertemente a su cintura, se prepararon para subir a un caballo.

Además, se llevaron dos caballos más cargados con provisiones y otro de refresco.

-¿No sería mejor que montaras con Ricardo? -preguntó Lucía.- No se puede decir que Hugo sea un experto jinete.

-Ya se lo he preguntado, pero dice que él pesa demasiado, y que llevarnos a los dos sería demasiado para el caballo.

Alicia echó una mirada de reojo a su amiga. ¿Sería posible que...? ¡No! Era absurdo... ¿O quizá ...?

Montó en su nuevo caballo con facilidad e inició un ligero trote, siempre con su nuevo amigo corriendo a su lado. El tigre era tan grande que sin duda podría haber sido su montura. Hugo, por su parte se había dado cuenta de la manera en que Alejandro miraba a Nihué,

de una forma como sólo le había visto mirar a Alicia. En sus ojos descubrió un brillo que no había visto en los ojos de su amigo desde hacía años.

Marta, junto a Alejandro sonreía. A ella tampoco se le había escapado aquel detalle.

-Chica guapa, ¿no? -susurró.

Alejandro se sonrojó y ella no pudo aguantar una pequeña risa. Después de todo lo pasado se sentía feliz de estar viva y de que sus nuevos amigos estuvieran sanos y salvos. Sylvie, por su parte se había situado junto a Javier.

-¿De verdad que estás bien? -preguntó ella. -¿Seguro que no prefieres montar conmigo? -dijo ella con una sonrisa pícara.

-No te preocupes. Estoy bien, aunque tengo que reconocer que tu oferta es tentadora -respondió el sonriendo.

Pronto todos estuvieron sobre sus monturas. Con Konrad a la cabeza, Nihué cerrando el grupo y Nidhul sobrevolando vigilante sobre ellos, se pusieron en marcha de nuevo. Al menos esta vez disponían de caballos y de provisiones en abundancia. Y lo más importante: por primera vez desde que habían ido a parar a aquel extraño mundo, no estaban solos.

51.

S'harkmat, colocado en el interior del círculo mágico que había dibujado en el suelo con arena de Agnur, terminó de pronunciar el hechizo.

Al instante, la imagen de Z'horan el nigromante se materializó ante él.

S 'harkmat se inclinó.

-Maestro...

Sólo unas horas antes se había presentado ante su señor, para darle la noticia de que el grupo de fugitivos había escapado. Se había preparado para sufrir la ira de Z'horan, pero contra todo pronóstico, este, después de ser informado, se limitó a quedarse en silencio, pensativo.

-Interesante... -había dicho. - Utilizaremos este revés para acabar con esa escoria de una vez por todas.

Ahora, se encontraba de nuevo frente a la imagen de Z'horan el Eterno, Señor de Adasam,

-¿Has hecho lo que te indiqué? -preguntó Z'horan.

-Si maestro -respondió él.

-Buen trabajo S›harkmat. Mantenme informado de lo que ocurra.

-Si maestro.- S›harkmat titubeo durante unos instantes.

-¿Ocurre algo? -pregunto Z'horan.

-No. Solo me preguntaba... ¿No os preocupa lo que ha ocurrido?

-Mi buen S›harkmat... Siempre tan preocupado por nimiedades.- respondió Z›horan en tono condescendiente, como un padre que enseña a un hijo una lección elemental- No hay nada de que preocuparse. Esos incautos nada pueden contra mi. Así está escrito y así será. ¿O lo habías olvidado?

-No maestro. Sólo me preguntaba por qué habían vuelto a aparecer después de tantos años. ¿No habrán encontrado una manera...?

-¡Basta! Sabes también como yo que eso es imposible.

Si maestro.- De todas maneras, quiero divertirme con esos patéticos miembros de la Orden antes de aplastarlos para siempre. Su aparición no deja de ser un pasatiempo con el que entretenernos - dijo con desprecio.- Contacta conmigo cuando haya novedades.

Sin decir más, Z›horan rompió el contacto. S›harkmat volvía a estar solo en la gran sala de piedra de la torre.

Salió del gran círculo mágico y se dirigió a sus aposentos. Sabía que Z›horan tenía razón y no había razón para preocuparse. La profecía era muy clara. El y otros como él habían intentado encontrar el

reverso de la profecía. Todas tenían uno. Una forma de impedir que se cumpliera.

Pero esta no. Estaban seguros. Durante años lo habían buscado sin éxito, y si ellos no habían podido, nadie podía. La profecía se había cumplido hacía mucho tiempo, y era irreversible. Pero entonces, ¿por qué había reaparecido la Orden?. Y sobre todo, ¿por qué se sentía tan intranquilo?

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir esta historia, lo hice con la única intención de divertirme, sin pensar siquiera que algún día alguien podría leerlo. Hasta que una tarde me dejé el ordenador abierto y mi mujer leyó unas cuantas líneas. Ya fue imposible evitar que lo leyera de principio a fin. Y en contra de lo que yo esperaba, resulta que se enganchó a la historia. ¡Y le gustó!, a pesar de no ser precisamente una aficionada a este tipo de literatura. Así que, gracias cariño, por animarme a ir más allá. Por eso y por muchas cosas más que tú ya sabes y que quedan para nosotros. Como no, a nuestros peques, que son una fuente de motivación continua. Espero que dentro de poquito tiempo lean esta novela y disfruten de ella. Sólo por eso habrá merecido la pena. A Susana, que también me animó cuando leyó esta historia y que lleva ya un tiempo esperando la segunda parte. A ella y a Dani, también gracias por estar siempre ahí durante todos estos años. A mi padre, que me enseñó a disfrutar de la lectura desde pequeñito, afición que finalmente me ha llevado a escribir, así que este libro en parte es un poco suyo. ¡La pasta que se dejó en libros! Gracias a él, viaje con Julio Verne alrededor del mundo, a la luna, al fondo marino y a la Rusia de Strogoff, naufragué con el Robinson Crusoe de Defoe, luché junto al Corsario Negro de Salgari y con los Tres Mosqueteros de Dumas y me escapé del Castillo de If junto a Edmund Dantes, su Conde de Montecristo. Ahora soy yo el que se deja la pasta en libros para mi y los peques, para desesperación de mi mujer que ya no sabe donde ponerlos. ¡Bueno, ya sabes de quien es la culpa!

A mis hermanas, que tienen a su hermano mayor en un pedestal, pero que también me dan caña cuando toca. Aunque os lo digo poco, el sentimiento es mutuo.

Gracias también a Carlos y Filo, a los que tanta lata les hemos dado y tanta ayuda nos han prestado. ¡Donde estaríamos sin vosotros! Es un lujo formar parte de vuestra familia, pero eso ya lo sabíais, ¿verdad?

A Jesús. Si todos los lectores fueran tan agradecidos como él, esto sería un best-seller. Gracias amigo. ¡Que fácil es escribir para un público como tú!

A Edu, mi amigo de toda la vida. Aunque últimamente nos vemos poco, no puedo olvidar todos los años que hemos compartido, y sobre todo, las aventuras que corrimos juntos por la Tierra Media de Tolkien. ¡Fíjate a lo que me han llevado!

Especial mención a Benjamín y a editorial Nemira, por hacer posible el ver publicado este libro, y sobre todo por su paciencia y dedicación durante el proceso de edición.

Por último, gracias a ti, mamá. Porque madre no hay más que una, y aunque nos dejaste hace tiempo, sigues con nosotros todos los días. Porque lo que hoy somos, y lo que hacemos es fruto de tu ejemplo. Espero que desde allí arriba te sientas tan orgullosa de nosotros como nosotros lo estamos de ti. Te echamos de menos.